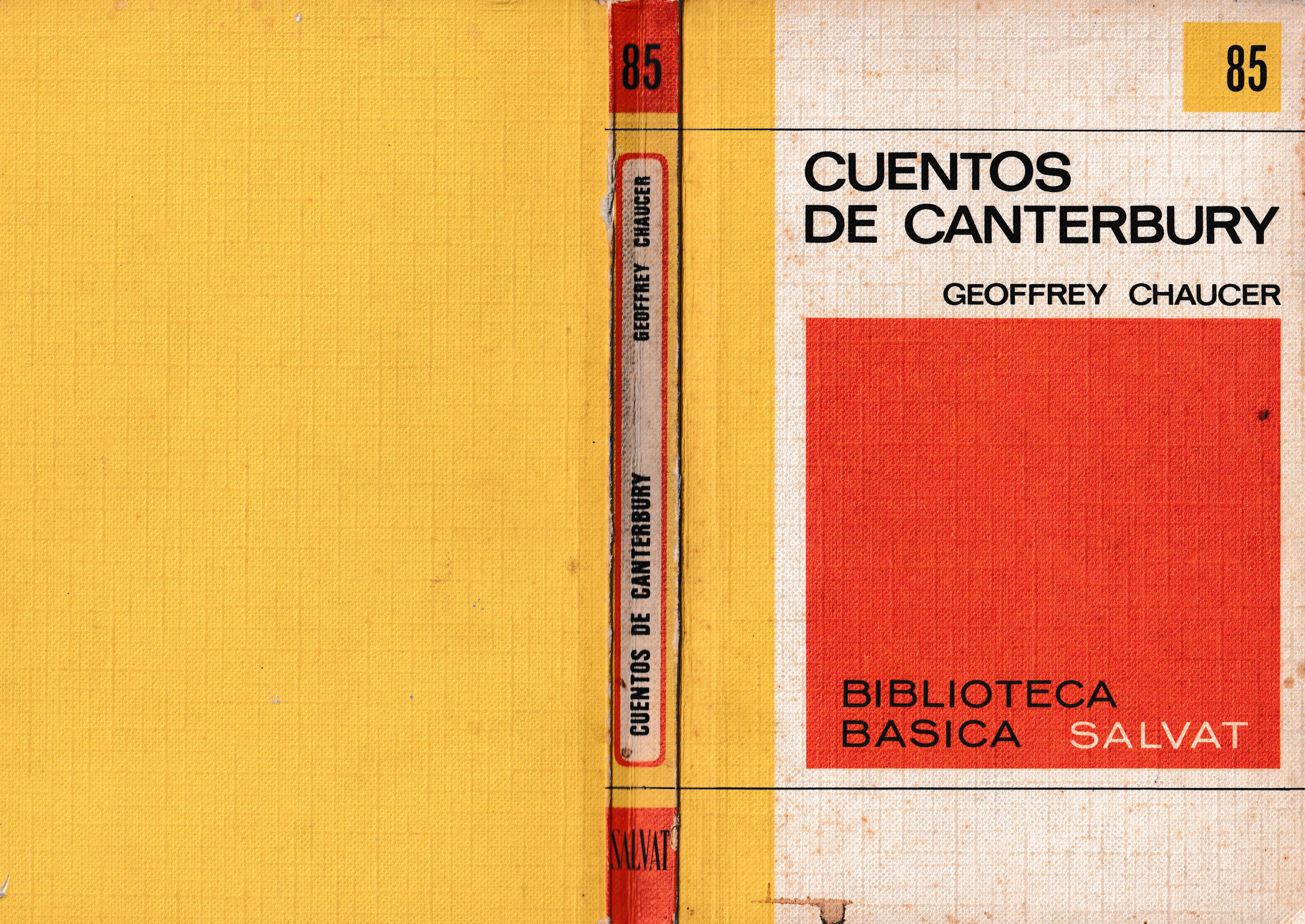
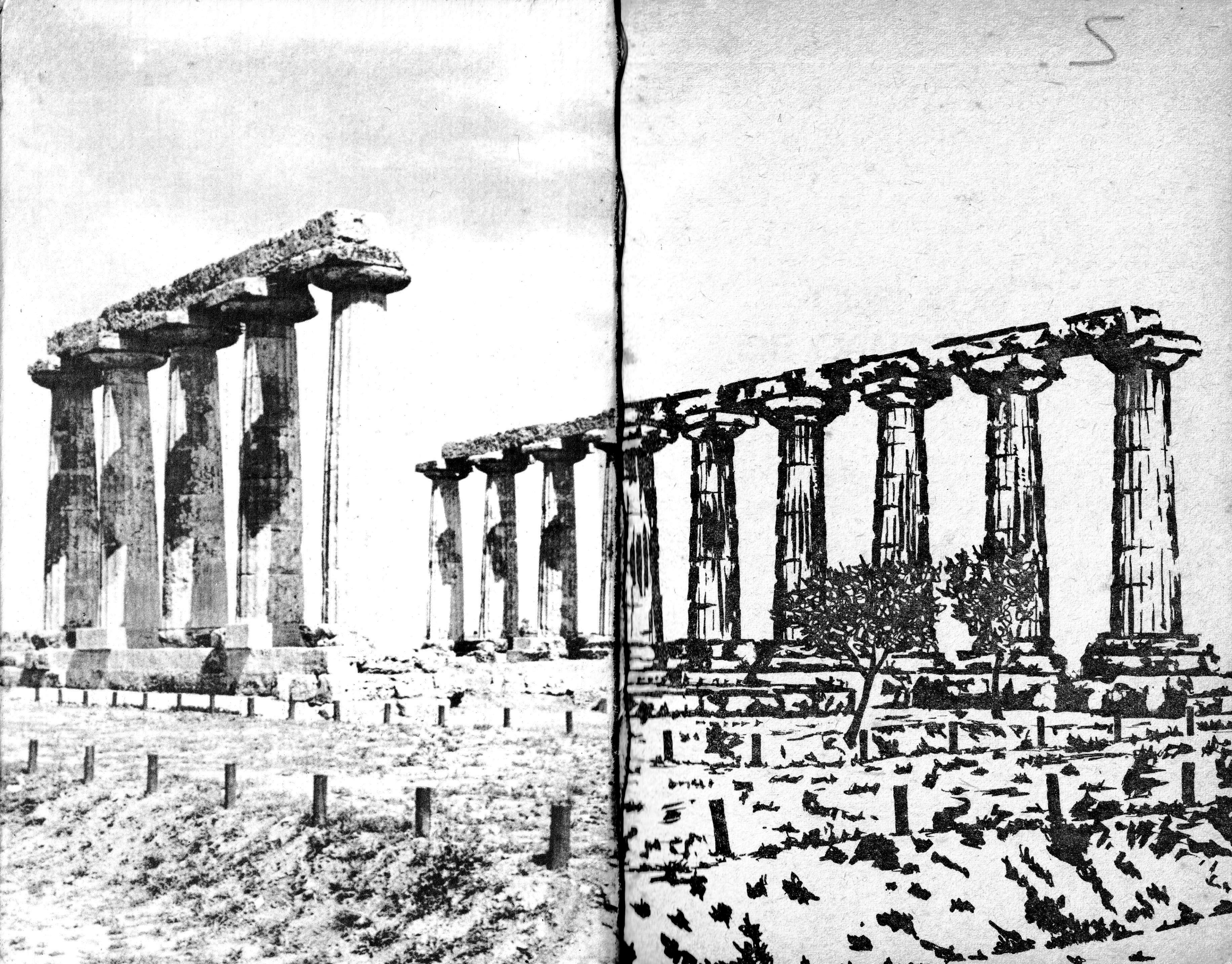

85
CUENTOS DE CANTERBURY
GEOFFREY CHAUCER
SALVAT
85
CUENTOS
DE CANTERBURY
GEOFFREY CHAUCER
BIBLIOTECA
BASICA SALVAT



CUENTOS DE CANTERBURY

Esta colección BIBLIOTECA BASICA SALVAT, singular en el mundo por su lanzamiento y su tirada, constituye una aportación decisiva para la difusión de la cultura y la promoción del libro.

Resultado de la combinación de múltiples esfuerzos, BIBLIOTECA BASICA SALVAT ofrecerá un panorama completo de la cultura contemporánea y constituirá una auténtica y asequible biblioteca.

GEOFFREY CHAUCER

CUENTOS DE CANTERBURY



SALVAT EDITORES, S. A.

INDICE

Traducción de Juan G. de Luaces, cedida por Editorial Iberia, S. A.

Impreso en:
Gráficas Estella, S. A. Carretera de Estella a Tafalla, km. 2 - Estella (Navarra) - 1971

Depósito Legal NA. 539 - 1971

Printed in Spain

Edición especialmente preparada para BIBLIOTECA BASICA SALVAT

PROLOGO

El poeta inglés Geoffrey Chaucer nació hacia el año 1340 (se desconoce la fecha exacta). Era originario de una acaudalada familia de vinateros, establecida en Londres. Fue paje del príncipe Lionel en 1357 y dos años más tarde tomó parte en la campaña contra Francia. Capturado en las cercanías de Reims, obtuvo su rescate en 1360. Poco después era nombrado escudero de la casa del rey y contraía matrimonio con una tal Philippa Swynford. Pasó un largo período en el extranjero (entre 1366 y 1378), con embajadas y otras misiones al servicio del monarca. En 1378 estuvo en Milán, y de regreso ya en Inglaterra ejerció el cargo de interventor de aduanas y subsidios sobre la lana, cuero y pieles de oveja en Londres. Murió el poeta en esta capital, el 25 de octubre del año 1400, y fue enterrado en la abadía de Westminster.

El Chaucer aprendiz de poeta compuso inicialmente poemas amorosos cortesanos, escritos según las normas del género de la complaint *(«queja»). Así,* Complaint to his Lady *(«Queja a su dama») y* Complaint to his Burse *(«Queja a su bolsa»). Aun cuando de tema y lenguaje muy convencionales, dejaron su huella en la evolución de la poesía inglesa (imitación de los sonetistas posteriores).*

Fue su primer poema The Book of the Duchesse *(«El libro de la Duquesa»), compuesto alrededor de 1374. Esta obra, aunque no del todo lograda, le proporcionó ya alguna fama en los medios aristocráticos. Siguió* The House of Fame *(de hacia 1380), otro extenso poema que alude a una visión onírica y refiere el rapto del poeta por un águila que le lleva a las mansiones de la Fama y del Susurro. Quedó esta obra inconclusa,*

suscitando su trama numerosas conjeturas por parte de la crítica.

En 1382 puede fecharse The Parlement of Fowls *(«El Parlamento de las gallinas»), poema más breve que los dos precedentes y que parece reflejar el afán de Chaucer por reconciliar la religión y el amor cortesano. Entre 1380 y 1385 completó el autor su poema* Troilus and Criseyde *(«Troilo y Cresida») y la traducción del tratado de Boecio* De Consolatione Philosophae. *El* Troilus and Criseyde *es el más relevante poema narrativo amoroso de la literatura inglesa. Es su escenario el de la guerra de Troya y sus protagonistas son Troilo, que es uno de los hijos de Príamo, y Cresida, hija de Calchas. Favorece los amores de estos personajes Pándaro, que es tío de Cresida y amigo de Troilo. La infidelidad de Cresida, que se entrega al griego Diomedes, provoca la muerte de Troilo en el campo de batalla y a manos de Aquiles. Chaucer se inspiró principalmente en* Il Filostrato *de Boccaccio, con influencias medievales del* Roman de la Rose.

Se ha considerado Troilus and Criseyde *como una «medievalización» de la obra de Boccaccio ya citada. Estilo, humor, ironía y evocación de lo medieval son los rasgos dominantes que definen y dotan de atractivo esta singular producción del llamado «Father of English Poetry» («Padre de la poesía inglesa»).*

De 1386 ó 1387 en adelante trabajó Chaucer en la composición de su obra más célebre: The Canterbury Tales *(«Los cuentos de Canterbury»). Las historias que se cuentan en una peregrinación a Canterbury los miembros de un grupo de variados personajes constituyen la materia de la obra. Estas historias vienen a ensamblarse por medio de los intercambios dramáticos entre los peregrinos y el posadero de «El Tabardo», designado árbitro de la liza. El prólogo del autor compone un vasto retablo descriptivo de la vida inglesa en el siglo XVI. Le siguen las historias, clasificadas en tres apartados principales: narrativas,* fabliaux *y religiosas.*

En las historias o cuentos de carácter narrativo figuran así The Knight's Tale *(«El cuento del caballero»),* The Squire's Tale *(«El cuento del escudero») y la parodia* Sir Thopas.

Dominan los ideales de caballería y de amor, y abundan influencias procedentes de fuentes italianas y francesas. En el género de los fabliaux, *de asunto que suele ser siempre indecente, figuran, entre otros,* The Miller's Tale *(«El cuento del molinero») y* The Reever's Tale *(«El cuento del magistrado»). En el grupo de los cuentos religiosos caben citarse* The Parson's Tale *(«El cuento del clérigo») y* The Prioress's Tale *(«El cuento de la priora»). En el segundo, la vida versificada de una santa, relato hagiográfico. Del conjunto, tal vez sean los más interesantes y amenos para el lector de hoy los denominados* fabliaux, *no tanto por el asunto como por la variedad y la amenidad que los caracterizan.*

La doble tradición de la literatura popular y de la literatura cortesana viene a confluir y coincidir en estos Cuentos de Canterbury.

Si en principio Chaucer se propuso escribir unos ciento veinte cuentos o relatos en verso, sólo poseemos en realidad veinte cuentos verdaderamente acabados, dos que han quedado inconclusos y otros dos que parecen deliberadamente incompletos. Ecos de Boccaccio (el Decameron*), de Dante, de la novela de caballerías y de múltiples textos y tradiciones medievales aparecen diseminados y fundidos en esta obra de los* Cuentos de Canterbury, *una de las máximas producciones literarias en lengua inglesa.*

PROLOGO DEL AUTOR

En el tiempo en que las suaves lluvias de abril, penetrando hasta las entrañas la sequedad de marzo, hacen brotar las flores con el riego de su vivificante licor; en el tiempo en que Céfiro, con su grato aliento, anima los renuevos de todo árbol y planta; en el tiempo en que el Sol ha recorrido en Aries la segunda mitad de su curso; en el tiempo, en fin, en que las aves cantan y, estimuladas por la Naturaleza, pasan toda la noche sin cerrar los ojos; en ese tiempo, digo, suelen las gentes ir en peregrinación a remotos y célebres santuarios de apartados países. Y es entonces cuando desde los límites de todos los condados de Inglaterra acuden muchos romeros a Canterbury, a fin de visitar el sepulcro del santo y bienaventurado mártir que en sus enfermedades les socorrió.

Estando yo, cierto día de esa estación, en la posada del Tabardo, en Southwark, con el devoto propósito de emprender mi peregrinación, llegó a aquella posada, al anochecer, un tropel de hasta veintinueve diversas personas que, habiéndose encontrado por los caminos, iban a continuar juntos a Canterbury.

Grandes y espaciosos eran los aposentos y cuadras de la hostería, de manera que todos estuvimos muy bien alojados. Hablé con los peregrinos y antes de cerrar la noche, ya había entablado trato con ellos y convenido en salir en su compañía al despuntar la siguiente mañana.

Y he aquí que, pues dispongo de espacio y tiempo, he determinado, antes de perseverar en este relato, explicar la condición de cada uno de aquellos caminantes tal como a mí se me apareció, diciendo quiénes eran, qué calidad tenían, y de qué suerte iban ataviados. Y empezaré por un caballero que había llegado con la comitiva.

Era el tal caballero hombre de gran dignidad, y amante, desde que calzó las espuelas, de la caballería, la lealtad, la generosidad, el honor y la cortesía. Mostróse muy esforzado en las guerras, y nadie le aventajó en campear, ora en tierra de cristianos o de infieles, siendo siempre muy honrado por su denuedo. Encontróse, pues, en Alejandría cuando se ganó esta plaza; y muchas veces le sentaron a la cabecera de la mesa, con preferencia a todos los de las otras naciones, en Prusia. Peleó en Rusia y en Lituania tanto como ningún otro cristiano de su condición hiciera jamás. Asimismo luchó en Granada durante el asedio de Algeciras, y cabalgó en Belmaria. También estuvo en las tomas de Layas y Satalia y a muchos notorios desembarcos concurrió en el Mar Grande. Había peleado en quince sangrientas batallas, y tres veces lidió por nuestra fe en Tramisena, matando siempre a su enemigo. Igualmente sirvió con el señor de Palatia, combatiendo contra los paganos en Turquía, y no hubo ocasión en que no ganase muy alta fama. Empero, no obstante su bravura, era muy discreto, y tan blando en sus razones como una doncella. Jamás decía calumnia ni frase villana, porque era un caballero perfecto y gentil.

Montaba un corcel muy bueno, mas sus ropas no lo eran tanto. Usaba, en efecto, veste de fustán, tomada de orín por el roce de la cota de malla, pues el caballero volvía justamente de sus viajes y había empezado su peregrinación sin detenerse.

Acompañábale su hijo, joven escudero, doncel y enamorado, de cabellos tan rizados como si se los retorciese con tenacillas. Sobre veinte años le computé, y era de proporcionada estatura, muy vivo y vigoroso. Por conseguir las buenas gracias de su dama, había armado ya lances de armas en Flandes, Artois y Picardía, y a pesar de sus cortos años había ganado prez y renombre. Iba engalanado como una pradera cubierta de lozanas flores rojas y blancas. Todo el día pasaba cantando o tañendo y era lozano como el mes de mayo. Usaba veste corta, de mangas anchas; cabalgaba con maestría; sabía componer canciones y copiarlas con primor, y justaba, danzaba, pintaba y escribía con mucho esmero. Tan enamorado estaba, que no dormía por las noches más que un ruiseñor. Era, en fin, cortés, afable y humilde, y en la mesa trinchaba las viandas ante su padre.

Llevaba consigo el caballero un arquero, hombre vestido con coleto y caperuza verdes. Sujetábase al cinturón un manojo de agudas flechas, ornadas con plumas de pavo real. Buen arquero era aquél; nunca sus flechas volaban con la pluma baja. Empuñaba un poderoso arco, tenía el cabello rapado y el semblante moreno, y era entendido en todas las usanzas forestales. Veíansele a un lado espada y broquel, al otro una vistosa daga bien guarnecida y buida como la punta de una lanza, y ostentaba en el pecho un San Cristóbal de plata. Pendiente de una banda sostenía un cuerno. Era, según todas las trazas, guardabosque de su señor.

Iba en el grupo una priora de sonrisa inocente y serena. Nunca juraba, salvo por San Eloy. Llamábanla madama Englantina. Cantaba a maravilla los oficios divinos, entonándolos con apropiada voz nasal; hablaba el francés con mucha donosura y elegancia, según la escuela de Stradford-at-Bowe, ya que el francés de París le era desconocido. Tenía a la mesa muy buena crianza, no dejando resbalar bocados de entre los labios ni mojando los dedos en la salsa. Por lo contrario, cogía diestramente cada parte de vianda y acercábala a la boca con gran atención, para que ninguna partícula le cayera en el pecho, pues nada le era más placentero que la cortesía. Siempre se enjugaba el labio inferior con discreto esmero, por no manchar de grasa el borde de su copa. Comportábase al yantar con gran compostura, y era mujer afable, alegre y de linda presencia. Gustábale seguir los modos cortesanos y ser majestuosa de talante y tenida en respeto. Y hablando de sus cualidades morales, sépase que era tan buena y tan compasiva que lloraba si veía un ratón, muerto o herido, preso en una trampa. Poseía perrillos a los que nutría con carne asada, leche y blanco pan, y lloraba con amargura si se le moría alguno o si alguien con una vara los maltrataba, porque era toda ella conciencia y tierno corazón. Llevaba plegada la toca con mucha pulcritud; su nariz era bien proporcionada; pardos sus ojos y transparentes como el cristal; pequeña, roja y delicada la boca; muy ancha la frente, y escasa la estatura, que no llegaba a la ordinaria. Usaba un manto muy limpio y se arrollaba al brazo un rosario doble, de diminutos corales, con cuentas verdes intercaladas. Remataba el rosario un reluciente broche de oro, con una *A* dorada y el lema «Amor vincit omnia». Otra monja, que era su limosnera, llevaba consigo; y había además en el grupo tres sacerdotes.

Asimismo reparé en un monje, hombre de notoria autoridad, ya que era visitador de su Orden y persona de pro y amante de la caza, con grandes méritos para ser abad. Buenos y muchos corceles guardaba en la cuadra y al montarlos, sus frenos tintineaban al viento, con son tan fuerte y claro como la campana de la capilla de que el monje era curador. Había este religioso hallado su regla

—que era la de San Mauro, o quizá la de San Benito— un tanto angosta, y por tanto, dando de lado las cosas viejas, aplicóse a las nuevas maneras del mundo. Por el dicho de que los cazadores no son gente santa y de que monje fuera del monasterio es pez fuera del agua, no hubiese dado aquel discreto varón ni el valor de una gallina desplumada. No, ni aun el de una ostra; y yo tengo por buena su opinión. Pues si él estudiara en el claustro, quemándose las pestañas y perdiendo el seso con sus estudios, ¿de qué forma andaría el mundo servido? ¿Ni cómo marcharían las cosas si él se aplicara a trabajar manualmente y afanarse, según ordena San Agustín? Antes bien, debiera Agustín quedarse para sí con esa labor. El monje era cabal y arrojado jinete, y poseía galgos tan veloces como pájaros volanderos. El mucho cabalgar y el ir a caza de liebres eran su deleite mejor, y nada le hubiese inducido a dejarlo. Tenía las bocamangas ribeteadas de piel gris de la más fina de la tierra y sujetábase la capucha, bajo la barba, con un valioso alfiler de oro labrado, rematado por un emblema amoroso. Su faz y su calva relucían como espejos; dijérase que le hubieren engrasado. Era persona rolliza y de saludable traza. Sus brillantes ojos movíanse en su cara, que parecía humear como el plomo fundido. Usaba botas flexibles, caballo bien enjaezado y nutrido, y era, en verdad, en todas sus cosas prelado excelente y no flacucho y pálido como alma en pena. De entre los asados prefería a todos el pato capón. Su palafrén era oscuro como fruto de un matorral.

Iba en el grupo un fraile mendicante, hombre desenvuelto y alegre, y muy solemne, además. No había, ni aun juntando las cuatro órdenes, frailes que le igualase en buen hablar y en saber malicias. Había concertado y pagado muchos matrimonios de mozas, y era sostén insigne de su Orden. Mirábanle todos bien y gozaba amistad de los proletarios de todas las partes de su demarcación y también de las señoras principales de la ciudad; y esto, a su decir, porque podía oír confesiones mejor que un cura párroco, pues que en su Orden tenía licencia para ello. Era confesor benévolo y absolutor satisfactorio, y sabía imponer penitencias benignas doquiera que esperase rica limosna, conociendo que quien da a una Orden mendicante hácelo porque tuvo buena confesión. Decía que todo el que da está arrepentido, ya que existen hombres de tan entero corazón que no hay dolor capaz de hacerles llorar, por mucho que quebrante su ánimo, y para éstos, más que desolarse y orar, es útil dar dinero a los pobres frailes. Siempre llevaba la escarcela llena de cuchillitos y alfileres que solía regalar a las mujeres hermosas. Cantaba bien, tocaba un instrumento de cuerda y era muy reputado por sus tonadas. Aunque tuviese la garganta blanca como un lirio, era vigoroso como un campeador. Conocía todas las tabernas de las ciudades, a todos los hosteleros y mozas de posada, no soliendo, en cambio, tratar con leprosos o mendigos, por no ser propio, en hombre de su autoridad, mantener relación con enfermos de lepra; ni dando tampoco honra ni provecho el andar en pláticas con la gente mísera. No, que sólo conviene estar en amistad con personas opulentas y también con aquellas que venden vituallas.

En resumen, dicho fraile mostrábase cortés, humilde y servicial doquiera que creía fácil sacar algo; y tenía en su profesión incomparable virtud. Pasaba por el mejor mendicante de su convento, y tan bien pronunciaba al entrar en las casas su «In principio», que siempre alguna cosa conseguía, así fuere de una viuda que no tuviera calzado que ponerse. Daba a su comunidad, por las limosnas de la comarca que recorría, una renta fija, para que ningún otro hermano pidiese donde él; y su recaudación era mucho mayor que la renta pagada. Gustábale retozar como a un cachorro. Cuando había de componer alguna querella no iba con la sotana raída de los enclaustrados, sino con ropón de magistrado o de pontífice. Gastaba una media capa de doble estambre, lisa y redonda como una campana recién fundida. Ceceaba al hablar y, luego de cantar, pulsaba el arpa y sus ojos brillaban en su semblante como estrellas en helada noche. Este digno mendicante llamábase Huberto.

Allí estaba un mercader de barba truncada, vistiendo un traje moteado. Montaba muy erguido en un caballo, se cubría con un sombrero de castor y llevaba muy bien atacadas las botas. Discurría con gran solemnidad, mirando siempre al aumento de su ganancia; pensaba necesario que se guardase bien el mar entre Middleburgo y Orwell, y sabía negociar con mucha sutileza el cambio de escudos. Aquel buen hombre empleaba del más ventajoso modo sus talentos; nadie podía presumir que tuviese deudas, viendo lo bien que regía sus tratos y hacienda; y era, en fin, persona de alta dignidad, mas, en conciencia, no sé cómo le llamaban.

Iba en la compañía de un estudiante de Oxford, que llevaba cursando lógica largo tiempo. Su caballo estaba descarnado como un esqueleto, y él mismo no era rollizo, sino enteco, siendo también un tanto melancólico. Envolvíase en un manteo corto y raído, porque aún no había logrado ninguna prebenda y su poca mundanidad no le consentía buscar un trabajo secular. Más que poseer

vestidos ricos, un violín, o un alegre salterio, placíale acumular a su cabecera una veintena de libros, encuadernados en rojo o en negro, conteniendo la filosofía de Aristóteles; y así como no guardaba, aunque filósofo, sino muy escaso oro en su arca, cuanto podía lograr de sus amigos lo gastaba en volúmenes y en instruirse, y rogaba con mucho empeño por las almas de quienes le daban con qué aprender. Ponía en los estudios gran cuidado y atención; nunca decía más palabras que las necesarias, y éstas breves, lacónicas, formales, graves y rebosantes de elevadas sentencias. En fin, todas sus razones abundaban en virtuosa moral y siempre tenía una palmaria satisfacción en aprender y en enseñar cosas.

Un prudente y sabio jurista, rico en excelencias y usual frecuentador del Temple, estaba también allí. Muy discreto y respetable parecía, juzgando por sus doctas palabras. A menudo era magistrado de tribunal, con patente y plena comisión, y su ciencia y su extensa fama hacíanle ganar buenos gajes y vestidos. Hacía, sobre todo, transmisiones y transferencias de propiedades, y a fe que no había transferidor como él. Allá donde existiera cosa transmisible, allá tenía él feudo incondicional, y jamás su afán de transferir quedaba sin efecto. No había hombre tan atareado como él, y aun lo parecía más. Conocía en términos leguleyos cuantos casos y sentencias se habían, desde tiempos del rey Guillermo, producido. Por ende, sabía redactar todo auto ejecutorio limpiamente y sin error y sabía también todas las leyes perfectamente y de memoria. Empero, no cabalgaba con ostentación y vestía un traje moteado, ceñido de un cinturón de seda a franjas. No es menester detallar más su atavío.

Iba en la compañía de un hacendado de barba blanca como una margarita. Era hombre sanguíneo y gustábale tomar, temprano de mañana, sopas de vino. Vivía siempre entre placeres, como genuino hijo de Epicuro, quien opinaba que el deleite cumplido constituye la felicidad perfecta. Muy gran dueño de casa era; tanto que pasaba por el San Julián de su comarca. Su pan y su cerveza tenían siempre la misma buena calidad, y no había en parte alguna hombre mejor repostado de vinos. Nunca en su mansión faltaban viandas aderezadas, ya fuesen de pescado o de carne, y ello con tal abundamiento, que su despensa rebosaba manjares, bebidas y cuanto regalo pudiera concebirse. Sus comidas y cenas variaban según las estaciones del año. Encerraba en jaulas profusión de cebadas perdices y poseía muchos sargos y lucios en un estanque. ¡Mal día para su cocinero cuando la salsa no estaba bien picante

o el servicio no bien preparado! Aquel hacendado mantenía siempre mesa dispuesta durante todo el día. Era en las reuniones amo y señor y hartas veces fue caballero del condado. De su cinturón, blanco como la leche ordeñada por la mañana, pendían una daga y una bolsa de seda. Había sido magistrado y contador del condado, y era hombre cabal y tan digno como nunca se viera.

Un lescero y un carpintero, un tejedor, un tintorero y un tapicero cabalgaban asimismo en la compañía. Llevaban todos las libreas de sus solemnes e importantes gremios. Vestían ropas nuevas y bien adornadas; sus puñales no iban guarnecidos de bronce, sino de plata labrada y bruñida, y de igual manera estaban decorados sus cinturones y bolsas. En verdad que por la traza y discreción que mostraban parecían asaz dignos de ser regidores y sentarse en los estrados del salón de su concejo. A más, poseían para ello suficientes bienes y ganancias, y de cierto que sus mujeres les habrían visto de buen grado regidores. Sí, que es muy galano oírse llamar señora e ir a vísperas delante de todos y poseer un manto regiamente llevado.

Tenían ajustado aquellos artesanos un cocinero, para que les aderezase los pollos, tuétano, platos a la mercadera y tortas. Ducho era el hombre en distinguir entre cualquier cerveza, la auténtica de Londres, y sabía asar y cocer, tostar y freír, preparar sopa de picadillos y empanadas al horno. Nadie hacía como él el manjar blanco, y por todo ello parecióme doloroso que tan excelente guisandero padeciese de una llaga en las canillas.

Había también un marino, natural de Dartmouth, ciudad del Oeste. Cabalgaba una montura de alquiler y vestía túnica de paño burdo, que le llegaba a las rodillas. Pendíale un puñal de una cinta que, pasándole en torno al cuello, le caía bajo el brazo. Tenía el rostro atezado por el estío, y era gran camarada. En su barco, muchas veces, viniendo de Burdeos, había bebido largos tragos de vino cuando los mercaderes que iban a bordo dormían. No se le daba una higa de su conciencia, y si tenía alguna refriega y llevaba la mejor parte, enviaba al otro a su tierra por vía acuática. Mas no había otro como él, de Hull a Cartagena, para conocer las mareas, las corrientes, los peligros, los fondeaderos y la posición de la luna, porque era diestro en el pilotaje. Mostrábase en sus empresas prudente y audaz; muchos temporales habían agitado su barba. Conocía todos los puertos de Gotlandia al Cabo Finisterre y también todas las radas de España y Bretaña. Y llamábase su barco el «Magdalena».

Iba con nosotros un doctor en física. Nadie en el mundo entendía tanto como él en materia de medicina y cirugía, porque fundaba su ciencia en el conocimiento de los astros. Atendía a sus pacientes a maravilla, según los influjos mágicos de cada hora, y empleaba con fortuna en sus enfermos el influjo de sus figuras. Conocía la causa de todas las dolencias, ya fuese el calor o el frío, la humedad o la secura, y sabía cómo ellas se engendraban y en virtud de qué humor. Era, en fin, médico perfecto y verdadero. Siempre estaban sus boticarios prontos a mandarle electuarios y drogas, porque él les daba ganancia a ellos y ellos a él, y eran unos y otros amigos antiguos. Conocía muy bien al viejo Esculapio, a Dioscórides, a Rufo, al antiguo Hipócrates, a Hali, a Galeno, y a Serapión, Rasís y Avicena, sí que también a Constantino, Damasceno, Averroes, Gatisdeno, Gilbertino y Bernardo. Nunca comía cosas superfluas, sino nutritivas y digestibles. Sus estudios se relacionaban poco con la Biblia. Vestía de color bermejo y azul celeste, y era muy moderado en sus gastos, habiendo ahorrado cuanto ganó en tiempos de la peste. Y como el oro es un cordial en medicina, tenía muy especial amor por el oro.

Iba allí una buena viuda de la comarca de Bath, mujer algo sorda. Era hábil en tejer paños mejores que los de Gante e Ipres. No había en toda su parroquia mujer que llegase a la ofrenda primero que ella; mas si alguna vez sucedía lo contrario, luego la buena viuda se irritaba más allá de lo que consiente la caridad. Tan recias tocas usaba, que apuesto a que no pesarían menos de diez libras las que los domingos llevase. Calzaba zapatos muy flexibles y nuevos y medias bien tirantes de delicado color escarlata. Tenía el rostro hermoso, colorado y atrevido. Siempre había sido mujer muy honrada: cinco maridos llevó a la iglesia y aun tuvo en su mocedad otras compañías; mas de esto no hace el caso platicar ahora. Tres veces había estado en Jerusalén y cruzado buen golpe de ríos extranjeros. Asimismo había ido a Roma, Boloña, Santiago de Galicia y Colonia, y era por tanto ducha en caminatas. Tenía los dientes grandes y separados. Montaba con desenvoltura su jaca, se cubría con un sombrero ancho como una rodela, rodeábale un manto las amplias caderas y ceñía aguzadas espuelas en los pies. Sabía reír y platicar con desenfado y debía ser docta en remedios de amor, pues no ignoraba las antiguas reglas de ese arte.

Acompañábanos un pobre párroco, rico en santos pensamientos y obras. A más era instruido y predicaba con puntualidad el Evangelio de Cristo, enseñando devotamente a sus feligreses. Era diligente y bondadoso y sabía sufrir el infortunio con paciencia, según en muchas ocasiones había demostrado. No gustaba de excomulgar a nadie por falta de pago de diezmos, y a buen seguro hubiera preferido socorrer con los dineros de la Iglesia, y aun con los suyos propios, a las gentes pobres de su parroquia, pues él con poco se satisfacía. Era su jurisdicción extensa y de casas muy separadas, mas él, así lloviera o tronase, no dejaba de visitar a los desgraciados o enfermos, caminando siempre a pie y apoyado en un báculo. Daba a las ovejas de su grey el mayor de los ejemplos: obrar primero y adoctrinar después. En ello ateníase al Evangelio y aun añadía este dicho: ¿No se enmohecerá el hierro si se enmohece el oro? Esto es, si un sacerdote en quien los demás confían, obra mal, no ha de asombrar que el ignorante se pervierta. A más, que es oprobioso que esté sucio el pastor y la oveja limpia. Porque el sacerdote debe, con su pureza, señalar cómo su grey ha de vivir. Jamás dejaba su curato a substitutos ni sus ovejas atolladas en el fango; ni marchaba a San Pablo, de Londres, para buscar alguna misa de difuntos; ni se acogía a ninguna comunidad religiosa, pues teníase por pastor y no por hombre a sueldo. Empero, aunque fuese santo y virtuoso, no era inflexible con el pecador, ni hosco o despectivo en sus expresiones, sino que daba consejos discretos y benignos. Procuraba atraer a la gente al camino del cielo con el buen ejemplo de su vida honrada, mas si daba con algún obstinado amonestábale severamente, sin reparar si era de condición alta o humilde. En verdad, no me parece que pueda hallarse mejor clérigo en parte alguna. No ansiaba ganar reputación ni honores, ni era mojigato, sino que predicaba la doctrina de Cristo y de sus Apóstoles y él era el primero en practicarla.

Le acompañaba su hermano, un labrador, que había llevado en su vida muchas carretadas de estiércol y que era hombre probo y laborioso, viviendo en buena paz y caridad. Amaba siempre y primero a Dios, tanto en el dolor como en la ventura, y después a su prójimo como a sí mismo. Y por amor de Cristo ayudaba a los pobres, trillándoles, arándoles y cavando sus tierras y no percibiendo salario mientras le era posible. Pagaba puntual y honradamente sus diezmos, tanto en dinero como en trabajo. Vestía un tabardo y montaba una yegua.

A más de todos éstos había en el grupo un mayordomo, un molinero, un alguacil eclesiástico, un bulero, un administrador de colegio, yo y nadie más.

Era el molinero un vigoroso rústico, recio de miembros y grande de huesos, tanto que siempre ganaba en las luchas el carnero que como premio se daba. Tosco, rechoncho y de hombros macizos, parecía muy capaz de arrancar una puerta de sus goznes o de quebrarla de una cabezada. Tenía la barba rojiza como el pelo de una cerda o de una zorra, y ancha como una pala. De una verruga que ostentaba en el extremo de la nariz le surgía un mechón de pelos tan bermejos como los de las orejas de un cochino; los orificios de su nariz eran negros y dilatados y su boca tan grande como la de un horno. Usaba estoque y broquel, y era charlatán, chocarrero y desvergonzado. Robaba el trigo como agua y cobraba tres veces el valor de sus moliendas; con todo era experto en su profesión. Vestía ropas blancas y caperuza azul. Tocaba bien la gaita y al son de ella salimos de la ciudad.

El gentil administrador, que lo era de un colegio de jurisperitos, podía a buen seguro, dar ejemplo a sus abastecedores, enseñándoles a cobrar con destreza cuando compraban mercancías. En efecto, igual si traficaba pagando al contado que si adquiría haciendo señal en la tarja, siempre estaba atento al género y sabía conseguir lo más barato y mejor. Y adviértase que es maravilla que hombre tan ignorante tuviese mayor seso que toda una corporación de sabios. Porque eran treinta aquellos a quienes servía, todos expertos en leyes, y no menos de una docena hubiesen sido capaces de administrar las rentas y propiedades de cualquier magnate de Inglaterra, haciéndole vivir dignamente de sus bienes y sin deudas, salvo que le faltase la razón o se le antojara subsistir con miseria. Asimismo, aquellos hombres doctos habrían sabido servir a todo un condado en cualquier lance que pudiera acaecer; y, sin embargo, su administrador hacía mangas y capirotes de todos ellos.

El mayordomo, hombre cetrino y colérico, iba muy esmeradamente rasurado, con el pelo recortado sobre las orejas y el cráneo con tonsura, como el de un clérigo. Sus piernas eran flacas y largas como palos, sin señal de mollas. Lo mismo administraba un granero que un arca de caudales, y no le aventajaba en ello contador alguno. Era diestro en calcular, según la sequía o la lluvia, cuánto grano podían producir las cosechas. Atendía la hacienda de su señor desde que éste cumpliera los veinte años, y gobernaba sus ovejas, vacas, caballos, cerdos y volatería, así como la lechería y la despensa. Nadie tenía con él cuentas atrasadas, y no había mayoral, pastor o labrantín cuyas tretas y engaños no conociese, por lo que todos le temían como a la muerte misma. Poseía una

galana casita en un brezal, a la sombra de verdes árboles y, como podía comprar mejor que su amo, estaba, en secreto, muy bien provisto de todo. Sabía agradar a su señor; a veces le hacía préstamos que de los propios dineros del señor sacaba, y todo esto le era muy agradecido y, en ocasiones, le valía el regalo de un buen traje y capucha. Había aprendido en su mocedad la carpintería y era oficial de mérito en su profesión. Cabalgaba un buen semental tordillo, cubríase con un gabán de paño azul y ceñía una espada herrumbrosa. Vivía en un lugar que llaman Baldeswell, en Norfolk. Llevaba las ropas arremangadas, a usanza frailuna y siempre marchaba el último de nuestra compañía.

Un alguacil eclesiástico iba con nosotros. Tenía los ojos pequeños y su rostro, por lo granujiento, resultaba encarnado como el de un querube. Era ardiente y lascivo como un gorrión, peinaba rala barba y ásperas cejas negras, y en suma tal era su catadura que los niños se espantaban mirándola. No había litargirio, mercurio, azufre, bórax, albayalde, aceite tartárico ni ungüento capaces de curar las úlceras y granos de sus mejillas. Gustábanle mucho el ajo, la cebolla y el puerco, y cuando siguiendo su inclinación, bebía vino tinto y fuerte, dábase a hablar y vociferar como un loco. Y era lo mejor que, estando beodo, nunca hablaba palabra que no fuese en latín. Muy pocas sentencias latinas sabía (quizá sólo dos o tres, que debía de haber leído en alguna decretal), mas nadie ignora que cualquier cotorra puede decir «hola» tan bien como el Papa. Pero si alguien le interrogaba sobre otra cosa, quedaba entonces agotada su filosofía y sólo acertaba a clamar: «Questio, quid juris?». Mas, aunque libertino, era indulgente y benévolo y camarada de los mejores, tanto que a cambio de media azumbre de vino habría cedido su concubina a cualquier amigo, y aun dejádosela doce meses sin quejarse. Por ende, sabía desplumar a los bobos muy lindamente. Y cuando hablaba con un buen amigo, aconsejábale no temer las maldiciones de los arcedianos, y decía que tal maldición no podía dañar el alma de un hombre, salvo si esa alma estaba en su bolsa, pues la bolsa, decía él, era el infierno del arcediano.

Mas yo sé, en verdad, que aquel alguacil mentía, y me consta que todo culpable ha de temer la excomunión (la cual mata, del mismo modo que la absolución salva) y librarse de incurrir en el «Significavit». Tenía este hombre amedrentadas a las mozas de su diócesis, y por ello le contaban sus secretos y tomábanle siempre por consejero. Y, para terminar, diré que se había coronado la

cabeza con una guirnalda grande como ramo de cervecería, y que llevaba una gran hogaza a guisa de broquel.

Iba con él un gentil compadre y amigo suyo, natural de Roncesvalles y bulero de oficio. Tornaba este bulero de la corte de Roma, y a la sazón cantaba a gran voz: «Ven conmigo aquí, amor mío». Acompañábale el alguacil con tono poderoso y profundo, y a fe que nunca sonó trompeta alguna con la mitad de fuerza que sus voces. Tenía el vendedor de indulgencias los cabellos amarillos como la cera y le caían, a manera de guedejas de lino, en bucles sobre los hombros. Nunca se ponía la caperuza, sino que la guardaba en la alforja. Se ataviaba con mucho primor, llevaba el cabello al viento y en lo alto de la cabeza ostentaba un gorro diminuto, donde había cosido una Verónica. Sus ojos brillaban como los de una liebre. En su morral, que llevaba pendiente del cuello del caballo, había abundancia de indulgencias recién salidas del horno, porque acababan de llegar de Roma. Tenía aquel hombre la voz tan fina como una cabra y era barbilampiño, de manera que siempre parecía afeitado de poco atrás. Y su montura era, a lo que recuerdo, un caballo capón o acaso una yegua. Mas en punto a su oficio ha de decirse que no había bulero como él desde Berwick a Ware. Pues conviene saber que guardaba en su morral un almohadón que decía ser el velo de Nuestra Señora; y un fragmento de la vela que usaba San Pedro para navegar antes de que le convirtiese Cristo, y una cruz de latón incrustada de pedrería, y muchos huesos de puerco en un vaso. Si topaba con algún buen párroco de aldea, sacaba al cuitado en un día, con aquellas reliquias, más de lo que el cura ganaba en dos meses. Y de esta manera el bulero hacía mofa, con sus lisonjas y ardides, de los sacerdotes y de la gente común. Empero, era en lo demás clérigo digno, sabiendo leer bien las epístolas e historias de santos, y asimismo cantar un ofertorio. Y en esto ponía especial esmero, porque tras de sus canciones había de predicar para expender sus bulas, y ello exigíale buenas palabras, de manera que cantaba siempre con acento fuerte y donoso.

Ya he relatado con sucintas y pocas palabras cuáles eran la condición, atuendo y número de aquella compañía, y por qué iban a reunirse en Southwark y en la gentil hostería del Tabardo, no lejos de Bell. Debo ahora decir lo que hicimos aquella noche, después de juntarnos en la posada, y más adelante describiré nuestro viaje y peregrinación. Sólo que antes he de solicitar de vuestra cortesía que me hagáis merced de perdonarme si expreso con

propiedad y justeza las razones y discursos que luego se cambiaron, y os ruego que no atribuyáis a villanía mía el deciros las palabras de los peregrinos tal como las pronunciaron ellos. Porque bien sabe el lector, como yo lo sé, que quien ha de contar lo que contó otro, debe repetir con fiel exactitud sus expresiones, así fueren soeces y licenciosas, pues, si no, falsearía el relato; ora inventando cosas, ora rebuscando dichos nuevos. Mas esto no ha de ser así; que el propio Cristo habla en las Santas Escrituras muy claramente. Y como dice Platón a quienes le entiendan, las palabras deben ser primas de los hechos. Igualmente quiero se me excuse el no haber enumerado a las personas según su calidad, pues bien advertirá el lector cuán exiguo es mi discernimiento.

En fin, diré que el hostelero nos acogió con mucho contento a todos, y luego nos sirvió de cenar, ofreciéndonos las vituallas que tenía. A fe que su vino era recio y gustoso. Y respecto al ventero mismo, parecióme hombre de chapa, muy capaz de ejercer la mayordomía de un palacio. Era fornido, vivo de ojos, resuelto en palabras, discreto, bien enseñado y nada cobarde. No había en todo Chepe burgués tan cumplido. A más de lo cual, era donairoso, y luego que cenamos y le pagamos nuestras cuentas, diose a bromear y hablarnos con desenfado, y razonó de esta manera:

—Cordial y sincera bienvenida os doy, señores míos; que nunca en verdad he visto en mi posada mejor compañía que la que hoy está aquí. Placeríame ofreceros algún entretenimiento; y por cierto que ahora se me ocurre uno que os satisfará y no os costará nada. Todos vosotros vais a Canterbury, y yo deseo que Dios os ayude y el bienaventurado mártir os lo recompense. Sé, además, que os proponéis platicar y divertiros por el camino; pues a nadie le cuadra cabalgar callado como una piedra. Y para remediar esto, dígoos que os sometáis a mi mandato y hagáis lo que yo os aconseje, y de tal manera os prometo por el alma de mi padre, que en gloria esté, que mañana andaréis alegres, y córtenme la cabeza si miento. No se hable más, sino alce la mano quien se hallare conforme.

No nos paramos en consultarnos, por parecernos superfluo, y así le exhortamos a que expresara luego lo que quisiera.

—Entonces —dijo el mesonero— escuchadme, señores, poned atención y no me desairéis. Mi propuesta es, en cortas palabras, que cada uno de vosotros, para sobrellevar mejor el camino, relate dos cuentos a la ida y dos a la vuelta de Canterbury. Y quien de todos contare historias más placenteras e instructivas, será premiado,

al retorno, con una cena que todos los demás pagarán y se adobará aquí mismo. Por ende, yo aumentaré el entretenimiento yendo con vosotros a mis expensas y sirviéndoos de guía. Quien se opusiere a mis decisiones, cargará con cuanto se gaste en el viaje; y si todos sois conformes en que ello se hiciere así, decídmelo al momento y mañana por la mañana me tendréis preparado.

Admitióse la oferta con algazara, prestamos promesa de cumplir lo acordado e hicímosle que la prestara él, y le dijimos además que fuera gobernador de nuestra compañía y juez y árbitro de nuestros cuentos, como también que él mismo señalase el coste de la susodicha cena, pues nosotros acatábamos su resolución sin protesta. Tras esto trájose vino, bebimos y nos fuimos a nuestras cámaras.

Con el alba se levantó el hostelero y nos sirvió de gallo, reuniéndonos luego en un grupo y encaminándonos, al paso largo, hacia el abrevadero de Santo Tomás. Llegando aquí, paró el patrón su montura y dijo:

—Haced, señores, la merced de escucharme. Vuestro compromiso sabéis; no vayáis a olvidarlo. Menester es que se cumpla a la mañana lo que se ofreció la víspera: veamos, pues, quién relata el primer cuento. Así no vuelva yo a catar cerveza ni vino si quien se alzare contra esta decisión no pagará cuanto se gaste en el viaje. No se siga camino antes de echar suertes, y empiece su cuento aquel que saque la paja más corta. Y, pues tal es mi acuerdo, venid aquí, señor caballero, amo mío, y probad vuestra fortuna. Acercaos también vos, señora priora. Y vos, señor estudiante, dejad vuestra timidez y vuestros estudios, y venid. Ea, traed acá la mano todos.

Cada uno ensayó su suerte, y quiso el destino o el azar que recayese la paja más corta en el caballero. Todos quedaron satisfechos, y él hubo de narrar su cuento, según debía, pues así se había estipulado. Viendo, pues, aquel digno señor que correspondíale cumplir lo que libremente ofreciera, obró como leal y prudente, y dijo:

—Ya veo que yo debo comenzar, loado sea Dios. Vayamos, pues, cabalgando, y atendedme.

Todos emprendimos el camino y el caballero, con afable semblante, principió a explicar lo que se dirá ahora.

CUENTO DEL CABALLERO

Narran antiguas historias que en otro tiempo gobernó la ciudad de Atenas un su duque y señor, llamado Teseo, conquistador tan emérito que no había entonces ninguno tan grande como él bajo la capa del Sol. Después de que sometió muchas y opulentas comarcas, acabó, por su talento y caballería, conquistando el reino de Feminia, que antaño denominábase Escitia; y allí casó con la reina Hipólita, a quien con mucha honra y solemnidad llevó a su tierra. Acompañábales Emilia, hermana de Hipólita, y con ellas cabalgó el noble duque hacia Atenas, entre victorias y melodías, al frente de su hueste en armas.

De no ser demasiado prolijo de contar, aquí os relataría cómo Teseo ganó el reino de Feminia con su caballería; y la reñida batalla que libraron los atenienses con las amazonas; y cómo Hipólita, brava y bella reina de Escitia, fue solicitada; y la fiesta de bodas, y la gran tempestad que hubo de regreso al país de Teseo. Mas callaré estas cosas, que el tiempo apremia y tengo que arar mucho campo con floja yunta. Aún queda buena pieza del cuento y a nadie quiero retardar en su etapa, pues cada uno ha de narrar su historia para que se vea quién gana la cena. De manera que torno a donde quedé, y digo que estando ya el duque a punto de llegar a su ciudad con felicidad y gran fausto, vio a un lado del camino muchas mujeres enlutadas que, arrodilladas por parejas unas detrás de otras, proferían tales clamores y lamentos que nadie oyó nunca en este mundo otros semejantes. Y las mujeres, sin cejar en sus vociferaciones, asieron las bridas del caballo del duque.

—¿Quiénes sois y por qué turbáis la alegría de mi regreso con esos sollozos? —dijo Teseo—. ¿Clamáis y lloráis por envidia

de mi gloria? ¿O alguien os infirió ultraje? Decidme, si así es, si os lo puedo remediar, y explicad el motivo de vuestros lutos.

Habló la más anciana de las mujeres y dijo con voz tan quebrada y tan abatido semblante que daba compasión mirarla y oírla:

—No nos duele, ¡oh, señor, a quien la suerte favoreció con la victoria y la conquista!, tu gloria y tu honra, sino que te impetramos piedad y amparo. Socórrenos, ¡infelices mujeres que somos!, con tu clemente bondad. Porque sabed, señor, que entre todas nosotras no hay una que no haya sido reina o al menos duquesa, pero ahora, por ardides de la fortuna y de su engañosa rueda, que en ninguna condición asegura la dicha, hemos caído en gran aflicción. Quince días hemos esperado en el templo de la diosa Clemencia, sin más fin que acudir ante ti y pedirte auxilio, pues en tu poder tienes el hacerlo. Yo, cuitada de mí, a quien ves en estos llantos y lamentos, esposa fui del rey Capaneo, muerto en Tebas en aciago día. Y todas las demás de nosotras son también viudas y perdieron a sus maridos en el asedio de aquella ciudad. Pero es lo peor que el viejo Creón, tirano de la ciudad de Tebas, impelido por su rencor, iniquidad e ira, ha querido ultrajar los cadáveres de nuestros esposos y señores y, haciendo una pila con ellos, los ha dejado para que los canes los devoren, sin permitir que nadie entierre ni incinere esos cuerpos muertos.

A esto, todas las demás damas se postraron en tierra, lamentándose:

—¡Ten piedad, señor, de estas infortunadas mujeres, y no cierres tu ánimo a nuestra cuita!

Cuando las hubo oído, el duque se apeó, sintiendo el corazón desgarrado al ver en tal tristeza y desfallecimiento a señoras tan principales. Hizo levantar con sus propias manos a todas y las confortó con muchos extremos, jurándoles por su honor de caballero vengarlas y castigar de tal suerte al tirano Creón, que toda Grecia supiera cómo Teseo había aplicado a Creón la muerte que merecía. Y, sin dilación, mandó desplegar banderas y encaminóse a Tebas con toda su hueste. No quiso llegarse a Atenas, ni a caballo ni a pie, ni descansar siquiera la mitad de un día, sino que, enviando a Atenas a Hipólita, con su joven y galana hermana Emilia, él siguió marchando hacia Tebas.

Sobre su bandera blanca campeaba, resplandeciente, la figura encarnada de Marte, armado de lanza y escudo, y junto a la blanca bandera se veía el rico pendón dorado donde estaba pintado el

Minotauro a quien Teseo diera muerte en Creta. Y con tal aparato y al frente de su ejército, donde se alineaba la flor de la caballería, llegó el conquistador ante Tebas y puso pie a tierra en un campo donde contaba pelear.

Mas, por amor de la concisión, sólo diré que Teseo combatió con Creón, tirano de Tebas, matándole en noble y caballerosa lucha y ahuyentando a sus hombres. Luego entró en la ciudad por asalto, demolió murallas, tablados y armazones y devolvió a las cuitadas damas los cuerpos de sus esposos, para que les hiciesen los honores fúnebres que se usaban en aquellos tiempos. Prolijo fuera contar cuántos llantos y duelos alzaron las mujeres mientras los cadáveres se incineraban, y así no lo relataré, ni tampoco los agasajos con que Teseo se despidió de aquellas señoras, pues es mi propósito hablar sin extenderme.

Luego de que el digno duque Teseo hubo matado a Creón y conquistado Tebas, sentó allí sus reales durante la noche e hizo con el territorio lo que le plugo.

Tras tanta destrucción y contienda, empezaron los soldados a remover los montones de cadáveres, para despojarles de sus armas y ropas. Y entre los muertos hallaron, juntos, a dos caballeros jóvenes, de ricas armas igualmente labradas, y ambos sangrientamente acribillados de cruentas heridas, al punto de que no cabía decir si se encontraban aún vivos o ya muertos. Llegaron heraldos, y por las armaduras y arreos de los caballeros vieron que eran de la casa real de Tebas e hijos de dos hermanas. Y llamábanse los mancebos Arcites y Palamón. Los soldados retiraron a los primos de entre los cadáveres y los condujeron con toda cortesía a la tienda de Teseo, quien mandó encerrarlos en una prisión de Atenas, disponiendo que no se tomara por ellos rescate alguno.

Y luego el noble duque congregó sus huestes, volvióse a su tierra, coronado de laureles, y habitó en Atenas, con paz y honor, toda su vida. Entre tanto, cautivos en una torre, fuera del alcance de cualquier rescate, doloridos y acongojados, moraban siempre Arcites y Palamón.

Corrieron los días y los años, y una mañana de mayo, Emilia (que era tan hermosa como el lirio en su verde tallo y más lozana que las flores de la primavera, al punto de competir su rostro con la rosa) levantóse y vistióse, según acostumbraba, antes de rayar el día. Pues mayo es enemigo de la nocturna pereza y hace salir de su sueño a todo corazón puro, exigiéndole que se alce para tributarle homenaje.

Eso hacía Emilia y por ello se levantaba a rendir homenaje a mayo. Vestía ropas sutiles y ornaban su espalda rubios cabellos, recogidos en una trenza del tamaño de una vara. Mientras salía el Sol, corría la doncella por el jardín, cortando flores blancas y bermejas para enguirnaldarse las sienes, y entre tanto, cantaba con la voz de un ángel del cielo.

La robusta y maciza torre que servía de prisión a los dos caballeros de que os hablé y os pienso seguir hablando, formaba un bastión principal del castillo y comunicaba con la muralla del jardín donde retozaba Emilia. La mañana era despejada y brillante el Sol, y Palamón, el infeliz cautivo, había despertado ya y, autorizado por su guardián, paseaba por una de las habitaciones más altas, tanto que desde allí cabía ver toda la gran Atenas y el jardín, engalanado de verdes frondas, donde la gentil Emilia se solazaba.

Mientras el angustiado Palamón paseaba por el aposento, volviendo sobre sus pasos una vez tras otra deplorando mil veces su desgracia y el haber nacido, sucedió, ya fuese casualidad o destino, que a través de las gruesas rejas de la ventana, tan cuadradas como vigas, percibió a Emilia en el jardín. Al punto retrocedió el caballero, prorrumpiendo en un lamento tal como si le hubiesen traspasado el corazón. Oyéndolo Arcites, fuese a él prestamente y le preguntó:

—¿Qué tienes, primo mío, que has palidecido como un difunto? ¿Por qué gritaste y quién te causó mal? Lleva, por Dios, nuestra prisión con paciencia, que, pues nos la ha deparado la fortuna, no tiene remedio posible. Alguna maligna posición de Saturno respecto a otra constelación nos ha traído esto, pese a nosotros. ¿Qué nos queda hacer sino aceptar la suerte que los astros, al nacer, nos reservaban?

A lo que Palamón repuso:

—Te engañas, primo mío. No grité pensando en la prisión, sino porque acabo de recibir en mi corazón, mediante mis ojos, una herida mortal. La hermosura de una doncella que he visto recreándose en el jardín ha sido la causa de mi suspiro y pena. No te puedo decir si es diosa o mujer, pero a mí me parece la misma Venus.

Y con esto cayó de rodillas, exclamando:

—¡Oh, Venus! Si te plugo transmutarte de tal modo en ese jardín ante mí, que tan triste y desvalida criatura soy, pídote que nos ayudes a salir de este encierro. Mas si es voluntad divina

que yo haya de morir aquí, compadece, Venus, nuestro linaje, que de tal guisa ha humillado la tiranía.

Minertas Palamón hablaba, Arcites había empezado a contemplar a la dama, y tanto le impresionó su singular belleza que se sintió aún más traspasado que Palamón, y dijo, exhalando un doloroso suspiro:

—La lozana hermosura de la mujer que en ese jardín pasea me ha matado. Si no logro sus gracias y favores, si no puedo verla más, seguro es que moriré.

Palamón, oyéndole, se arrebató y dijo:

—¿Por ventura te chanceas, primo?

—No me chanceo —respondió Arcites—. Así Dios me ayude como no me mofo.

Palamón arrugó el entrecejo y adujo:

—Ser conmigo traidor y falso no redundaría en tu honor, pues que soy tu hermano y tu primo y entrambos nos hemos jurado solemnemente no oponernos el uno al otro en cosa alguna, ni aun en amor, y ello incluso a costa de tortura y durante tanto tiempo como viviésemos. Y dijimos también que tú me favorecerías en toda coyuntura y yo a ti de la misma manera, lo que no osarás desmentir, pues tal fue lo que juramos. Empero, quisieras ahora disputarme a esa dama a quien yo amo y honro, como lo haré mientras mi corazón no deje de latir. Mas te digo, engañoso Arcites, que no te consentiré obrar así. Yo he amado primero a la dama y te confié mi pena para pedirte consejo y socorro como a hermano juramentado. Como caballero, estás obligado a socorrerme con todo tu poder. Cuando no, te tengo por felón.

—Más felón eres tú que yo, pues de corazón te digo que la felonía está en tu naturaleza. Yo he querido a esa dama antes que tú «par amour». En cambio, tú, ¿qué puedes pretender cuando todavía no sabes si ésa es mujer o diosa? Tú eres de índole inclinada a la santidad; yo de índole inclinada al amor, y por ello te he contado mi pasión como a primo y hermano. Pero, aun en el supuesto de que tú hayas amado antes a esa doncella, ¿cómo no sabes que con el enamorado no rigen leyes, según dijo, con razón, un docto escritor antiguo? A fe que el amor es la ley mayor que puede el hombre tener en el mundo, y de aquí que la ley regular y cualesquiera otras disposiciones sean burladas por el amor siempre. Ama el hombre sin que en ello tenga parte su voluntad, no puede rehuir el amor ni a costa de la muerte, y no deja de amar porque el objeto de su amor sea casada, doncella o viuda. Además,

no es verosímil que ni tú ni yo alcancemos nunca los favores de esa dama, ya que no ignoras que nos hallamos condenados a prisión de por vida, sin esperanza de rescate. Estamos haciendo como los dos perros que se disputaron un hueso todo un día y al cabo llegó un milano y cargó con el hueso mientras ellos porfiaban. Así, hermano, no olvides que en la corte del rey, cada uno mira por él; y basta. Ama a esa mujer si te place, que yo haré siempre lo mismo. Y no hablemos más, querido hermano. Piensa que hemos de seguir en esta torre y cada cual ha de aceptar su destino.

Aún discutieron mucho más, pero no tengo tiempo de relatar sus razones y prefiero ceñirme a los hechos y narrar mi historia tan sucintamente como pueda.

Un día, cierto noble duque llamado Perithous, amigo de la niñez del duque Teseo, fue a visitar a éste en Atenas, según acostumbraba, porque eran ambos los dos mejores amigos del mundo, al extremo de que, cuando el uno murió, el otro fue a buscarle a la región inferior, según rezan los antiguos libros. Mas no hablaré ahora de esa historia. Perithous amaba mucho al joven Arcites, por haberle conocido en Tebas hacía luengos años y, habiendo intercedido por él, Teseo accedió a sacar al tebano del encierro, sin rescate, autorizándole a ir donde quisiera, bajo condición de que jamás entraría en territorio de Teseo, ni de día ni de noche, porque entonces sería decapitado a filo de espada. De manera que sólo quedaba al mancebo el recurso de alejarse y andar precavido, pues que su garganta respondía del cumplimiento de su pacto.

¿Quién podría pintar la aflicción de Arcites cuando supo a qué precio ganaba su libertad? Lloró, quejóse, gimió y hasta quiso matarse. Todo el día pasaba diciendo:

—¡Maldito sea el día en que nací! Peor va a ser ahora mi destino; que ya no moraré en el purgatorio, sino en el infierno. ¿Por qué, ¡ay de mí!, habré conocido nunca a Perithous? De no conocerlo, hubiera yo continuado en la prisión de Teseo, y hubiese sido venturoso sólo con la vista de aquella a quien amo, aunque nunca pudiese obtener sus favores.

Y luego, pensando en su primo, continuaba:

—¡Ah, Palamón, victorioso eres en esta aventura! ¡Afortunado tú, que sigues en la prisión! Pero, ¿qué digo prisión, cuando es paraíso? A fe que buena treta me ha jugado la fortuna: heme ausente de mi amada y hete tú con ella ante los ojos. De esta manera, teniéndola cerca y siendo caballero digno y meritorio, acaso cualquier veleidad de la suerte te permita satisfacer tus anhelos, mientras yo me veo en destierro y sin gracia, tan desesperado, en fin, que ni el agua, ni el fuego, ni la tierra, ni el aire, ni cosa alguna que de estos elementos se derive, pueden ofrecer remedio a mi mal. Destinado estoy a morir de dolor y abandono. ¡Oh, mi vida, mi alegría y mi consuelo, adiós! ¡Cuán injustamente se lamentan los hombres del cielo o del destino, que tan a menudo les dan, empero, harto más de lo que ellos pudieran imaginar nunca! Este aspira a riquezas y ellas causan su muerte o dolencia grave; tal otro ansía librarse de la prisión y es en su casa muerto por sus domésticos. Nunca sabemos en este mundo lo que deseamos, y esto es raíz de infinitos males. Pásanos lo que al beodo que, sabiendo dónde está su casa, no da con el camino, que le parece incierto. Buscando con ahínco la dicha, a menudo nos extraviamos, y así me sucede a mí, que creía vivir alegre y feliz si me librara de la torre, y ahora, librándome, me veo exilado de mi ventura. ¡Ay, Emilia! Muerto soy si he de dejar de verte.

Por su parte, Palamón, cuando Arcites hubo quedado libre, entregóse a tantos duelos que la torre retumbaba con sus sonoras lamentaciones. Y tan amargas y salitrosas lágrimas lloraba, que hasta ablandó las gruesas cadenas que sujetaban sus tobillos.

—¡Ay, Arcites, primo mío! —se quejaba—. ¡Bien sabe Dios que al fin venciste en nuestra porfía! En Tebas estás ahora, en plena libertad, y harto poco piensas en mi dolor. Y, como eres valeroso e inteligente, cábete juntar a nuestros deudos todos y hacer a esta ciudad tan cruenta guerra que acabes logrando, por azar o pacto, tener por esposa a aquella por quien yo debo necesariamente perder la vida. Mucha es tu ventaja sobre mí, que eres libre y dueño de ti, mientras yo me pudro en una mazmorra. En verdad que la congoja de mi prisión y la de mi amor me harán no cejar en mis lamentos mientras exista.

Y en esto el fuego de la cruel envidia rasgó su pecho, adueñándose de su corazón con tanta vehemencia que lo redujo a cenizas frías y muertas. Y por ello prorrumpió en las siguientes razones:

—Dioses crueles que gobernáis este mundo y en láminas diamantinas inscribís vuestras decisiones eternas, decidme: ¿en qué es más dichoso el género humano que el rebaño refugiado en el aprisco? Mátase al hombre igual que a una bestia cualquiera, y amén de ello se le somete a prisiones, contrariedades y dolencias, muchas de ellas, ¡oh, dioses!, sin culpa alguna. ¿Qué ley rige esto y atormenta al limpio de mancha? Pero aún me enoja más ver que

el hombre debe inclinarse ante los dioses y olvidar su propia voluntad, en tanto que el animal puede satisfacer todos sus deseos. Además, luego de que una bestia muere ya no le espera sufrimiento alguno, y el hombre, a pesar de sus dolores en este mundo, puede hallar otros que sufrir en el venidero. El discernir por qué ello está ordenado así, cosa es que compete a los teólogos, pero por mí puedo decir que en esta vida se sufre en exceso. Y mientras hombres arteros o ladrones, que causaron el infortunio de gentes honradas, pueden campar por el mundo, heme yo aquí preso, porque de tal manera le plugo a Saturno y a la celosa y loca Juno, que ha exterminado casi toda la sangre de Tebas y destruido a la vez los robustos muros tebanos. En tanto, Venus hiéreme también por el otro lado, colmándome de celos y cuidados de Arcites.

Pero mientras así se deploraba Palamón en su encierro, tornaremos a ocuparnos de Arcites. Había pasado el verano, y las noches, con su mayor longitud, acrecían los tormentos del preso y del desterrado. No podría yo decir cuál de ambos estaba más afligido, pues si Palamón gemía bajo prisión y grillos perpetuos, Arcites veíase para siempre proscrito, so pena de su vida, de la tierra donde su dama moraba.

¿Cuál enamorado era más digno de lástima? ¿Arcites o Palamón? Uno podía mirar a su amada diariamente, mas sin salir de la torre; otro, dueño de andar por donde quisiera, no podía contemplar a su dama jamás. Dad vuestra opinión los entendidos, mientras yo prosigo en el relato que comencé.

Arcites, en Tebas, no hacía sino lamentarse y pensar que nunca más podría ver a su señora. Pero, por resumir en cortas palabras todas sus aflicciones, diré que nunca un mortal tuvo congoja más grande. Perdió el apetito y el sueño y quedóse flaco y seco como la varilla de una flecha. Sus ojos estaban hundidos y temerosos de ver y su piel cetrina y pálida parecía helada ceniza. Siempre andaba solo y no cesaba de quejarse en toda la noche. Cualquier música o canción le daban insoportables deseos de llorar y, en resolución, estaba tan decaído y cambiado, que nadie le hubiera reconocido. De manera tan versátil se conducía con las gentes que, víctima de Eros, parecíalo de la locura que los humores melancólicos producen en la porción del cerebro donde se elabora la fantasía. En resumen, hallábase transformado de pies a cabeza, tanto en carácter como en disposición.

Mas no hemos de platicar siempre de su dolor. Cuando había pasado en su Tebas uno o dos años de tan crudo tormento, una

noche, durmiendo, aparecíósele el dios Mercurio, quien le exhortaba a alegrarse. Empuñaba Mercurio el caduceo que dispensa el sueño y ceñía el petaso su luciente cabellera y, en una palabra, tenía el atavío (como Arcites lo pudo advertir) que mostrara cuando Argos se sumió en su sueño. Y el dios le mandó:

—Vete a Atenas, que ya está señalado el fin de tu desventura.

En oyendo estas palabras, Arcites, despertando, lanzóse fuera del lecho y se dijo: «Así me sucediera cualquier mal grave, no me retardaré en ir a Atenas. No me impedirá la muerte ver a mi amada, que en su presencia nada se me da morir».

Y así diciendo, contemplóse en un espejo y se le ocurrió que, pues tanto había cambiado su traza con la enfermedad padecida, bien podía, si iba a Atenas disfrazado de hombre humilde, vivir allí sin que le reconociesen y ver a su señora a su placer poco menos que todos los días.

Se quitó, pues, sus ropas y se disfrazó de labriego y fuese a Atenas por el camino más corto, sin que nadie le acompañase sino un servidor que conocía todos los secretos de su amo y a quien éste vistió tan humildemente como a sí mismo.

Llegó así a la corte y ofreció sus servicios como recadista y cargador de lo que le mandasen. Pero, por amor de la concisión, diré que se empleó con un chambelán de Emilia, porque Arcites era despejado y pronto averiguó quiénes la servían. Y, en colocándose, se ocupaba en cortar leña y acarrear agua, pues como joven y robusto que era, sabía hacer cualquier cosa que requiriese la ocasión.

Uno o dos años perseveró en este servicio, y al fin hiciéronle paje de la bella Emilia, quien le conocía por el nombre de Filostrato. Y en la corte era estimado como ningún otro de su condición. Por su noble carácter, ganó mucha reputación en la corte y todos decían que bien podía Teseo ponerle en lugar donde demostrara sus capacidades. Creciendo, pues, la fama de sus dichos y obras, Teseo tomóle como escudero, dándole oro con que pudiera mantener su nueva dignidad, aparte de lo cual tenía Arcites sus rentas propias, que cada año recibía en secreto de su país y que empleaba con tal decoro y sigilo que nadie sospechaba que las tuviese. Tres años pasó así, y su vida era tan ejemplar, tanto en tiempo de paz como de guerra, que a nadie quería Teseo más que a él.

Pero, dejando por ahora al feliz Arcites, veamos cuál era la suerte de Palamón. Siete años llevaba éste en prisión rigurosa y sombría, sin más alternativas que dolores y desgracias. Nadie pa-

deció nunca tanto como Palamón, de seguro, porque el amor le afligía tanto que acabó haciéndole perder el seso. Pensad que no estaba prisionero por unos años, sino para siempre. ¿Quién sabría describir su martirio? No yo, que no tengo fuerzas para ello, y por eso pinto su angustia tan sencillamente como puedo.

El séptimo año, y en la noche del tercer día de mayo (según afirman los antiguos libros que con más detalle narran esta historia), Palamón, ora por casualidad o por destino (que nada de lo que está determinado deja de suceder), pudo quebrar sus cadenas, auxiliado por un amigo, y se alejó a toda prisa de la ciudad. Había hecho beber a su guardián una mezcla de vino con narcóticos y opio tebano, y el hombre se adormeció de tal manera que nadie, zarandeándole, habría podido despertarle en toda la noche. Huyendo con toda la diligencia que le cupo, Palamón, al concluir la breve noche, ocultóse con cautela entre unos árboles que no lejos de un camino estaban. Pensaba pasar el día en la espesura y, después, llegando a Tebas, rogar a sus amigos que le ayudasen a combatir a Teseo, a fin de ganar a Emilia o morir en la demanda.

No conocía entonces Arcites cuán de cerca le acechaba la desgracia que la suerte le tendía. Y así, en la mañana gris aún, mientras la solícita alondra, heraldo del día, saludaba con sus cantos la luz que brillaba en oriente y secaba las plateadas gotas de rocío de las hojas, Arcites, escudero mayor de la corte de Teseo, había salido a contemplar la alegre alborada. Y, queriendo rendir homenaje a mayo y acordándose del objeto de sus afanes, saltó, ligero como el fuego, sobre un corcel y corrió hacia la campiña, pensando solazarse a alguna distancia de la corte. La casualidad hízole tomar el camino del bosque donde Palamón se ocultaba, porque quería componer una guirnalda de madreselvas y escaramujos. E iba cantando:

¡Salud, oh mayo, que en verdor abundas!
Tus ramos y tu flor dame jocundas.

Y con alegre corazón se internó por una vereda que cruzaba el bosque, y vino a parar donde estaba Palamón escondido y muy temeroso de que le persiguieran, para darle muerte.

Viendo a Arcites, no le reconoció, pero sabido es ha muchos años que los campos tienen ojos y los bosques oídos. De aquí que sea prudente para el hombre comportarse con discreción, porque siempre tropieza con quien menos espera. Y así Arcites no recordaba para nada a su primo, aunque éste, agazapado entre la maleza, estaba tan cerca de él que podía percibir todas sus palabras.

Cuando Arcites acabó su rondel, recayó en ese estado pensativo usual de los enamorados, que ora se sienten en la cumbre, ora en la falda y ora al pie del monte, subiendo y bajando tan de prisa cual cubo en pozo. Como sucede los viernes, en que tan pronto luce el sol como llueve a cántaros, así la veleidosa Venus cambia a su placer los corazones de sus servidores. Variable es su día (que rara vez se muestra igual todas las semanas) y variables las disposiciones de la diosa.

En acabando, pues, su canto, Arcites suspiró, sentóse y dijo:

—¡Triste día aquel en que nací! ¿Hasta cuándo, Juno cruel, piensas hostigar a la ciudad de Tebas? Arruinada está la sangre real de Anfión y de Cadmos, que fue quien edificó a Tebas y la gobernó como su primer rey. De su tronco y estirpe desciendo en línea recta, mas tan cuitado soy que he de servir de escudero a mi mortal enemigo. Y para que sea mayor la afrenta que me infiere Juno, ni aun con mi apellido de Arcites puedo nombrarme, sino que he de usar la indignidad de llamarme Filostrato. ¡Juno, Marte cruel! ¡Cómo vuestra ira ha destruido a todo mi linaje, no siendo yo y el infortunado Palamón que, preso de Teseo, padece en la torre! Y, para concluir de arrebatarme la vida, amor ha clavado su flecha en mi casto y condolido corazón de tal manera, que paréceme que antes estaba dispuesta mi muerte que tejidas mis primeras ropas. Porque tú, Emilia, me matas con tus ojos y serás la causa de mi muerte. A mis demás males les diera yo el valor de un grano de trigo con tal que me fuera hacedero ejecutar algo que te pluguiese.

Y, tras estas palabras, permaneció buen rato en meditaciones. Cuando al cabo se levantó, Palamón, que temblaba de cólera y creía sentir su corazón traspasado por glacial espada, no acertó a esperar más tiempo. Y, saliendo de la espesura, con el rostro pálido cual el de un muerto y descompuesto como el de un loco, clamó de esta manera:

—¡Ah, pérfido, traidor y malvado Arcites! ¿De modo que así amas a mi señora, por la que yo he sufrido tantas aflicciones y dolores? Empero, eres de mi sangre y habías jurado ayudarme, según repetidas veces te he recordado antes de ahora. Veo también que engañas al duque Teseo y sirves con él bajo falso nombre. Digo que tú o yo hemos de morir, y que no has de amar a mi señora Emilia, a quien amaré yo solo; que yo soy Palamón, tu

mortal enemigo. No tengo armas aquí, pues he huido de la torre por un azar, pero vuelvo a exhortarte que escojas entre morir o no amar a Emilia, de cuya disyuntiva no te dejo escapar.

Reconocióle Arcites y entonces, con airado corazón y temible fiereza, desnudó su espada y dijo:

—¡Por el Dios que en el cielo está te aseguro que de no encontrarte enfermo y fuera de tu seso por el amor, y a más sin arma alguna, no saldrías de este bosque sino muerto! Desde aquí rompo el pacto y promesa que afirmas hice contigo; que el amor es libre, como debes comprender, aunque loco, y yo amaré a Emilia pese a ti. No obstante, pues eres caballero y noble, si quieres disputarme mi amor en combate, mañana mismo vendré a este lugar trayendo armas para ti. Te dejaré elegir las mejores. Entre tanto, te daré esta noche comida, bebida y ropas con que abrigarte. Y si fueras tú el que mañana me matases, habré dejado de estorbar tu amor.

Repuso Palamón que aceptaba, y luego de cambiar ambos su palabra, se separaron hasta la mañana siguiente.

¡Oh, inexorable Cupido, rey que no admites quien contigo comparta tu mando! Bien se dice que poder y amor no aceptan de buen grado sociedad alguna. Véase, si se duda, el ejemplo de Palamón y Arcites. Este, volviendo a la ciudad en su corcel, preparó a la madrugada siguiente dos armaduras bien acondicionadas y, poniéndolas en el arzón de su caballo, volvió, solo como había nacido, al bosque, donde a la hora y en el sitio acordados, se encontró con Palamón.

Cuando se vieron, mudóseles el color a los dos. Como cazador de Tracia que, siguiendo al león o al oso, lanza en mano, le oye llegar a la carrera por la espesura quebrando ramas y pisando hojas, y piensa: «Aquí acude mi mortal enemigo. El o yo hemos de morir, pues yo pereceré si no le mato en acercándose a mi brecha»; como ese cazador, digo, así procedieron los dos primos y así se alteró su color cuando se distinguieron. Y, sin saludos ni cortesías, cada uno de ellos armó al otro amistosamente, cual si fuera su hermano. Luego, empuñando sus fuertes y agudas lanzas, se arremetieron con prodigiosa destreza. Palamón peleó como león de la selva y Arcites como tigre sanguinario. Heríanse como jabalíes, y como jabalíes arrojaban de sus fauces, en su cólera, blanquecina espuma, y de tal modo se acribillaron que la sangre les alcanzaba hasta los tobillos.

Pero dejemos en este punto su refriega y pasemos a Teseo. El destino, ministro general y ejecutor en todo el mundo de la

providencia de Dios, es tan potente que, así el hombre niegue o afirme tal o cual cosa, viene a suceder en un día lo que no ocurrió en mil años. Porque habéis de saber que en esta tierra todas nuestras miras, ya de guerra o de paz, de amor o de odio, están sujetas al examen de lo alto. Ved esto, si no. El poderoso Teseo tenía tal pasión por la caza, y sobre todo por la del ciervo en mayo, que siempre le hallaba el día ataviado y dispuesto para salir de cabalgata con monteros, trompas y jaurías. La caza le contentaba, y placíale rematar él mismo al ciervo atrapado, pues Teseo servía primero a Marte y después a Diana.

Según dije antes, era el día hermoso, y el feliz Teseo, con su bella reina Hipólita y la gentil Emilia, vestida de verde, salían a cazar en pomposo séquito. Tomó Teseo el camino que llevaba en derechura al bosque, donde le habían anunciado haber un ciervo. Llegó a un claro en el que solía verse al animal, cerca de un arroyuelo en que abrevaba. Pensaba el duque mandar hacer la batida con perros y, en acercándose al claro miró, protegiéndose los ojos con la mano contra el radiante sol.

Entonces columbró a Palamón y Arcites, que lidiaban rabiosamente como jabalíes, descargando reveses tan tremendos con las cortadoras espadas, que parecía cada tajo capaz de hendir un roble. No sabiendo quiénes serían aquellos hombres, picó el duque espuelas a su montura, púsose entre ambos y, desenvainando la espada, exclamó:

—¡Alto ahí, si no queréis perder la cabeza! ¡Por el poderoso Marte, que aquí mismo morirá quien otro golpe descargue delante de mí! ¿Quiénes sois vosotros, hombres osados, que así peleáis sin juez de campo, según se hace en buena liza?

—Señor —contestó Palamón al punto—, sobran aquí las palabras. Sé que los dos merecemos la muerte, pero somos dos infortunados cautivos y nuestras vidas nos embarazan pesadamente. Y, pues eres legítimo juez y nuestro señor, no albergues clemencia y mátame primero, por caridad, pero mata también a mi enemigo. Aunque acaso sea mejor que a él le mates primero, porque es Arcites, tu mortal enemigo, desterrado de tus dominios so pena de la vida, aunque luego ha vuelto a ellos con nombre de Filostrato. De esta suerte te ha burlado muchos años y tú has llegado a hacerle tu escudero. Sabe, señor, que Arcites ama a Emilia, y, pues ha llegado el día de mi muerte, quiero hacer aquí confesión, y te declaro que soy Palamón, que con ardides he huido de tu torre. Soy, pues, tu enemigo acendrado y tanto amo a la bella

Emilia que anhelo morir ahora mismo ante tus ojos. Júzgame, pues, y mátame, pero también a mi compañero, pues que merecemos la muerte los dos.

El noble duque respondió con presteza:

—Breve negocio es éste. Tus propios labios te condenan y tu confesión nos evita atormentaros con el cordel. ¡Por Marte poderoso y bermejo, os digo que vais a morir!

La reina, como mujer, empezó a llorar, y lo mismo Emilia y todas las damas de la comitiva. Pareciales que el caso merecía clemencia y que era aquél un inaudito lance, pues que entrambos caballeros eran de noble alcurnia y no combatían sino por amor. Por ende, veían sus anchas, sangrientas y dolorosas heridas y no había mujer, ya de condición noble, ya humilde, que no lo deplorara, diciendo:

—Compadécete de nosotras, señor, y ten misericordia.

Y, postrándose sobre sus desnudas rodillas, quisieron besar allí mismo los pies de Teseo, esperando que su ira se apaciguase, porque sabían bien cuán fácil entrada tiene la clemencia en los corazones magnánimos. De manera que el duque, venciendo la cólera que al principio le había arrebatado, reflexionó, con examen breve, el delito y causa del delito de ambos, y empezó a excusarlos en su mente, viendo que ninguno de los dos caballeros había hecho sino procurar remediar su amor en lo que podía y a la par libertarse de su prisión. Además, sintió pena de las mujeres, que seguían llorando con grandes voces y, meditando, se dijo: «¡Malhaya el caballero que no usa de piedad y tan fiero se muestra en actos y palabras con los arrepentidos y temerosos como los altivos e insolentes, obstinados en sostener lo que al comienzo afirmaron! Escaso criterio tiene quien en un caso así no distingue y del mismo modo juzga la soberbia que la humildad».

Y entonces, ya desvanecida su cólera, levantó al cielo sus ojos benignos, y dijo en alta voz las siguientes palabras:

—¡Ah, *benedicite,* y qué señor tan poderoso y grande es el dios del amor! No hay obstáculo que prevalezca contra su autoridad, y título de dios merece por sus milagros, pues que maneja a su antojo los corazones. He aquí que Palamón y Arcites, libres de la prisión y pudiendo vivir en Tebas según su alcurnia, vienen aquí, impelidos por el amor, a morir, pues que conocían que yo soy su mortal enemigo y tengo sus vidas en mi mano. ¿No es esto inmensa locura? ¿Hay alguien tan loco como un enamorado? ¡Mirad, por Dios vivo, de qué manera estos mozos se desangran!

¡Maravillosa gala es ésa! Así el amor, su señor, premia y recompensa su fidelidad. Y es lo más donoso del caso que la dama por quien ellos celebran esta fiesta tiene tantos motivos de agradecerles su cortesía como los tenga yo, porque no era más sabedora de los ardores de sus enamorados que lo pueden ser las liebres o los pájaros del bosque. En fin, todo se ha de experimentar, calor y frío, y no hay hombre que, ora de joven, ora de viejo, no pase por esa locura, como en mis tiempos pasé yo mismo. Conozco, pues, las penas del amor y cómo pueden influir sobre quien cae en sus lazos, y por tanto perdono del todo esta culpa según me lo piden la reina, arrodillada aquí, y mi buena cuñada Emilia. Juradme vosotros no hacer daño alguno a mi país, ni combatirme nunca de día ni de noche, sino ser mis amigos y valerme en cuanto podáis. Ea, os perdono por completo vuestro yerro.

Juraron ellos de buen grado lo que les solicitaba Teseo y se encomendaron a su caballerosidad y clemencia. Concedióles él su gracia y habló de esta suerte:

—Por lo que atañe a mi cuñada Emilia, razón de estos celos y batalla, bien sé que cualquiera de los dos merecéis, por vuestra estirpe y riqueza, casaros con ella, así fuese princesa o reina. Mas aunque combatierais hasta la consumación de los siglos, y por muy celosos y airados que os mostraseis, ella no puede casarse con ambos, y, en consecuencia, menester es que uno de vosotros se vaya con Dios. Voy, pues, a disponer de manera de que se resuelva vuestro destino. Oíd mi decisión y voluntad (a la que no consiento réplica alguna y que sois libres de aceptar o dejar): cada uno iréis libre, sin rescate y adonde os plegue, pero de aquí a cincuenta semanas contadas, compareceréis trayendo cada uno cien caballeros armados y dirimiréis, peleando, quién ha de poseer a Emilia. Yo empeño mi promesa de caballero y hombre leal, y digo que, cualquiera de vosotros que con sus cien hombres mate o arroje del palenque a su enemigo, recibirá a Emilia por esposa, pues que la fortuna le concederá tan notable favor. Se montará la liza en este sitio y Dios no se apiade de mi alma si no he de ser juez equitativo y honrado. Y no cejaré en ello mientras uno de vosotros no muera o quede vencido. Decid vuestra opinión, que quiero saber si os satisfago. Tal es mi decisión final, y aquí puede solucionarse vuestro destino.

¿Hubo alguien nunca tan dichoso como entonces lo fue Palamón? ¿Ni nadie cuyo ánimo se levantara tanto como el de Arcites? ¿Quién podría pintar el júbilo que allí sobrevino cuando Teseo

concedió tan razonable merced? Todos se postraron de hinojos y diéronle gracias de todo corazón y con toda energía, y muy en particular los dos caballeros tebanos. Los cuales, con el corazón gozoso y henchido de dulces esperanzas, pidieron licencia de partir y cabalgaron hacia Tebas, la de robustas y antiguas murallas.

Y ahora pienso que me acusaríais de negligencia si dejase de señalar los muchos gastos que hizo Teseo preparando regiamente la palestra. Nunca otra igual hubo en el mundo. Rodeaba la liza un pétreo muro, de una milla de contorno, y un foso la defendía por la parte de fuera. Dentro del muro, que era circular, se escalonaban graderíos hasta una altura de sesenta pasos, de manera que quienes miraran no impidiesen ver a los otros espectadores. Al Este se abría una puerta de blanco mármol y otra al Oeste, igual en todo. Nunca existió en la tierra cosa semejante y en tan reducido espacio; ni hubo en la región hombre entendido en geometría o aritmética, o en pintar o cincelar figuras, a quien Teseo no usase, dándole paga y sustento, para erigir aquel recinto. A efectos de celebrar ceremonias y sacrificios hizo construir junto a la puerta del Este un altar y un santuario destinados al culto de Venus, diosa del amor, y al Oeste otro templete y altar para el culto de Marte. Y esto le costó gran cantidad de oro. Al lado septentrional del muro mandó levantar Teseo, en honor de la casta Diana, un primoroso templete de blanco alabastro y encarnado coral.

Quiero explicaros ahora la traza de las esculturas, cuadros, pinturas e imágenes de aquellos templos. En el de Venus, esculpidos en las paredes, se veían los sueños interrumpidos, los suspiros desgarradores, las amargas lágrimas y las ardorosas caricias del deseo que afligen a los esclavos del amor. Y también sus juramentos, sus placeres y esperanzas, sus ansias y enloquecidos arrojos, y asimismo la belleza, la mocedad, la lascivia, la riqueza, la violencia, los filtros, los engaños, las lisonjas, las prodigalidades y las intrigas. Allí se veían los celos, coronados de amarillas caléndulas y con un cuco en el hueco de la mano, y también fiestas, instrumentos musicales, cantos, danzas, diversiones y lujos. Todas estas cosas propias del amor, con otras muchas que luego quiero seguir enumerando, aparecían pintadas en los muros en su orden debido. Se hallaba representado allí el monte de Citerea, donde tiene Venus su mansión y jardín, con todos sus deleites. No faltaban la ociosidad, su portero, ni el bello Narciso de antaño, ni la locura del rey Salomón, ni la prodigiosa fuerza de Hércules,

ni los cantos de Circe y Medea, ni Turno, el de esforzado y fiero corazón, ni Creso el rico, caído en esclavitud. Por todo lo cual podéis colegir que ni la belleza, ni la sabiduría, ni el vigor, ni la habilidad, ni el valor, ni la riqueza pueden medirse en autoridad con Venus, que dispone de todo ello a su capricho. Pues todos aquellos que mencioné fueron presos en las redes de la diosa y tanto sufrían que en su dolor exhalaban plañideras quejas. Con esos ejemplos bastan; pero a miles se podrían aducir.

La hermosa figura de Venus flotaba desnuda en el vasto mar, rodeada hasta el talle por las verdes y cristalinas olas. Empuñaba una cítara en la mano derecha y coronaba grácilmente sus cabellos una guirnalda de lozanas y aromadas rosas sobre las que revoloteaban varias palomas. Ante Venus hallábase su hijo Cupido, alado y ciego como se le suele pintar y con un arco y un carcaj de relucientes y buidas flechas.

¿Debo describiros también las pinturas que ornaban los muros interiores del templete del poderoso y bermejo Marte? Las paredes reproducían con sus imágenes las del helado y torvo paraje de Tracia donde tiene Marte su soberana mansión y su majestuoso templo.

Ante todo se veía una desolada selva, horra de animales y de hombres, llena de árboles viejos, retorcidos, secos y nudosos, de troncos puntiagudos y hórrida traza. Por aquellas arboledas corría un bronco fragor, tal que el de un temporal quebrantando las ramas. En la ladera de un monte cubierto de hierba se alzaba el templo del omnipotente Marte, templo todo él de hierro fundido, de zaguán largo y angosto y de amedrentadora apariencia. De él brotaban tan violentas ráfagas de viento que hacían crujir todos los portones. Por la abertura de éstos se veía la claridad de la aurora boreal, que otra cosa no podía ser, pues no había en los muros ventanas que consintieran acceso de luz alguna. Las hojas de las puertas eran de duradero diamante, reforzadas con entrecruzadas barras de hierro, y cada columna de las que sostenían el templo era también de hierro bruñido y gruesa como un tonel.

Allí se divisaban las tenebrosas conjuras del crimen, con todas sus tretas; la cruel ira, roja como una brasa; el latrocinio y el pálido terror; el adulador artero, con el puñal escondido bajo la capa; los establos incendiados y envueltos en negro humo; el traidor asesino que mata al que duerme; la guerra, destilando sangre de sus heridas; la refriega, de hoscas amenazas y bermejo cuchillo. Tétricos alaridos llenaban aquel lugar. El suicida yacía

bañado en la sangre de su propio corazón, hincado el clavo en la sien; en pie se hallaba la estertorosa muerte. En medio del templo, la desgracia exhibía su desalentado y dolorido semblante; reía la locura con estúpido furor; gentes descontentas se levantaban en armas; había tumultos y crueles entuertos; yacían en las espesuras cadáveres con la garganta cortada; veíanse asesinados a miles; tiranos con presas ganadas por fuerza, y ciudades reducidas a ruinas completas. También se veían naves quemadas, a la deriva; cazadores asfixiados por el abrazo de salvajes osos; cerdas devorando niños en sus cunas; cocineros abrasados a despecho de su largo cucharón; carreteros aplastados por las ruedas de sus carros. Nada se escapaba al influjo fatal de Marte. Bajo él estaban el barbero, el carnicero y el herrero, forjador de tajantes espadas en su yunque. Señoreándolo todo, campeaba la Victoria en una torre, y sobre su cabeza pendía, pendiente de hilo sutil, aguda espada. Allí podían contemplarse el asesinato de Julio, de Nerón el Grande y de Antonio. Porque, si bien es verdad que estos hombres, en aquel tiempo, aún no habían nacido, su muerte se figuraba ya allí, como presagio de Marte. Mas bastan estos ejemplos de las antiguas historias, pues no puedo referirlos todos, aunque quisiera.

Erguida en un carro aparecía la armada figura de Marte, de encendida mirada, cual la de un loco. Lucían sobre su cabeza dos estrellas que los manuscritos llaman Puella y Rubeus. A los pies del dios de la guerra había un lobo de ojos rojizos, devorando a un hombre, y toda esta escena se había trazado con primoroso pincel, en gloria y reverencia de Marte.

Y ahora quiero referiros, con razones tan lacónicas como pueda, cuál era la traza del templo de la casta Diana. Los muros estaban pintados, de arriba abajo, con escenas de caza y de pudorosa castidad. Allí se veía a la triste Calisto transformada en osa a causa de la ira que Diana concibió contra ella. Ya se sabe que luego Calisto se convirtió en la Estrella Polar, y nada más necesito añadir sobre esto. Se veía también a su hijo, que es otra estrella. Podía contemplarse a Dafne, hija de Peneo, trocada en árbol, y a Acteón, mudado en ciervo como castigo por haber mirado a Diana estando ésta completamente desnuda. Y ha de saberse que luego los propios perros de Acteón, no reconociéndole, le devoraron. Algo más allá, Atalanta cazaba jabalíes con Meleagro, y había otros a quienes Diana preparaba calamidades y dolores. Aún se veían muchas más pasmosas historias, que prefiero no recordar ahora.

La diosa, sentada sobre un ciervo y rodeada de canes, presidía

todas las pinturas. A sus pies brillaba la luna menguante. Los ojos de Diana se fijaban en las sombrías regiones de Plutón. Vestía de color verdoso amarillento y empuñaba un arco, llevando flechas en una aljaba. Estaba ante ella una mujer embarazada que, por no salir a su debido tiempo de su parto, invocaba a Lucina, diciendo:

—Asísteme, que nadie como tú lo puede hacer.

En fin, os digo que quien esto pintó puso mucha verdad en sus pinceles y gastó gran abundancia de dinero en colores.

Así quedó edificada la palestra. Teseo quedó asaz satisfecho viendo conclusos los templos y graderíos en que tanta moneda invirtiera. Pero dejándole a él ahora, pasemos a hablar de Palamón y Arcites.

Llegaba el momento de que cada uno retornase llevando consigo cien caballeros, y así en verdad lo hicieron los dos. Mucha gente pensaba que nunca, desde el principio del mundo, hubo sobre la tierra o la mar, creadas por Dios, tan noble compañía de caballeros. Porque todos los amantes de la caballería, anhelosos de ganar reputación, habían pedido participar en aquel torneo, y los admitidos considerábanse muy honrados. Seguramente si ocurriese mañana un caso semejante, veríais cómo todo caballero enamorado y con arrestos, ya fuese de Inglaterra o de otro país, tendría vivos deseos de comparecer en la liza para combatir por una dama *Benedicite!* A fe que debió de ser aquel espectáculo digno de presenciarse.

De los caballeros que acompañaban a Palamón vestían unos loriga, peto y jubón; otros robustas corazas; algunos prusianos escudos o rodelas, y algunos más sólidas grebas y musleras. Hubo quien escogió el hacha y quien la maza de hierro, de manera que cada uno se había armado según su criterio. Venía con Palamón el propio Licurgo, rey de Tracia, de rostro viril y barba negra. Sus ojos (que movía en todas direcciones, como pájaro grifo) brillaban sobre unas cuencas amarillentas, de sanguíneas estrías. Tenía cejas apretadas e hirsutas, miembros anchos, músculos recios y macizos, espaldas vigorosas, brazos largos y torneados. Como es uso en su país, montaba un carro dorado que arastraban cuatro blancos bueyes. No llevaba sobre el arnés loriga, sino una piel de oso, negra como el carbón y tachonada de clavos relucientes como el oro. Su larga y bien cuidada cabellera, negrísima cual ala de cuervo, le caía sobre las espaldas. Ceñía corona de oro, grande y gruesa como un brazo e incrustada de piedras preciosas: diamantes y bien tallados rubíes. Más de veinte blancos perros alanos rodeaban su

carro y eran grandes como becerros, estando destinados a cazar ciervos y leones. Llevaban collares de oro, con anillas ensartadas, y se les mantenían las fauces fuertemente sujetas. Iban con Licurgo cien caballeros bien armados, de firme e intrépido corazón.

Afirman las crónicas que acompañaban a Arcites el gran Emeterio, rey de las Indias. Montaba éste un alazán cubierto de hierro y ornado con gualdrapa de oro con dibujos. Y Emeterio parecía el mismo Marte, dios de la guerra. Llevaba cota de malla de Tartaria, con blancas y gruesas perlas engastadas. Era su silla de bruñido oro recién trabajado, y de sus hombros colgaba una capa corta salpicada de rubíes rojos como el fuego. Los bucles de su rizada cabellera relucían y eran rubios como el sol. Tenía grande la nariz, brillantes los ojos, los labios gruesos y la tez sonrosada. No debía contar más de veinticinco años. Algunas pecas de color amarillo oscuro salpicaban su semblante. Sus miradas parecían las de un león. Nacíale la barba como cumplía a su edad y su voz remedaba el son de un estruendo de clarín. Le ceñía la sien una corona de verde laurel y llevaba en el puño un águila amaestrada, blanca como un lirio. Le seguían cien señores, armados de todas armas, pero con la cabeza desnuda. Y sabed que iban allí en haz reyes, duques y condes, sólo por amor y honor de la caballería. En torno al rey de las Indias se movían ágilmente profusión de leones y leopardos domesticados.

En fin, todos aquellos caballeros llegaron a la ciudad la mañana de un domingo y, cruzando sus puertas, se apearon. El noble duque Teseo alojó a cada uno según su condición y empezó a honrarlos y agasajarlos, de tal manera que todos pensaron que no había hombre alguno, fuese quien fuera, capaz de superar la cortesía de aquel duque. Omitiré referir las canciones de los trovadores, y los manjares del festín, y los ricos regalos que todos recibieron, del humilde al ilustre. Tampoco diré cuáles fueron las damas más bellas ni las que bailaron mejor, ni las que con más primor cantaron, ni quién hacía más tiernos cortejos, ni qué halcones se encaramaban en las perchas, ni tampoco cuáles eran los perros que en el suelo yacían acostados. Tan sólo contaré el remate de todo, que es lo que me parece más acertado, de manera que poned atención, pues voy a ello.

Llegó la noche, y a la madrugada, oyendo Palamón cantar a la alondra (pues esta ave hízolo así aquella vez antes de ser de día), levantóse y, con corazón devoto y confiado ánimo, montó a caballo y fue en peregrinación a la bienaventurada y benévola

Citerea, esto es, la muy digna y honrada Venus. Y a la hora en que más propicia es esa diosa, Palamón, cayendo de hinojos en el templo dedicado a Venus en el palenque, dijo, con humilde talante y tierno corazón: «¡Oh, Venus, señora mía, bella entre las bellas, hija de Júpiter y esposa de Vulcano, alegría del monte Citereo! Piensa en el amor que tuviste por Adonis, apiádate de las acres lágrimas que me acongojan y acoge en tu corazón mi humilde plegaria. Fáltanme palabras para pintar la hondura y tormentos de mi infierno, y tan confuso estoy que nada acierto a decir. Compadéceme, hermosa señora, pues que bien sondeas mi pensamiento y adviertes las penas que sufro. Ten clemencia de mí y prométote, en cambio, ser tu continuo servidor y mantenerme siempre en armas contra la castidad. Favoréceme, pues, este voto que te hago. No pido ganar mañana la victoria, ni fama por ello, ni ansío que las trompas proclamen mi triunfo por doquier, sino sólo quiero poseer plenamente a Emilia y morir a tu servicio. Ve el modo y forma de que lo pueda conseguir. Logre yo estrechar a mi dama en mis brazos, y nada se me daría vencer o ser vencido. Porque, si Marte es el dios de las armas, tanto es tu poder, ¡oh, Venus!, en los cielos que, si así lo quieres, yo conseguiré a mi amada. Ofrezco honrar tu santuario siempre, y nunca que salga a pie o a caballo dejaré de hacer fuego y sacrificios en tus aras. Y si así no dispones, pídote, dulce señora, que permitas que Arcites me traspase mañana el corazón con su lanza. En muriendo, me es igual que Arcites gane a Emilia por esposa. Y rematando mi súplica, te pido, mi señora, que me des la posesión de mi amada.»

En concluyendo su plegaria, Palamón ejecutó un sacrificio ritual, del que no es menester entrar en pormenores. Y al cabo la imagen de Venus, no sin que pasara primero buen trecho, movióse e hizo un signo; y Palamón conoció que había sido aceptada su ofrenda, y suponiendo su petición obtenida, volvió, con alborozado corazón, adonde se alojaba. Y tres horas después de haber salido él hacia el templete de Venus, ocurrió que a la vez se alzaron el sol y Emilia, y ésta se dirigió muy presurosa al santuario de Diana. Iban con ella camaristas con lienzos, incienso, fuego y otras cosas necesarias para sacrificar, sin omitir el vaso de cuerno con hidromiel. Ya revestido el templo de galanos lienzos, ya humeante de incensadas nubes, Emilia, con sereno corazón, bañóse en el agua de una fuente. No diré de qué manera ejecutó sus ritos, porque, aun contándolos muy a la ligera, no sería cosa que aviniese a quienes hubieran de escuchar, y así me limito a referir que Emilia

se soltó el cabello, se coronó de hojas de verde encina y, ya tan lindamente aparejada, encendió dos fuegos en el altar y practicó sus ceremonias del modo que puede hallarse en Estacio de Tebas y en los manuscritos antiguos.

Y después de prendidos los fuegos, Emilia, dirigiendo a Diana su dolorido rostro, dijo estas razones: «¡Oh, casta diosa de las selvas verdes, tú ante quien se inclinan cielos, tierras y mares; soberana del tenebroso y hondo reino de Plutón; deidad de las vírgenes! Ha tiempo que conoces mis deseos. Pídote no me hagas incurrir en tu cólera y venganza, como incurrió Acteón. Bien sabes, diosa de la castidad, que quiero permanecer virgen toda mi vida y no ser nunca amante ni esposa de nadie. Como te consta, doncella soy, y de las tuyas, porque gusto de las monterías y amo correr por las selvas, y no, en cambio, casarme y tener hijos. No, no quiero conocer trato con el hombre. Así, señora, por las tres formas que en ti contienes, te impetro que me ayudes y que pongas paz entre Palamón, que tanto me estima, y Arcites, que me ama entrañablemente. Desvía sus corazones de mí y haz que sus ardores, pasión y congojoso tormento se dirijan a otra parte o se extingan; y si no quieres concederme esta gracia (porque pudiera ser que mi destino me obligase a casar con uno de los dos), haz que yo sea para el que, entre los dos caballeros, más me desee. ¡Oh, casta diosa, mira cuán amargas lágrimas surcan mi semblante! Pues eres doncella y de todas las doncellas protectora, haz que yo conserve mi doncellez y mientras así sea te serviré siempre.»

De repente sobrevino un suceso extraño. Uno de los fuegos que ardían en el ara mientras oraba Emilia, se apagó, y muy pronto reavivóse. El otro se consumió también, pero sin renacer, sino que lanzó un sonido como el de un ascua mojada y de él se desprendieron un torrente de gotas de sangre. La aterrada Emilia estuvo a punto de perder el seso, y en su pavor comenzó a gritar con lastimeros clamores.

Entonces apareciose Diana, el arco en la mano y en todo su atuendo igual a una cazadora, y dijo:

—Cálmate, hija. Los dioses supremos han convenido y ratificado con augustas palabras que uno de aquellos que por ti penan te recibirá en matrimonio, mas no puedo decirte cuál de los dos será. Parto, que no me es dable retardarme aquí más tiempo. Pero los fuegos de mi altar te presagiarán a quién estás destinada.

Hubo un entrechocar de flechas en la aljaba de la diosa y ésta se desvaneció. Atónita, Emilia dijo:

—No sé qué significa todo esto, mas yo me acojo a tu protección, Diana, y obedezco tus mandatos.

Y se dirigió a su morada por el camino más breve. Tal fue lo que en el santuario de Diana sucedió, sin otra peripecia. En tanto ya llegaba la hora de Marte, y Arcites acudió al santuario de aquel rey feroz y, habiendo sacrificado según su pagana costumbre, elevó a Marte, con devoción profunda y entristecido corazón, la plegaria que sigue:

—¡Dios poderoso, señor de los helados países de Tracia, que tienes en tu mano el gobierno de las armas de todos los reinos y regiones, dándoles su fortuna según tu albedrío! ¡Acoge el pío sacrificio que te ofrendo! Si mi juventud y fuerzas merecen servir a tu divinidad, ten compasión de mi pena y, en cambio, seré uno de tus adictos. Recuerda tus padecimientos y el ardoroso fuego de la pasión que te acometió cuando poseías a tus anchas la mucha belleza de la joven y lozana Venus, y no olvides el mal que te advino cuando Vulcano te sorprendió estando tú con su mujer; y ten, pensando en las angustias que entonces afligieron tu corazón, lástima de las mías. Ve que soy joven y poco experto y que además me conturba el amor, tanto, según me parece, como a nadie le haya conturbado jamás, pues que mi amada no se cuida de mí y le es indiferente que yo viva o muera. Para que ella me otorgue sus favores he de ganarla en el palenque por fuerza de armas y no ignoro que sin tu valimiento de nada me servirá mi vigor. Piensa, señor, en el fuego que antaño te abrasó como hogaño a mí, auxíliame y dame mañana victoria en el combate. Sea mío el esfuerzo y tuya la gloria. Prometo honrar tu soberano templo más que santuario alguno, y quiero afanarme siempre en tus inclinaciones y duros trabajos. En tu templo colgaré mi bandera y todas las armas de mi hueste y haré que hasta que yo muera arda ante tu imagen fuego votivo. Y, lo que es más, te ofrezco mis largos cabellos, y mi barba, que nunca tijera ni navaja cortó, y juro ser tu servidor leal tanto como viva. Pídote, pues, señor, que compadezcas mi dolorosa cuita y me des la victoria.

Cuando el valeroso tebano hubo concluido su plegaria, retumbaron con gran estrépito las argollas que pendían del portón del templo y rechinaron las puertas, poniendo algún temor en el ánimo de Arcites. Alegres llamas se elevaron en los fuegos que en el ara ardían y cundió por los ámbitos una grata fragancia. Cumplió Arcites otras ceremonias y lanzó más incienso al fuego, y entonces rechinó la armadura de Marte y en el aire oyóse un muy quedo

rumor que decía: «Victoria». Y Arcites alabó a Marte y le glorificó, y luego, lleno de esperanzas, volvióse a su alojamiento, sintiéndose satisfecho como un pájaro al salir el sol.

A esta sazón se promovió en los cielos tremenda disputa, que de un lado mantenían Venus, diosa del amor, y de otro Marte, el inflexible y poderoso en armas. Intervino Júpiter para acallar la pendencia y luego llegó el pálido y glacial Saturno, perito en tantas aventuras antiguas, y su provecta experiencia hízole dar en un ardid que satisfizo en seguida a los disputadores. En efecto, la ancianidad tiene muchas ventajas, porque concede práctica y discreción, tanto que bien se dice que puede vencerse al viejo en la carrera, mas no en el consejo. Saturno, pues, para poner coto a la discusión y la incertidumbre, dijo de esta manera:

—Querida hija mía, Venus, la vasta órbita en que giro encierra más poder del que imaginan los hombres. A mí se deben el terrible naufragio, la prisión en la mazmorra sombría, la estrangulación en la horca, el descontento e insurrecciones de la plebe, las calumnias y misteriosos envenenamientos. Porque yo soy quien aplica venganzas y completos castigos mientras me hallo en el signo de Leo. Yo arruino los soberbios castillos, y desmorono las torres, y abato los muros sobre quien zapa o ensambla. A Sansón maté yo cuando se asió a la columna; yo doy las frías enfermedades, las silenciosas traiciones y las conjuras, y yo, con mi presencia, difundo la peste. No llores, Venus, que yo haré que Palamón, tu favorecido, obtenga a su dama, como le prometiste. No importa que Marte socorra al suyo, pues no por ello debéis dejar de estar Marte y tú en paz por algún tiempo; y ello a pesar de vuestra diversidad de caracteres, que os hace andar siempre en disputas. No llores, Venus, digo, que tu abuelo soy, y quiero ejecutar tu antojo y satisfacerte.

Pero ahora dejo a los dioses olímpicos, y a Marte, y a Venus, la deidad amorosa, y paso a relataros, con tanta claridad como me fuere hacedero, el gran acontecimiento sobre el que versa esta historia.

Aquel día se celebraron grandes fiestas en Atenas, porque el alegre tiempo de mayo contentaba a todos. Hubo justas y danzas el lunes, y aplicáronse las horas al honroso servicio de Venus, y al fin todos se volvieron a sus lechos cuando vino la noche, porque el gran combate era al otro día y había que levantarse temprano.

Al rayar el alba, el piafar de los caballos y el entrechocar de las armas atronó todas las hosterías, y los caballeros, en lucidos tropeles, fueron hacia el palacio, montando sus palafrenes y corceles de guerra. Era cosa de ver tanta armadura singular y rica: tan exquisitos trabajos en aceros y ropas; tan brillantes escudos, cascos y jaeces; tan bien labrados yelmos, incrustados en oro; tantas armaduras y cotas de malla; tantos señores montados, con soberbios arreos; tantos caballeros de comitiva; tantos escuderos atentos con diligencia a enristrar las lanzas, ajustar los yelmos y afirmar los escudos. Los caballos, al tascar los áureos frenos, los cubrían de espuma; los herreros, con martillos y limas, se movían de una parte a otra; y campesinos y otras gentes del común, apoyados en sus bastones cortos, adelantaban en hacinadas masas. Sonaban dulzainas, trompetas, clarines, atabales y otros instrumentos de los que instigan a la matanza en el combate, y en el palacio se veían grupos de tres, de cinco, de diez personas discutiendo sobre cuál de los dos caballeros tebanos vencería. Cada uno opinaba de un modo; éste vaticinaba el triunfo para el de la barba negra y cabello espeso, y aquél para el barbilampiño. Algunos decían: «Tal caballero se batirá bien, porque es fiero en apariencia y su hacha no pesa menos de veinte libras.»

Los cantos y alboroto despertaron al gran Teseo, quien esperó en su palacio hasta que llegaron allí, con iguales honras, los dos caballeros tebanos. Teseo, junto a la ventana, parecía, por su atavío, un dios en su trono. Al pie del ventanal apiñóse el pueblo para verle y reverenciarle y para escuchar sus órdenes y determinaciones. Y un heraldo, subiendo a un tablado, dio una voz de silencio, y cuando las gentes cesaron en sus clamores, declaró a todos la voluntad del poderoso duque, diciendo:

—El duque nuestro señor, en su alta prudencia, ha estimado estéril derramar sangre noble en esta aventura, y así, para que no haya muertos, ha corregido sus primeros propósitos. Por tanto, nadie, so pena de la vida, deberá entrar en la palestra con flecha, puñal o hacha alguna, ni tampoco espada corta de punta afilada. Nadie cargará a caballo usando lanza puntiaguda, sino en una sola embestida, y luego arremeterá a pie, si así le place. Quien sufriere desgracia, no será muerto, sino apartado a una estacada que a entrambos lados se ha dispuesto, donde habrá de permanecer obligatoriamente. Y si ocurriera que el jefe de uno de los bandos fuese vencido o muerto por su enemigo, cesará el torneo en ese instante. Y ahora, Dios os proteja. ¡Adelante y firmes! Luchad a vuestro albedrío con las espadas largas y las mazas. Poneos, pues, en camino; que tal es la voluntad de mi señor.

Todo el pueblo prorrumpió en alborozadas exclamaciones,

diciendo: «¡Dios guarde a nuestro bondadoso señor, que no quiere la destrucción de ninguna vida!»

Empezaron a sonar la música y los clarines, y los campeones se encaminaron a la palestra, atravesando las calles engalanadas con colgaduras de hilo de oro. El noble duque cabalgaba llevando a uno de los tebanos a cada parte; tras ellos seguían la reina y Emilia y finalmente los demás caballeros, según su calidad. De esta suerte llegaron al palenque y, antes de la hora prima, ya Teseo se había acomodado en su asiento, muy suntuoso y rico, mientras la reina, Emilia y las otras damas ocupaban lugares proporcionados a su condición. Corrió la muchedumbre hacia las graderías, y luego, abriéndose al Oeste la puerta de Marte, entró Arcites con su centenar de caballeros, enarbolando bandera roja, mientras al Este, por la puerta de Venus, sobrevenía Palamón con bandera blanca y resuelto talante.

No se hallarían, buscárase donde se buscara, dos huestes como aquéllas. Ninguna llevaba ventaja a la otra en dignidad, edad o calidad, pues unos y otros caballeros habían sido escogidos con tal acierto que eran idénticos como quepa concebir. Formaron dos bien ordenadas filas y luego de que a cada cual se llamó por su nombre, para cerciorarse de que no había fraude en el número, se cerraron las puertas y se mandó, con gran voz:

—¡Cumplid, pues, vuestro deber, jóvenes y valerosos paladines!

Los reyes de armas picaron espuelas y se separaron a entrambos lados de la liza. Sonaron con vigor trompas y clarines y todos los caballeros, los del Este y los del Oeste, avanzaron con las lanzas enristradas. Bien se vio allí quiénes eran duchos en justar y cabalgar, que muchas astas de lanzas se quebraron contra los robustos escudos y más de un pecho sintió el poderoso golpe. Saltaban trozos de lanza hasta veinte pies de altura; desenvainábanse espadas resplandecientes como de plata; hendíanse unos yelmos y otros se venían a tierra en pedazos; brotaban encarnados chorros de sangre y muchos huesos se rompían bajo las abrumadoras mazas. Chocaban entre sí los corceles; introducíanse paladines en lo más reñido de la pelea; rodaban unos bajo los yelmos de los caballos, algunos, a pie, arremetían con los mangos de sus partidas lanzas, y otros, cargándoles con sus caballos, les derribaban en tierra. Recogíase a los heridos y, aun a su pesar, se les llevaba a las opuestas estacadas, y de tiempo en tiempo mandaba Teseo suspender la refriega para que los combatientes descansaran y bebieran si lo habían menester.

Muchas veces al día se encontraron los dos rivales y siempre, maquinando cada uno de ellos la ruina de su enemigo, ocurrió que entrambos rodaron descabalgados. No hay en todo el valle de Gargafia tigre tan cruel para el cazador que le arrebata su cachorrillo, como Arcites lo fue para Palamón a causa de los celos que en su corazón anidaban. Ningún fiero león de Belmaria, perseguido o enloquecido por el hambre, ansía la sangre de su presa con más ahínco que desea Palamón la de Arcites. Batían las armas de los dos, con enconados golpes, el yelmo de su enemigo, y bermeja sangre corría por los cuerpos de ambos contendientes.

Empero, no hay en este mundo cosa que no tenga fin; y esto sucedió aquí también. Porque aún no se había puesto el sol cuando el poderoso Emeterio, cayendo sobre Palamón cuando éste lidiaba con Arcites, introdújole profundamente la espada en el cuerpo, y el caído tebano, aunque no se rindió, fue sujeto por una veintena de hombres y llevado a la estacada de los vencidos. Había el vigoroso rey Licurgo corrido en apoyo de Palamón, mas fue desmontado, y el propio Emeterio, a pesar de su mucha robustez, cayó del caballo a causa de un último golpe que le asestó Palamón antes de ser aprehendido. Pero todo el esfuerzo de su ánimo no impidió a Palamón ser llevado a la estacada y allí hubo de permanecer, cumpliendo el acuerdo convenido. ¿Quién se entristeció tanto jamás como el infortunado Palamón al verse privado de salir a lizar?

Teseo, advirtiendo lo que pasaba, gritó a los combatientes:

—¡Cesad, que la contienda ha terminado! Yo, juez verdadero e imparcial, digo que Emilia será de Arcites de Tebas, quien ha tenido la fortuna de ganarla en buena lid!

Oyendo esto, alzóse en el pueblo tan alto y fuerte clamor, que las graderías parecían desplomarse.

Mas, ¿qué diría y haría entre tanto en el cielo la hermosa Venus, diosa del amor? Lo que hacía era llorar de tal modo, viendo incumplido su deseo, que exclamó, dejando caer sus lágrimas sobre el palenque:

—¡Oprobio sea sobre mí!

—Tranquilízate, hija— exhortóle Saturno—. Marte tiene lo que quiso, porque su caballero ha vencido, pero por mi cabeza te prometo que pronto lograrás tu consolación.

Ya las trompetas atronaban con sus sones y los heraldos, con grandes vociferaciones, proclamaban la gloria del paladín Arcites. Pero sabed que no hubo pasado un instante cuando sobrevino un prodigio.

El fiero Arcites se había quitado el yelmo y picó espuelas a su corcel, recorriendo el vasto palenque, para que todos le vieran. Y alzando el rostro adonde estaba Emilia, reparó en que ésta le miraba con amistad (porque siempre suelen las mujeres plegarse a los azares de la fortuna), y ello colmó de alegría su corazón. Pero catad que salió entonces de la tierra una furia del averno, enviada por Plutón a súplica de Saturno, y el caballo de Arcites, avistándola, tuvo gran espanto y principió a encabritarse. En seguida, dio un gran salto de lado, dejándose caer con fuerza hacia delante, y de esta manera, antes de que su jinete pudiera sujetarse, le despidió por sobre la cabeza, y el vencedor Arcites cayó en tierra como muerto. El metal del arzón le había, con el golpe, quebrado el pecho por dentro, y su rostro, bañado en sangre, estaba negro como el carbón o como una corneja.

Sacaron de la palestra al caído y lleváronle al palacio de Teseo, donde le acostaron en cama y desciñéronle la armadura con esmero y prontitud. Y en tanto él, muy acongojado, no cesaba de llamar a Emilia.

Teseo, con su cortejo, llegó a su palacio de Atenas con toda ventura y aparato, porque, aunque aquella desgracia hubiese sucedido, no quería entristecer a las demás gentes. Pensaba, por ende, que Arcites, lejos de morir, curaría de su mal. Y estaban los demás paladines muy alborozados, viendo que ninguno de ellos había muerto, aunque sí hubiese algunos muy mal heridos, y en particular uno que tenía el esternón perforado por una lanzada. Pero algunos aplicábanse medicamentos a las heridas y miembros rotos, y otros se valían de encantamientos, acompañando éstos con infusiones de hierbas y bebiendo salvia para no perder los miembros dañados.

El noble duque confortó y honró a todos tan bien como pudo y, según buena usanza, mandó preparar un festín para la noche en obsequio de los señores extranjeros. Y sépase que nadie miraba a otro como vencido, porque el lance había sido justa o torneo y nadie había sufrido derrota, pues verse descabalgado es sólo desgracia. Ni tampoco constituye deshonra ni cobardía caer y ser llevado, por fuerza y sin rendirse, a una estacada, cuando uno es un hombre solo y le aferran con fuerza veinte caballeros por brazos, pies y dedos, mientras arqueros, guardias de a pie y otros servidores le alejan su caballo amenazándole con palos.

Y así, el duque Teseo mandó al instante pregonar que cesara todo rencor y malevolencia; declaró que ambas partes habían peleado con igual denuedo y merecían ser tan iguales como hermanos,

y a todos ofreció regalos, según la condición de cada paladín. Luego hizo celebrar grandes fiestas tres días seguidos y cuando los reyes salían de Atenas, yendo cada uno a su comarca por el camino más corto, hízoles Teseo honor de acompañarles una larga jornada. Y todo eran adioses y deseos de próspero viaje.

Pero no hablo más de tan noble batalla, sino que quiero volver a Palamón y Arcites. El pecho de éste se hinchaba y ennegrecía de continuo y era cada vez más recio el dolor de su corazón. La ciencia de los físicos no pudo impedir que la sangre, interiormente coagulada, se corrompiera sin salir del cuerpo, y tal fue la podredumbre que ni sangrías, ni ventosas, ni infusiones de hierbas pudieron poner remedio. La fuerza expulsora o animal, que se llama natural por su misma virtud, no logró desalojar el veneno y así los conductos de los pulmones de Arcites se hincharon y su pecho se pudrió con aquella infestada materia. Inútiles fueron vomitivos y purgas, porque toda aquella parte estaba disuelta y nada podía la naturaleza hacer. Creedme que cuando la naturaleza no suministra alivio, las medicinas son vanas y no hay más recurso que llevar al enfermo a la iglesia. O sea, para abreviar, que Arcites iba a morir. Y, comprendiéndolo, hizo llamar a Emilia y a su amado primo Palamón, y les dirigió el siguiente discurso:

—No puede mi afligido ánimo expresar ni un atisbo de los punzantes sufrimientos de mi corazón, a ti, señora, a quien amo sobre todo. Pero, pues que mi vida va a durar ya poco, encomiéndote el cuidado de mi alma. ¡Cuántas penas y dolores he sufrido por ti! ¡Y ahora viene la muerte a separarme de tu lado! ¿Qué es este mundo, reina de mi alma, dueña de mi corazón y esposa mía? ¿A qué aspiramos los hombres? Al amor sucede la tumba fría, la soledad y el desamparo. ¡Adiós, Emilia mía, adiós, mi dulzura! Tómame ahora entre tus brazos y atiende lo que voy a decirte. Durante mucho tiempo he tenido con mi primo Palamón enojos y rencores fundados en nuestros celos. Mas te digo, y Júpiter no asista a mi alma si miento, que hablando como bueno (esto es, con lealtad, honradez, caballerosidad, prudencia, humildad, nobleza, ánimo magnánimo y todo lo demás a esto concerniente), debo confesar que no he conocido hasta ahora nadie tan digno de amor como Palamón, quien te sirve y servirá toda su vida. Aun si no te casaras jamás, nunca eches en olvido al gentil Palamón.

Y le faltó la voz, porque ya el frío de la muerte, subiéndole desde los pies, le alcanzaba el pecho. Después perdieron sus brazos la fuerza vital y al cabo todo le abandonó. Aún persistía el discer-

nimiento en su corazón dolorido, pero al cabo la muerte tocó su corazón y la misma inteligencia principió a nublarse. Enturbiáronse los ojos de Arcites y le abandonó el aliento, mas todavía pudo mirar a su amada y balbucir:

—¡Emilia, clemencia!

Y luego su espíritu, abandonando su terrena morada, fue adonde no diré, puesto que nunca estuve allí. Y así, callo, que no soy adivino y nada a propósito de almas he hallado en este relato, ni me place citar las opiniones de quienes dijeron dónde pensaban ir a morar. En fin, Arcites quedó exánime y su alma en manos de Marte. Volvamos nosotros a Emilia.

Esta exhaló un grito agudo y se desvaneció. Teseo, tomándola en brazos, alejóla del cadáver. No pasaré tiempo explicando cómo ella sollozaba. Siempre en tales casos, es decir, cuando se separan de sus esposos o prometidos, tienen las mujeres tal dolor, que se afligen extremamente, y aun suelen enfermar de tal modo que acaban seguramente por expirar. Infinitas lágrimas y muchos lamentos hubo en toda la población, y no había anciano ni niño que no deplorase la muerte del tebano. De cierto que no se lloró tanto a Héctor cuando condujeron su cadáver a Troya. Mucha gente se rasgaba el rostro y se mesaba los cabellos, y las mujeres clamaban: «¿Por qué moriste, si tenías oro bastante y además a Emilia?»

Teseo estaba inconsolable, y sólo sabía mitigarle el dolor Egeo, su anciano padre, que conocía bien las mudanzas del mundo, por las veces que viera trocarse el júbilo en pena y la pena en júbilo. Y para calmar la aflicción general citaba muchos ejemplos y comparaciones.

—Así —decía— como nunca murió quien no ha vivido, así nunca vivió nadie que no muriera. Este mundo es un tránsito, poblado de amarguras, y nosotros, peregrinos, lo cruzamos en todas direcciones, hasta dar con la muerte, término de los terrenos males.

Y aun añadía muchas cosas más, todas muy sabias y prudentes, para que las gentes se consolasen.

Mientras tanto, el duque Teseo pensó solícitamente dónde podría abrirse la tumba de Arcites, que él quería buena y honrosísima entre las de su clase. Y al fin decidió levantar una pira fúnebre en aquel mismo claro del bosque donde Arcites y Palamón riñeron su primer encuentro y donde Arcites, presa de amorosos afanes, dio rienda suelta a sus lamentos y ardió en el devorador fuego de sus pasiones. Mandó, pues, Teseo aserrar añosas encinas

y formar con ellas hileras de leño dispuestas a la cremación. Y, en tanto que sus sirvientes corrían a caballo para ejecutar esta orden, hizo Teseo preparar unas andas y cubrirlas con la más rica tela de oro que poseía. Con idéntica pompa mandó amortajar a Arcites e hizo que le calzasen las manos con blancos guantes y le ciñeran a la cabeza una corona de verde laurel y al cinto una reluciente y aguda espada. En fin, le depositaron en las andas, sin taparle el rostro, y Teseo lloraba de modo que incitaba a compasión. Y de día hizo sacar al salón público al muerto, para que la gente lo viera, y todo eran llantos y ruido de sollozos.

Acudió también Palamón el tebano, enlutado y hecho un río de lágrimas, con las barbas sin peinar y los cabellos revueltos y llenos de ceniza; y no faltó Emilia, que lloraba como ninguno y era la más dolorida de todos. Queriendo hacer unas exequias señaladas, Teseo hizo llevar sus tres caballos de batalla, cubiertos de bruñido hierro y ornados con las armas de Arcites. Sobre aquellos corceles, corpulentos y grandes, montaron tres jinetes: uno con el escudo del muerto; otro con su lanza alta en las manos, y el tercero con su arco turquestano y su aljaba de oro brillante, como la armadura.

Todos, con compungidos rostros, cabalgaron camino del bosque. Los más ilustres caballeros griegos llevaban las andas al hombro, con ojos enrojecidos por el llanto, y así cruzaron toda la ciudad, siguiendo la calle mayor, que estaba llena de colgaduras con crespones. A la derecha del cadáver iba el anciano Egeo y a la izquierda el duque Teseo, y ambos portaban vasos de finísimo oro, llenos de miel, leche, vino y sangre. Seguía Palamón, con lucido séquito, y la dolorida Emilia, quien, según uso de la época, llevaba el fuego que había de emplearse en las ceremonias funerarias.

Tras larga tarea y profusión de disposiciones, quedó arreglado el servicio fúnebre y aderezada la pira cineraria, tan alta que parecía rozar los cielos. Medía, con sus árboles extendidos, hasta veinte codos de anchura; que así se hallaban las ramas de diestramente colocadas. Empezóse por acumular grandes haces de paja, mas no explicaré cómo se montó la pira, ni el número de los árboles que se amontonaron, y que fueron encinas, pinos, abedules, álamos, alisos, robles, sauces, chopos, olmos, plátanos, fresnos, bojes, castaños, tilos, laureles, arces, espinos, hayas, avellanos y tejos; ni pormenorizaré su derribo; ni señalaré cómo los faunos, driadas y ninfas del bosque huían en confusión, expulsados de su morada; ni detallaré el temor de aves y bestias al ver caer los troncos; ni el

espanto de la tierra del bosque cuando, limpia de árboles, percibió el sol por primera vez. Y no explicaré tampoco cómo la pira se levantó primero con paja y después con árboles partidos en tres secciones, y luego con verdes ramas y aromáticas esencias, y al fin con lienzos de hilo de oro engastados de pedrería y guirnaldas de flores e incienso y mirra de dulces aromas. Ni contaré cómo pusieron al difunto en medio de aquel aparato, ni las riquezas que ornaban su cuerpo, ni cómo Emilia aplicó el fuego a la pira, según el buen uso, ni cómo ella se desmayó al ver elevarse la llama. Asimismo callaré lo que dijo y deseó, y las joyas que se arrojaron al fuego, al expanderse las llamaradas, y cómo uno echó a la lumbre la lanza, y otro el escudo, y otro los vestidos que del muerto llevaban, mientras se alimentaba con vino, leche y sangre la hoguera voraz. Asimismo no quiero contar cómo la enorme multitud de los griegos corrió tres veces en torno a la hoguera, yendo de derecha a izquierda, con estruendosas vociferaciones; ni cómo todos entrechocaron por tres veces sus lanzas; ni cómo fue Emilia conducida a palacio; ni menos cómo Arcites se redujo a un puñado de helada ceniza; ni quién veló ésta por la noche. Y no describiré las fiestas funerales, ni quién, desnudo y ungido, hizo mejor pelea, ni quién se sostuvo mejor y sin incurrir en mácula. No, nada de eso contaré, ni el retorno de los ciudadanos a Atenas, cuando concluyeron las ceremonias, porque ya anhelo poner fin y remate a este prolijo cuento.

En fin, el transcurso de algunos años hizo cesar las lágrimas y duelos, y por entonces acordaron los griegos tener asamblea en Atenas para debatir algunos asuntos, entre los que estaba exigir sumisión completa de los tebanos y pactar alianza con algunas ciudades.

Por esta causa el noble Teseo hizo llamar al digno Palamón, y aunque no le decía la causa de su cita, Palamón compareció puntualmente, mostrando triste talante y vistiendo de negro.

Viéndole entrar, hizo Teseo que avisasen a Emilia. Y en sentándose todos, y callando, juzgó Teseo llegada la ocasión propicia, y así, dirigió los ojos a su alrededor, exhaló un grave suspiro y con compuesto semblante expresó sus deseos de la siguiente manera:

—Cuando el promotor primero de las cosas forjó en el cielo la dulce cadena del amor, hízolo con elevados designios y fecundas consecuencias. Harto sabía lo que procuraba y por qué, pues con aquella cadena unió fuego, aire, agua y tierra con indisolubles vínculos. Ese mismo primer promotor y causa ha establecido, en

nuestro mísero mundo terreno, determinado número de días y duración precisa para cuanto aquí se engendra, y esos términos son inexcedibles, aunque no sean inacortables. Sobra apoyar esto con autoridades, porque la experiencia lo enseña; pero quiero, ello aparte, exponer mi criterio, y declaro que ese orden de las cosas da a conocer que la causa de todo es permanente y eterna. Por tanto, cualquiera que no sea débil de entendimiento, advierte que toda parte se deriva de su todo. Porque la Naturaleza no recibió sus principios de ninguna porción o fragmento de cosa, sino de un ser perfecto e invariable, aunque la misma Naturaleza, degradándose, haya llegado a corromperse.

»Por eso, en su prudente providencia, dispuso el Creador que las especies y evoluciones de los seres se perpetuasen mediante herencias sucesivas, y no porque los seres fueran eternos e infinitos. Cosa es ésta que se ve y comprende con sólo mirarla. Mucho se desarrolla el roble desde que nace y muy larga vida tiene, pero muere al fin. La dura piedra que pisamos, al cabo se desgasta si está en el camino. En sequía expira a veces el caudaloso río. Las ciudades grandes decaen y desaparecen. Y, por consecuencia, se ve que toda cosa tiene su fin.

»Y en lo tocante a mujeres y hombres, palmariamente advertimos que, ya en su juventud o en su ancianidad, es menester que mueran, y ello alcanza a todos, al rey y al paje, al que sucumbe en el lecho, o en el ancho campo, o en el profundo mar. Sabido es que esto no puede impedirse y que todos han de seguir el mismo camino. Y con ello me cabe afirmar la necesidad de que toda cosa haya de morir. Quien esto permite es el supremo Júpiter, principio y causa de todo ser; absoluto en su voluntad, de la que depende cuanto existe. Contra cuya certeza no hay criatura creada que pueda luchar, cualquiera que fuese su condición. Y, en consecuencia, juzgo de sabios hacer de necesidad virtud y admitir con buen ánimo lo que no podemos remediar, sobre todo si implica obligación para uno mismo. El que de ello reclama incurre en locura, pues que se alza contra el que todo lo gobierna.

»Y ahora os digo que en verdad más honor tiene el hombre cuando sucumbe durante su apogeo y florecimiento, cuando se halla en buena reputación y cuando ninguna acción deshonesta cometió contra su prójimo o contra sí mismo. Mayor satisfacción deben los allegados del hombre sentir viéndole lanzar con honor su postrer aliento que si lo exhala cuando su fama se minoró con los años, haciendo olvidar todas sus hazañas. O sea que, para dejar mejor

reputación, conviene morir mientras se goza de mejor crédito. Y oponerse a todo esto es empeño y testarudez.

»¿Por qué, pues, nos desolamos viendo al buen Arcites, espejo de caballería, abandonar con honor y prez la vil prisión de esta vida? ¿Por qué su primo y esposa lamentan la muerte de quien tanto les amó? ¿Les agradecerá él sus deploraciones? Por Dios que no, que con ello, sobre injuriarse a sí mismos e injuriar al alma de él, no pueden satisfacer sus propios deseos. Y de este largo razonamiento vengo a inferir que, pasado el dolor, debemos alegrarnos y agradecer a Júpiter sus muchas mercedes. Así, antes de salir de este lugar, propongo que hagamos de dos penas una perfecta y duradera alegría, empezando por ver dónde hay más dolor para primero remediarlo.

»Es, hermana Emilia, mi verdadera voluntad (y con ella está conforme toda mi corte), que concedas tu gracia y favor y aceptes como señor y esposo al noble Palamón, tú galán, que siempre, desde que primero le conociste, te sirvió con su corazón, fuerzas y propósitos. Así, pues, es tal nuestro acuerdo, alárgame la mano y véase tu clemencia de mujer. Sobrino de un rey es Palamón, mas aunque fuese sólo un caballero modesto, tanto tiempo te ha honrado y tanto ha sufrido por ti, que ninguna de estas cosas debiera olvidarse, pues la gentil misericordia ha de sobreponerse a la justicia.

Tras esto, interpelando a Palamón, le dijo:

—Espero no necesitar muchas razones para hacerte consentir en este negocio. Ea, acércate y toma a tu dama de la mano.

Y así se anudó entre los dos el alto vínculo que llaman casamiento o matrimonio, aprobándolo la asamblea de todos los varones. Entre general alborozo y músicas, Palamón unióse a Emilia, y Dios, creador de todo el ancho mundo, concedióle su favor, que tenía bien merecido. Y Palamón gozó de la mayor ventura, y vivió rico, contento y sano, amándole Emilia con tanta ternura y atendiéndola él con tanta cortesía, que nunca entre los dos hubo celos ni otras querellas.

Así acabaron Palamón y Emilia. Y Dios libre de mal a esta honrada compañía.

PROLOGO DEL CUENTO DEL MOLINERO

Cuando hubo terminado el caballero su cuento, todos los de la partida, jóvenes y viejos, dijeron que aquel relato era bueno y digno de memoria; y quienes más se distinguieron en el elogio fueron las personas principales de la compañía.

El hostelero rió, juró y dijo:

—¡Así marche yo tan bien como nuestro asunto marcha! Abierto hemos el saco y bien ha empezado el juego. Véase quién relata otro cuento ahora. Señor monje, correspoded con alguna historia a la del caballero.

Pero aquí el molinero, que de tanto beber tenía demudado el rostro, y sólo con trabajo se lograba mantener a lomos de su montura, no quiso ceder ante nadie, sino que, con desaforada voz, empezó a jurar por los brazos, sangre y huesos de Dios, aseverando:

—Excelente cuento sé, y ni pintado para esta ocasión, y con él quiero pagar al caballero.

Notó el hostelero cuán beodo estaba el hombre por la cerveza, y le adujo:

—Robin, amado hermano, espera que alguien nos cuente otro primero. Ea, espera, y tengamos todos calma.

—¡Digo que no, por el alma de Dios! —insistió el otro—. Ahora cuento yo, si no queréis que siga solo mi camino.

A lo que el hostelero repuso, enojado:

—¡Habla en mal hora, y el diablo te lleve! Loco eres y tienes el entendimiento nublado.

—Ea —dijo el molinero—, atiéndanme todos. Pero debo primero haceros constancia de que estoy borracho, según advierto en mi voz. Por consiguiente, si dijese alguna cosa descomunal, pídoos

que echéis la culpa a la cerveza de Southwark. Y lo señalo, porque voy a relatar la historia de un estudiante que puso los cuernos a un carpintero con la esposa de éste.

El mayordomo le reprendió, aduciendo:

—Cósete la lengua y no vengas con insolencias de borracho. Es pecado y gran sandez calumniar a un hombre, y también llevar en lenguas a las mujeres casadas. Bien puedes contarnos otra cosa.

Pero el ebrio molinero replicó a eso:

—Sabe, querido hermano Osvaldo, que quien no está casado no puede ser cornudo. Ni tampoco indico que tú lo seas, porque muchas mujeres buenas hay, tanto que acaso se encuentren mil de ellas por una mala. Ya lo sabes tú, si no te falta el juicio. ¿Por qué te enfada mi cuento? Casado soy, ¡pardiez!, no menos que tú, y por la yunta que tengo que no querría verme cornudo, de manera que pláceme pensar que no lo soy. Además, el marido no debe averiguar los secretos de Dios ni los de su mujer. Tenga ella bastantes bienes, que lo demás no importa.

En fin, el molinero no quiso guardar miramientos con nadie y refirió, según su estilo, su chocarrero cuento, sin rehuir términos soeces. Creo que debo repetirlos con exactitud, y así ruego a toda persona gentil que no piense —¡así Dios me asista!— que me expreso con mala intención, sino que he de reproducir fielmente los cuentos, sean buenos o malos, so pena de falsear su contenido. En consecuencia, quien no quiera saber éste de ese modo, vuelva las hojas y escoja otro cuento; que los hay en abundancia, tantos largos como cortos, donde se reflejan noble cortesía e incluso moralidad y santidad. Comprended que aquel molinero era hombre rústico, como el mayordomo y otros más que también contaron bellaquerías. Meditadlo así, y eximidme de culpa; y no deis, además, demasiada importancia a las cosas.

CUENTO DEL MOLINERO

Vivía antaño en Oxford un pechero rico que, a más de ser carpintero de oficio, admitía huéspedes en su casa. Moraba con él, pues, un pobre estudiante, quien, amén de haber aprendido

artes, era inclinado a la astrología y, merced a conocer cierto número de conclusiones, podía (siempre que se le preguntase a determinadas horas) predecir cuándo iban a venir sequías o lluvias, así como dilucidar muchas cosas, por no decir todas.

Aquel estudiante, a quien llamaban el gentil Nicolás, era docto en el amor y sus secretos placeres, y en lo a esto tocante era sagaz y discreto, aunque su traza fuese recatada como la de una doncella. Ocupaba en la casa una habitación independiente y la había adornado con mucho esmero, llenándola de plantas aromáticas. Y él mismo era dulce como la raíz del regaliz o de la cedoaria. A la cabecera de su lecho tenía, bien clasificados en anaqueles, un almagesto, varios tomos, pequeños y grandes, un astrolabio y diversos instrumentos de cálculo. Cubría su armario con un paño rojo y tenía en lugar sobresaliente de la habitación su salterio, que pulsaba por las noches, llenando la habitación de blancas melodías. Cantaba el «Angelus ad virginem», seguía con la tonada del rey y con todo esto veía muy alabada su alegre voz. Y así vivía el gentil estudiante, con su renta y las ayudas de sus deudos.

El carpintero había casado poco antes con una moza de dieciocho años, a la que quería como a su propia vida. Viéndola joven y de veleidosa cabeza, manteníala encerrada como en prisión, porque, siendo él ya viejo, a cada momento temía hallarse cornudo. Pues su tosca inteligencia desconocía el consejo de Catón, a saber: que cada uno se una con su igual. Sí: cásese cada uno según su condición, que mocedad y vejez están a menudo en conflicto.

El carpintero, sin embargo, había caído ya en la red y, por tanto, no le cabía sino soportar sus temores como otros tantos. Porque su mujer era bella y de cuerpo menudo y elegante como el de una comadreja joven. Usaba ceñidor de seda a franjas y un delantal de encajes, blanco como leche matutina acabada de ordeñar. Su nívea camisa tenía un cuellecito bordado, todo en torno, con seda tan negra como el carbón. Su cofia ostentaba cintas que hacían juego con el cuello. Sus ojos eran alegres, con cejas estrechas, puntiagudas, arqueadas y negras como la endrina. Era, en fin, más grata a la vista que los tempranos perales sanjuaneros y suave como vellón de oveja. De su ceñidor colgaba una faltriquera de piel, con borlitas de seda y recamada de lentejuelas.

En resolución, no había en el mundo, se buscase donde se buscara, hombre capaz de imaginar moza tan galana y gustosa. Su tez brillaba más que una moneda de oro recién acuñada en la Torre de Londres. Tenía la voz sonora y alegre como la de una

golondrina posada en un alero y gustábale retozar, entre saltos, como cabritillo detrás de la cabra. Era su boca dulce como mixtura de miel y cerveza, o como el hidromiel, o como montón de manzanas hacinadas sobre un lecho de heno o de brezos. Rebrincaba como una potrilla y era esbelta como un palo y recta como un tiro de ballesta. En el corpiño se prendía un broche ancho como el tachón de una rodela. Llevaba el calzado atacado hasta muy arriba y, en fin, era una perla y un primor, muy digna del lecho de un magnate o de haber casado con propietario rico.

Pero sucedió, señores, que un día, estando el carpintero ausente en Osney, el gentil Nicolás principió a retozar lascivamente con aquella casada, porque los estudiantes son arteros y pícaros. Asió, pues, a solas, sus encantos y le dijo:

—Sabed, amada mía, que si no satisfago mi voluntad de conseguir a escondidas tu amor, ello me costará la vida.

Y, abrazándola con fuerza por el talle, continuaba:

—Ea, mi amor, quiéreme ya, que de lo contrario, he de morir; así no me salve si miento.

Pero ella se sacudió como potranca trabada, desvió la cabeza muy vivamente y repuso:

—En verdad que no te he de besar. Tente, Nicolás, y déjame, que si no daré voces pidiendo auxilio. Aparta, aparta las manos, si en verdad eres cortés.

Pero Nicolás suplicóle, y habló con ternura, y tanto la insistió, que ella, al fin, le otorgó su amor, jurándole por Santo Tomás de Kent que le complacería en su deseo tan pronto como ocurriera oportunidad. Mas agregó:

—Cuenta que mi marido es tan celoso que, si tú no andas muy cauto y muy en secreto, esto me costará la vida. Tienes, pues, que comportarte con mucha discreción en este negocio.

—Aleja todo temor —repuso Nicolás—, porque poco habría aprendido un estudiante si no conociera el modo de engañar a un carpintero.

Y con esto, conviniendo y prometiendo esperar una ocasión, Nicolás ciñó el talle de su amada y la acarició muy a su sabor, y besóla y, al fin, empuñando su salterio manejólo con mucha presteza y ejecutó una melodía.

Un cierto día de fiesta, fue aquella buena esposa a la iglesia parroquial, para cumplir sus deberes religiosos. Tan bien se había lavado la cara, después de sus quehaceres cotidianos, que le brillaba la frente como una luz.

En la iglesia existía un sacristán llamado Absalón. Este mozo tenía la cabellera rizada y refulgente como el oro, y partíasela por en medio con una raya bien recta. Sus ojos eran grises, como los de los gansos, y muy sonrosado su rostro. Ostentaba elegantes calzas rojas y zapatos con acuchillados en forma de ojiva. Llevaba veste de color azulenco y sus agujetas eran numerosas y bien ordenadas. Por encima de todo se engalanaba con su sobrepelliz, blanca como capullo florecido. Así Dios me salve como que era aquel mozo hombre de muy buenas prendas. Sabía sangrar, rasurar y cortar el cabello, escribir un contrato de tierras y preparar un recibo. Entendía de veinte maneras de danza, según era uso en Oxford, trenzando las piernas de diferentes guisas, y tocaba un rabel a cuyo son cantaba tonadas con voz buena y aguda. También entendía de tocar la guitarra. En toda la ciudad no había cervecería o taberna que él no visitase con alborozo, y en particular si había allí taberneras alegres. En fin, Absalón miraba con recelo a quienes decían palabras rudas o lanzaban ventosidades.

Los días de fiesta, el jovial Absalón, incensario en mano, iba sahumando a las feligresas y mirándolas con amor, sobre todo a la mujer del carpintero, porque le deleitaba verla tan dulce, bien hecha y juguetona. A la verdad que si ella hubiese sido ratón y él gato, le habría echado las zarpas sin demora. Porque tales ansias amorosas encerraba en sí el galán Absalón, que nunca aceptaba ofrendas de las mujeres, en la iglesia, y hacíalo, a su decir, por cortesía. Y así, aquella noche, mientras la luna llena refulgía en el cielo, Absalón, empuñando su guitarra, resolvió pasar el tiempo en apasionada vela. Salió, alegre y enamorado, llegóse a la morada del carpintero, situóse al pie de una ventana y, con voz delicada y sutil, cantó, acompañado de su instrumento:

Te ruego, señora mía,
si tal es tu voluntad,
que de éste tu enamorado
vengas a tener piedad.

Despertó el carpintero con los cánticos y dijo a su mujer:

—¡Ah, Alison! ¡Pardiez! ¿No oyes a Absalón cantar al pie de nuestra ventana?

Y ella contestó a su marido:

—Dios sabe, Juan, que le oigo muy bien.

Tal fue lo que sucedió entonces, y desde aquel día principió

Absalón su cortejo, y con éste sus penas. No dormía de día ni de noche, peinaba con esmero sus rizos y se aliñaba mucho en su persona. Enviaba a la joven alcahuetes y medianeros, cantaba por ella como un ruiseñor, y, en fin, le regalaba hidromiel, vinos dulces, cerveza especiada y confituras calientes recién salidas del horno. Ofrecíale ser su servidor, y, como debe hacerse con moza burguesa, le prometía serle muy rendido, porque ha de saberse que a unas gentes se las gana con riquezas, y a otras con caricias, y con cortesías a otras. A más de esto lucíase mostrando su destreza en hacer el papel de Herodes en los tinglados de los autos; pero todo ello, ¿de qué le aprovechaba? Nada obtenía con sus afanes, sino desdenes, porque Alison amaba al gentil Nicolás, y Absalón podía irse enhoramala. De manera que cuantas cosas emprendía seriamente Absalón eran causa de risa para la muchacha.

¡Cuán cierto es el axioma que dice: «Amante astuto y cercano detestar hace al lejano»! Pues, mientras Absalón estaba fuera de seso y apartado de la vista de su amada, el gentil Nicolás era venturoso. Y lograr su deseo era sólo cuestión de maquinar bien. ¡Malhaya Absalón!

Un sábado fuese el carpintero a Osney, y el gentil Nicolás y su amada Alison resolvieron que Nicolás concibiese algún ardid con que engañar al incauto y celoso marido, de manera que ella pudiera pasar toda la noche en los brazos de Nicolás, como los dos anhelaban. Nicolás, sin otras palabras, llevóse sigilosamente a su habitación comida y bebida para un par de días y mandó a Alison que ésta, si su marido le preguntaba por su huésped, dijera que no le había visto en todo el día, ni le parecía posible que dejase de estar enfermo, pues que la moza de servicio había estado dándole voces sin que él respondiera. Pasó, pues, Nicolás aquel sábado en su cámara, comiendo, bebiendo o haciendo lo que le petase, y de esta manera estuvo hasta el atardecer del domingo. Y en tanto el sencillo carpintero, muy pasmado pensando qué podría acaecerle a Nicolás, decía:

—¡Por Santo Tomás que quizá Nicolás no se encuentre bien! ¡Dios no quiera que muera de repente! ¡Qué inciertas son las cosas de este mundo! Hoy mismo he visto llevar al camposanto el cuerpo de un hombre a quien el lunes último hallé trabajando aún.

Y, llegándose a su criado, le mandó:

—Vete arriba, llama a la puerta de mi huésped, así sea con una piedra, mira qué pasa y dímelo.

Subió decididamente el criado y a través de la puerta principió a gritar:

—¡Aho, señor Nicolás! ¡Abrid! ¿Es posible que estéis durmiendo todo el día?

Mas el estudiante no contestaba. Entonces el criado miró por la gatera de la puerta y, en el fondo de la habitación, vio a Nicolás que estaba sentado, muy rígido, abierta la boca, como hombre a quien cogiera un pasmo contemplando la luna nueva. Bajó el sirviente y contó a su amo la forma en que se hallaba el mancebo.

Persignóse el carpintero y exclamó:

—¡Auxílianos, Santa Fridesvinda, que no se sabe lo que le puede suceder! Siempre dije yo que ese hombre, con sus astronomías, vendría a dar en alguna demencia o congoja, y así ha ocurrido. Sí, que no se han de escudriñar los secretos de Dios. ¡Bendito el hombre ignorante a quien basta su fe! Lo mismo le pasó a otro estudiante que, andando por los campos pensando en astronomías, vino a dar en un pozo de greda. ¡Jesús, rey de los cielos, me valga! Voy a reprender a ese mancebo por su aplicación. Dame acá un palo, Robin, con que yo alce la puerta por debajo, mientras tú la desgoznas. Así saldrá Nicolás de sus reflexiones.

Y fue hacia arriba. El criado, con una gran sacudida del pestillo, sacó de quicio la puerta. Nicolás, sentado y quieto como una piedra, seguía mirando al techo, con la boca abierta. El carpintero creyóle en algún extravío, y así, sujetándole con reciedumbre los hombros, le gritó con calor:

—¡Eh, Nicolás! ¿Qué es esto? Mira hacia abajo, hombre. Despierta y acuérdate de la pasión de Cristo. Ven, que yo te protegeré con el signo de la cruz de los espíritus y seres malignos.

Y hablando de esta suerte, pronunció la fórmula ritual de los encantamientos nocturnos, mirando a las cuatro paredes de la casa y al umbral de la puerta diciendo:

Jesucristo y San Benito,
esta casa bendecid contra los malos espíritus;
prevalezca contra las pesadillas el padrenuestro.
¿Dónde estás tú, hermana de San Pedro?

Al fin, el gentil Nicolás, volviendo de su trance, empezó a suspirar con tristeza, y dijo, no sin amargura:

—¡Oh! ¿Es posible que el mundo entero haya, en efecto, de desaparecer?

Contestó el carpintero:

—¿Qué dices, hombre? Toma ejemplo de nosotros, la gente de trabajo, y piensa en Dios.

—Ahora, dame de beber —dijo Nicolás—, y luego te hablaré en secreto de una cosa que mucho nos importa a ti y a mí. Tal es, que no quiero explicarla a ningún otro.

Bajó el carpintero y volvió con una buena media azumbre de cerveza fuerte. Luego que los dos hubieron bebido, Nicolás aseguró bien la puerta, mandó al carpintero sentarse a su lado y le dirigió este discurso:

—Mi amado y buen hospedero Juan; quiero que me jures por tu palabra que a nadie revelarás el secreto de Cristo que te voy a contar. Adviértote que si a alguien lo descubres, habrás, en castigo, de perder el juicio.

—¡No permita eso Cristo, por su sacra sangre! —repuso aquel hombre incauto—. No es porque yo lo diga, pero no soy chismoso ni amigo de hablillas. Habla, que te prometo en nombre de quien venció al infierno, que nunca revelaré tu secreto a mujer ni niño.

—Mira, Juan —dijo Nicolás—, dejando de lado toda patraña, quiero que sepas que he averiguado, merced a mi ciencia astrológica, y contemplando la resplandeciente luna, que el lunes venidero, antes de medianoche, sobrevendrá un aguacero tan violento y furioso que sobrepasará el diluvio de Noé. Todo el mundo quedará anegado en menos de una hora, que así de tremendas han de ser las aguas. Y de esta suerte ha de ahogarse la humanidad toda, y perder sus vidas.

—¡Ay! —clamó el carpintero—. ¿Y también se ahogará mi mujer, mi Alison? ¡Oh! —añadía, con tal congoja que hasta le flaqueaban las piernas—. ¿Y no puede haber algún remedio para esto?

—¡Uno hay, vive Dios! —repuso el gentil Nicolás—. Pero ése exige que obres con buen consejo y discreción y no siguiendo tus propios impulsos. Salomón, sabio veraz, decía: «Obra siempre aconsejándote y no te arrepentirás.» Si un consejo bueno quieres tomar de mí, yo salvaré a tu mujer y a ti y a mí igualmente. Oye, ¿no sabes cómo se salvó Noé cuando Nuestro Señor le anunció con antelación que todo el mundo sería inundado por las aguas?

—Sí, lo sé —dijo el carpintero— hace mucho.

—También —prosiguió Nicolás— sabrás cuántas dificultades tuvo Noé para hacer embarcar a su mujer. En verdad que Noé hubiera preferido entonces, mejor que embarcar todos sus carneros

negros, que su mujer hubiera tenido un arca para ella sola. Por hecho lo doy. Y por eso, lo mejor aquí es que, sin detenernos en pláticas, por ser negocio de apremio, tú dispongas una tina o artesa para nosotros tres. Procura, empero, que las tinas sean grandes, de modo que flotemos dentro de ellas como en una barca, y apréstalas con provisiones suficientes para un día. De más no te cuides, que el agua decrecerá hacia la hora prima del día siguiente. Robin, tu criado, no ha de saber nada de esto, ni tu criada Gila; y por qué ha de ser así, no me lo preguntes, que no seré yo quien te revele los divinos secretos. Si tienes el seso cabal, has de contentarte con hallar gracia tan grande como la que del Señor alcanzó Noé. De manera que, pues tu esposa también va a salvarse, sin duda alguna, vete a procurarte las tres tinas que dije, una para ti, otra para ella y la tercera para mí. Cuélgalas del techo y a mucha altura, sin que nadie repare en lo que estás haciendo. Y en obrando como te digo, y en habiendo dispuesto allí nuestras vituallas (con un hacha también para cortar las cuerdas de que las tinas pendan, cuando el agua se acerque), haz un agujero alto en la pared del jardín, de manera que, luego que el diluvio cese, podamos salir sin trabajo. Y entonces flotarás tan alegremente como la hembra del ánade que sigue a su macho, y yo os gritaré: «¡Hola, Juan; hola, Alison! Regocijémonos, que ya las aguas bajarán pronto.» Y tú dirás: «Salud, maese Nicolás, y buenos días. Ya te veo, que es de mañana.» Y tras esto los tres seremos señores del mundo mientras vivamos, como lo fueron Noé y su mujer. Pero una cosa debo encarecerte, y es que esa noche, cuando hayamos cada uno pasado a nuestra tina, ninguno ha de hablar, ni gritar, ni llamar, ni proferir una sola palabra. Antes bien, hemos de concentrarnos en oración; que así lo dispone Dios benigno. Tu mujer y tú os colocaréis separados y a buena distancia, para no pecar con los ojos ni con la vista. Ahora, vete y Dios te ampare. Mañana por la noche, cuando todos duerman, pasaremos a nuestras artesas y en ellas aguardaremos la gracia de Dios. Ea, vete, repito; que no tengo tiempo para más pormenores. Como suele decirse: «Obra y calla.» Discreto eres y no necesitas exhortaciones. Sóo te conjuro a que salves nuestras vidas.

El sencillo carpintero se fue, entre continuas lamentaciones, y reveló el secreto a su mujer, la cual, por estar ya informada, sabía bien qué finalidad tenía aquella singular maquinación, fingió espantarse como de la muerte, y dijo:

—¡Oh, infeliz de mí! Anda, ayúdanos a salvarnos, ayúdanos

muy luego, o nos perderemos con los demás. Piensa, amado esposo, que yo soy tu mujer leal y sincera, y haz cuanto puedas por salvar nuestras vidas.

¡Qué inmenso poder tiene la fantasía! La imaginación puede motivar la muerte: tan profunda impresión le cabe recibir. El ignaro carpintero principió a figurarse el arrollador diluvio, temible como un mar y capaz de ahogar a su querida Alison. Y así, tembloroso, con muchos gemidos y llantos, y con marchita y afligida faz, hizo buscar en secreto una artesa, un barril y una tina y, mandándolos con sigilo a su casa, los colgó a hurtadillas del techo. Con sus propias manos hizo tres escalas para trepar hasta los recipientes y puso en tina, barril y artesa un jarro de buena cerveza, con pan y queso asaz bastantes para un día. Antes de hacer estas cosas encargó a la criada y moza de servicio que partiesen a Londres a efectos de hacerle algunas diligencias. Y el lunes, cuando cerró la noche, dio los últimos toques a las cosas, y él, su mujer y Nicolás, subieron a los tres recipientes y allí se acomodaron y guardaron silencio unos instantes.

—Récese un padrenuestro y luego callemos —dijo Nicolás.

—Callemos —repitió Juan.

—Callemos —murmuró Alison.

El carpintero rezó sus devociones y puso oídos a la inminente lluvia. Pero al parecer había trabajado mucho durante el día, y así, a la hora de queda, cayó en un profundo sueño. Las angustias de su ánimo hacíanle exhalar penosas quejas y la posición forzada en que tenía la cabeza le producía frecuentes ronquidos. Entonces Nicolás bajó la escalera muy sigilosamente, y Alison le siguió, y los dos se fueron a la habitación del carpintero. Grande fue allí la refocilación de los dos enamorados, quienes persistieron solazándose hasta que la campana empezó a tocar a laudes y los frailes iniciaron sus cantos en el coro.

El enamorado sacristán Absalón, muy apenado por sus cuitas con Alison, había estado el lunes en Osney con unos amigos, para entretenerse y divertirse, y allí preguntó a un monje, su conocido, si había visto a Juan el carpintero. El monje, sacándole de la iglesia, repuso:

—No le vi trabajar acá desde el sábado. Acaso nuestro abad le haya enviado a buscar leña. Tiene la costumbre de hacerlo y entonces quédase en la granja uno o dos días. También puede estar en su casa, mas no lo sé con exactitud.

Absalón alegróse, pensando: «Esta noche debo pasarla en vela.

El carpintero, ciertamente, no ha salido de su casa en todo el día desde que despuntó la aurora; yo lo he visto. En verdad que en cuanto el gallo cante llamaré con sigilo a su ventana, puesto que su cuarto está bajo, y declararé a Alison mis amorosos afanes. Al menos he de darla un beso. En verdad que ya es hora de aliviar mis ansias. Además, todo el día he sentido en la boca no sé qué comezón, y ello es, cuando menos, presagio de beso. Por ende, esta noche soñé que estaba en un festín. En fin, durmamos obra de un par de horas, y a la madrugada velaré y me refocilaré.»

Y al primer canto del gallo, el jovial y enamorado Absalón levantóse y se vistió con mucho primor y miramiento. Antes que nada, masticó cardamomo y regaliz para oler bien y luego colocóse bajo la lengua una hojita de flor de amor. Y así, bien peinado y compuesto, acudió a la ventana del carpintero. El antepecho llegábale al busto. Tosió ligeramente y dijo a media voz:

—Dulce Alison mía, mi panal de miel, ¿qué haces? Pájaro bonito, dulce cinamomo, despierta y óyeme. Tú piensas poco en mis sufrimientos, mas yo, doquiera que voy, me torturo por tu amor. No te asombre que me afane y consuma, porque ando tras de ti tan ansioso como el corderillo tras la ubre de la oveja. ¡Ah, querida mía! Tengo tanto deseo de tu amor, que sufro cual tórtola fiel y he perdido el apetito al punto de que como menos que una damisela.

—¡Lárgate de la ventana, loco! —respondió ella—. Así Dios me ayude como no saldré, compadre. ¡Quita de ahí, que amo a otro mucho mejor que tú! Márchate o te tiro una piedra. Veinte diablos te lleven; ¡déjame dormir!

—¡Ay —dijo Absalón—, nunca se vio amor tan mal correspondido! Dame siquiera un beso, Alison. Hazlo por amor de Jesús y por amor mío, puesto que otra cosa no quieres.

—¿Y si te beso te irás después? —preguntó la moza.

—Sí, en verdad, mi amor —contestó el sacristán.

—Entonces —repuso ella—, dispónte, que ya voy. —Y en voz queda avisó a Nicolás—: Calla ahora, que vas a perecerte de risa.

Absalón, postrándose de hinojos, exclamó:

—En verdad que soy todo un señor. Sí, que después de esto otra cosa vendrá. Anda, amor mío, mi avecilla dulce, dame tu clemencia y favor.

Alison, abriendo la ventana con premura, dijo:

—Ven y acaba pronto, que pudieran vernos los vecinos.

Absalón se limpió cuidadosamente la boca. Hacía una noche negra como la pez o el carbón. La moza sacó por la ventana el trasero y Absalón aplicó la boca con mucho gozo a las desnudas nalgas.

Y en seguida hízose atrás, pensando que allí debía de haber alguna cosa errónea. Porque él sabía muy bien que la cara de las mujeres no era de aquella forma. Exclamó, pues:

—¡Puaf! ¿Qué es esto?

Ella cerró la ventana con grandes risas y Absalón apartóse de aquel lugar con contrito semblante.

—¡Cuerpo de Dios, qué bien ha resultado la broma! —comentaba el gentil Nicolás.

Absalón oía aquellas palabras y prometióse hacérselas pagar. Y mientras se alejaba no hacía sino frotarse los labios con tierra, arena, paja, serrín y pañuelos. Además, se lamentaba sin cesar, exclamando:

—¡Lléveme el alma Satanás si no me vengo de esta injuria! Sí, que más contento tendré en vengarme que si me dieran toda esta ciudad. ¿Por qué no me apartaría yo a tiempo?

Todo su amor se había apagado y estaba frío. El beso en las posaderas de la moza habíale hecho mirar a todas las mujeres como si no valieran una higa. Así, estaba bien curado de su mal, y lloraba como un rapazuelo y andaba insultando a cuantas jóvenes veía. En fin, recorrió con silenciosos pasos la calle, hasta llegar al taller del herrero Gervasio, quien estaba forjando en su fragua piezas de arado y afilaba cuchillas y rejas con mucha presteza. Absalón llamó con quedos golpes, diciendo:

—Abre luego, Gervasio.

—¿Quién viene?

—Absalón.

—¿Absalón? ¡Bendita sea la cruz de Cristo! ¿Y cómo te levantas tan temprano? *Benedicite!* ¿Qué te pasa? Alguna moza del partido te ha metido en esto. Ya me entiendes bien, ¡por San Neot!

Pero Absalón, sin curarse de aquellas chanzas, nada adujo a ellas, porque era mancebo más despejado de lo que Gervasio imaginaba. Díjole, pues:

—Mi amado amigo, préstame ese cuchillo al rojo que tienes en el hornillo, pues me es menester. En seguida vuelvo con él.

Gervasio repuso:

—Tuyo es el cuchillo y tuyo sería (y deje yo de ser herrero si miento), así se tratase de un cuchillo de oro o de un saco de

monedas. Pero, ¡por los pies de Cristo, Absalón!, ¿para qué quieres esto?

—No hace al caso para qué lo quiera. Mañana te lo diré —respondió Absalón.

Y, tomando el hierro por el extremo frío, salió sin ruido y se encaminó a casa del carpintero. Y, como antes hiciera, tosió y llamó después a la ventana. Alison preguntó:

—¿Eh, quién anda ahí? ¡Apuesto a que es algún ladrón!

—No, dulce amada mía —repuso el sacristán—. Absalón soy; tu enamorado soy. Así Dios me salve como te traigo un anillo, que es regalo de mi madre, y muy fino y bien trabajado. Si me besas, te lo daré.

A esta sazón Nicolás se había levantado para orinar, y pensó que la broma sería mucho más buena si hacía besar a Absalón su propio trasero. Fuese, pues, a la ventana y sacó al aire las posaderas.

—Dulce avecilla mía —dijo el sacristán—, háblame, pues no te veo.

Por toda contestación, Nicolás dejó escapar una ventosidad ruidosa como un trueno, tanto que sus vapores casi cegaron a Absalón. Mas éste, que tenía dispuesto su hierro al rojo, aplicóselo a Nicolás entre las nalgas. Al gentil Nicolás todo el pellejo se le levantó en una extensión de una cuarta en redondo, pues muy rigurosa fue la quemadura que le produjo el encendido hierro.

El estudiante pensó, en su dolor, que aquél era su último día, y comenzó a gritar con desesperación:

—¡Auxilio, auxilio! ¡Agua, agua! ¡Favorecedme, por amor de Dios!

Con los gritos el carpintero despertó sobresaltado y, oyendo clamar: «¡Agua!» con enloquecida voz, pensó que ya había llegado el diluvio. Consecuentemente, nada dijo, sino que se incorporó, cortó de un hachazo las cuerdas que sujetaban al techo la tina, y con esto, sin poderse valer, él, y tina, y todo, dieron en tierra con estrépito, y allí quedó el buen hombre desvanecido.

Alison y Nicolás, levantándose, salieron a la calle, dando voces de socorro. Todos los vecinos, lo mismo grandes que pequeños, acudieron a la casa y hallaron al carpintero sin sentido y con la color demudada, porque en la caída se había quebrado un brazo. Mas él tuvo que cargar con su mal, porque nada podía decir sin que le atajaren su mujer y el gentil Nicolás, asegurando a todos que el carpintero había perdido el seso; que había imaginado que

iba a venir un diluvio como el de Noé; que, en su quimera, había comprado tres recipientes de madera y colgádolos en el techo, y que, además, les había impetrado, por amor de Dios, que se sentasen ellos por allí «par compagnie».

La gente rió oyendo contar tales visiones y, alzando las miradas al techo, todos vieron los objetos colgados y su duelo trocóse en mofa. El carpintero protestaba, mas nadie atendía sus discursos, y él, exasperado, diose a tan feroces juramentos, que toda la ciudad le tuvo por hombre sin juicio. Los estudiantes se lo contaban unos a otros y se decían: «Loco está el pechero, hermanos.» Y todos se holgaban mucho de la chanza.

Y de este modo tuvo el carpintero su mujer deshonrada, a pesar de sus cuidados y celos; y de tal manera besó Absalón el orificio posterior de su amada; y por semejante medio le tostaron las posaderas al gentil Nicolás. Y el cuento es acabado, y Dios libre de mal a esta buena gente.

PROLOGO DEL CUENTO DE LA PRIORA

—¡Bien te explicaste, *corpus Dominus!* —vociferó el hostelero [1]—. ¡Así puedas navegar mucho tiempo por las costas, gentil piloto! ¡Dios abrume a ese monje con mil pesadas cargas durante muchos años! ¡Ja, ja, ja! ¡Ah, compañeros, y cómo es menester andar ojo avizor con semejantes chanzas! ¡Por San Agustín que bien le puso don Juan el gorro al mercader y también a su esposa! En fin, baste ya y veamos quién de los presentes va a relatar otro cuento.

Y tras esto, con palabras tan corteses como una doncella, dijo:

—Señora priora, si vos me dais vuestra licencia y mi demanda no os enoja, yo os pediría que vos contaseis el cuento siguiente. ¿Os dignaréis hacerlo, mi señora?

—Sí, haré —repuso ella—, y con gusto.

Y se expresó de la manera siguiente.

CUENTO DE LA PRIORA

¡Oh, Señor, Señor nuestro, y de qué modo se expande tu nombre por todo este vasto mundo! Pues no sólo entonan tus preces los hombres de dignidad, sino que tu bondad ensalzan a veces los niños; que hay quienes hasta mientras se aplicaban al seno de tu Madre alabaron tu gloria.

1. Se refiere al cuento que acaba de narrar el marino, que no se incluye en esta selección. *(N. del E.)*

Quiero, pues, en tu honor y en el de la blanca flor de lirio que te llevó en su vientre, sin perder la virginidad jamás, contar una historia según mis alcances me permitan. Mas, aunque lo dije, no podré aumentar el honor de nuestra Señora, porque ella es el honor encarnado, la raíz de todo bien y la salvación de toda alma, después de su Hijo.

¡Ah, Madre Virgen! ¡Ah, Virgen y misericordiosa Madre! ¡Oh, zarza que inextinguible ardió ante los ojos de Moisés! Tú, con tu humildad, obtuviste de la Divinidad que el Espíritu descendiera sobre Ti, concibiendo en tu seno la sabiduría del Padre. Ayúdame en mi relato, para reverencia tuya.

Tu bondad, Señora, tu magnificencia, virtud y humildad son tales que no hay lengua ni ciencia que pueda expresarlas. Porque muchas veces tú, antes de que acudamos a ti, te adelantas y con tu benigna intercesión nos envías la luz que ha de guiarnos hasta tu amado Hijo. Pobre es mi entendimiento, bienaventurada Reina, para cantar tus muchas excelencias; y así, apenas puedo soportar mi carga, y obro como niño de un año o menos, casi incapaz de articular palabras. Y por eso te impetro que conduzcas el canto que de ti quiero pronunciar.

En una gran ciudad de Asia existía, entre los cristianos, una judería autorizada por un señor de aquella región con miras de bajo lucro y bochornosa usura, que son cosas execrables para Cristo y quienes lo confiesan. Y era dable recorrer a pie o a caballo la calle que atravesaba la judería, por no tener en sus extremos puertas ni verjas.

En su extremo más apartado había una escuelita cristiana, donde acudían rapaces, de sangre cristiana todos, para aprender, año tras año, a leer y a cantar, que suelen ser las enseñanzas más usuales de los niños.

Entre los escolares había uno de siete años de edad, hijo de una viuda, el cual iba a la escuela sin faltar un día y tenía por costumbre arrodillarse y rezar un avemaría doquiera que hallaba, yendo de camino, alguna imagen de la Madre de Jesús. Porque así había enseñado la viuda a su hijo, diciéndole que debía honrar en toda ocasión a la Bienaventurada Madre de Cristo. Y él no lo olvidaba, porque siempre los niños buenos procuran aprender pronto. Y ahora que cuento esta historia, me acuerdo de San Nicolás que, muchacho aún, ya adoraba a Cristo.

Aquel niño, mientras estudiaba el silabario, había oído a los mayores cantar el «Alma Redemptoris», al recitar las antífonas y,

acercándose a ellos, había aprendido las palabras y la melodía del himno, hasta saber de memoria todo el primer versículo.

Cierto que no conocía el significado de las expresiones latinas, por ser muy pequeño, y así un día se acercó a un compañero de escuela y, con mucho empeño, y hasta doblando ante él sus desnudas rodillas, le pidió que le declarase y tradujera aquel canto en su idioma.

El otro escolar, que era mayor, repuso:

—He oído decir que es un cantar en loa de nuestra bienaventurada y misericordiosa Señora, y también para pedirle que nos auxilie y socorra en la hora de nuestra muerte. Pero más no puedo explicar, porque yo, aunque aprendo el canto, entiendo poco de gramática.

—Si ese cantar es en loa de la Madre de Cristo —dijo el inocente párvulo—, yo he de aprenderlo de aquí a Navidad. Así me reprendan por no saber el silabario y me azoten tres veces en cada hora, he de aprenderlo, para honrar a la Virgen.

Desde entonces, su compañero, mientras retornaban a sus casas, le repetía en voz baja el texto, hasta que el pequeño supo cantarlo ajustando las palabras a la música. Todos los días, al ir a la escuela y al volver a su hogar, iba cantando el himno, y entre tanto tenía fijo su corazón en la Madre de Jesús. Atravesaba, pues, el mocito toda la judería entonando a grandes y alegres voces el «Alma Redemptoris», porque la dulzura de la Madre de Cristo se había infundido de tal modo en su corazón, que no acertaba a dejar de honrarla cantando por el camino.

La serpiente Satanás, nuestro primer enemigo, que esconde sus avisperos en los corazones de los judíos, sintióse henchida de cólera.

—¡Pueblo hebreo! ¿Es honroso para vosotros que ese niño pase cantando ante vuestra presencia, mal que os pese, unas cosas que menosprecian vuestras leyes establecidas?

Y desde entonces empezaron los judíos a maquinar cómo quitarían la vida a aquel inocente. Pagaron, pues, a un asesino, el cual se ocultó en un lugar retirado de una callejuela. Y cuando vio al niño llegar allí, el maldito judío echóle mano, le degolló y arrojólo a una cloaca, esto es, allá donde depositaban los judíos sus excrementos.

¡Ah, maldecido pueblo, sucesor de Herodes! ¿De qué podría valeros tan inicua acción? Porque el asesinato habría de averiguarse y con ello la gloria de Dios cundiría y la sangre debería pregonar el oprobioso hecho.

Y tú, mártir aún en la virginidad, pudiste desde entonces entonar eternamente los loores del blanco y celeste Cordero. Porque de quienes son como aquel niño escribió en Patmos el gran San Juan Evangelista, diciendo que quienes no conocieron carnalmente mujer van delante del Cordero entonando una canción nueva siempre.

Toda la noche aguardó la pobre viuda a su hijo; pero, viendo que no llegaba, al rayar el día salió y con el semblante trastornado y pálido por la inquietud y el temblor, fue a buscar a su hijo en la escuela y otros lugares. Y sólo pudo saber que el niño había sido visto por vez postrera en la judería.

Sofocado su pecho por la angustia materna, anduvo, casi enloquecida, por todos los puntos por donde creía poder encontrar a su hijo, siempre invocando a la dulce y bondadosa Madre de Cristo. Y al cabo se le ocurrió buscarle entre los malditos judíos. Y a cuantos habitaban en la judería les pidió lastimeramente que le dijesen si habían visto a su hijo. Mas todos contestaban que no.

Entonces Jesús, con su santa gracia, sugirió a la mujer la idea de que llamase a voces a su hijo cuando se hallaba cerca del pozo donde el cadáver había sido arrojado.

¡Cuánto es tu poder, oh Dios, que depositas tus alabanzas en la boca de los inocentes! Porque habéis de saber que aquella flor de castidad, aquella límpida esmeralda, aquel encendido rubí del martirio, a pesar de tener la garganta cortada, empezó a cantar el «Alma Redemptoris» en voz tan alta que resonó en todo el contorno. Y los cristianos que transitaban por la calle se pasmaron del caso y con mucho apremio fueron a llamar al prefecto.

Vino éste sin dilación, y alabó a Jesucristo, Rey de los cielos, y a su Santa Madre, honor del linaje humano, y mandó prender a los judíos.

Entre un coro de tiernas quejas, sacaron del pozo al niño, que aún continuaba cantando, y llevátonle con mucha honra, en solemne procesión, a la más cercana abadía. La madre iba junto al ataúd, desolada, y nadie lograba apartar de allí a aquella segunda Raquel.

El prefecto hizo matar a todos los judíos que conocían el asesinato, dándoles suplicios y muerte ignominiosa, pues a ninguno quiso perdonar maldad tan grande. Porque quien mal hace, mal recibe. Y así, los culpables fueron arrastrados, atados a la cola de caballos salvajes, y luego se les colgó, como disponía la ley.

Mientras duró la misa, el inocente niño estuvo en el féretro. Y cuando el abad y la comunidad fueron a darle sepultura y

rociaron al niño con agua bendita, aún el muerto cantó: «O Alma Redemptoris Mater!»

El abad, que era un santo varón, como son o al menos deben ser los monjes, impetró al niño diciéndole:

—¡Oh, niño amado! Conjúrote, por la Santa Trinidad, que me expliques cómo puedes cantar, porque bien se echa de ver que tienes la garganta segada.

—Hasta el hueso la tengo —contestó el niño—. Y así, según naturaleza, yo debiera llevar muerto mucho tiempo, mas Jesucristo, como en los libros hallaréis, quiere que su gloria perdure y subsista en la humana memoria. Por eso yo puedo todavía cantar el «Alma Redemptoris» en reverencia de su querida Madre. Porque siempre, según mi entendimiento, he amado a la Madre de Cristo, fuente de todas las gracias. Y cuando yo iba a morir, vino la Virgen hacia mí, y me mandó que, al morir, cantase esta antífona que oísteis, y luego de que la entoné, Nuestra Señora puso en mi lengua lo que me pareció ser un grano de trigo, y me dijo: «Hijo mío, yo acudiré a buscarte cuando el grano sea separado de tu lengua. Y no temas, que no te abandonaré.» Por lo cual canto y perseveraré en cantar en loor de la bienaventurada y generosa Virgen hasta que el grano sea separado de mi lengua.

El santo monje (esto es, el abad) tomó la lengua del niño y apartó el grano, y entonces la criatura rindió el alma dulcemente. Y al presenciar semejante prodigio, amargas lágrimas surcaron a torrentes las mejillas del abad, y luego cayó de bruces en tierra, donde permaneció inmóvil, como trabado por ligaduras.

Los demás monjes cayeron igualmente al suelo, todos sollozando y loando a la Madre de Cristo. Mas al fin se levantaron, extrajeron al mártir de su cajita y sepultaron su tierno cuerpecito en una tumba de claro mármol. ¡Haga Dios que todos nos reunamos con él allí donde está ahora!

Y tú, joven Hugo de Lincoln, también muerto por los malditos judíos (como es notorio, pues que de ello hace poco tiempo), ruega por nosotros, veleidosos pecadores, para que el Dios de misericordia, con su gracia, multiplique en nosotros sus grandes mercedes por reverenciar a María, su Madre.

PROLOGO DEL CUENTO DE DON THOPAS

Todos quedaron maravillosamente graves al oír relatar aquel milagro, pero pronto nuestro hostelero diose otra vez a sus chanzas. Y mirándome a mí por vez primera, dijo:

—¿Quién eres tú, que pareces ir siguiendo el rastro de una liebre, puesto que nunca levantas la vista del suelo? Ea, ven acá y alza los ojos y alégrate. ¡Abrid camino a este hombre, señores! Ved, tiene el talle tan fino como yo; parece un muñeco. En verdad que le iría bien llevar en brazos alguna mujer chiquitita y bonita. Pero, ello aparte, dijérasele un espectro, porque con nadie platica. Anda, cuéntanos una historia alegre, pues que otros antes que tú han hablado.

—Posadero —respondí—, no te enojes, mas sólo sé un cuento, que aprendí hace mucho, y es en verso, además.

—Bien está —contestó él—. Por tu cara adivino que vamos a escuchar algo muy primoroso.

CUENTO DE DON THOPAS

Oíd con atención, señores; que os voy a relatar la alegre y amena historia de un caballero gallardo y gentil, señalado en batallas y torneos y a quien llamaban don Thopas. Había nacido éste en una remota comarca de Flandes, en un lugar denominado Poperingen. Su padre, hombre muy pródigo, era, con el favor de Dios, señor de aquel país.

Era don Thopas un apuesto galán, de rostro blanco como la flor de la harina. Tenía los labios bermejos como las rosas, bien hecha la nariz y encendido el color. Su barba y sus cabellos eran de tonos vivos como el azafrán, y aquélla le llegaba hasta la cintura. Usaba zapatos de cordobán, oscuras calzas de Brujas y veste de seda fina, con áureos recamados, que costó, en verdad, muchas monedas genovesas.

Gustaba de cazar bestias salvajes, y de cabalgar o ir de cetrería por la orilla del río con un pardo azor en el puño. Manejaba diestramente el arco y no había quien compitiese con él en las luchas donde disputaban los reñidores un carnero como premio. Doncellas espléndidamente hermosas suspiraban de amor por él en sus cámaras, y por él se desvelaban una noche y otra; mas don Thopas no era disoluto, sino casto, y dulce además como flor de zarza.

Quiso don Thopas salir un día a caballo. Montó su alazán, prendióse larga espada al cinto y empuñó en la mano un venablo. Y así marchó a través de una hermosa selva, poblada de gamos, liebres y bestias salvajes, caminando hacia el Oriente o hacia el Norte, sin cuidarse de que pudiera acaecerle mal alguno. Brotaban por doquier plantas de todos tamaños. Veíanse la valeriana y el regaliz, el clavo y otras especias y la nuez moscada, útil para sazonar la cerveza, tanto nueva como añeja, o para sazonarla en el cofre.

Cantaban las aves, del gavilán al papagayo, con risueños acordes. Oíase el trino del tordo y en las altas ramas sonaba el arrullo de las palomas torcaces.

Cuando don Thopas percibió el canto del tordo, un poderoso afán de amor se adueñó de él. Espoleó a su caballo locamente y el generoso animal se lanzó a fatigosa carrera, sudando de tal modo que parecía salir del agua, y sangrando por los ijares, atormentados por el acicate.

Al fin, cansado también don Thopas de tan recio galope sobre la hierba, sintió el corazón latirle con excesiva fuerza, y, por tanto, hizo detenerse al alazán, para darle reposo y dejarle pacer. Y dijo:

—¡Santa María, *benedicite!* ¿Cómo me afligirá y aprisionará tan crudamente este amor? En verdad que toda la noche he soñado que una reina de las hadas había de ser mi amante y dormir a mi lado. Y ciertamente sólo a una reina de las hadas amaré, porque no hay en toda la faz del mundo mujer digna de ser mi esposa. Aquí reniego de todas ellas y digo que buscaré una reina de las hadas atravesando montes y valles.

Y sin más, saltó a la silla y cabalgó pasando rocas y setos,

siempre en demanda de una reina de las hadas. En resolución, tanto anduvo, que llegó al país de las Hadas. Allí caminó por doquier, ya al Norte, ya al Sur, atravesando muchas silvestres florestas. Porque hasta aquel apartado lugar nadie osaba ir, fuese hombre, mujer o niño.

Y en esto aparecióseles un tremendo gigantón, a quien llamaban don Olifante, el cual era hombre temible y hazañoso, y le dijo:

—Por Termagante, mozuelo, que si luego no abandonas estos mis territorios, mataré tu caballo con mi maza. Porque aquí habita, entre arpas, dulzainas y sinfonías, la reina del país de las Hadas.

Pero el joven respondió:

—Por mi salud te aseguro que mañana, cuando me haya cubierto de mi armadura, me hallaré contigo, y aun espero, «per ma foi», que ha de darte algún mal trago este venablo que empuño. Sí, que antes de que sea la hora prima del día te atravesaré la garganta, porque aquí has de morir tú.

Y don Thopas hizo volver grupas a su caballo con pasmosa celeridad. El gigante le apedreó con una enorme honda; pero el joven Thopas se libró de todo, gracias a Dios y a su mucha destreza.

Y ahora, señores, seguid atentos mi relato, alegre como el ruiseñor, pues quiero describiros cómo don Thopas, el de esbelto talle, cabalgó por oteros y barrancas hasta llegar a la ciudad. Y ya allí, mandó a sus amigos hacer fiesta y agasajo con él, porque iba a batirse con un gigante de tres cabezas, por la belleza y el amor de una brillantísima mujer.

Dijo, pues:

—Haced venir a mis trovadores y cantores de gesta, pues quiero que relaten romances e historias de reyes, papas y cardenales, y también de anhelos de amor, mientras me ciño las armas.

Le llevaron vino dulce e hidromiel en un recipiente de madera de arce, y además una regia mixtura de finísimo jengibre, regaliz, comino y azúcar de la mejor.

Entonces vistió su blanco cuerpo con un albo lienzo de lino, inmaculado y sutil; púsose calzón y camisa y cubrió ésta de una corta veste sin mangas; encima de todo se ajustó la loriga que debía proteger su corazón. Luego reforzó su busto mediante una coraza cincelada, con sólidas planchas de hierro, y remató sus preparativos con una armadura de combate, blanca como la flor del lirio.

Su escudo era de oro rojizo, y pintado en él había una cabeza

de jabalí con un carbunclo al lado. Sobre este escudo juró don Thopas, por el pan y la cerveza, matar en todo evento al gigante.

Y respecto a sus demás armas, sabed que sus grebas eran de cuero duro; la vaina de su espada, de marfil; su yelmo, de reluciente bronce; su silla, de fino hueso, y brillantes las bridas de su caballo como el sol o como la luz de la luna. Y su lanza era de recio ciprés (árbol que denota guerra y nunca paz), con la punta muy aguzada.

Su caballo alazán caminaba por el campo a paso de ambladura, con aire suave y gentil... Pero aquí termina, señoras, la primera parte de este relato, y si queréis otra más, procuraré referirla.

Ahora, *par charité,* caballeros y nobles damas, poned punto en boca, que voy a relatar batallas y caballerías y amores.

Suelen elogiarse como excelentes los romances del joven Hornchild y de Ipotis, de Bevis y de sir Guy, de sir Libeux y de Pleindamour; pero dígoos que don Thopas gana la palma de la verdadera caballería.

En fin, él montó en su buen caballo y corrió camino adelante, veloz como la chispa desprendida de una ígnea antorcha. Sobre la cimera de su yelmo llevaba una torrecilla donde campeaba un lirio. ¡Dios proteja a don Thopas contra todo mal!

Como caballero andante que era, no quiso dormir bajo techado. Por lo contrario, se tendía sobre su capote, servíale de almohada su brillante yelmo y en tanto su caballo pacía, junto a él, buenas y delicadas hierbas. Y don Thopas no bebía sino agua en los manantiales, como el digno caballero sir Perceval, y un día...[1]

1. Este cuento está incompleto en todas las ediciones inglesas. *(N. del T.)*

PROLOGO DEL CUENTO DEL BULERO

El hostelero, jurando como un poseído, clamó [1]:

—¡Ah de la gente! ¡Por los clavos y la sangre de Cristo que ése fue un traidor villano y el otro un juez felón! ¡Caiga sobre tales jueces y sus abogados la más ignominiosa muerte que el ánimo pueda concebir! ¡Ah, inocente doncella, cómo fue muerta y qué cara pagó su hermosura! Por eso digo siempre yo que los dones naturales son causa de muerte para muchas criaturas. Sí, su belleza fue motivo de su muerte. ¡De qué triste manera la mataron! Repito que a menudo el hombre tiene más daño que provecho en los dones que declaré.

»De cierto, amado maestro, tu cuento es triste; empero no es malo. Ruego a Dios que guarde tu cuerpo gentil, con tus orinales y vacinillas, tus Hipócrates y tus Galenos y todas las repletas cajas de tus drogas. ¡Dios y Nuestra Señora Santa María te los bendigan! Por San Renán que eres hombre de pro, con toda la pinta de preclaro. ¡No medre yo si miento! ¿Qué, no me expreso bien? No sé hablar en términos lindos, pero sí sé que me has puesto el corazón de tal modo que temo que me dé un ataque cardíaco. *Corpus Domini!* Si no se me adoba pronto algún remedio, o un trago de buena cerveza, o al menos un cuento jocoso, veo que mi corazón va a reventar de pena acordándose de esa muchacha. Ven aquí, bulero, y nárranos al punto alguna cosa donosa o divertida.

—Sí que lo haré —contestó el vendedor de bulas—, pero por San Renán que antes he de beber y morder una hogaza en esta taberna que aquí hay.

1. En lo que aquí dice, el hostelero hace referencia a lo narrado, anteriormente, en el cuento del médico, que no se incluye en esta selección. *(N. del E.)*

Mas la gente principal comenzó a protestar:

—¡No queremos que nos contéis bellaquerías! Decid alguna historia moral, que pueda darnos alguna enseñanza.

—Conforme estoy —repuso él—, y mientras bebo pensaré alguna cosa honesta.

CUENTO DEL BULERO

—Señores —comenzó el bulero [2]—, siempre que predico en las iglesias, trato de hablar en voz recia y armoniosa como una campana, pues me sé de memoria cuanto digo. Mi texto ha sido y siempre es uno sólo: «Radix malorum est Cupiditas».

Principio por manifestar de dónde vengo y luego exhibo todas mis bulas. Pero antes muestro mis licencias, con el sello de nuestro soberano señor, para garantizar mi persona y evitar que sacerdote o clérigo alguno ose estorbar en mi santo ministerio.

Después relato historias y extraigo bulas de papas, de cardenales, de patriarcas y de obispos, y pronuncio algunas palabras en latín para sazonar mi sermón y estimular la devoción de las gentes. Y sin más saco mis urnas de cristal, llenas de trapos y huesos, que los demás imaginan ser reliquias. Y tengo, engastado en latón, el brazuelo de una sacra oveja judía. He aquí cómo digo:

—Atended mis palabras, buena gente. Si alguna de vuestras vacas, carneros, terneros o bueyes se hincha por haber comido un gusano o por picadura de insecto, hundid este hueso en un pozo, lavad con agua del pozo la lengua de la res y al instante veréis que vuelve la salud. Y cualquier oveja que beba de ese pozo se curará de sarna, úlceras o cualquier enfermedad. Y si el dueño de las bestias bebe todas las semanas un trago de esa agua en ayunas, antes que cante el gallo, sus vituallas y ganado se multiplicarán. También esa agua cura los celos. Así, cuando un hombre sospeche de su mujer, bástale hacer su potaje con esa agua y nunca más desconfiará de su esposa, aun si supiera la verdad de su pecado y le constare que ha tenido trato con dos o tres hombres.

2. «Bulero», persona seglar que vendía las bulas de la Santa Cruzada. *(N. del T.)*

Ved este mitón. Quien meta la mano en él verá multiplicarse sus cereales, ya sean avena o trigo, siempre que dé peniques o dineros.

Adviértoos, buenos hombres y mujeres, que si en este templo está alguna persona que hubiere cometido un pecado nefando y por bochornoso no ose confesarlo (como también si hay alguna mujer, joven o vieja, que hubiese hecho cornudo a su marido), personas tales no tendrán facultad ni merced de subir a hacer ofrenda a mis reliquias en este lugar. Empero, el que se halle libre de semejantes culpas, puede subir y ofrendar en nombre de Dios, y yo le absolveré con la autoridad que por bula me ha sido conferida.

Con estos manejos he ganado, un año tras otro, hasta cien marcos desde que soy bulero. Me instalo en un púlpito, como un sacerdote, y ante la plebe ignara que abajo se hacina, predico como os dije y añado cien mentirosas cosas más. Alargo el cuello y me balanceo hacia oriente y hacia occidente, como palomo acomodándose sobre un tejado. Muevo manos y lengua con tal soltura que es cosa de ver mi diligencia. Dirijo todo mi sermón sobre el ominoso pecado de la avaricia, porque tiendo a tornar a las gentes generosas y hacerles desembolsar sus peniques en mi beneficio. Pues habéis de saber que mi propósito es ganar dinero y no enmendar pecados. ¡Poco se me da de que las almas del prójimo anden errantes luego de sepultados sus cuerpos! Y por eso muchos de mis sermones tienen a menudo mala intención, porque unos buscan lisonjear a la gente, beneficiándome yo con mi hipocresía, y otros tienden a la vanagloria y otros a satisfacer mis inquinas. Sí, que cuando no oso combatir a alguien por otros medios, atácole con punzadora lengua en mis prédicas, y así le calumnio si ha ofendido a mis hermanos o a mí. Verdad es que no le menciono por su nombre, pero bien le conocen los demás por sus circunstancias y signos. De esta suerte sirvo a los que me enojan, y así, so capa santa y justa, lanzo mi ponzoña.

Pero, por declarar concisamente mi propósito, os diré que no predico sino por codicia, y de aquí que mi texto haya sido y continúe siendo: «Radix malorum est Cupiditas». Sermoneo, pues, contra el mismo vicio que ejerzo. Aunque yo incurra en ese pecado, hago que otros se separen y arrepientan hondamente de él, pero mi finalidad esencial no es ésa, sino satisfacer mi codicia. Y ahora, con esto basta sobre el asunto.

Luego de cuanto dije, suelo relatar ejemplos de añejas historias, porque al vulgo ignorante le complacen los cuentos viejos, que les

es fácil recordar y repetir sin trabajo. Por tanto, decidme: ¿debo yo, mientras pueda hablar y ganar oro y plata con lo que muestro, subsistir de buen grado en la miseria? No, ni nunca en verdad se me ocurrió así. Gústame discursear y pedir en tierras diversas, porque no quiero trabajar con las manos, ni tejer cestos, ni vivir de vanas limosnas. Tampoco imitaré a los apóstoles, pues deseo dinero, lana, queso y trigo, así sea ello a expensas del más pobre paje o de la viuda más menesterosa de la aldea, no parándome a reparar si los hijos de la mujer podrán por ello perecer de hambre. Porque quiero gustar el licor de la vida y tener en todas las ciudades mozas alegres.

Ya acabo de esto, señores, y pues os proponéis que os relate un cuento, voy, por Dios (ahora que he bebido buena cerveza fuerte), a deciros cosas que espero sean de vuestro agrado. Porque, aunque vicioso, cábeme referiros una historia muy moral, que suelo unir a mis prédicas para sacar provecho. Callad, pues, que empiezo.

Había antaño en Flandes una compañía de jóvenes que se entregaban a disoluciones tales como orgías, juego, lupanares y tabernas, en cuyos lugares danzaban al son de laúdes, arpas y guitarras, a más de lo cual jugaban a los dados noche y día. Y para colmo comían y bebían más allá del límite de sus fuerzas, haciendo así sacrificio al diablo dentro de su propio diabólico templo, de manera nefanda y con excesos ominosos. Prorrumpían también en tremendos y hórridos juramentos, tales que daba pavor oírles, porque desgarraban el cuerpo de nuestro bendito Señor, sin duda pareciéndoles que los judíos no le habían desgarrado bastante. Y cada uno de ellos alababa los pecados de los otros.

Tras esto llegaban danzarinas livianas y lindas, jóvenes vendedoras de frutas, cantoras con arpas, prostitutas, vendedoras de dulces y otras mujeres que son auténticas secretarias del diablo en materia de estimular y encender el fuego de la lascivia, que va unida siempre a la gula. Y pongo por testimonio las Santas Escrituras cuando digo que la lujuria se funda en el vino y la embriaguez. Notad, si no, cómo Lot, estando beodo, cometió pecado contra natura, si bien involuntariamente, cohabitando con sus dos hijas. Tan embriagado estaba que no se percataba de lo que hacía. Y también, repasando la historia, hallaremos que Herodes dio la orden de matar al inocente Juan Bautista en ocasión de que el primero estaba en un festín y ahíto de vino.

A propósito de esto aduce Séneca una prudente sentencia, diciendo que no ve la diferencia entre el hombre que ha perdido la

razón y el beodo, salvo que la locura dura más que la embriaguez. ¡Oh, maligna gula, causa primordial de nuestra ruina, origen de la condenación de que nos redimió la sangre de Cristo! ¡Qué cara pagamos aquella maldita villanía, pues que el mundo fue corrompido por la gula!

Ese vicio motivó que nuestro padre Adán y su mujer fuesen expulsados del Paraíso y sentenciados a trabajos y dolores. Porque, como leemos, mientras Adán se abstuvo, moró en el Paraíso, y en probando el fruto del árbol prohibido, fue precipitado a las desventuras y las penas. ¡Cuánto, gula, podemos quejarnos de ti!

Si el hombre conociese las muchas enfermedades que producen la glotonería y los excesos, sería más moderado en sus yantares. La corta garganta y la blanda boca motivan que los hombres se afanen, del septentrión al mediodía y de levante a poniente, para buscar, en tierra, mar y aire, manjares delicados y bebidas que ofrecer al glotón. Bien entendió esto Pablo cuando dijo que las viandas eran para el vientre y el vientre para las viandas, y que Dios destruiría entrambas cosas. Vergonzoso es, a fe, haber de decir tales sentencias, pero más vergonzoso es ver beber al hombre vino tinto y blanco con tal exceso que convierte su garganta en letrina por razón de esa maldita superfluidad.

Así se queja el apóstol a este respecto: «Con lágrimas y lastimera voz digo que muchos hay, de los que os he hablado, que son enemigos de la cruz de Cristo, porque tienen por su dios a su vientre y por su fin la muerte.»

¡Oh, vientre, oh, barriga, oh, hediondo saco, lleno de corrupción y excrementos! Por cualquiera de tus partes sólo hay ruidos impuros. Muchos trabajos y gastos se necesitan para atenderte. ¡Cómo han de majar, cocer y moler los cocineros a fin de satisfacer tus voraces apetitos! Han de extraer a golpes el tuétano de los duros huesos, por no desperdiciar lo que es grato al gaznate; y han de sazonar las salsas con especias, hojas, cortezas y raíces para proporcionar al paladar nuevos placeres. Empero, quien de esos deleites gusta, muerto está mientras persevera en tales vicios.

Lasciva cosa es el vino y abundosa es la embriaguez en pendencias y miserias. ¡Cuán demudado tienes el rostro, beodo! Fétido es tu aliento, repugnante tu contacto, y de tu nariz ebria mana un sonido que parece tal como sin cesar dijeras: «Sansón, Sansón». Empero, sabido es que Sansón no bebió vino nunca. Caes cual puerco trabado, tartamudea tu lengua y vacila tu atención respecto a las cosas dignas. Porque la embriaguez es auténtica tumba de la

razón y discreción del hombre. Quien está señoreado por la bebida no puede guardar oculto ningún secreto. Así, guardaos del vino blanco y del tinto, y en particular del blanco de Lepe, que venden en Chepe y en Fish-Street. Porque este vino de España deslizado sutilmente en otros vinos que crecen aquí cerca, emana tal aroma que basta que un hombre beba tres tragos para que, cuando piensa estar en su casa de Chepe, se halle en España y en el mismo Lepe, que no en La Rochela o en Burdeos. Y entonces es cuando su nariz runrunea: «Sansón, Sansón».

Oíd estas palabras, señores: os digo que en cuantas grandes victorias del Antiguo Testamento medió el Dios verdadero y todopoderoso, ganáronse con abstinencia y oración. Ved la Biblia y os informaréis de ello.

Observad a Atila, el gran conquistador, muerto mientras dormía, con afrenta y deshonra, sangrando de continuo por la nariz en su gran embriaguez. Un caudillo debe vivir con sobriedad. Advertid lo que le fue mandado a Lamuel (Lamuel, digo, y no Samuel). Y en la Biblia veréis lo que se habla respecto al vino que se debe dar a los que administran la justicia.

Pero dejemos esto, que ya dije bastante, y luego de tratar de la gula pasaré a exhortaros acerca de los juegos de azar. Los dados son verdadera madre de mentiras y embustes, y asimismo de malditos perjurios, blasfemias contra Cristo, homicidios y pérdida de tiempo y bienes. A más, es afrentoso y deshonroso ser tenido por jugador vulgar; y cuanto más alta condición tiene el que juega, su ignominia es más grande. El príncipe que se entrega a juegos de azar es juzgado como de pésima reputación para el gobierno y la cosa pública.

Stilbon, sabio embajador, fue expedido desde Lacedemonia a Corinto, para hacer alianza. Llegó con gran pompa, mas acaeció que vino a encontrar casualmente a los hombres principales de aquel territorio jugando a los dados, y entonces retornó a su país premiosamente y con sigilo, y declaró: «No quiero perder mi fama ni deshonrarme haciendo alianzas con jugadores. Enviad a otros embajadores prudentes, pues yo prefiero morir a aliarme con jugadores de azar. Vosotros, que tan dignos sois, no debéis pactar con esos jugadores, o a lo menos, no por mi mediación.» De tal modo habló aquel sabio filósofo.

Dice el Libro que el rey de los partos envió al rey Demetrio dos dados de oro por vía de menosprecio, porque Demetrio se había entregado a los dados y ya no daba valor a su fama y gloria.

Bien pueden los señores principales entretener su tiempo con juegos más honrados.

Y ahora diré unas palabras en torno a los juramentos, grandes y falsos, y me atendré a los libros. Los juramentos gruesos son abominables, y los falsos más execrables todavía. El Altísimo prohíbe enteramente el juramento, como Mateo lo testimonia; pero quien más trata este tema es el santo Jeremías, aconsejando: «Di verdad en tus juramentos y no mentira, y jura con deliberación y justicia.» Porque el juramento en vano es una maldición. Advertid que en la primera tabla de la ley de los respetables mandamientos del Señor, hay el segundo, que dice: «No jures mi nombre en vano o para mal.»

Como veis, Dios vela los juramentos antes que el homicidio y otras cosas execrables. Y yo declaro que quienes conocen los mandamientos saben que es el segundo precepto divino.

En verdad os digo también que nunca la venganza dejará la casa del que jura desmesuradamente. Ved: «¡Por el valioso corazón de Dios, por sus clavos y por la sangre del Cristo de Hailes, mi jugada es siete, y la tuya cinco y tres! ¡Por los brazos de Dios que, si haces trampa, te he de atravesar el corazón con mi puñal!»

Perjurio, falsedad, cólera, homicidio: ésos son los frutos de los malditos dados. Así por el amor de Cristo, que murió por nosotros, evitad juramentos, tanto menudos como grandes. Y ahora prosigo mi cuento.

Los tres libertinos de que os hablé estaban una vez bebiendo en una taberna, mucho antes de la hora prima, y mientras se hallaban sentados oyeron sonar una campanilla que precedía a un cuerpo muerto que llevaban a sepultar. Y uno de los disolutos llamó a su paje y le dijo:

—Vete y pregunta luego qué cadáver es ése que va por ahí; entérate bien de su nombre.

El muchacho contestó:

—No es menester preguntar, señor, porque me lo dijeron dos horas antes de que acudieseis aquí. ¡Pardiez que es un antiguo amigo vuestro! Murió esta noche de pronto, hallándose tendido en una banqueta, beodo perdido, porque vino cierto solapado malhechor al que llaman Muerte y que acaba con todas las gentes de este país, y con su lanza quebró en dos mitades el corazón de vuestro amigo, prosiguiendo su camino sin hablar palabra. Y cuando la peste, ese mismo criminal mató a mil personas. De manera, señor, que me parece provechoso que os prevengáis contra el enemigo, disponiéndoos a afrontarle antes de que os halléis en su presencia. Tal me ha enseñado mi madre y yo no tengo más que decir.

—¡Por Santa María —habló el tabernero— que este rapaz dice la verdad! Esa Muerte, en este año, ha matado en un gran lugar que hay a una milla de aquí a muchos hombres, mujeres, niños, labriegos y pajes. Allá debe vivir el desalmado. Bueno sería estar sobre aviso, no fuese a hacernos alguna mala jugada.

—¡Por los brazos de Dios! —dijo el libertino—. ¿Tan peligroso es hallarse con él? Pues, por los benditos huesos de Dios, juro que he de buscar a ese tal por caminos y calles. Oíd, compañeros. Seamos los tres como un solo hombre, démonos las manos, procedamos como hermanos y matemos al felón y pérfido Muerte. ¡Por la dignidad de Dios, que el que mató a tantos será muerto antes de esta noche!

Y los tres prometieron vivir y morir cada uno por los demás, cual si fuesen hermanos de nacimiento. Alzáronse, pues, airados y muy ebrios y tomaron el camino de la ciudad que el tabernero dijera. Mientras andaban proferían muchos y tremebundos juramentos, desgarrando así el bendito cuerpo de Cristo y afirmando que matarían a Muerte en cuanto le hallaran.

No habían caminado media milla cuando, al ir a franquear una saltadera, dieron con un pobre anciano, el cual les saludó muy humildemente, diciendo:

—Dios os guarde, señores.

El más soberbio de los disolutos, respondióle:

—¡Eh, rústico de mala traza! ¿Por qué vas tan arropado que ocultas todo menos el semblante? ¿Y cómo es que vives aún, siendo tan anciano?

Miróle el viejo de hito en hito y contestó:

—Porque, a pesar de haber ido hasta la India, no he hallado en ciudad ni aldea hombre que quisiera cambiar su juventud por mis años. Y así he de llevarlos con resignación tanto tiempo como a Dios le plegue. Ni aun la muerte quiere quitarme la vida y, por tanto, ando como inquieto vagabundo, y mañana y tarde llamo con mi báculo en la tierra, que es la puerta de mi madre, diciendo: «Déjame entrar ya, querida madre. Ve cómo se consumen mi carne, sangre y piel. ¿Cuándo, mísero de mí, descansarán mis huesos? Bien quisiera, madre, cambiar contigo mi arca, que en mi aposento abandonada está hace mucho, por un tosco sayal en que envolverme.» Pero ella no ha resuelto otorgarme esa merced aún,

y por esto me veis con rostro tan apagado y marchito. Y ahora sabed, señores, que no es cortesía el hablar con rudeza a quien no os injurió de palabra ni de obra. En las Santas Escrituras podéis leer: «Poneos en pie ante el encanecido anciano.» Así, os doy el consejo de no hacer mal al anciano si no queréis que a vosotros os lo hagan cuando ancianos seáis, si es que llegáis a serlo. Dios os acompañe doquiera que vayáis, que yo debo seguir a donde me encamino.

—¡Por Dios, viejo villano —dijo otro de los libertinos—, que no te marcharás todavía! ¡No, por San Juan! Ha poco hablaste de ese pérfido Muerte que ha matado en esta tierra a todos nuestros amigos. A fe que me pareces espía suyo. Ea, dinos dónde está o nos lo pagarás. ¡Por Dios y los Santos Sacramentos que sí! Porque tú, falso bandido, debes de estar acorde con él para matarnos a nosotros, los jóvenes.

—Si tanto anheláis hallar a Muerte, señores —respondió el hombre—, torced por ese camino sinuoso. Porque en verdad que he dejado a Muerte hace poco al pie de un árbol, en una espesura donde de cierto parmanecerá. Yo os prometo que no se esconderá ante vuestras jactancias. En aquel roble que veis allá le encontraréis. Y Dios, que rescató a la especie humana, os salve y enmiende.

Tal habló el anciano. Los libertinos corrieron hacia aquel árbol y vieron lo que les pareció muy cerca de ocho fanegas de buenos florines de oro recién acuñados. Tan brillantes y hermosos eran los florines, que ya los jóvenes no se acordaron de buscar a Muerte, sino que se holgaron mucho de tal encuentro y se sentaron junto al rico tesoro. Y el más malvado de todos dijo así:

—Atended, hermanos, lo que voy a expresar, porque, aunque me guste la burla y la broma, tengo bastante juicio. Este tesoro nos lo da la fortuna para que vivamos alegres y entretenidos, gastando esto tan fácilmente como lo hemos hallado. ¡Por la preciosa dignidad de Dios! ¿Quién nos diría que íbamos a conseguir tan notorio favor? Si de aquí pudiéramos llevar todo este oro a mi casa (o a las vuestras, puesto que a todos nos pertenece), podríamos vivir muy venturosos. De día, sin embargo, no es posible, porque nos tendrían por ladrones y nos mandarían ahorcar por razón de este nuestro tesoro. Así, debemos trasladarlo durante la noche, tan recatada y ocultamente como nos quepa. Echemos suertes y a aquel a quien le corresponda irá a la ciudad con buen ánimo de prontitud y nos traerá a hurtadillas pan y vino mientras los otros dos custodian el tesoro. Y, en llegando la noche, llevaremos las monedas al lugar que convengamos y nos parezca más oportuno.

Así, echaron suertes, en efecto, y la paja recayó en el más joven de todos, el cual se encaminó con mucha diligencia a la ciudad. Y luego que se fue, uno de los dos que quedaban habló al otro de esta manera:

—Has jurado ser mi hermano, y ahora voy a decirte una cosa que te aprovechará. Nuestro compañero ha partido y aquí tenemos, en muy grande abundancia, el oro que hemos de repartir entre los tres. Pero, si yo hiciese de modo que sólo nos lo repartiéramos los dos, ¿no te habría hecho un favor de amigo?

El otro adujo:

—No sé cómo eso puede ser. Nuestro compañero sabe que el oro ha quedado aquí y no veo qué podamos hacer ni qué le explicaríamos.

El primero de los malvados respondió:

—Si me guardas secreto, brevemente te diré lo que hemos de hacer para acabar con bien este negocio.

—A fe que no te traicionaré —respondió su camarada.

—Entonces —manifestó el primero— bien ves que somos dos y, por tanto, tenemos más fuerza que uno. Cuando nuestro compañero se siente, levántate tú como para retozar con él, y mientras forcejeáis como de mentirijillas, yo le atravesaré de parte a parte y tú procurarás hacer lo mismo con tu puñal. Y luego, amado amigo, nos distribuiremos tú y yo todo este oro, y podremos cumplir todos nuestros deseos y jugar a los dados a nuestro albedrío.

De tal suerte acordaron los dos rufianes matar a su amigo. Y el más joven, que era el que había ido a la ciudad, constantemente reflexionaba en su imaginación a propósito de los brillantes florines recién acuñados.

—«¡Oh, Señor —se decía—, si fuera mío todo ese tesoro, no habría quien viviera en mayor contento que yo bajo el trono de Dios!».

Y el demonio, nuestro enemigo, púsole en las mientes la idea de comprar veneno y matar a sus dos compañeros. Pues en tal manera de vivir estaba este libertino, que el diablo obtuvo licencia para perderle y por ello le infundió el resuelto propósito de matar a sus camaradas sin un punto de arrepentimiento.

Y, no queriendo dilatar su propósito, el joven llegó a la ciudad y pidió a un boticario que le vendiese algún veneno con que exterminar a las ratas. Añadió también que había un gato montés que

mataba los capones de su corral y que le sería agradable acabar con las alimañas que tanto estrago le causaban por las noches.

Contestóle el boticario:

—Así salve Dios mi alma si lo que te voy a dar no es mixtura que, mezclada a comida o bebida, aunque sólo sea en dosis tamaña como un grano de trigo, no hace perder la vida al instante a cualquier criatura del mundo. Tan fuerte y violento es este veneno, que cualquier se morirá con él en menos tiempo que necesitas tú para recorrer despacio una milla.

El maldito libertino tomó la caja de veneno y se apresuró hacia la calle cercana, donde pidió prestadas tres botellas grandes. Derramó en dos de ellas el veneno y guardóse la tercera para beber él, porque quería trabajar con diligencia toda la noche, a fin de transportar el oro. Y, tras llenar de vino sus tres botellas, el malvado, albergando siniestras intenciones, retornó a donde estaban sus compañeros.

¿Es menester hablar más de este negocio? Luego que el tercer libertino llegó, los otros le mataron como premeditaban, y al punto uno de ellos dijo:

—Ahora, sentémonos, bebamos, holguémonos y después enterraremos el cadáver.

Y, hablando así, empuñó una de las botellas que encerraban veneno, bebió y la pasó a su compañero con lo que uno y otro murieron muy presto.

Creo en verdad que nunca en ningún canon ni en capítulo alguno escribió Avicena signos más cumplidos de envenenamiento que los que dieron aquellos desgraciados antes de expirar. Y de esta suerte concluyeron los dos asesinos, así como el artero envenenador.

¡Oh, inicuo y maldito pecado! ¡Oh, felones homicidas! ¡Oh, perversidad, gula, lascivia y juego! ¡Oh, tú, vil blasfemo de Cristo, que profieres, por soberbia y costumbre, juramentos descomunales! ¿Cómo, hombres, podéis ser tan desnaturalizados y fementidos para con el Creador que os formó y os rescató con la preciosa sangre de su corazón?

Y ahora, buenas gentes, Dios os perdone vuestras culpas y os libre del pecado de avaricia. Mi sacro perdón puede absolveros a todos, siempre que me ofrezcáis nobles o esterlinas o, cuando no, broches de plata, cucharas o sortijas. ¡Humillad la cabeza ante esta santa bula! Yo escribiré en mi registro vuestros nombres y con esto ganaréis la celeste bienaventuranza. A quienes ofrendéis, yo,

en uso de mis elevadas prerrogativas, os absuelvo, dejándoos limpios y puros como cuando nacisteis.

De tal manera, señores, es como predico yo. Que Jesucristo, médico de nuestras almas, os otorgue su perdón, que eso (no quiero engañaros) es lo mejor de todo. Empero, una cosa se me olvidaba en mi relato. Y es que llevo en mis alforjas reliquias e indulgencias tan buenas como las que tenga cualquier hombre de Inglaterra. Y sabed que las he recibido de manos del papa. Si alguno de vosotros quiere devotamente hacer ofrenda y ser absuelto por mí, acuda, póstrese y oiga mi perdón con humildad. Aunque también podéis, sin deteneros, recibir en los contornos de cada población indulgencias nuevas y recientes si, como se entiende bien, satisfacéis igualmente en ese caso nobles o peniques buenos y legítimos.

Honor para los que aquí estáis tener a mano un bulero con licencia para absolveros según andáis por esta tierra, pues pudiera sobreveniros algún accidente infeliz, como caeros del caballo y quebraros la nuca. Gran alivio es para todos vosotros el que yo vaya en vuestra compañía, porque podré daros la absolución cuando vuestras almas abandonen vuestros cuerpos.

Y ahora propongo que comience nuestro hostelero, quien más ahíto está de pecados. Ven, señor posadero, haz tu ofrenda antes que los otros y yo te permitiré, en verdad, besar todas mis reliquias por sólo cuatro peniques. Ea, deshebilla la bolsa.

—¡No, no! —dijo el posadero—. ¡Antes caiga sobre mí la maldición de Cristo! Por mi salud que no lo haré; quita allá. Capaz serías de hacerme besar tus calzones viejos, aunque los hubieses manchado con tu trasero; pero por la cruz de Santa Elena te digo que preferiría tener en mis manos tus testículos antes que tus reliquias. Ven, deja que te los corte y te ayudaré a llevarlos. Guardarémoslos, como en relicario, en una boñiga de puerco.

Ni una sola palabra repuso el bulero. Tan ofendido estaba que no dijo oste ni moste. Viéndolo agregó el posadero:

—Bien, no quiero más chanzas contigo ni con ningún otro hombre colérico.

A la sazón todos reían, y el noble caballero, viéndolo, dijo:

—Basta ya, basta. Señor bulero, alegraos y poned buen semblante. Y a vos, mi querido señor hostelero, os ruego que beséis al vendedor de indulgencias. Ea, bulero, accede; yo te lo pido. Y después sigamos riendo y holgándonos como hasta ahora.

Y entonces bulero y posadero se besaron y prosiguieron cabalgando.

PROLOGO DEL CUENTO DE LA MUJER DE BATH [1]

Bastaríame la experiencia, si ninguna autoridad hubiera en este mundo al respecto del matrimonio, para hablar de los males que en tal estado se encierran. Porque, gracias al eterno Dios, yo, desde que cumplí doce años, he llevado a la puerta de la iglesia cinco maridos, todos ellos hombres dignos dentro de su condición. De manera que me he casado muchas veces.

No hace largo tiempo alguien me dijo que, siendo así que Cristo no estuvo nunca sino en unas bodas, que fueron las de Caná, en Galilea, yo debía haber visto en ese ejemplo que el Señor me mostró que no debía haberme casado más que una vez. Y acerca de lo mismo, éstas son las palabras con que Jesús, Dios y hombre, reprendió, hallándose junto a un pozo, a la samaritana: «Cinco maridos has tenido y el hombre que ahora contigo ha casado no es tu marido.»

Así dijo verdaderamente el Señor, y no sé lo que quiso con ello declarar, por lo cual pregunto: ¿Por qué el quinto hombre no era esposo de la samaritana? ¿Hasta cuántas veces podía la mujer casarse? Nunca, en los años que tengo, he oído definición clara respecto a ese número, y veo que las cosas pueden interpretarse o adivinarse de diferente manera.

Mas lo que sí puedo expresar sin mentira es que Dios nos

1. Apartándose de la regla seguida en sus cuentos anteriores, Chaucer hace hablar a la mujer de Bath sin palabras previas que preparen el prólogo de su relato. Algunas ediciones inglesas añaden antes del comienzo de este prólogo, dieciséis versos ajenos al texto de Chaucer y que, por no ser del autor, omito. *(N. del T.)*

mandó crecer y multiplicarnos, texto gentil que yo comprendo muy bien. Y también conozco que mi esposo dejará a su padre y a su madre para tomarme a mí, según dice el Señor, sin que añada nada sobre la bigamia u octogamia. ¿Por qué han de añadirlo los hombres que juzgan villanía eso último?

Veamos al sabio rey Salomón. Bien creo que tuvo más de una mujer (ya quisiera yo que Dios me hubiese permitido refocilarme la mitad de veces que ese rey). ¡Ah, qué don le dio Dios con tantas mujeres! Ningún otro ser de este mundo alcanzó lo mismo. Buena vida tuvo aquel noble rey; que a lo que imagino debió de tener cada primera noche muchos buenos ratos con cada una de sus mujeres.

Yo (¡bendito sea Dios!) he casado con cinco maridos. Bienvenido sea el sexto, si me llega. Pues sépase que, en verdad, no me place mantenerme en castidad completa, y así, cuando uno de mis esposos abandone este mundo, otro cristiano debe desposarme luego. Porque el apóstol dice que entonces libre estoy para matrimoniar otra vez, en nombre de Dios, con quien me apeteciere. Afirma el mismo apóstol que casarse no es pecado, y que más vale casarse que abrasarse.

Y, en consecuencia, ¿qué me importa que las gentes vituperen al perverso Lamech, con su bigamia? Muy bien sé que Abraham fue varón santo, y Jacob lo mismo, no obstante lo cual ambos tuvieron más de dos mujeres, y otros santos hombres hicieron igual cosa. Si alguna vez habéis visto que el alto Dios prohibiera el matrimonio expresamente, decídmelo, que os lo apreciaré.

¿Prescribió tampoco la virginidad? Yo sé, y vosotros sabéis sin duda, que el apóstol, hablando de la virginidad, declara que ningún mandato hay acerca de ella. Puede aconsejarse a una mujer que se mantenga doncella, pero aconsejar no es prescribir. Este asunto queda a nuestro propio criterio. De mandar Dios que nos conservásemos en virginidad, con esto hubiera condenado el casamiento, y yo os digo: ¿de dónde se originaría la virginidad si nunca se hubiese sembrado simiente alguna?

En fin, Pablo no osó ordenar en una materia donde su Maestro no había preceptuado nada. Puesto está el dardo en la meta para la virginidad [2]: alcáncelo quien pueda y más corra. Y, por ende, esta sentencia no toca a todos, sino a aquellos a quienes Dios, con su poder, le place concederla.

2. I Cor. 9, 24. *(N. del T.)*

Conozco que el apóstol era virgen, pero, si bien escribió diciendo que le satisfaría que todos fuesen como él, con esto, respecto a virginidad, no pasaban de aconsejarla. Y a nosotros nos dio benigna licencia para casarnos, por lo que no merece vituperio mujer que casa cuando su esposo muere, sin que de ello se siga bigamia. Lo que no obsta a que sea laudable no tocar carnalmente a mujer, por aquello del peligro que hay en unir fuego y estopa. En fin: bien entendéis todos este ejemplo. El apóstol preconizaba la virginidad como mejor que el matrimonio con riesgo, según llamo yo a aquel en que mujer y marido se proponen vivir siempre castos.

Sea la doncella mejor en buena hora que la bígama, que yo lo admito, mas no envidio aquélla. Quienes quieran, sean puros en cuerpo y alma; por mí no alardearé de tal estado. Pues, como de sobras sabéis, no toda la vajilla de una casa es de oro, sino que también la hay de madera, y ésta no deja de hacer servicio a su dueño. Porque Dios llama a los hombres por diferentes sendas y a cada uno le da un don particular, que distribuye a su gusto. Es alta perfección la doncellez, y asimismo la continencia; pero Cristo, manantial de perfección, no impone, empero, a todos que vendan lo que tienen y lo den a los pobres, siguiendo el camino que El señala. Al decirlo, refeíase a los deseosos de vida perfecta, y yo, con vuestra licencia, señores, no la deseo.

Antes bien, quiero emplear toda la flor de mis años en los actos y frutos matrimoniales. Porque, decidme: ¿para qué fueron creados los órganos generatorios? Bien cierto es que con algún fin se hicieron. Decid lo que os plegue de que se crearon para expeler la orina y otras cosas menudas, y también para distinguir a la hembra del varón; pero la experiencia nos enseña que no es así. Empero, a fin de que los clérigos no se enojen, admitiré que esos órganos se formaron para entrambas cosas: servicio del cuerpo y procreación, siempre que no ofendamos a Dios con ello.

Y, si así no fuere, ¿por qué había de constar en las Escrituras que el hombre debe pagar a su esposa su débito? ¿Cómo se lo pagaría de no utilizar el instrumento adecuado? Vemos, pues, que las cosas de que tratamos fueron dadas a los seres para expulsar la orina y para la generación.

No es que todos los hombres entiendan que sus arreos deben ser empleados en la generación, porque si así fuese nadie se curaría de la castidad. Cristo, aunque obraba como hombre, era virgen, sin embargo, y muchos santos, desde el principio del mundo,

vivieron en estado de castidad. Mas yo no envidio su doncellez a nadie. Sean los buenos pan de pura harina de trigo y seamos las mujeres pan de cebada. Dice Marcos que con pan de cebada restaura nuestro Señor Jesús a muchos hombres. Y yo quiero perseverar en el estado a que Dios me llamó; que no soy melindrosa. Quiero, como casada, emplear mi instrumento tan libremente como Dios me lo ha dado; y castígueme El si no lo cumplo así con largueza. Mi marido tendrá lo mío mañana y noche, esto es, siempre que le cuadre pagarme su deuda.

Sí, marido quiero, y marido que sea a la par mi deudor y mi siervo, teniendo tribulación en su carne tanto tiempo como yo sea su mujer. Durante toda mi vida debo tener poder sobre su cuerpo, y él no. Pues tal dice el apóstol cuando ordena a nuestros esposos que nos amen mucho. Grandemente me complace, en todas sus partes, esta sentencia.

Habló a esto el bulero, diciendo:

—Por Dios y por San Juan, señora, que sois predicadora muy magna en estos asuntos. Yo he estado a punto de unirme a una mujer, pero ¿es menester que mi carne lo pague tan caro? Porque entonces paréceme que no tomaré mujer, por ahora.

—Espera —repuso ella—, que todavía mi cuento no ha principiado. Aún beberás tú de otro tonel antes que yo calle y algo saborearás peor que la cerveza. Pues cuando oigas mi cuento sobre los daños del matrimonio, los cuales he experimentado toda mi vida (si bien, según se entiende, siendo yo el azote), veremos si quieres beber del barril que yo destapone. Precávete antes de acercarte en exceso; que más de diez ejemplos te voy a mostrar. Quien no aprende en cabeza ajena hará aprender a los demás en la suya propia, como Ptolomeo dice en su Almagesto, donde podréis encontrar esas mismas palabras.

—Señora —dijo el bulero—, empezad ya y adoctrinadnos con vuestra experiencia.

—Así lo haré —repuso ella—. Mi cuento ha de gustaros; pero si algo desaforado digo, no os ofendáis, pues sólo quiero que os holguéis.

Y voy con mi relato. Así pueda yo beber siempre vino y cerveza como no miento al afirmar que, de mis cinco maridos, tres eran buenos y dos malos. Y los buenos eran ricos y viejos, y les costaba trabajo cumplir su deber conmigo. Ya me entendéis. ¡Lo que río recordando los trabajos y afanes que les hacía pasar por la noche! Y a fe que yo no le daba a eso ninguna importancia.

Ellos me habían entregado su oro y sus bienes, y yo no necesitaba practicar otras diligencias para ganar su amor, ni tampoco me era menester reverenciarlos. ¡Por el Altísimo, que me amaban tanto, que yo no hacía caso alguno de su amor! La mujer sagaz se fija siempre en un hombre (cuando ninguno tiene), hasta conseguirlo. Pero desde que ya tuve completamente en mi mano a mis maridos, y luego que ellos me hubieron dado todas sus posesiones, ¿para qué había de cuidar de agradarles, no siendo para mi provecho y comodidad? Yo les puse, pues, en tales aprietos, que muchas noches prorrumpían en quejas. No, no trajeron ellos a casa el tocino que algunos buenos casados obtienen en Essex, en Dumow. Les gobernaba tan bien, imponiéndoles mi ley, que todos ellos se tenían por muy dichosos y felices trayéndome buenas cosas del mercado, y se mostraban muy alegres cuando les hablaba cariñosamente, porque bien sabe Dios que yo de ordinario les reprendía con dureza.

Ahora vosotras, discretas mujeres que podéis entenderme, escuchad cuán acertadamente me conducía yo.

Primero, sabed que ningún hombre es capaz de jurar en falso y mentir con tanto descaro como una mujer. Yo no digo esto con referencia a las mujeres prudentes, sino a las otras. La mujer discreta, si entiende su provecho, asegurará a su marido que lo blanco es negro y pondrá a su propia doncella como testigo de su afirmación. Pero atended cómo decía yo:

—Señor viejo loco, ¿es ésta tu manera de proceder? Ahí tienes a mi vecina, tan bien vestida. Ella se ve honrada dondequiera que va; y yo, en tanto, me quedo en casa porque no tengo un traje decente que ponerme. ¿Qué haces tú en la morada de mi vecina? ¿Tan hermosa es? ¿Y qué cuchicheas con nuestra doncella? ¡Señor viejo rijoso, deja tus malas mañas! En cambio, si yo tengo algún pariente o cualquier amigo, chillas como un demonio, sin motivo, si yo voy o me entretengo en su casa. Tú vienes a la nuestra tan borracho como una cuba y te pones a predicar con malas razones. Me dices que es una gran desgracia casarse con mujer pobre, por los gastos que ocasiona; y, si es rica y de alto linaje, dices entonces que constituye un tormento sufrir sus humores y su orgullo. Si es hermosa, afirmas que cualquier libertino querrá poseerla y que la que se ve asediada por todas partes no puede permanecer casta.

Tú afirmas que algunos nos desean por las riquezas, otros por nuestro talle y algunos por nuestra hermosura. Estos porque la mujer sabe cantar o bailar; aquéllos por su gentileza y buen humor;

los de más allá por sus manos y sus finos brazos. Así, según tus cálculos, todo se marcha al diablo. Tú dices que no se puede defender la muralla de una fortaleza que es atacada largo tiempo por todas partes.

Si la mujer es fea, añades que es ella la que apetece todos los hombres que ve, pues saltará como sabueso sobre los tales hasta que encuentre quien con ella se entienda. No hay gansa alguna, acrecientas, que por parda que sea, desee estar sin macho. Y aseguras que es difícil de gobernar una cosa que a ningún hombre place retener. Esto es lo que tú dices, bellaco, cuando te vas a la cama, y también que ningún hombre sabio debe casarse, ni tampoco el que quiera ir al cielo. ¡Así un mal rayo parta tu provecta nuca!

Dices que humo y gotera y mujer brava, echan al hombre de su casa. ¡Ah, regañón!

Afirmas que nosotras, las mujeres, sabemos ocultar nuestros vicios hasta que nos vemos casadas, y entonces los mostramos. Quien eso dijo era algún malandrín.

Dices que los bueyes, caballos y perros se prueban una y otra vez, así como las jofainas, vasijas, cucharas, taburetes y otros objetos caseros, e igualmente las ollas, paños y enseres, antes de comprarlos; pero que ningún ensayo se hace con las mujeres hasta que están casadas. Y dices, viejo maligno, que nosotras sacamos entonces nuestros vicios.

También aseguras que me disgusto si dejas de alabar mi belleza y si no contemplas siempre mi cara con atención y me llamas «hermosa señora» en todo lugar, y si no celebras fiesta el día de mi cumpleaños y me vistes con trajes nuevos y elegantes, y si no honras a mi nodriza y a mi doncella, y a la familia y allegados de mi padre. ¡Así dices tú, barril viejo, saco de patrañas!

Y aun de nuestro aprendiz Juanito has concebido falsas sospechas, a causa de sus cabellos rizados, que brillan como oro fino, y también porque él me acompaña como escudero a todas partes. Pero aunque tú te murieras mañana, sabe que yo no le quiero.

Ahora, dime una cosa: ¿por qué escondes (¡mala suerte caiga sobre ti!) las llaves de tu cofre fuera de mi alcance? Esos bienes son míos, lo mismo que tuyos, ¡pardiez! ¿O piensas convertir a tu mujer en una necia? Mas, por el señor Santiago, aunque te vuelvas loco de atar, tú no has de ser dueño de mi cuerpo y de mis bienes, sino que tendrás que renunciar a una de las dos cosas, pese a tus ojos. ¿Qué necesidad tienes de informarte de mí o de espiarme? ¡Yo creo que querrías verme metida dentro de tu arcón! Antes

bien, deberías decir: «Mujer, vete adonde te plazca, entreténte como quieras, que yo no daré fe a ningún chisme, porque te tengo por esposa fiel, mi señora Alicia.» Nosotras no queremos al marido que pone cuidado y especial atención en saber dónde vamos. No, que nos gusta estar a nuestro albedrío.

Bendito sea entre todos el sabio astrólogo Ptolomeo, que dice en su Almagesto: «De todos los hombres alcanza más sabiduría el que jamás se cuida de quién tiene el mundo en la mano.» Por esta sentencia debes entender lo siguiente: teniendo tú bastante, ¿qué necesidad te incita a preocuparte o inquietarte por lo agradablemente que otros viven? Porque, en verdad, viejo lascivo, tú poseerás cuando quieras mis partes, durante la noche, a tu completa satisfacción. Es asaz tacaño el que no permite a un hombre que encienda la luz en su linterna; jamás tendrá por eso menos luz. Bastante tienes tú; no debes quejarte.

Dices también que si nosotras nos ponemos vestidos elegantes y preciosos adornos, peligra por ello nuestra castidad; y para reforzarlo (¡mala suerte tengas!), añades estas palabras del Apóstol: «Vosotras, mujeres, debéis ataviaros con vestidos hechos con arreglo a la castidad y al decoro, y no con los cabellos trenzados y con piedras finas, como perlas, ni con oro, ni con ricos paños.» Pero ni según tu texto ni según tu rúbrica he de obrar.

Tú has dicho que yo era semejante a las gatas. Porque si alguien chamusca la piel de una gata, ésta permanecerá entonces seguramente dentro de casa; mas si su piel está lustrosa y fina, no querrá parar en casa medio día, sino que saldrá antes del amanecer para lucir su piel e ir a maullar. Esto quiere decir, señor regañón, que, si yo estoy bien ataviada, correré a hacerme ver.

Señor viejo loco, ¿para qué te sirve el espiarme? Aunque mandes a Argos con sus cien ojos que guarde mi persona como mejor pueda, no me habrá de guardar, a fe mía, sino según mi deseo; porque yo puedo burlarme de vosotros dos lindamente.

Dices también que hay tres cosas que perturban la tierra, y que nadie puede sufrir la cuarta. ¡Oh, señor gruñón, Jesús acorte tu vida! Porque predicas y afirmas que la mujer odiosa se cuenta como uno de esos infortunios. ¿No hay otra clase de semejanzas que tú puedas citar en tus ejemplos?

Tú comparas el amor de la mujer al infierno y a la tierra estéril, donde el agua no existe. Lo comparas también al fuego griego, que cuanto más quema, tanto más desea consumir todas las cosas. Dices que así como los gusanos destruyen el árbol, de igual modo la mujer arruina a su marido. Esto, según aseveras tú, lo saben todos los que están ligados a las mujeres.

Señores, así hablaba yo a mis ancianos maridos, haciéndoles creer que lo decían en sus borracheras; y todo era falso, aunque yo tomaba por testigos a Juanito y a mi sobrina. ¡Ah, Señor, las angustias y los dolores que yo causaba a los muy inocentes! ¡Por la dulce pasión de Dios que sé morder y relinchar como un caballo! Aun cuando yo fuese la culpable, me quejaba, pues de otra suerte hubiera quedado muchas veces confundida. El que primero llega al molino, antes muele. Yo me quejaba primero, y así quedaba paralizada nuestra lucha. Ellos se consideraban muy satisfechos, excusándose a toda prisa de los delitos que jamás en su vida cometieron.

A uno yo le acusaba de ir en busca de mujeres, cuando, por razón de sus achaques, difícilmente podía tenerse en pie. Sin embargo, eso halagaba su corazón, pues imaginaba que yo sentía por él grandísimo cariño. Yo juraba que todas mis salidas por las noches eran para averiguar con qué mozas se refocilaba, y con tal pretexto corría yo no pocas aventuras. Porque ésta es nuestra condición desde que nacemos: Dios ha dado a las mujeres, por naturaleza, el engaño, las lágrimas y la habilidad para hilar. De modo que al fin yo quedaba encima, en toda cosa, por astucia, por fuerza o por algún otro medio, como quejas o lamentaciones continuas. En la cama, especialmente, experimentaban ellos su desgracia, porque allí rezongaba yo y no les satisfacía. Si notaba sus brazos sobre mi costado, no quería permanecer más tiempo en el lecho hasta que me hubiesen pagado su rescate, permitiéndoles entonces satisfacer su necesidad. Con las manos vacías no es posible atraer al halcón; yo, para mi provecho, tenía que aguantar su lujuria, fingiendo un falso apetito, y, sin embargo, nunca paraba de reprenderles. Aun cuando el papa hubiera estado sentado junto a ellos, yo no me habría contenido, pues a fe mía devolvíales palabra por palabra. Así me ayude en verdad Dios omnipotente, como es cierto que, si yo tuviera que hacer ahora mismo mi testamento, hallaría que no debo a mis maridos una palabra que no haya sido pagada. Me conducía de tal manera con mi ingenio, que a ellos les tenía más cuenta ceder. De otro modo jamás hubiéramos estado en paz, pues, aun cuando mi marido hubiese tomado el aspecto de un león furioso, habría, con todo, abandonado al fin sus razones. Cuando lo hacían así, decíales yo: «Querido mío, mira qué apariencia tan mansa tiene nuestra oveja "Wilkin". ¡Acér-

cate, esposo mío; permíteme que te bese la cara! Tú has de ser muy paciente y humilde y guardar una conciencia buena y escrupulosa, ya que tanto predicas sobre la paciencia de Job. Puesto que tan bien sabes sermonear, ten siempre tolerancia, y si no lo haces, yo te enseñaré, a buen seguro, que es cosa excelente mantener paz con la mujer. Uno de nosotros dos debe ceder, sin duda; y pues el hombre es más razonable que la mujer, tú tienes que ser sufrido. ¿Qué ganas refunfuñando y gruñendo así? ¿Es que sólo tú quieres poseer lo mío? Pues, tómalo todo entero; aquí lo tienes. ¡Por San Pedro, maldito seas si no lo estás deseando con ansia! Porque si yo quisiera vender mi *belle chose,* podría andar por el mundo tan fresca como una rosa; pero quiero guardarla para ti. Por Dios, que eres digno de vituperio.»

Tales palabras decía yo a mis ancianos esposos. Ahora voy a hablar del cuarto que tuve.

Mi cuarto marido era disoluto y tenía una amante. Yo era joven y muy apasionada, terca, vigorosa y alegre como una urraca. Sabía danzar a maravilla al son de un arpa, y cantaba lo mismo que el ruiseñor en cuanto había bebido un trago de vino dulce. Aunque yo hubiera sido la esposa de Metelio (el infame villano, el gran puerco que con un palo quitó la vida a su mujer porque bebió vino), no me habría mi marido amedrentado. No, que después del vino pienso yo en Venus. Porque tan cierto como el frío engendra el granizo, es que la boca bebedora engendra lascivia. La mujer ahíta de vino no tiene defensa, y esto lo sabe por experiencia todo libertino.

Cuando me acuerdo de mi juventud y de mi alegría, me cosquillean las fibras del corazón. Hoy día constituye el consuelo de mi alma el haber corrido el mundo en mis tiempos. Mas, ¡ay!, la edad, que todo lo inficiona, me ha despojado de mi belleza y de mi energía. ¡Vayan enhorabuena y el diablo cargue con ellas! La flor de la harina se acabó, y ahora tengo que vender el salvado como mejor pueda; con eso está dicho todo. Sin embargo, aún procuraré holgarme en lo que sea posible.

Voy a hablar ya de mi cuarto marido. Digo que yo encerraba gran despecho en mi corazón, porque él obtenía las caricias de otra. Pero quedó recompensado. ¡Sí, por Dios y por San José! Yo le hice un báculo de la misma madera, no de modo vergonzoso para mi cuerpo, sino poniendo a los hombres tal cara, que de rabia y de terribles celos hacía freírse a mi esposo en su propia grasa. Por Dios, que fui en la Tierra su purgatorio; y así espero que su

alma esté ahora en la gloria. ¡Porque Dios sabe cuántas veces hubo él de sentarse a cantar para encubrir su ira! No había nadie, salvo Dios y él, que supiese con cuánto dolor le atormentaba yo de muchas maneras. Murió cuando yo volvía de Jerusalén, y enterrado se halla bajo la peana de una cruz, aunque su tumba no está tan bien hecha como el sepulcro de Darío, que Apeles labró con suma habilidad. En verdad era gasto inútil enterrar a mi marido con lujo. Vaya con Dios y tenga su alma descanso; que ya está su cuerpo en la sepultura y en el ataúd.

Ahora voy a hablar de mi quinto marido. ¡Dios no permita que su alma baje jamás al infierno! Y, sin embargo, fue para mí el más malo, lo cual experimento y experimentaré siempre, hasta el último día de mi vida, en cada una de mis costillas. Pero era tan vigoroso y retozón en el lecho, y sabía acariciarme tan bien cuando quería conseguir mi *belle chose,* que aunque me hubiese molido a palos todos los huesos, sabía reconquistar al punto mi amor. Yo creo que le amaba más porque me escatimaba su cariño. Nosotras, las mujeres, si no he de mentir, tenemos en este particular extraños antojos; si nos parece que no podemos conseguir fácilmente alguna cosa, en seguida gritamos y suplicamos sin tregua para lograrla. Prohibidnos algo, y lo desearemos; acosadnos de cerca, y huiremos. Ofrecemos toda nuestra mercancía con escasez. La gran demanda en el mercado encarece los géneros, y los demasiado baratos se estiman en poco valor; esto lo sabe toda mujer discreta.

A mi quinto marido (¡Dios bendiga su alma!), le acepté por amor y no por sus riquezas. Había sido estudiante en Oxford y luego había dejado la escuela, tomando pupilaje en casa de una comadre mía que vivía en nuestra ciudad y se llamaba Alison. ¡Dios haya acogido su alma! Ella conocía mi corazón, y aun mis secretos, mejor que nuestro cura párroco, porque le contaba todas mis intimidades. Si mi marido hubiese orinado en la pared o hecho alguna cosa que hubiera de costarle la vida, yo habría dicho su secreto a Alison en todas sus partes, así como a otra honrada mujer y a mi sobrina, a todas las cuales yo quería mucho. Y Dios sabe que así lo hice muy a menudo, de manera que con frecuencia suma ponía la cara de mi esposo roja y encendida de pura vergüenza, culpándose él mismo por haberme revelado sus profundos secretos.

En tiempo de Cuaresma yo iba muchas veces a casa de mi comadre, porque me gustaba siempre componerme y andar, en los

meses de marzo, abril y mayo, de casa en casa, oyendo diversas noticias. Y una vez, Juanito, el estudiante, mi comadre Alison y yo fuimos al campo. Mi marido pasó en Londres toda aquella Cuaresma, así que yo tuve oportunidad para divertirme y para ver y ser vista de la gente alegre, pues, ¿qué sabía yo dónde o en qué lugar estaba determinado que otorgara mis favores? Por eso hacía mis visitas a las vísperas y a las procesiones, y también al sermón, a las peregrinaciones, a las representaciones de milagros y a las bodas, llevando elegantes vestidos encarnados. Jamás atacaban a éstos lo más mínimo los gusanos ni la polilla, ni insecto alguno; lo aseguro por mi salud. ¿Y sabéis por qué? Porque estaban muy usados.

Ahora voy a seguir contando lo que me sucedió. Digo que nosotros paseábamos por el campo, y entre tanto el estudiante y yo tuvimos, en verdad, gran retozo y yo le hablé de mis planes para el porvenir, diciéndole que cuando yo quedara viuda él se casaría conmigo. Porque, ciertamente (no lo digo por jactancia), no he estado nunca sin previsión de matrimonio, ni de otras cosas tampoco. Yo considero que un ratón no vale un comino si sólo tiene un agujero por donde escaparse, pues si ése le falta, todo ha concluido entonces.

Hice creer al estudiante que me había hechizado, pues mi madre me enseñó este ardid con los hombres. También le dije que había soñado con él toda la noche y que en mi sueño él quería matarme mientras yo me hallaba acostada, y toda mi cama estaba llena de abundante sangre. Añadí, empero, que esperaba que él obraría bien conmigo, porque la sangre presagia oro, según me enseñaron. Y todo era mentira: yo no soñé absolutamente nada de eso; mas así seguía siempre los consejos de mi madre, tanto en aquello como en otras muchas cosas. Pero, Señor, ¿qué iba yo a decir? Veamos. ¡Ah, sí, pardiez! Ya tengo otra vez mi cuento.

Cuando mi cuarto marido estuvo en el ataúd, lloré y puse la cara triste, cual deben hacerlo las mujeres casadas, porque ésa es la costumbre, y me cubrí el rostro con mi pañuelo. Mas como yo estaba provista de un compañero, lloré muy poco, os lo aseguro.

Por la mañana fue llevado mi marido a la iglesia entre los vecinos, uno de los cuales era nuestro estudiante Juanito. Dios me valga, pero cuando yo le vi detrás del féretro, me pareció que tenía unas piernas y unos pies tan hermosos, que le entregué todo mi corazón. Creo que contaba él veinte inviernos, y yo cuarenta, si he de decir la verdad; pero, con todo, me quedaba todavía un

primer diente. Yo los tenía separados y eso me convenía a maravilla, porque mostraba la marca del sello de la piadosa Venus. Así me ayude Dios, tan de fijo como yo era apasionada, hermosa, rica y muy alegre; y, en realidad, como mis maridos me decían, tenía el mejor *quoniam* que podía haber. Sabed que, a no mentir, hállome del todo consagrada a Venus en sentimiento, y mi corazón está dedicado a Marte. Venus me dio mi pasión y lujuria, y Marte mi intrépido valor. Mi signo fue Taurus, que es casa de Marte. ¡Ay, ay, y que siempre haya de ser pecado el amor! Yo he seguido mis inclinaciones constantemente, por virtud de mi constelación, lo que hizo que yo siempre pudiera procurar a mi cámara de Venus un buen compañero. Además, tengo la señal de Marte en mi cara, y también en otro sitio privado. Porque (así Dios me salve), yo no he amado jamás según discernimiento alguno, sino que siempre he seguido mi apetito, fuese corto o largo, blanco o negro. Yo no me preocupaba de nada, con tal que el hombre me agradase, aun cuando fuera un pobre o de cualquier condición.

¿Qué diría yo sino que, al final de aquel mes, el alegre estudiante Juanito, que, por ende, era muy cortés, se casó conmigo con gran solemnidad, y yo le cedí todas las tierras y posesiones que me fueron dadas hasta aquel entonces? Mas luego me arrepentí muy profundamente, pues él no satisfacía ni mi menor deseo. En cierta ocasión, me pegó en una oreja porque yo rompí una hoja de su libro, y del golpe quedé completamente sorda de ese oído. Yo era indomable como una leona, y gran charlatana, y recorría, como antes había dicho, casa por casa, aunque él me lo hubiese prohibido. Por esta razón me sermoneaba muy a menudo, y me instruía en las gestas de los antiguos romanos, diciéndome cómo Simplicio Galo repudió a su mujer, abandonándola durante toda su vida, solamente porque la vio cierto día en la puerta con la cabeza descubierta, mirando hacia fuera.

Otro romano me nombraba, el cual, porque su mujer fue a cierto juego de circo sin su conocimiento, la abandonó también. Y luego me enseñaba en su Biblia aquella sentencia del Eclesiastés, donde se manda y ordena terminantemnte que no permita el hombre que su mujer vaya a rodar por una y otra parte. Después me decía esto: «Quien edifica toda su casa con mimbres, espolea a su caballo ciego por tierra de barbecho y permite que su mujer vaya a visitar santuarios, merece ser colgado de la horca.» Pero todo era en balde, porque yo no estimaba en un ápice sus sentencias ni sus anticuados dichos, ni quería ser corregida por él. Abo-

rrezco al que me dice mis vicios, y lo mismo hacen otros. ¡Dios lo sabe! Esto le ponía furioso conmigo por completo; mas yo en ningún caso le dejaba en paz.

Ahora, por Santo Tomás, voy a deciros la verdad de por qué rompí yo una hoja de su libro, razón en virtud de la cual me golpeó de tal modo que me quedé sorda.

Tenía él un libro, que leía siempre con delectación, noche y día, para entretenerse. Llamábalo *Valerio y Teofrasto* y con él se reía a todas horas estrepitosamente. Además, en otro tiempo hubo en Roma un cardenal que se llamó San Jerónimo, el cual escribió un libro contra Joviniano, y en ese tomo estaban también Tertuliano, Crisipo, Trotula y Eloísa, que fue abadesa no lejos de París; y, además, los Proverbios de Salomón, el Arte de Ovidio y otros muchos libros; todos encuadernados en un volumen. Mi marido tenía por costumbre, durante el día y la noche, cuando encontraba oportunidad y se hallaba libre de toda otra ocupación mundanal, leer en aquel libro cosas acerca de las mujeres malas. Sabía de ellas más historias y vidas que de mujeres buenas hay en la Biblia. Porque habéis de estar seguros de que es imposible que escritor alguno hable bien de las mujeres casadas (a no ser en las vidas de las benditas santas), ni de ninguna otra mujer tampoco. Decidme: ¿quién pintó al vencido león? Un hombre. ¡Por Dios que si las mujeres hubiesen escrito historias, como los clérigos componen sus sermones, habrían escrito tantas maldades de los hombres, que toda la casta de Adán no podría repararlas! Los hijos de Mercurio y los de Venus son muy opuestos en sus acciones: Mercurio ama la sabiduría y la ciencia, y Venus gusta de la orgía y el dispendio. Por su posición diversa, cada uno de ellos experimenta depresión en la exaltación del otro; y así (Dios lo sabe), Mercurio se ve humillado en Piscis, donde Venus es sublimada, y Venus cae donde Mercurio se levanta. Y éste es el motivo de que ninguna mujer sea alabada por sabio alguno. El sabio, cuando es viejo y no puede acometer los trabajos de Venus, se sienta y, en su senilidad, escribe que las mujeres no pueden ser fieles en el matrimonio.

Pero ahora vamos al asunto, esto es, por qué fui golpeada a causa de un libro. Cierta noche Juanito leía en su volumen, mientras estaba sentado junto al fuego. Leyó primero acerca de Eva, quien, con su maldad, trajo a todo el género humano a miserable condición, por lo cual fue muerto el mismo Jesucristo, que nos redimió con la sangre de su corazón. Ved: aquí expresamente hallaréis que la mujer fue la ruina de todo el linaje humano.

Después me leyó cómo Sansón perdió sus cabellos. Su amante los cortó con sus tijeras mientras él dormía, por cuya traición perdió Sansón ambos ojos.

Luego me leyó de Hércules y de su Deyanira, la cual fue causa de que él mismo se arrojase al fuego.

No olvidó el tormento y el dolor que Sócrates padeció con sus dos mujeres, y cómo Xantipa le arrojó orines sobre la cabeza. Aquel buen hombre permaneció callado como un muerto, limpió su cabeza, y sólo hubo de decir: «Antes que el trueno se extinga, viene la lluvia.»

Cosa exquisita le parecía a mi marido la historia de Pasifae, reina de Creta, a causa de su perversidad. No hablemos de sus horribles deseo y placer; que eso es cosa espantable.

Con muy grande entusiasmo leía Juan la historia de Clitemnestra, que, por su lascivia, mandó matar pérfidamente a su marido.

Díjome también por qué motivo perdió Anfiarao su vida en Tebas. Mi marido tenía la historia de Erifila, esposa de aquel personaje y la cual, por un collar de oro, reveló secretamente en qué sitio se ocultaba su esposo, con lo cual halló el mísero su desgracia en Tebas.

Juan me hablaba de Livia y de Lucilia, que hicieron morir a sus maridos: la una, por amor; la otra, por odio. Livia envenenó al suyo cierta tarde, porque ella era su enemiga. Lucilia, impúdica, amaba tanto a su marido, que, para que él pensara continuamente en ella, diole tal filtro amoroso, que lo mató antes que llegara la mañana. Así que los maridos siempre están en tribulación.

Luego él me contaba cómo un tal Laturnio se lamentaba con su amigo Arrio de que en su jardín crecía un árbol, en el cual, según decía, se habían ahorcado por celos sus tres mujeres. «¡Ah, querido hermano! —le contestó Arrio—. Dame un vástago de ese bendito árbol, para que yo lo plante en mi jardín.»

De fecha más reciente, leíame Juan que algunas mujeres habían matado a sus maridos en el lecho, permitiendo que sus amantes estuviesen con ellas toda la noche, mientras el cadáver yacía en el suelo. Y otras hincaban clavos en el cerebro de sus esposos al tiempo que ellos dormían, matándolos así. Algunas les daban veneno en su bebida. En fin, Juan hablaba más males que cuantos puede imaginar el corazón. Y, además, sabía más proverbios que hierbas o césped brotan en este mundo. «Mejor es —decía— que en tu habitación haya un león o dragón horrible, que una

mujer reñidora.» «Mejor es —añadía— vivir arriba en el desván, que abajo en la casa con mujer colérica; pues tan perversas y amigas de contradecir son éstas, que aborrecen siempre lo que sus maridos aman.» Y seguía diciendo: «La mujer echa a un lado la vergüenza cuando se quita la camisa.» Y también: «La mujer hermosa que no es casta al mismo tiempo, es como anillo de oro en hocico de cerda.» ¿Quién podrá imaginar o suponer el dolor y el tormento que en mi corazón sentía yo?

Y como vi que no llevaba trazas de terminar con aquel maldito libro en toda la noche, con movimiento veloz arranqué tres hojas del tomo mientras Juan leía, y al mismo tiempo asesté en la cara de mi marido tal puñada, que le tiré de espaldas en la lumbre. Pero él se levantó cual un león furioso y diome con el puño en la cabeza, de manera que quedé en el suelo como muerta. Mas cuando vio que yo permanecía inmóvil, se asustó y faltóle poco para huir. Por último salí de mi desmayo y dije: «¡Ah!, ¡me has matado, felón! Sí, me has asesinado de este modo por gozar de mis bienes. Sin embargo, antes de morir, quiero besarte.»

Y él se acercó, y arrodillóse cortésmente, diciendo: «Querida hermana Alicia, así me valga Dios como jamás te he de pegar yo. Tú tienes la culpa de lo que te he hecho. Perdónamelo, te lo suplico.» E inmediatamente le golpeé la cara y le dije: «¡Ladrón, así quedo vengada! Ahora quiero morir: no puedo hablar más.»

Pero, al fin, entre aflicción y dolor, vinimos a un acuerdo espontáneamente. El puso en mis manos las riendas del gobierno de la casa y de los bienes, así como también de su lengua y de sus manos; y entonces le hice quemar su libro. Y luego que hube adquirido, merced a mi habilidad, toda la soberanía, él dijo: «Mi fiel esposa, haz tu gusto durante toda tu vida; pero guarda tu honor y guarda también mi dignidad.» Desde aquel día jamás tuvimos disputa alguna. Así me ayude Dios como yo fui para él tan buena y fiel cual esposa ninguna lo ha sido desde Dinamarca hasta la India; y lo mismo fue él para conmigo. ¡Pido a Dios, que se sienta en gran majestad, que bendiga el alma de mi marido en su amorosa misericordia! Ahora voy a decir mi cuento, si queréis escucharlo.

Cuando el fraile hubo oído todo esto, rompió a reír, y dijo:

—¡Ea, señora, así tenga yo la felicidad y la gloria tan ciertas como cierto creo que éste es largo preámbulo para un cuento!

Mas apenas oyó gritar al fraile, el alguacil repuso:

—¡Por los dos brazos de Dios! Siempre han de entrometerse

los frailes. Aquí tenéis, buenas gentes, cómo las moscas y los frailes se internan en todos los platos y en todos los asuntos. ¿Qué hablas tú de preámbulos? Sigue andando, al trote o al paso, o baja y siéntate; porque estás estorbando nuestra diversión.

—Está bien —dijo el fraile—. ¿Lo quieres así, señor alguacil? Enhorabuena. Mas antes de separarme de vosotros, he de contar, a fe mía, tal cuento (si no son dos) de un alguacil, que se ha de reír toda la gente que aquí va.

—Pues yo también, fraile —repuso el alguacil—, maldigo tu traza y me maldigo a mí mismo si no refiero dos o tres cuentos de frailes antes de llegar a Sidingborne, de tal modo que lleven pesar a tu corazón; pues bien sé que han de probar tu paciencia.

El hostelero gritó:

—¡Silencio muy luego! Dejad que esta mujer siga su cuento. Os estáis portando como gente beoda y ahíta de cerveza. Ea, señora, contad el cuento.

—En seguida, señor —dijo ella—. Mas sólo lo narraré con licencia de este digno fraile.

—Contad, señora —repuso el fraile—, que os escucho.

CUENTO DE LA MUJER DE BATH

En los antiguos tiempos del rey Arturo, de quien los bretones hablan con gran reverencia, toda esta tierra se hallaba llena de huestes de hadas. La reina de ellas, con su alegre acompañamiento, danzaba muy a menudo en las verdes praderas. Tal era la creencia antigua, según he leído. Hablo de muchos cientos de años ha; mas ahora ya no puede ver nadie ningún hada, pues en estos tiempos la gran caridad y las oraciones de los mendicantes y otros santos frailes, que recorren todas las tierras y todos los ríos con tanta frecuencia como motas de polvo en el rayo de sol, bendiciendo salones, cámaras, cocinas, alcobas, ciudades, pueblos castillos, altas torres, granjas, establos y lecherías, son causa de que no haya hadas. Porque allí por donde acostumbraban pasear las hadas, va ahora el mendicante, mañana y tarde, rezando sus maitines y sus santas preces mientras visita su demarcación. Pueden las mujeres caminar con seguridad en todas direcciones, por todos

los matorrales o bajo cualquier arboleda; que allí no hay otro ser sino el fraile, quien no les hará afrenta alguna.

Sucedió, pues, que el rey Arturo alojaba en su mansión a un alegre caballero. Este, cierto día, volviendo a caballo desde el río, vio a una muchacha que caminaba delante de él tan sola como había nacido. Y, asaltando a la doncella inmediatamente, y a pesar de todo cuanto ella hizo, la despojó de su virginidad a viva fuerza. Por cuya violación levantóse tal clamor y tales instancias cerca del rey Arturo, que el caballero fue condenado a muerte según las leyes. En virtud de las reglas de entonces, hubiera quizá perdido la cabeza si no fuese porque la reina y otras damas pidieron de tal modo gracia al rey, que éste, en aquel punto, perdonó al ofensor la vida, sometiéndole por completo a la voluntad de la reina, para que ella eligiera si quería salvarle o hacerle perecer.

La reina dio gracias al rey con todo su corazón, y luego de esto, cuando consideró que era tiempo oportuno, habló así al caballero cierto día: «Te encuentras aún de tal manera, que no tienes seguridad alguna de tu vida. Yo te la concedo si sabes decirme qué es lo que las mujeres desean más. Sé prudente y libra tu cuello del cuchillo. Si no puedes contestarme en seguida, te daré licencia para que vayas, durante un año y un día, a inquirir y hallar respuesta conveniente en esta cuestión. Y, antes de que partas, quiero tener alguna garantía de que volverás a este lugar.»

Afligido quedó el caballero, y suspiró tristemente; pero no podía hacer su voluntad. Al fin optó por marcharse y tornar de nuevo, al cumplirse exactamente el año, con la respuesta que Dios le procurara. Y, tomando el permiso de la reina, emprendió el camino.

Practicó indagaciones por todas las casas y sitios en que esperaba aprender qué desean más las mujeres; pero no pudo saber, a ninguna costa, dónde encontraría dos personas que estuviesen de acuerdo en esta materia. Unos decían que las mujeres apreciaban más las riquezas; otros, que la honra; éstos, que las diversiones; aquéllos, que los ricos vestidos; algunos, que los placeres del lecho y enviudar una y otra vez para volver a casarse.

Decían otros que nuestros corazones se deleitan más cuando se nos adula y contenta. Si no he de mentir, andaba muy cerca de la verdad, pues a las mujeres se nos gana mejor con la lisonja, y con obsequios y atenciones somos, grandes y pequeñas, cogidas en la trampa.

Algunos dicen que a nosotras lo que más nos gusta es ser libres

y obrar enteramente como nos plazca, y que ningún hombre nos censure por nuestros vicios, sino que digan que somos discretas y no necias. Porque, a buen seguro, no hay ninguna entre todas nosotras que no desee acocear a cualquiera que nos ponga el dedo en la llaga diciéndonos la verdad. Haga la prueba y verá que así es, pues, por viciosas que seamos interiormente, queremos ser tenidas por discretas y limpias de pecado.

Otros afirman que recibimos gran placer en ser consideradas como constantes, y capaces de guardar secretos, permanecer firmemente en un propósito y no manifestar cosa alguna que se nos revele. Pero este dicho no vale una higa, porque nosotras, las mujeres, no podemos ocultar nada. Testigo, Midas. ¿Queréis oír la historia?

Ovidio, entre otras anécdotas, cuenta que Midas tenía bajo sus largos cabellos dos orejas de asno, que le crecían en la cabeza, defecto que ocultaba lo mejor que podía a las miradas de todos, de suerte que, salvo su esposa, no lo sabía nadie más. El la amaba mucho y confiaba en ella, y le rogó que a ninguna persona hablara de su deformidad.

Ella le juró que, aunque le diesen el mundo entero, no cometería semejante villanía y pecado que haría que su marido cayera en mala reputación. No, afirmó, no lo diría pensando en su propia dignidad. Pero, sin embargo, creyó morir por tener que ocultar tanto tiempo un secreto, y parecióle que éste oprimía tan angustiosamente su corazón, que por necesidad habría de escapársele alguna palabra. Y como no se atrevía a decírselo a nadie, fuese corriendo a un charco cercano. Hasta tanto que llegó a él, su corazón estuvo en un brete; luego, de igual modo que el alcaraván cuando grita en el fango, puso la mujer su boca junto al agua. «No me hagas traición, agua, con tu murmullo —dijo—. A ti lo confieso y a nadie más: ¡mi marido tiene dos largas orejas de asno! Ya está mi corazón completamente satisfecho, ahora que ello ha salido fuera; porque yo no podía guardarlo más tiempo.»

Con esto veréis que, aunque nosotras lo dilatemos cierto término, no obstante, no sabemos ocultar ningún secreto. Si queréis oír lo restante de la fábula, leed a Ovidio, y allí podréis saberlo.

El caballero a quien mi cuento se refiere, cuando se convenció de que no le era posible indagar lo que más quieren las mujeres, quedó muy afligido y dirigióse de retorno a su alojamiento. Llegaba el día en que debía regresar a su país, y acontecióle en el camino, en medio de su ansiedad, que, mientras cabalgaba por

los matorrales o bajo cualquier arboleda; que allí no hay otro ser sino el fraile, quien no les hará afrenta alguna.

Sucedió, pues, que el rey Arturo alojaba en su mansión a un alegre caballero. Este, cierto día, volviendo a caballo desde el río, vio a una muchacha que caminaba delante de él tan sola como había nacido. Y, asaltando a la doncella inmediatamente, y a pesar de todo cuanto ella hizo, la despojó de su virginidad a viva fuerza. Por cuya violación levantóse tal clamor y tales instancias cerca del rey Arturo, que el caballero fue condenado a muerte según las leyes. En virtud de las reglas de entonces, hubiera quizá perdido la cabeza si no fuese porque la reina y otras damas pidieron de tal modo gracia al rey, que éste, en aquel punto, perdonó al ofensor la vida, sometiéndole por completo a la voluntad de la reina, para que ella eligiera si quería salvarle o hacerle perecer.

La reina dio gracias al rey con todo su corazón, y luego de esto, cuando consideró que era tiempo oportuno, habló así al caballero cierto día: «Te encuentras aún de tal manera, que no tienes seguridad alguna de tu vida. Yo te la concedo si sabes decirme qué es lo que las mujeres desean más. Sé prudente y libra tu cuello del cuchillo. Si no puedes contestarme en seguida, te daré licencia para que vayas, durante un año y un día, a inquirir y hallar respuesta conveniente en esta cuestión. Y, antes de que partas, quiero tener alguna garantía de que volverás a este lugar.»

Afligido quedó el caballero, y suspiró tristemente; pero no podía hacer su voluntad. Al fin optó por marcharse y tornar de nuevo, al cumplirse exactamente el año, con la respuesta que Dios le procurara. Y, tomando el permiso de la reina, emprendió el camino.

Practicó indagaciones por todas las casas y sitios en que esperaba aprender qué desean más las mujeres; pero no pudo saber, a ninguna costa, dónde encontraría dos personas que estuviesen de acuerdo en esta materia. Unos decían que las mujeres apreciaban más las riquezas; otros, que la honra; éstos, que las diversiones; aquéllos, que los ricos vestidos; algunos, que los placeres del lecho y enviudar una y otra vez para volver a casarse.

Decían otros que nuestros corazones se deleitan más cuando se nos adula y contenta. Si no he de mentir, andaba muy cerca de la verdad, pues a las mujeres se nos gana mejor con la lisonja, y con obsequios y atenciones somos, grandes y pequeñas, cogidas en la trampa.

Algunos dicen que a nosotras lo que más nos gusta es ser libres

y obrar enteramente como nos plazca, y que ningún hombre nos censure por nuestros vicios, sino que digan que somos discretas y no necias. Porque, a buen seguro, no hay ninguna entre todas nosotras que no desee acocear a cualquiera que nos ponga el dedo en la llaga diciéndonos la verdad. Haga la prueba y verá que así es, pues, por viciosas que seamos interiormente, queremos ser tenidas por discretas y limpias de pecado.

Otros afirman que recibimos gran placer en ser consideradas como constantes, y capaces de guardar secretos, permanecer firmemente en un propósito y no manifestar cosa alguna que se nos revele. Pero este dicho no vale una higa, porque nosotras, las mujeres, no podemos ocultar nada. Testigo, Midas. ¿Queréis oír la historia?

Ovidio, entre otras anécdotas, cuenta que Midas tenía bajo sus largos cabellos dos orejas de asno, que le crecían en la cabeza, defecto que ocultaba lo mejor que podía a las miradas de todos, de suerte que, salvo su esposa, no lo sabía nadie más. El la amaba mucho y confiaba en ella, y le rogó que a ninguna persona hablara de su deformidad.

Ella le juró que, aunque le diesen el mundo entero, no cometería semejante villanía y pecado que haría que su marido cayera en mala reputación. No, afirmó, no lo diría pensando en su propia dignidad. Pero, sin embargo, creyó morir por tener que ocultar tanto tiempo un secreto, y parecióle que éste oprimía tan angustiosamente su corazón, que por necesidad habría de escapársele alguna palabra. Y como no se atrevía a decírselo a nadie, fuese corriendo a un charco cercano. Hasta tanto que llegó a él, su corazón estuvo en un brete; luego, de igual modo que el alcaraván cuando grita en el fango, puso la mujer su boca junto al agua. «No me hagas traición, agua, con tu murmullo —dijo—. A ti lo confieso y a nadie más: ¡mi marido tiene dos largas orejas de asno! Ya está mi corazón completamente satisfecho, ahora que ello ha salido fuera; porque yo no podía guardarlo más tiempo.»

Con esto veréis que, aunque nosotras lo dilatemos cierto término, no obstante, no sabemos ocultar ningún secreto. Si queréis oír lo restante de la fábula, leed a Ovidio, y allí podréis saberlo.

El caballero a quien mi cuento se refiere, cuando se convenció de que no le era posible indagar lo que más quieren las mujeres, quedó muy afligido y dirigióse de retorno a su alojamiento. Llegaba el día en que debía regresar a su país, y acontecióle en el camino, en medio de su ansiedad, que, mientras cabalgaba por

la linde de un bosque, vio que se movían en danza no menos de veinticuatro mujeres, hacia las cuales se acercó con gran curiosidad, esperando aprender de ellas algún consejo. Mas, en verdad, antes de que llegara allí, desapareció la danza, no supo él por dónde. No vio ser alguno viviente, a excepción de una mujer sentada en el césped y que era la criatura más fea que se pueda imaginar. La vieja se levantó ante la presencia del caballero, y habló así:

—Señor caballero, por aquí no hay ningún camino. Decidme, ¿qué buscáis? Confiármelo sería lo mejor, pues los viejos sabemos muchas cosas.

—Mi querida madre —contestó el caballero—, yo seré muerto seguramente si no puedo decir qué cosa es la que las mujeres desean más. Si sabéis instruirme sobre ello, yo os lo pagaré bien.

—Prométeme por tu fe —repuso ella— que harás lo primero que te pida, si puedes, y yo te responderé antes que sea de noche.

—Te doy mi palabra —dijo el caballero—, y estoy conforme.

—Entonces —declaró ella— bien me atrevo a jactarme de que tu vida está a salvo, pues apuesto la mía a que la reina opinará como yo. Veremos si la más orgullosa de cuantas llevan cofia o toca en la cabeza se atreve a decir que miento en lo que te voy a enseñar. Sigamos adelante ahora, sin hablar más.

Murmuró una frase al oído del galán, y mandóle que se alegrase y no temiera.

Cuando hubieron llegado a la corte, el caballero dijo que había llegado en su día, según prometió, y que tenía lista la respuesta. Muchas nobles damas, muchas doncellas y muchas viudas (pues éstas son muy discretas) se hallaban reunidas con la reina, sentada como juez, para oír la respuesta del caballero. Y ordenóle luego que compareciera.

Se impuso a todos silencio, y se mandó al caballero que dijera en pública asamblea de qué cosa gustan más las mujeres en el mundo. El caballero no permaneció en silencio, sino que respondió al punto a la pregunta con voz varonil, que toda corte oyó:

—Mi soberana señora —dijo—, las mujeres desean en todas partes tener autoridad, tanto sobre su marido como sobre su amante, y estar por encima de ellos en poder. Este es vuestro mayor deseo, aunque por decirlo me matéis. Obrad como queráis, que aquí estoy a vuestra disposición.

En toda la corte no hubo mujer casada, ni doncella, ni viuda, que le contradijese, sino que todas aseguraron que era digno de conservar su vida.

A estas palabras levantóse la vieja que el caballero viera sentada en el césped:

—¡Una gracia, mi reina y soberana señora! —pidió—. Hazme justicia antes que tu corte se retire. Yo enseñé esa respuesta al caballero, por lo cual me empeñó su palabra de que la primera cosa que yo le solicitara la haría, si estaba en su poder. Ruégote, pues, señor caballero, delante de la corte, que me recibas como esposa tuya, pues bien sabes que he salvado tu vida. ¡Si yo he dicho mentira, decláralo por tu fe!

El caballero exclamó:

—¡Ay de mí! Yo sé muy bien que tal fue mi promesa. Por amor de Dios, elige otra petición. Toma todos mis bienes y deja mi cuerpo en libertad.

—¡No! —replicó ella—. ¡Quiero ambas cosas! Pues, aunque yo sea fea, vieja y pobre, no quiero, por todo el dinero ni por todos los metales que se hallen soterrados o a flor de tierra, dejar de ser tu esposa y tu amor.

—¿Mi amor? —repuso él—. ¡No, mi maldición! ¡Oh, que tenga que unirse tan vilmente uno de mi linaje!

Pero todo fue inútil. Al cabo se le obligó, y hubo de casarse con ella. Y, recibiendo a su vieja esposa, fuese a la alcoba.

Ahora quizá dirán algunos que, en mi negligencia, no me cuido de referiros el regocijo y la pompa que en la fiesta hubo aquel mismo día. A lo cual responderé brevemente diciendo que allí no hubo alegría ni festejos, sino sólo pesadumbre y mucha tristeza porque el caballero se casó con gran sigilo cierta mañana y luego ocultóse todo el día como un búho, que tan afligido estaba y tan fea era su mujer.

Grande era el dolor que embargaba el alma del caballero cuando fue conducido con su esposa al lecho, donde se volvía y revolvía de un lado para otro. Su vieja esposa permanecía echada, sonriendo, y decía:

—¡Oh, querido esposo, *benedicite!* ¿Se conducen así todos los caballeros con sus esposas? ¿Es ésta la ley en la corte del rey Arturo? ¿Son todos sus caballeros tan despegados? Yo soy tu legítima amante y tu esposa; yo soy quien ha salvado tu vida, y, por otra parte, jamás te hice, en verdad, agravio alguno. ¿Por qué te portas así conmigo esta primera noche? Procedes como hombre que ha perdido su razón. ¿Cuál es mi delito? Dímelo, por amor de Dios, y será remediado, como yo pueda.

—¿Remediado? —repuso el caballero—. ¡Ay de mí! ¡No, no;

eso no puede remediarse jamás! Tú eres tan horrible, y además, tan vieja, y, por otro lado, procedes de tan baja clase, que no es gran maravilla que yo me agite y me desvíe. ¡Así permita Dios que mi corazón estalle!

—¿Es ésa —preguntó— la causa de tu inquietud?

—Cierto que sí —dijo él—; nada tiene de extraño.

—Pues bien, señor —contestó ella—; yo puedo remediar todo esto, si quiero, antes que pasen tres días, con tal de que tú te conduzcas bien conmigo. A pesar de que tú hablas de la nobleza, que procede de riqueza antigua, la cual os hace hidalgos, tal orgullo no tiene el valor de una gallina. Mira quién es el más virtuoso, en todo caso, lo mismo en privado que en público, y el más inclinado siempre a practicar las acciones nobles que pueda, y considérale como el hombre más noble. Cristo quiere que reclamemos de El nuestra nobleza, no de nuestros antepasados, por su riqueza antigua; pues aun cuando ellos nos transmitan toda su herencia, por lo cual pretendemos ser de alto linaje, no pueden, sin embargo, legarnos a ninguno su vida virtuosa, que hace que ellos sean llamados nobles, exigiéndosenos les sigamos en tal calidad.

Bien habla acerca de este particular el sabio poeta de Florencia que se llama Dante. Oye sus palabras: «Muy rara vez se deriva la excelencia del hombre de su genealogía, pues Dios, en su bondad, quiere que reclamemos de El nuestra nobleza.» Porque de nuestros mayores no podemos reclamar sino cosas temporales, susceptibles de cercenarse y mutilarse.

Además, todos saben tan bien como yo que si la nobleza se vinculase naturalmente en determinada familia, siguiendo la línea de sucesión, las gentes nobles no dejarían jamás de practicar, ni privada ni públicamente, el hermoso oficio de la nobleza, y no podrían cometer ningún vicio o villanía.

Toma fuego y llévalo a la casa más oscura que haya entre este lugar y el monte Cáucaso; deja que se cierren las puertas, y márchate de allí. El fuego arderá con tanto resplandor y abrasará como si veinte mil hombres lo contemplasen, pues conservará siempre su virtud natural, hasta que se apague.

Por esto puedes ver perfectamente que la nobleza no va unida a la propiedad, ya que los hombres no cumplen siempre su misión, como hace el fuego por su naturaleza. Porque Dios sabe que se puede hallar muy a menudo al hijo de un señor cometiendo villanías y acciones deshonrosas. Y el que desea tener reputación de nobleza, por haber nacido de casa noble y haber sido sus antepasados nobles y virtuosos, si no quiere él mismo realizar acciones dignas, ni imitar a sus ilustres abuelos difuntos, no es noble, así sea duque o conde, pues las acciones villanas y perversas hacen al villano. La nobleza no es sino la fama de tus antepasados, lo cual es cosa extraña a tu persona. Tu nobleza procede solamente de Dios, porque nuestra verdadera hidalguía se nos concede por gracia, y en modo alguno nos fue legada con nuestra posición.

Piensa cuán noble, según dice Valerio, fue aquel Tulio Hostilio, que de la indigencia se elevó a la alta nobleza. Lee a Séneca, y lee también a Boecio: allí verás claramente, sin duda alguna, que es noble el que ejecuta acciones nobles. Por tanto, querido esposo, yo saco la conclusión de que, aunque mis antepasados fuesen de humilde cuna, puede, sin embargo, el Altísimo (y así lo espero) concederme la gracia de vivir virtuosamente. Cuando yo comience a vivir en la virtud y abandone el pecado, entonces seré noble.

Y, pues me reprochas mi pobreza, el Altísimo, en quien creemos, eligió pasar su vida en pobreza voluntaria. Y seguramente todos los hombres, doncellas o mujeres casadas, comprenderán que Jesús, rey de los cielos, no había de escoger vida viciosa. La pobreza alegre es cosa honrada, que así lo afirman Séneca y otros sabios. Yo estimo por rico a cualquiera que se considere satisfecho con su pobreza, aunque no tenga camisa. El que ambiciona es pobre, porque desea tener lo que en su poder no se halla; pero el que nada tiene, ni codicia tener, es rico, aunque tú le consideres no más que un rústico.

La verdadera pobreza es jovial por su índole. Juvenal dice alegremente de la pobreza: «El hombre pobre, cuando va por su camino delante de ladrones puede cantar y divertirse. La pobreza es un bien aborrecible y, a lo que yo creo, dispensador muy grande de preocupaciones, y asimismo de sabiduría para el que lo lleva con paciencia. La pobreza, aunque nos parezca desgraciada, es una posesión que nadie nos disputará. Muchas veces, cuando el hombre está abatido, la pobreza hace que conozca a su Dios, y aun a sí propio. La pobreza es, según yo pienso, un anteojo a través del cual puede verse a los verdaderos amigos.» Así, señor, ya que no te he agraviado, no me vituperes más a causa de mi pobreza.

También, señor, me echas en cara la vejez. Mas, verdaderamente, señor, aun cuando ninguna autoridad hubiera en libro alguno, vosotros, los bien nacidos y honrados, decís, merced a vuestra cortesía, que se debe favorecer al anciano y llamarle padre. Y autores he de encontrar, me parece, que me abonen.

Dices que soy fea y vieja. En ese caso, no temas ser cornudo, pues (no medre yo si miento), la fealdad y la vejez son grandes guardianes de la castidad. Pero, sin embargo, como sé lo que constituye tu deleite, yo satisfaré tu humano apetito.

Elige ahora una de estas dos cosas: o tenerme fea y vieja hasta que yo muera, siendo para ti humilde y fiel esposa, y no desagradándote jamás en toda mi vida, o, por lo contrario, tenerme joven y hermosa y correr la aventura de la concurrencia que acudiría a tu casa, o tal vez a algún otro lugar. Escoge, pues, tú mismo lo que te plazca.

El caballero meditó y suspiró dolorosamente; mas al cabo dijo de esta manera:

—Señora mía, amor mío y esposa queridísima, yo me pongo bajo tu discreta autoridad; elige tú misma lo que haya de ser más agradable y más honroso para ti y para mí. Yo no me preocupo de cuál sea de las dos cosas, pues la que tú quieras me satisfará.

—¿Entonces he conseguido yo dominio sobre ti —dijo ella—, toda vez que puedo elegir y mandar como me plazca?

—En verdad que sí, esposa —dijo él—; porque yo lo considero como lo mejor.

—Bésame —insistió ella— y no estemos más tiempo enojados, pues, a fe mía, yo seré para ti las dos cosas, es decir, hermosa y buena a la par. Pido a Dios que me mate loca si no soy para ti tan buena y fiel como jamás fue ninguna mujer desde el principio del mundo. Y si yo no soy mañana tan hermosa de ver como dama alguna, emperatriz o reina, que exista desde el oriente al ocaso, dispón de mi vida y muerte enteramente a tu arbitrio. Levanta la cortina del lecho y mira.

Y cuando el caballero vio que su mujer era, en realidad, bella y joven, la tomó en sus brazos, sumergido su corazón en un baño de felicidad, y la besó mil veces seguidas. Y ella le obedeció en todo lo que podía proporcionarle contento o deleite.

Así vivieron ambos en perfecto gozo hasta el fin de sus días. Y Jesucristo nos envíe maridos sumisos, jóvenes y vigorosos en el lecho, así como la gracia de sobrevivir a aquellos con quienes nos casamos. También ruego a Jesús que abrevie la vida de los que no quieren ser gobernados por sus mujeres, y a los viejos regañones y tacaños en sus gastos, Dios les mande muy luengo su bendición.

PROLOGO DEL CUENTO DEL FRAILE

El buen fraile mendicante no cesaba de mirar con ceño al alguacil, aunque por cortesía no le había dicho hasta entonces ninguna palabra grosera. Mas, por fin, habló así a la mujer:

—¡Señora, Dios os conceda muy buena vida! Por mi salud, habéis tocado aquí una gran dificultad en materia escolástica. Habéis tratado a maravilla muchas cosas, yo lo aseguro; pero, señora, mientras cabalgamos por nuestro camino, no es preciso que hablemos sino en broma, y déjense las autoridades, en nombre de Dios, para los predicadores y para las escuelas de clérigos. Yo voy a contaros una burla de cierto alguacil, si ello agrada a esta compañía. Bien podéis comprender que de un alguacil no es posible decir cosa buena. Yo ruego que ninguno de vosotros se disguste. Un alguacil eclesiástico es un chisgarabís cargado de citaciones por fornicación, que se ve apaleado en las afueras de cada villa.

A este punto dijo el posadero:

—¡Ah, señor! Debierais ser comedido y cortés, cual hombre de vuestra condición. En esta compañía no queremos disputas. Contad el cuento y dejad en paz al alguacil.

—No —interrumpió el alguacil—; déjese que me diga lo que quiera. ¡Por Dios que, cuando me toque la vez, yo le he de pagar hasta la menor porción! Y diré que es gran honra ser mendicante y le hablaré de su cargo.

El huésped gritó:

—¡Silencio! ¡Basta ya!

Después de lo cual dijo al fraile:

—Narrad el cuento, nuestro amado maestro.

CUENTO DEL FRAILE

En otro tiempo había en mi país un arcediano, hombre de elevada clase, que ejecutaba resueltamente las penas por fornicación, brujería, alcahuetería, calumnia y adulterio, robos sacrílegos, cuestiones de testamentos y contratos, carencia de sacramentos, usura y simonía, y otras muchas clases de delitos que no es necesario enumerar en este momento. Mas sin duda alguna infligía tortura a los lujuriosos, los cuales se veían obligados a cantar la verdad cuando eran cogidos. Y los humildes diezmeros eran vilmente puestos a la vergüenza; y si algún cura se quejaba de ellos, no podían librarse de sufrir penas pecuniarias. Por pequeños diezmos y por ofrendas insignificantes hacía el arcediano clamar a la gente de modo lastimoso; porque antes que el obispo los acogiera al amparo de su báculo, se hallaban en el libro del arcediano, quien, por su jurisdicción, tenía poder para imponerles correctivo.

A sus órdenes estaba un hábil alguacil. Mozo más pícaro no lo había en Inglaterra, pues disponía mañosamente de un servicio de espías que le informaban de dónde podía ir con provecho. Sabía favorecer a uno o dos libertinos, para que le diesen noticias de veinticuatro más. Porque, aun cuando este alguacil estuviera loco como una liebre, yo no dejaré de decir su perversidad, toda vez que nosotros estamos libres de su justicia. Sí, que ellos no tienen jurisdicción sobre nosotros, ni jamás la tendrán en toda su vida.

—¡Por San Pedro! —interrumpió el alguacil—. Lo mismo les sucede a las mujeres de los burdeles, que están fuera de mi inspección.

—¡Silencio! ¡Mala fortuna y desventura te abrumen! —dijo nuestro posadero—. Déjale que diga su cuento. Seguid adelante, aunque el alguacil alborote, querido maestro.

—Ese falso ladrón, ese alguacil —continuó el fraile—, tenía siempre alcahuetes prestos a servirle, igual que el halcón acude al señuelo, los cuales le contaban todos los secretos que sabían. Eran sus denunciadores privados, y sacaba gran provecho de ello, pues su superior no siempre estaba advertido de lo que el alguacil ganaba. Sabía intimar sin citación a los hombres ignorantes, bajo

pena de la maldición de Cristo, y ellos se consideraban satisfechos llenando su bolsa y dándole buenos banquetes en las tabernas. Y, como Judas, tenía una bolsa y era ladrón, un ladrón en todo semejante a aquél, tanto que su jefe sólo percibía la mitad de la suma debida. Era, si debo aplicarle el elogio que merece, bandido, alguacil y echacuervos en una pieza. Tenía también rameras en su cuadrilla, de suerte que quienquiera que se acostara con ellas, fuese el señor Roberto, o el señor Hugo, o Juanillo, o Raúl, luego las mozas se lo decían al oído: de tal modo se hallaban con él de acuerdo las prostitutas. Llevaba una citación fingida, y convocaba a ambos a capítulo, robando al hombre, y dejando libre a la ramera. Entonces decía al inculpado: «Amigo, yo por ti mandaré borrar a esa mujer de nuestras malas notas. Tú no necesitas ocuparte más en este asunto; yo soy tu amigo siempre que te pueda servir.»

Los medios que él conocía para hurtar, no se podrían decir seguramente en dos años. Porque no hay en la tierra perro de guardabosque que sepa distinguir el ciervo herido del ileso mejor que aquel alguacil conocía al impúdico bribón, al adúltero o al galán. Y como esto era lo que hacía su renta, por eso ponía en ello toda su atención.

Y ocurrió cierto día que el alguacil, siempre al acecho de su presa, cabalgaba para citar a una viuda, simulando un pretexto para robarla. Aconteció, pues, que vio a caballo delante de sí un guardabosque bien ataviado, que caminaba por la linde de un bosque. Llevaba un arco y brillantes y aguzadas flechas, vestía corta casaca verde y se cubría la cabeza con un sombrero de franjas negras.

—Señor —dijo el alguacil—; ¡salud y bien hallado!

—¡Bienvenido —contestó aquél—, lo mismo que todo buen compañero! ¿Adónde cabalgas tú por este verde bosque? —añadió—. ¿Vas lejos?

El alguacil respondióle, diciendo:

—No; llevo intención de cabalgar aquí cerca, para exigir cierto tributo que pertenece a las deudas de mi señor.

—¿Eres entonces mayordomo?

—Sí.

Y no se atrevió, por repugnancia y vergüenza, a decir su verdadero nombre, esto es, alguacil.

—*Depardieu!* —exclamó el guardabosque—. Querido, si tú eres un intendente, yo soy otro. Mas soy desconocido en esta comarca, así que requiero tu trato y al mismo tiempo tu hermandad,

si te place. Yo tengo oro y plata en mi arca; si te acaece venir a nuestro condado, todo será tuyo.

—Muchas gracias te doy —dijo el alguacil.

Cada uno ofreció al otro promesa de ser hermanos juramentados hasta que murieran. Y siguieron cabalgando camino adelante en alegre plática.

El alguacil, que se hallaba tan rebosante de charlatanería como de malicia de alcotanes, y andaba inquiriendo siempre acerca de todas las cosas, dijo:

—Hermano, ¿dónde está tu morada, por si algún día quisiera verte?

El guardabosque respondióle con dulces palabras:

—Hermano, allá en la región del Norte, donde espero he de hallarte alguna vez. Antes de separarnos, yo te informaré tan bien, que no dejarás de dar con mi casa.

—Ahora, hermano —repuso el alguacil—, ruégote que, mientras cabalgamos por el camino, me enseñes (puesto que eres intendente como yo), alguna treta, y me digas con toda verdad cómo podré ganar más en mi oficio. Y no te abstengas pensando en tu conciencia, ni por miedo al pecado, sino dime, cual hermano mío, cómo te gobiernas.

—Querido hermano —respondió el guardabosque—, voy a hacerte una relación fiel. Mis gajes son muy mezquinos y exiguos; mi señor es miserable conmigo, y mi oficio muy penoso. Por eso vivo merced a cohechos y acepto todo lo que me quieren dar. Por cualquier medio, con ardides o mediante la violencia, año tras año, cubro todos mis gastos. No puedo hablarte más sinceramente.

—Si he de hablar con certeza —repuso el alguacil—, lo mismo me conduzco yo. Dios sabe que no me privo de robar, a no ser que ello resulte demasiado fatigoso o en exceso violento. No tengo cargo ninguno de conciencia por lo que pueda ganar secreta y privadamente, pues si no fuese por mis cohechos, no podría vivir. Y de tales mañas no me quiero confesar: no conozco compasión ni conciencia algunas y maldigo a todos los padres confesores. ¡Por Dios y por Santiago, buenas piezas nos hemos tropezado! Mas dime tu nombre, querido hermano.

Así se expresó el alguacil, mientras el otro sonreía.

—Hermano —contestó—, ¿quieres que te lo diga? Yo soy un diablo, y mi residencia el infierno. Mas ahora cabalgo para adquirir lo que me pertenece y ver dónde me darán alguna cosa. Porque estos provechos son lo único efectivo de mis rentas. Tú cabalgas

con la intención de ganar bienes, y no te cuidas jamás de qué manera, y asimismo obro yo, pues cabalgando voy ahora hasta el fin del mundo en busca de botín.

—¡Ah! —exclamó el alguacil—. *Benedicite!* Yo pensaba que eras un guardabosque de verdad, pues tienes humana forma igual que yo. ¿Adoptáis entonces figura determinada en el infierno, donde moráis?

—No, ciertamente —respondió el diablo—. Allí no tenemos ninguna, sino que, cuando nos parece, podemos tomar cualquiera, o bien haceros creer que tenemos a veces la forma de un hombre o de un mono. También puedo cabalgar o ir a pie con apariencia de ángel. Que ello suceda así, no es ningún prodigio. Un piojoso juglar puede engañarte, y yo sé más artificios que él, en verdad.

—¿Cómo? —replicó el alguacil—. ¿Entonces vas a caballo o a pie bajo diversas formas, y no siempre con una?

—Es que nosotros —repuso el demonio— ofrecemos las apariencias que más nos convienen para apoderarnos de nuestras presas.

—¿Por qué os tomáis todo ese trabajo?

—Por muchísimos motivos, querido alguacil —dijo el diablo—. Mas toda cosa tiene su tiempo. El día es corto; ha pasado la hora prima, y aún no he ganado nada. Debo poner mi atención en la ganancia, en vez de ocuparme en declarar nuestras trazas. Porque, hermano mío, tu inteligencia es demasiado corta para comprenderlas, aunque yo te las dijera. Pero ya que tú preguntas por qué trabajamos nosotros, te diré que, a veces, somos instrumentos de Dios, y medios para ejecutar sus mandatos sobre sus criaturas cuando le place emplearnos con varios artificios y bajo figuras diversas. En realidad, sin El no tenemos poder, supuesto que quiera colocarse en contra nuestra. Y, en ocasiones, a nuestras instancias, obtenemos permiso para atormentar solamente el cuerpo, mas no el alma: testigo Job, a quien causamos dolor. Otras veces tenemos poder sobre el alma y sobre el cuerpo. En ciertas ocasiones se nos da licencia para tentar al hombre y turbar su alma, pero no su cuerpo; y todo sucede para lo mejor. Cuando resiste nuestra tentación, ello es causa de que se salve, aunque no fuere nuestro propósito que se salvara. Y a veces somos servidores del hombre, como servidor fui yo mismo del arzobispo San Dunstan y de los apóstoles.

—Dime también sinceramente —añadió el alguacil—, ¿formáis vosotros de este modo, con elementos, nuevos cuerpos sin cesar?

Respondió el demonio:

—No; mas algunas veces fingimos y otras animamos cuerpos muertos, de muy diversas maneras, y hablamos tan bien, justa y razonablemente como Samuel habló a la pitonisa. Y, sin embargo, algunos dicen que no fue él; mas yo no hago caso de vuestra teología. Pero una cosa te advierto: yo no me chanceo y tú vas a saber perfectamente cómo estamos formados nosotros. De aquí a poco, mi querido hermano, vendrás adonde no necesitarás aprender de mí, porque tú, por experiencia propia, podrás informarte en la cátedra acerca de este particular, y mejor que Virgilio cuando vivía, o que Dante. Ahora cabalguemos de prisa, pues yo deseo estar en tu compañía cuanto tiempo pueda.

—Así será —dijo el alguacil—, que soy hombre de pro, como todos saben, y cumpliré mi promesa en este caso. Porque, aunque tú fueras el mismo Satanás, no faltaré a la palabra dada a mi hermano. Nos hemos jurado el uno al otro ser hermanos verdaderos en este negocio, y nosotros dos vamos a nuestro provecho. Toma tu parte de lo que te den, yo tomaré la mía, y así viviremos ambos. Y si alguno de los dos tiene más que el otro, sea fiel y pártalo con su hermano.

—Estoy conforme —dijo el diablo.

Y con estas palabras siguieron cabalgando. Justamente a la entrada del extremo de la ciudad a la cual el alguacil se disponía a ir, vieron un carro cargado de heno, al que un carretero conducía por la calzada. El camino tenía muchos baches y en uno el carro se atascó. El carretero golpeaba a sus animales y gritaba como un loco:

—¡Arre, «Tejón»! ¡Arre, «Escocés»! ¿Os detenéis por las piedras? ¡El demonio os lleve en cuerpo y hueso! ¡Tantas calamidades como yo he sufrido por vosotros! ¡El diablo cargue con todo: caballos, carro y heno!

El alguacil se dijo:

«Aquí nos ha sobrevenido diversión.»

Y acercóse al demonio con mucho sigilo, y murmuró a su oído:

—Escucha, hermano mío, escucha, por tu fe; ¿no has oído lo que ha dicho el carretero? Cógelos en seguida, pues te ha dado el heno, así como el carro y los caballos.

—No —dijo el diablo—, de ninguna manera. Dios sabe que no. Créeme que su intención no es ésa. Pregúntale tú mismo, si no me das crédito, o, si no, aguarda un momento, y verás.

El carretero acarició la grupa de sus caballos y ellos comenzaron a tirar y avanzaron.

—¡Ea ya! —gritó—. ¡Jesucristo os bendiga y a todas sus criaturas grandes y pequeñas! ¡Eso es tirar bien, tordillo mío! ¡Pido a Dios y a San Eloy que te salven! Ya está mi carro fuera del lodazal, ¡voto a Dios!

—Ya lo ves, hermano —murmuró el demonio—. ¿No te lo dije yo? Por esto puedes ver que el hombre dice una cosa y piensa otra. Sigamos nuestra jornada, que nada gano yo con ese carro.

Cuando se acercaron a los arrabales de la ciudad, el alguacil habló al diablo, diciéndole:

—Hermano, aquí vive una vieja que preferiría perder el cuello a dar un penique de su hacienda. Pero yo le sacaré doce peniques, aunque por ello se vuelva loca, o he de citarla ante nuestra curia, y, sin embargo, Dios sabe bien que de ella no conozco vicio alguno. Y, pues tú no puedes ganar para tus gastos en esta comarca, toma ejemplo de mí.

Y el alguacil llamó así a la puerta de la viuda:

—¡Sal, bruja vieja! ¡Me parece que tienes contigo algún fraile o cura!

—¿Quién llama? —dijo la viuda—. *Benedicite!* Dios os guarde, señor. ¿Cuál es vuestro deseo?

—Traigo aquí —contestó él— un auto de comparecencia. Mañana, bajo pena de excomunión, has de estar ante el arcediano para responder al tribunal de ciertas cosas.

—¡Señor —exclamó ella—, Cristo Jesús, Rey de reyes, ayúdame, pues en verdad que yo no puedo ir! He estado enferma muchísimos días, y no me es posible andar hasta tan lejos ni ir a caballo. Eso sería mi muerte, que de tal modo me duele el costado. ¿No puedo solicitar una declaración escrita, señor alguacil, y responder, por mi procurador, de las inculpaciones que se me imputen?

—Sí puedes —dijo el alguacil—. Págame doce peniques y te absolveré. Yo he de sacar provecho de esto, pues mi jefe obtiene la ganancia, y no yo. Anda, dame pronto doce peniques, que no puedo aguardar más tiempo.

—¡Doce peniques! —repuso ella—. ¡Ayúdame, Nuestra Señora Santa María, a salir de penas y pecados! No tengo doce peniques en mi poder, ni los lograría reunir aunque hubiera de ganar con ellos este vasto mundo. Bien sabéis que soy pobre y vieja; tened compasión de mí, infeliz desventurada que soy.

—No, por cierto —dijo él—. ¡Mal demonio me lleve si yo te dispenso, aunque te arruines!

—¡Ay! —exclamó ella—. Bien sabe Dios que no soy culpable de nada.

—Págame —insistió él—, o, por la dulce Santa Ana, que me he de llevar tu sartén nueva a cuenta de lo que me debes de antiguo, cuando hiciste cornudo a tu marido, y yo pagué tu multa a mis superiores.

—¡Mientes! —clamó ella—. ¡Por mi salvación que sí! ¡Jamás he sido citada antes de ahora, en toda mi vida, ni viuda ni casada, ante tu tribunal, ni nunca fui sino fiel de mi cuerpo! ¡Al negro diablo doy el tuyo, y mi sartén también!

Y cuando el diablo la oyó maldecir así, dijo de esta suerte:

—¿De modo, mi buena abuela Mabely, que tal es vuestro deseo?

—¡El diablo lleve a este alguacil —repitió ella— antes que se muera! ¡Lléveselo con sartén y todo, si no quiere arrepentirse!

—No, vieja, no es mi intención arrepentirme de todo lo que he obtenido de ti —dijo el alguacil—. Yo me apoderaré de tu camisa y de todas tus otras prendas.

—Hermano —dijo el diablo—, no te enojes, pero tu cuerpo y esta sartén me pertenecen de derecho. Tú vendrás conmigo al infierno hoy de noche, y allí te enterarás de nuestros secretos mejor que un doctor en teología.

Y con estas palabras, el horroroso demonio cargó con el ministril, que fue a dar en cuerpo y alma adonde los alguaciles tienen su legítima morada. Dios, que creó a su imagen al género humano, salve y guíe a todos y permita que este alguacil se vuelva bueno.

—Señores —acabó el fraile—, si nuestro alguacil me hubiese dejado oportunidad, podría yo haberos referido, según los textos de Cristo, de Pablo y de Juan, así como de muchos de nuestros demás doctores, penas tales, que se estremecerían vuestros corazones, a pesar de que ninguna lengua puede describir, así hable durante mil inviernos, los tormentos de la maldita mansión infernal. Mas, para librarnos de ese lugar nefando, rogad a Jesús que con su gracia nos guarde del tentador Satanás. Escuchad estas palabras, y estad en guardia. El león se halla siempre en acecho para matar, si puede, al inocente. Aparejad en todo tiempo vuestros corazones, a fin de resistir al demonio, que os quiere hacer sus esclavos y siervos. Y, si veláis, él os tentará, pero Cristo será vuestro campeón y paladín.

Y rogad para que los alguaciles se arrepientan de sus culpas antes de que el demonio cargue con ellos.

PROLOGO DEL CUENTO DEL ESTUDIANTE

—Señor estudiante de Oxford —dijo nuestro mesonero—, cabalgáis tan silencioso y recatado como doncella recién casada que estuviera a la mesa de bodas, pues en todo el día no se ha escuchado una palabra de tu boca. Yo creo que meditáis algún sofisma. Pero Salomón dice: «Cada cosa tiene su tiempo.»
Dinos algún cuento alegre, por tu fe, pues el hombre que toma parte en algún juego debe necesariamente acomodarse a la diversión. Mas no prediques, como los frailes en Cuaresma, para hacernos llorar nuestros viejos pecados, y procura que tu cuento no nos haga dormir.

»Cuéntanos algún asunto alegre y de aventuras. Tus términos y frases elegantes y tus figuras guárdalos en abundancia para cuando compongas en sentido elevado, como al escribir a los reyes. Te ruego que en esta ocasión hables tan llanamente que podamos entender lo que digas.»

El digno estudiante respondió con dulzura, diciendo:

—Hospedero, yo estoy bajo tu autoridad. Por ahora tienes dominio sobre nosotros, y por eso quiero prestarte obediencia hasta tanto que la razón lo reclame. Voy a contaros un cuento que aprendí en Padua de un sabio ilustre, tan notable por sus palabras como por sus obras. Muerto está ahora y aprisionado en su ataúd. ¡Dios conceda descanso a su alma!

»Francisco Petrarca se llamaba ese escritor, laureado poeta, cuyo dulce lenguaje iluminó con su poesía toda Italia, como ocurrió con Lignano respecto de la Filosofía, el Derecho y otras artes especiales. Pero la muerte, que no permite que habitemos aquí sino

como quien dice durante un pestañeo, ha acabado con ambos y todos hemos de morir.

»Mas, para continuar hablando, como he comenzado, de aquel hombre digno que me enseñó este cuento, diré que, antes de redactar el contenido de su narración, escribió con elevado estilo un proemio en el cual describe el Piamonte y la región de Saluza, y habla de los Apeninos, de los altos montes que marcan los límites de la Lombardía occidental, del monte Vesubio particularmente, y de donde el Po toma su primer origen y principio de un pequeño manantial, aumentando sin cesar en su curso hacia el Este, en dirección a Emilia, Ferrara y Venecia. Yo suprimo todo eso, porque sería largo de contar. Y, en realidad, a mi juicio, ello me parece cosa fuera de propósito, sólo que el poeta quiso preparar su asunto. Y éste es su cuento, como vais a oír.

CUENTO DEL ESTUDIANTE

En la vertiente occidental de Italia, al pie del frío Vesubio, hay una alegre campiña, abundante en frutos, donde podéis ver infinidad de fortalezas y ciudades, que fueron fundadas en la época de nuestros ancianos padres, y muchas otras vistas deleitosas. Saluza se llama esa noble región.

Era en otro tiempo señor de aquella tierra un marqués, cual lo fueron antes que él sus ilustres antepasados; y obedientes y prestos a servirle estaban todos sus vasallos, grandes y pequeños. De este modo vivía y había vivido siempre aquel magnate, por favor de la fortuna, amado y temido de los señores y de su pueblo.

Era, además, por su linaje, el más noble que en Lombardía naciera, y también hermoso, fuerte, joven, lleno de dignidad y cortesía y bastante discreto para gobernar su país, salvo en algunas cosas en que merecía censura. Gualtero se llamaba este joven señor.

Si algo le reprocho, es que no se curaba de lo que en el tiempo venidero pudiera sucederle, sino que todo su pensamiento lo ponía en su presente placer, tal como era la caza del halcón y el salir de montería por una y otra parte. Casi todos los otros cuidados pasábalos por alto, y a más, y eso era lo peor de todo, no quería desposarse por nada del mundo con mujer alguna.

Pero ese extremo lleváronlo tan a mal sus vasallos, que cierto día se dirigieron a él en gran número, y uno de ellos, por ser de más ciencia, o porque el señor consintiera mejor que él le dijese lo que su pueblo quería, o porque supiera exponer bien tal asunto, dijo al marqués lo que vais a oír:

—¡Oh, noble marqués! Vuestra benevolencia nos da confianza y valor, tantas veces cuantas son necesarias, para que podamos manifestaros nuestras penas. Permitid ahora, señor, en vuestra bondad, que nosotros, con apesadumbrado corazón, a vos nos quejemos. No desdeñen mi voz vuestros oídos.

Aunque a mí no me cabe más parte en este asunto que a otro cualquiera del lugar, sin embargo, toda vez que vos, mi amado señor, me habéis demostrado siempre favor y gracia, me atrevo, con mayor razón que los demás, a pediros un momento de audiencia para exponeros nuestra demanda; y vos, luego, obraréis en todo como os plazca. Porque, en verdad, señor, tan satisfechos estamos y hemos estado siempre de vos y de todos vuestros actos, que no podemos imaginar cómo habríamos de vivir en mayor dicha, salvo por una cosa, señor, si la atiende vuestra voluntad. Y es que si vos quisierais desposaros, tendría vuestro pueblo completa tranquilidad de corazón.

Inclinad vuestro cuello bajo ese dichoso yugo de soberanía, no de servidumbre, que se llama casamiento o matrimonio, y meditad, señor, en medio de vuestros sabios pensamientos, cómo nuestros días transcurren de modo diverso, pues, ya durmamos o velemos, ya andemos o cabalguemos, el tiempo corre siempre, sin querer esperar a nadie.

Y aunque vuestra verde juventud florezca todavía, la vejez se desliza sin cesar, silenciosa, y la muerte amenaza a todas las edades y hiere a toda condición, sin que de ella escape ninguno. Y tan cierto como que cada uno de nosotros sabemos que hemos de morir, es que todos estamos inseguros del día en que la muerte caerá sobre nosotros.

Aceptad, pues, nuestro buen deseo, ya que nunca hemos rechazado todavía vuestro mandato. Nosotros, señor, si vos queréis consentir en ello, os elegiremos esposa en breve tiempo, nacida de la más alta nobleza de toda esta tierra, de suerte que, según se nos alcanza, ello habrá de redundar en honra de Dios y de vos. Libradnos de este angustioso temor, y tomad esposa, por amor del Altísimo, pues si aconteciera (Dios no lo permita) que con vuestra muerte acabase vuestro linaje y un extraño sucesor recibiera vues-

tra herencia, pensad qué dolor sería ello para los que quedásemos. Así que os rogamos que sin tardanza os caséis.

La humilde súplica y afligido rostro del vasallo movieron a compasión el corazón del marqués.

—Vosotros queréis obligarme, mi pueblo amado —dijo—, a lo que yo jamás pensé hasta ahora. Yo me consideraba contento con mi libertad, que rara vez se encuentra en el matrimonio, y he aquí que, siendo libre, debo pasar a esclavitud.

Pero, no obstante, veo vuestra buena intención, y confío en vuestro juicio, como siempre, por lo cual consiento en casarme, por mi libre voluntad, tan pronto como pueda. Mas, como quiera que vosotros me habéis ofrecido elegirme esposa, yo os relevo de esa función, y os ruego retiréis tal ofrecimiento.

Porque Dios sabe que los hijos son a menudo diferentes de los dignos antepasados que les precedieron y que la bondad procede toda de Dios, no de la estirpe de la cual nuestros padres nos engendraron y nacieron. Yo confío en la bondad de Dios y por eso mi matrimonio, mi estado y lo demás, a El lo encomiendo, para que El haga lo que le plazca.

Dejadme, pues, solo en la elección de mi esposa; que quiero soportar esa carga sobre mis hombros. Pero yo os ruego y mando que me aseguréis por vuestra vida que, sea cual fuere la esposa que yo tome, la honraréis mientras viva, en palabras y en obras, aquí y en todas partes, como si fuera la hija de un emperador.

Y, además, me habéis de jurar que no murmuraréis de mi elección ni os opondréis a ella. Pues ya que debo perder mi libertad a instancias vuestras, por mi felicidad os digo que me he de casar con quien mi corazón me dicte. Y si no estáis conformes con tales disposiciones, os suplico no me habléis más del particular.

Con buena voluntad prestaron todos aquel juramento, y estuvieron de acuerdo en esto, sin que nadie dijera que no, pidiendo al marqués, por favor, antes de irse, que les señalase día fijo para su boda, tan pronto como pudiera. Porque, a pesar de todo, al pueblo quedábale todavía algún miedo de que su señor no se casara.

Les marcó el día que le plugo, en el cual habría de casarse con seguridad, diciendo que todo esto lo hacía a petición suya. Ellos, con ánimo humilde y sumisos, cayendo de rodillas muy reverentemente, diéronle gracias por todo, y de esa manera, cumplidos sus deseos, tornaron a sus casas.

Al mismo tiempo mandó él a sus oficiales que proveyeran a

la fiesta, y a sus caballeros y escuderos íntimos dioles las órdenes que le parecieron bien. Ellos obedecieron su mandato y cada uno aplicó toda su inteligencia a honrar la fiesta.

No lejos de aquel ilustre palacio donde el marqués disponía su matrimonio, había una aldea, deliciosamente situada, en la cual algunas pobres gentes del señor tenían su albergue y sus bestias, ganando con su trabajo el sustento que la tierra les daba en abundancia.

Entre aquellas gentes vivía un hombre que era considerado como el más pobre de todos ellos; mas el Altísimo puede enviar a veces su gracia a un pequeño establo de bueyes. Tenía aquel hombre una hija muy hermosa, y esta joven doncella llamábase Griselida.

En lo que tocaba a hermosura virtuosa, era Griselida una de las más bellas bajo el Sol, pues, aun estando pobremente criada, ningún deseo impuro pasó nunca por su corazón. Bebía de la fuente mucho más a menudo que del tonel y, queriendo satisfacer a la virtud, conocía bien el trabajo, mas no la ociosa comodidad.

Aunque esta doncella fuese de tierna edad, tenía encerrado en el seno de su virginidad un espíritu maduro y entero. Cuidaba a su pobre y anciano padre con gran amor y reverencia. Guardaba en el campo unas pocas ovejas, mientras hilaba, pues no quería estar ociosa hasta la hora de dormir.

Cuando volvía a casa, llevaba muy a menudo legumbres y diversas plantas, que cortaba y cocía para su alimento; luego hacía su lecho, no blando, sino muy duro; y sobre todo guardaba siempre la vida de su padre con la obediencia y solicitud que un hijo debe emplear para reverenciar a su progenitor.

En esta pobre criatura puso el marqués sus ojos en muchas ocasiones cuando iba de caza cabalgando a la ventura, y siempre que lograba verla, no fijaba en ella su vista con mirada lasciva, sino que de manera digna contemplaba su rostro una y otra vez, ensalzando en su interior sus prendas de mujer, así como también su virtud, pues excedía a la de cualquier persona de tan temprana edad, lo mismo en su apariencia que en sus acciones. Porque aun cuando la gente no suele tener conocimiento profundo de la virtud, el marqués estimaba muy bien la bondad de la moza y determinó que, si alguna vez había de casarse, sólo con ella se desposaría.

Llegó el día de la boda; mas nadie podía decir quién iba a ser la desposada. De esto se sorprendieron muchos, y cuando se reunían familiarmente, decían: «¿No quiere nuestro señor aban-

donar aún sus ligerezas? ¿No quiere casarse? ¡Ay, ay! ¿Por qué procura así engañarse y engañarnos?»

Empero, el marqués había mandado fabricar broches y anillos de brillantes, engastados en oro y lapislázuli, para Griselida, tomando la medida de su vestido por una doncella de estatura semejante, y asimismo tenía encargados todos los demás adornos propios para tales bodas.

Se aproximaban las nueve de la mañana del día en que el casamiento debía celebrarse, y todo el palacio se hallaba dispuesto, con sus salones y cámaras. Allí podíais ver alacenas repletas en abundancia de regaladas viandas, cual pueden encontrarse en toda la extensión de Italia.

El marqués, ricamente vestido, acompañado de damas y caballeros que a la fiesta fueron invitados, y de los jóvenes de su séquito, entre sones de varias melodías, tomó, en medio de esta pompa, el camino de la aldea de la cual he hablado.

Griselida, muy inocente (Dios lo sabe) de que para ella estaba dispuesto tanto aparato, había ido a sacar agua del pozo y volvió a casa tan pronto como pudo. Porque bien había oído decir que aquel día el marqués se habría de casar, y quería ver algo de la ceremonia.

Pensaba, pues: «Estaré con otras muchachas, mis compañeras, en nuestra puerta, y veré a la marquesa. Voy a ponerme a ejecutar en casa, tan pronto como sea posible, los quehaceres que me corresponden, y luego podré contemplar a la dama despacio, si toma este camino para ir al castillo.»

Y cuando iba a trasponer el umbral, llegó el marqués y la llamó. Ella dejó en seguida su vasija junto a la entrada, en el establo de los bueyes, y, cayendo de rodillas, permaneció de ese modo en silencio y con grave continente, hasta haber escuchado cuál era el deseo de su señor.

El marqués, pensativo, habló muy seriamente a la doncella, diciendo de esta manera: «¿Dónde está tu padre, Griselida?» Y ella, reverente, con aspecto humilde, respondió: «Señor, muy pronto vendrá aquí.» Y entró sin más dilación y condujo a su padre hasta el marqués.

Tomó entonces éste la mano del anciano, y cuando le tuvo aparte, díjole así:

—Janícola, yo no puedo ni sé ocultar por más tiempo la alegría de mi corazón. Si tú lo permites, suceda lo que sucediere, quiero, antes de irme, tomar a tu hija por mi esposa hasta el fin de su

vida. Tú me amas, sin duda alguna, como lo sé bien, y eres mi fiel vasallo desde que naciste, y todo lo que me place bien me atrevo a decir que te place a ti. Por tanto, contéstame de modo concreto a ese extremo de que he hablado ahora, a saber: si tú quieres inclinarte a tal determinación y recibirme como yerno tuyo.

Sobrecogióle a nuestro hombre esta decisión, y ello de tal manera, que se puso rojo, tembloroso y desconcertado. Apenas pudo pronunciar más que estas palabras:

—Señor, mi voluntad es lo que vos queráis; yo no apetezco nada contra vuestro gusto; vos sois mi señor muy amado. Obrad en este asunto enteramente según vuestro deseo.

—Sin embargo, yo quiero —repuso dulcemente el marqués— que tengamos una conferencia en tu habitación, tú, tu hija y yo. ¿Y sabes por qué? Porque deseo preguntarle si es su voluntad ser mi esposa y verse gobernada por mí. Y todo esto se verificará en tu presencia, pues no quiero hablar lejos de tus oídos.

Y mientras en la habitación se hallaban en sus negociaciones, que luego oiréis, la gente llegó hasta la casa, admirándose de qué modo tan digno y cuán solícitamente cuidaba la joven a su amado padre. Mas Griselida pudo maravillarse mucho más, pues nunca vio hasta entonces espectáculo semejante.

No es extraño que se sorprendiera al ver a tan ilustre huésped en aquel lugar, porque no estaba acostumbrada en manera alguna a tales incidentes, por lo cual tenía el rostro muy pálido. Pero, prosiguiendo brevemente nuestro cuento, he aquí las palabras que dirigió el marqués a la bondadosa, cándida y fiel doncella:

—Griselida: has de saber que tu padre y yo estamos de acuerdo en que me case contigo; mas también es preciso, a lo que yo supongo, que tú consientas en ello. Pero antes —añadió— formularé estas preguntas: puesto que la boda debe hacerse de modo rápido, ¿estás conforme o bien quieres pensarlo? Además, ¿estarás pronta a satisfacer todos mis gustos con buen ánimo, pudiendo yo, libremente, como mejor me parezca, causarte alegría o pena? ¿Jamás murmurarás de ello ni de noche ni de día? ¿Ni tampoco dirás que «no» cuando yo diga que «sí», ni de palabra ni mostrando torvo semblante? Júralo, y aquí juraré yo nuestra unión.

Sorprendida y temblando de miedo, contestó ella:

—Señor, vil e indigna soy del honor que me ofrecéis; pero lo que vos queráis quiero yo. Y aquí juro que nunca, en obra ni pensamiento, os desobedeceré voluntariamente, aunque hubiere de ser muerta, bien que me desagrade morir.

—¡Basta ya, Griselida mía! —exclamó él.

Y con muy grave continente salió a la puerta, seguido de la doncella y dijo al pueblo de este modo:

—Esta que aquí veis es mi esposa; ruego a todo el que me ame, que la honre y la estime. No tengo más que hablar.

Y para que Griselida no llevara a su palacio ninguno de sus vestidos viejos, mandó el marqués a las mujeres que la despojasen de ellos allí mismo. De lo cual no quedaron las damas muy contentas, por tener que manejar la ropa con que ella estaba vestida. Pero, no obstante, ataviaron completamente de nuevo, de los pies a la cabeza, a la doncella, de hermosa tez. Peinaron sus cabellos, que estaban sueltos y muy desordenados, y con sus menudos dedos arreglaron una corona en su cabeza y pusiéronla llena de joyas de todas clases. ¿Para qué he de describir todas sus galas? Luego que fue transformada con tales riquezas, a duras penas la reconoció el pueblo, por lo bella que estaba.

El marqués le entregó un anillo y después la acomodó en un caballo blanco como la nieve y de buena andadura. Y, sin más, acompañados de la gente, que iba gozosa delante de ella y le salía al encuentro, condújola a su palacio. Luego emplearon el día en fiestas hasta que se puso el Sol.

Prosiguiendo este cuento diré brevemente que Dios, en su gracia, envió tal favor a la nueva marquesa, que no parecía que la joven hubiese nacido y criado rústicamente en una choza o establo, sino que se la dijera educada en los salones de un emperador.

Hacíase a todos tan querida y respetada, que las gentes del lugar donde ella había nacido, y que desde que vio la luz la conocían año tras año, apenas creían que era hija de Janícola, de quien he hablado antes, pues, por su apariencia, imaginaban que era otra criatura.

Porque, aun cuando Griselida siempre fue virtuosa, había acrecentado con tal excelencia sus buenas cualidades, fundamentadas en su gran bondad, y era tan discreta y graciosa en su decir, tan bondadosa y tan digna de estima, y sabía de tal manera atraerse el corazón de las gentes, que todo el que contemplaba su rostro, la amaba.

No sólo en la ciudad de Saluza era público su buen nombre, sino que, además, por otras partes, en muchas comarcas, si el uno hablaba bien, el otro decía lo mismo. De tal suerte se extendía la fama de su gran bondad, que hombres y mujeres, tanto jóvenes como ancianos, iban a Saluza para verla.

De esta manera, Gualtero, casado con dichosa honradez, vivía en su morada, muy tranquilo en la paz de Dios, gozando fuera de bastante favor. Y por haber descubierto que bajo humilde condición se oculta con frecuencia la virtud, la gente le consideraba como hombre discreto, lo cual se ve muy rara vez.

No sólo Griselida, merced a su talento, conocía todos los trabajos caseros de la mujer, sino que también, cuando el caso lo requería, sabía atender a la utilidad común. No había discordia, rencor ni disputa en toda aquella tierra, que ella no apaciguase, y a todos llevaba discretamente a la tranquilidad y al sosiego. Aunque su esposo se ausentara a menudo, si los nobles u otras gentes de su comarca se hallaban enojados, ella los traía a un acuerdo; tan sabias y oportunas palabras empleaba. Emitía juicios de tan gran equidad, que se la suponía enviada del cielo para salvar al pueblo y enmendar todas sus sinrazones.

No mucho tiempo después que Griselida se hubo casado, dio a luz una hija, aunque ella hubiera preferido que hubiese nacido varón. El marqués y el pueblo alegráronse de ello, pues aun cuando tuviera primero una niña, no era inverosímil que la marquesa lograse un niño, toda vez que no era estéril.

Sucedió, como acontece en más de una ocasión, que, cuando la niña hacía todavía poco tiempo que mamaba, vínole a las mientes al marqués probar a su esposa para conocer su paciencia, de tal modo, que no pudo lanzar de su corazón el extraño deseo de tentar a su mujer. Mas inútil fue (Dios lo sabe) que él pensara amedrentarla.

Suficientemente la había probado antes, y la halló siempre buena. Así, ¿qué necesidad tenía de examinarla sin cesar, más a más? Aunque algunos alaban eso como rasgo ingenioso de inteligencia, yo digo que no es discreto probar a una mujer cuando no hay necesidad alguna, poniéndola en angustia y en temor.

Mas el marqués obró de esta manera. Cierta noche se encaminó él solo, con semblante severo y muy turbado continente, hacia donde ella estaba acostada, y díjole así:

—Griselida, creo que no habrás olvidado el día en que yo te saqué de tu pobre condición para colocarte en estado de alta nobleza. La presente dignidad en que te he puesto, no te hará ser olvidadiza de que yo te recibí en pobre y humildísimo estado. Porque, no obstante tu buena fortuna, tú misma debes conocerte. Presta atención a todas las palabras que te voy diciendo, que no hay nadie que las oiga sino nosotros dos.

Bien sabes tú cómo viniste aquí a esta casa no hace mucho tiempo; mas, aunque por mí seas apreciada y querida, no lo eres de igual modo por mis hidalgos, los cuales dicen que les causa gran vergüenza y dolor ser tus vasallos y tener que servir a ti, que has nacido en una aldehuela.

Y, sobre todo, desde que tu hija ha visto la luz, se han pronunciado más tales palabras. Y, deseando que transcurra mi vida en tranquilidad y paz con mis súbditos, como antes, yo no puedo permanecer indiferente en esto. Debo obrar, respecto a tu hija, de la más conveniente manera, no según quiera yo, sino como mi pueblo desee. Dios sabe que ello es muy penoso para mí. No obstante, yo no obraré sin tu conocimiento; antes bien, deseo que estés de acuerdo conmigo en este asunto. Muestra ahora en tu proceder la paciencia que me prometiste y juraste en tu aldea el día en que se efectuó nuestro matrimonio.

Cuando ella hubo escuchado todo esto, no se alteró en su rostro, ni en su continente, ni en sus palabras, al punto de que no parecía hallarse apesadumbrada. Así, pues, contestó:

—Señor, todo depende de vuestro beneplácito. Mi hija y yo, con obediencia leal, somos vuestras por completo, y vos podéis salvar o destruir vuestra propia pertenencia. Obrad según vuestra voluntad. Así salve Dios mi alma, como nada de lo que pueda agradaros me desagrada a mí, ni yo quiero tener cosa alguna, ni temo perder sino sólo a vos. Este deseo está y estará siempre en mi corazón. El transcurso del tiempo, y aun de la muerte, no podrán borrarlo ni apartar mi atención a otra cosa.

Satisfecho quedó el marqués de la respuesta; pero fingió no estarlo. Muy sombrías hallábanse sus facciones y su mirada cuando hubo de salir de la habitación. Poco después, transcurridos breves instantes, manifestó secretamente toda su intención a cierto hombre, a quien envió a su esposa.

Era ese hombre una especie de escudero, al cual encontró fiel el marqués en muchas ocasiones de graves asuntos; y a las veces tal gente puede poner perfectamente en ejecución planes perversos. Bien sabía el señor que aquél le temía y apreciaba. Y cuando este escudero supo el deseo de su amo, deslizóse con mucho sigilo en el cuarto de la marquesa.

—Señora —dijo—, habréis de perdonarme si ejecuto una cosa a la que me veo obligado. Vos sois tan discreta que sabéis muy bien que los mandatos de un señor no deben ser eludidos. Podrán ser muy deplorados o lamentados, mas su deseo se ha de obedecer

por necesidad, y así lo haré yo. No tengo más que decir. Se me ha ordenado que tome a esta niña.

Y cogió a la niña despiadadamente y puso una cara cual si hubiera querido matar a la inocente antes de irse. Todo lo hubo de sufrir y consentir Griselida, que permaneció en silencio y humilde como un cordero, dejando hacer su voluntad a aquel escudero cruel.

Ominosa era la fama de tal hombre, sospechosa su faz, sospechosas también sus palabras, sospechoso el momento en que llevó aquello a cabo. Ella creía que en aquel mismo instante había el hombre de matar a su adorada hija. Sin embargo, Griselida no lloraba ni suspiraba, conformándose con los deseos del marqués.

Mas, por fin, rompió a hablar, rogando humildemente al escudero, como si fuese a algún digno gentilhombre, que le permitiese besar a su niña antes de matarla. Colocó en su regazo a la pequeñuela con afligidísimo semblante, y la comenzó a besar y a arrullar, bendiciéndola después.

Y así decía con dulce acento:

—Adiós, hija mía; jamás te volveré a ver. Pero, toda vez que con la cruz te he signado, tú serás bendecida por aquel Padre que por nosotros murió en la cruz. A El, hijita, encomiendo tu alma, pues esta noche has de morir por causa mía.

En trance semejante creo que hubiese sido cruel hasta para una nodriza el contemplar este lastimoso espectáculo; y, por tanto, bien pudiera haber lanzado una madre ayes de dolor. Mas, no obstante, Griselida permaneció firme e inmutable y soportó toda su adversidad, diciendo humildemente al escudero:

—Idos ya; tomad a la niña y ejecutad las órdenes de mi señor. Pero una cosa quiero solicitar de vuestra gracia: si mi señor no os lo ha prohibido, enterrad a lo menos este cuerpecito en algún sitio donde ni las bestias ni las aves lo destrocen.

Mas él no quiso responder palabra alguna a tal propuesta, sino que cogió a la niña y se alejó.

Llegóse luego a su señor y refirióle punto por punto, breve y llanamente, las palabras y el talante de Griselida. Alguna compasión manifestó el señor; pero, con todo, mantuvo firme su propósito, cual hacen los señores cuando les place satisfacer su voluntad. Y mandó a su escudero que en secreto fajara y vistiera a la niña muy blanda y delicadamente, y que se la llevase en un cofre en una envoltura; mas, bajo pena de perder su cabeza, nadie había de conocer la intención del hombre, ni de dónde venía o a

dónde iba. Porque quería el marqués que su hermana, que se hallaba en Bolonia y que fue luego condesa de Panico, se encargara de la pequeña. El escudero le expondría el caso, suplicándole que aplicara su diligencia en criar con toda distinción a la niña, y mandándole ocultase a todos de quién era hija, sucediese lo que quisiera.

El escudero partió y cumplió su cometido. Mas volvamos ahora al marqués, que en aquel momento trataba de indagar repetidas veces si por el rostro de su esposa podía ver, o por sus palabras percibir, que ella hubiese cambiado. Pero jamás logró encontrarla sino siempre en constante y benévola disposición.

Tan alegre, tan humilde, tan diligente en el servicio y en el amor era ella para él, en todos los respectos, como acostumbraba serlo, y de su hija no decía palabra. Ninguna desusada manifestación veíase en la joven por adversidad alguna, ni jamás el nombre de su hija pronunció para nada.

En esta situación pasaron cuatro años antes de que la marquesa tuviese ningún hijo; pero quiso Dios darle luego un varón muy hermoso y agraciado. Cuando le fue comunicada la nueva a su padre, no solamente él, sino todo el país, se alegraron del nacimiento del niño y alabaron y dieron gracias a Dios.

Cuando el pequeño cumplió dos años de edad y fue separado del pecho de su nodriza, cierto día entró el marqués otra vez en nuevos deseos de probar aún más a su esposa. ¡Oh, cuán inútil intento! Pero los maridos no conocen medida cuando encuentran una criatura paciente.

—Esposa —dijo el marqués—, tú has oído antes de ahora que mi pueblo lleva a mal nuestro matrimonio, y especialmente en esta ocasión, desde que ha nacido mi hijo, las cosas van peor que nunca. La murmuración mata mi corazón y mi ánimo, pues hasta mis oídos llegan las voces de manera tan cruel que casi han aniquilado mi ánimo.

Ahora dicen de esta suerte: «Cuando Gualtero muera, le sucederá la sangre de Janícola, que será nuestro señor, puesto que no tendremos ningún otro.» Tales palabras, no lo dudes, dice mi pueblo. Yo debo tener buen cuidado de semejantes murmuraciones, porque, a decir verdad, aunque mis vasallos no hablan claro en mi presencia, temo sus juicios.

Quiero vivir en paz, si me es posible; por lo cual pienso y estoy del todo dispuesto a hacer en secreto con el niño exactamente lo mismo que hice con su hermana. Te lo advierto para que tú

no pierdas la serenidad por dolor alguno. Sé paciente, te lo ruego.

—Ya he dicho —contestó ella— y siempre lo diré, que yo no quiero ni dejo de querer nada, sino lo que vos queráis, ni recibo pesadumbre ninguna aunque mi hija y mi hijo mueran, si es por vuestra orden. Yo no he tenido otra parte en los dos niños sino enfermedad y luego dolor y pena.

Vos sois nuestro señor: obrad con vuestras cosas enteramente como os plazca y no me pidáis consejo. Porque así como yo dejé en mi casa todos mis vestidos cuando vine a vos por primera vez, de la misma mnaera dejé mi voluntad y mi libertad toda al recibir vuestros vestidos. Así, os ruego que pongáis en obra vuestro gusto y yo obedeceré vuestros deseos.

Y, ciertamente, si yo pudiera conocer vuestra voluntad antes que vos me comunicaseis vuestro deseo, lo ejecutaría sin negligencia; mas ahora que sé lo que vos queréis, permanezco firme y constante en vuestro gusto. Tanto que, de saber yo que mi muerte os causaba placer, muy alegremente moriría con tal de agradaros. La muerte no sería nada en comparación con vuestro amor.

Cuando el marqués vio la constancia de su esposa, bajó los ojos, admirándose de que pudiese sufrir con paciencia todas aquellas imposiciones. Y salió con aspecto sombrío; pero en su corazón sentía grandísimo placer.

El escudero, del mismo modo que se apoderó de la hija, o peor, si peor cabe imaginarlo, cogió al niño, que rebosaba hermosura. Y la marquesa, siempre de igual manera, mostrábase tan paciente, que no manifestó dolor en su semblante, sino que besó a su hijo, bendiciéndole después. Unicamente rogó al hombre que, si le era posible, sepultara en tierra a su hijito, para librar sus tiernos y delicados miembros de las aves y las bestias. Mas no logró obtener respuesta alguna. El siguió su camino, como si de nada se cuidara; pero condujo amorosamente al niño a Bolonia.

Admirábase el marqués cada vez más de la paciencia de su mujer y, si no hubiera sabido antes con seguridad que ella amaba profundamente a sus hijos, habría pensado que lo sufría todo con rostro inalterable merced a algún artificio, por maldad o perversa inclinación.

Pero bien sabía, sin duda, que, después de él, Griselida amaba a sus hijos como a nadie, en todos los aspectos. Y ahora preguntaría yo de buena gana a las mujeres: ¿No bastarían estas pruebas? ¿Qué más podría imaginar un marido severo para probar las cualidades y constancia de su mujer?

Mas hay gentes de tal condición que, cuando han formado algún propósito, no saben poner fin a su intento, sino que no quieren desistir de aquella primera idea. De igual manera este marqués se había propuesto probar a su esposa en todo, como determinó en un principio.

La vigilaba para deducir, de alguna palabra o de su apariencia, si había cambiado de disposición respecto a él; pero nunca pudo hallar mudanza. Ella era siempre la misma en su corazón y en su rostro, y cuanto más avanzaba en edad, tanto más fiel, si era posible, mostrábase para él en amor, y más solícita en agradarle.

Por lo cual parecía que los dos constituían una sola voluntad, pues lo que Gualtero deseaba era lo que deseaba Griselida. Y, gracias a Dios, todo sucedió para lo mejor. Bien demostraba ella que por ningún afán del mundo debe una mujer, en realidad, desear nada por sí misma, sino hacer lo que su marido quiera.

En breve se extendió por todas partes la infamia de Gualtero, que con cruel corazón, porque se había casado con una mujer pobre, había matado inicuamente a sus dos hijos en secreto. Tal era la voz general que corría. No es extraño, pues a oídos de la gente no llegaban otras palabras sino que aquellos niños fueron muertos.

Por esta razón, siendo así que su pueblo había querido bien al marqués hasta entonces, el rumor de su mala fama hizo que se le odiase. Nombre aborrecible es el de asesino. Sin embargo, ni por unas ni por otras causas quiso él cejar en su cruel propósito; toda su atención estaba puesta en probar a su esposa.

Cuando su hija cumplió doce años de edad, informó él astutamente a la curia de Roma de su deseo, enviando a cierto emisario con la solicitud de que se expidieran bulas en las cuales el Papa, para tranquilidad del pueblo del marqués, autorizase a éste a que se casara con otra, si le placía.

Quiero decir que Gualtero mandó que se falsificara una bula del Papa, haciendo mención de que él tenía licencia para dejar a su primera esposa por dispensa pontifical, a fin de que terminasen los rencores y discusiones entre su pueblo y él. Esto decía la bula, que se publicó por extenso.

El vulgo ignorante creyó perfectamente que aquello era cierto, lo cual no es de maravillar. Mas cuando a Griselida llegaron estas nuevas, imagino que su corazón quedó muy afligido; pero la humilde criatura, tan constante como siempre, se dispuso a sufrir toda la adversidad de la fortuna.

Amoldóse en todo momento al deseo y al placer de aquel a

quien había entregado su corazón y todo su ser, teniéndolo por su verdadera felicidad en el mundo. Mas si he de referir con brevedad esta historia, diré que el marqués escribió personalmente una carta, en la cual explicaba sus intenciones, y la envió a Bolonia en secreto.

Al conde Panico, que acababa de desposarse entonces con su hermana, pedíale el marqués con encarecimiento que trajera de nuevo a su morada a sus dos hijos, con gran pompa y noticia. Pero una cosa le suplicó con empeño: que a nadie declarase, aunque le preguntaran, de quiénes eran hijos los jóvenes, sino que dijera que la doncella había de casarse con el marqués de Saluza. Y el conde hizo lo que se le rogó, y en su día púsose en camino hacia Saluza, con muchos señores ricamente ataviados, para conducir a la doncella, a cuyo lado cabalgaba su hermano.

Aparejada se hallaba para su matrimonio aquella hermosa doncella, llena de brillantes joyas; su hermano, que tenía siete años de edad, iba compuesto muy lindamente. Y de esta suerte, con gran magnificencia y alegre porte, emprendieron su jornada en dirección a Saluza, cabalgando día tras día por el camino.

En el interín, el marqués, según su perversa práctica, para tentar aún más a su esposa con una prueba suprema, y a fin de experimentar por completo y saber si era tan constante como antes, cierto día, en pública asamblea, manifestó esta resolución en alta voz:

—Ciertamente, Griselida, yo sentía placer teniéndote por mi esposa, así por tu bondad como por tu fidelidad y tu obediencia, si no por tu linaje ni por tus riquezas; mas ahora conozco, en realidad de verdad, que, bien considerado, en grande señorío hay gran esclavitud por varios modos.

Yo no puedo hacer lo que cualquier campesino podría. Mi pueblo me constriñe a tomar otra esposa y clama un día y otro. Además, el Papa, para terminar con las rencillas, lo consiente, como puedo garantizarlo. He de comunicarte, pues, que mi nueva esposa viene de camino.

Muestra corazón entero y abandona en seguida tu lugar. La dote que me trajiste, tómala de nuevo: te concedo esto en mi gracia. Vuelve a la casa de tu padre —prosiguió—, y piensa que nadie puede estar siempre en prosperidad. Te aconsejo sufras con ánimo sereno el golpe de la fortuna.

Y ella respondió paciente, diciendo:

—Dueño mío, yo sé y supe siempre que entre vuestra magni

ficencia y mi pobreza nadie puede ni sabe establecer comparación. De esto, no cabe duda. Yo jamás me he considerado digna, en manera alguna, de ser vuestra esposa, ni aun vuestra sirvienta.

Y en esta casa, donde vos me hicisteis señora (de lo que al Altísimo tomo por testigo, y así El no conforte mi alma si miento), yo nunca me consideré señora ni dueña, sino humilde servidora de vuestra excelencia, como siempre lo seré, mientras mi vida dure, sobre todas las criaturas del mundo.

Pues que vos, en vuestra bondad, me habéis conservado en honor y nobleza tanto tiempo, siendo así que yo no era digna de ello, lo agradezco a Dios y a vos, y ruego a El que os lo premie. No tengo más que decir. Me iré con mi padre, y con él viviré hasta el fin de mis días.

Allí donde yo me crié de niña, pasaré mi vida, como viuda casta de cuerpo, pensamiento y todo lo demás, hasta que me muera. Pues, por lo mismo que yo os entregué mi virginidad y soy, sin duda alguna, vuestra fiel esposa, no permita Dios que la mujer de tal señor reciba a otro hombre por marido o como amante.

Y Dios, en su gracia, os conceda bienestar y prosperidad con vuestra nueva esposa; pues yo le cederé con gusto mi lugar, en el que solía ser feliz. Porque, ya que así os place, mi señor, que yo me vaya, partiré cuando queráis.

Pero, toda vez que vos me ofrecéis la dote que yo traje, bien tengo en la memoria que fue mis vestidos miserables, los cuales me habría de ser difícil encontrar ahora. ¡Oh, buen Dios! ¡Cuán noble y cuán benévolo parecíais, señor, en vuestras palabras y en vuestro semblante el día en que se celebró nuestro matrimonio!

Mas, con verdad se dice (y yo en todo caso lo hallo exacto, porque, en efecto, lo he experimentado), que el amor viejo no es el reciente. Pero, a buen seguro, señor, que por ninguna adversidad, aunque hubiera de morir, sucederá jamás que en palabra u obra me arrepienta de haberos dado por completo mi corazón.

Dueño mío, vos sabéis que en la residencia de mi padre me mandasteis despojar de mis pobres ropas y, en vuestra merced, me vestisteis ricamente. No os aporté, sin duda, otra cosa sino fidelidad, desnudez y virginidad. Y ahora os restituyo mi vestido, y asimismo mi anillo nupcial, para siempre.

El resto de vuestras joyas preparadas están en vuestro aposento. Desnuda vine de casa de mi padre, y desnuda debo volver. Me conformaré gustosa con todo vuestro deseo; mas espero que no será vuestra intención que yo salga de vuestro palacio sin camisa.

Vos no podéis hacer cosa tan deshonesta como que el vientre en el cual estuvieron vuestros hijos aparezca completamente desnudo delante de la gente que halle en mi camino, por lo que os ruego no me dejéis ir por el camino como un gusano. Acordaos, mi único y querido señor, de que yo fui vuestra esposa, aunque indigna.

Por eso, en pago de la virginidad que yo traje, que no llevo de nuevo, dignaos darme como recompensa una sola camisa, tal cual yo acostumbraba usar, para que con ella pueda cubrir su vientre la que fue vuestra esposa. Y ahora me despido de vos, mi señor, por temor de afligiros.

—La camisa que cubre tu espalda —replicó él—, déjatela puesta y llévala contigo.

Y apenas pronunció estas palabras, retiróse lleno de compasión y piedad. Desnudóse ella delante de la concurrencia, y en camisa, con la cabeza y los pies completamente al aire, dirigióse hacia la casa de su padre.

La gente la seguía por el camino, llorando, y mientras marchaban, maldecían una y otra vez a la fortuna; pero ella mantuvo sus ojos enjutos de llanto y en este tiempo no habló palabra alguna. Su padre, a cuyos oídos llegó en seguida la noticia, maldijo el día y la hora en que la Naturaleza le dio la vida.

Sin duda, el pobre anciano estuvo siempre con recelo de aquel matrimonio, pues en todo momento juzgó que, cuando el señor hubiese satisfecho su deseo, habría de pensar que sería deshonra para su clase el descender tanto y abandonaría a su mujer tan pronto como pudiera.

Precipitadamente salió al encuentro de su hija, pues conoció su llegada por el murmullo de la muchedumbre, y con el vestido viejo que a la joven perteneció, cubrióla como pudo, llorando muy lastimeramente; mas no le fue posible ajustarlo a su cuerpo, porque, sobre ser el paño burdo, estaba viejo, en razón de los muchos días transcurridos desde el matrimonio.

De este modo habitó con su padre durante cierto tiempo aquella flor de paciencia conyugal. Y ni en sus palabras ni en su semblante, delante de la gente o en su ausencia, mostraba que se le hubiese inferido ofensa alguna, ni guardaba, a juzgar por su aspecto, ningún recuerdo de su alto pasado.

Y no era extraño, porque durante su elevada posición conservó siempre su alma en plena humildad, sin ninguna gula, ninguna molicie, ningún fausto ni aire de realeza. Antes bien, había vivido

llena de paciente bondad, siendo discreta y sin orgullo, honrada y siempre humilde y constante para con su esposo.

Háblase de Job por su humildad, pues de tal modo los sabios, cuando les place, saben escribir bien, especialmente de los hombres; pero la verdad es que, aun cuando los escritores alaben muy poco a las mujeres, ningún hombre puede conducirse en humildad como la mujer, ni puede ser la mitad de fiel que lo son las mujeres, a no ser que se trate de algún caso reciente.

Llegó en tanto de Bolonia el conde de Panico, cuya fama se había difundido entre todos, y vino a oídos del pueblo entero que aquél traía consigo una nueva marquesa, con tal riqueza y pompa, que jamás vieron ojos humanos tan noble aparato en todo el occidente de Lombardía.

El marqués, que había combinado y sabía todo esto, envió un mensaje a la pobre e inocente Griselida, y ella, con humilde corazón y alegre rostro, no con altivos pensamientos en su alma, acudió al llamamiento y, cayendo de rodillas, saludó respetuosa y discretamente.

—Griselida —dijo él—, mi resuelta voluntad es que la doncella que se ha de desposar conmigo, sea recibida mañana tan regiamente como en mi casa sea posible, y quiero también que cada uno, según su clase, se halle alojado y servido cual le corresponda, y altamente satisfecho, como yo mejor pueda imaginar. Mas yo no dispongo, en verdad, de mujeres aptas para arreglar las habitaciones en la medida de mis deseos, por lo cual me agradaría que tú asumieras por completo semejante cargo, a más de que tú conoces de antiguo todos mis gustos. Aunque tu vestido sea feo y de mala vista, cumple a lo menos tu deber.

—No solamente, señor —contestó ella—, me siento alegre cumpliendo vuestro deseo, sino que quiero serviros y agradaros sin fingimientos en lo que pueda, y así lo haré siempre. Jamás, por ninguna buena o mala fortuna, dejará mi alma de amaros como a nadie en lo profundo de mi corazón, y ello con las más leales intenciones.

Y dichas estas palabras, comenzó a preparar la casa, a aparejar las mesas, y a hacer los lechos, y se esforzaba en trabajar todo cuanto podía, rogando a las doncellas que, por Dios, se diesen prisa y barrieran y sacudieran pronto; y ella, la más diligente de todas, arregló una por una las habitaciones y el salón.

Hacia las nueve llegó el conde, que traía consigo a los dos nobles jóvenes, y el pueblo corrió a ver el espectáculo de su séquito, ricamente espléndido. Y entonces lo primero que dijeron entre sí fue que Gualtero no era necio al querer cambiar de esposa, pues con ello mejoraba.

Porque, a lo que juzgaban todos, la nueva era más hermosa y de más tierna edad que Griselida, y de ella habría de venir más lindo fruto y más agradable por su alto linaje. El hermano tenía también un rostro tan hermoso, que el pueblo recibió deleite al verlo, alabando el proceder del marqués.

¡Oh, pueblo violento, inconstante y siempre falso, sandio siempre y voluble como veleta, complaciéndote en todo momento con los rumores nuevos (pues creces y menguas siempre como la Luna), lleno continuamente de frívola garrulidad, que no vale un sueldo de Génova; tu opinión es falsa; tu perseverancia mal se prueba; grandísimo loco es quien de ti se fía!

Así decían las personas graves de aquella ciudad cuando el pueblo curioseaba por todas partes; pues estaba alegre por la novedad de tener nueva señora de la comarca. No hablo más ahora acerca de esto, sino que voy a referirme de nuevo a Griselida, y a manifestar su constancia y su diligencia.

Muy activa se mostró Griselida en todo lo concerniente al festín. Nada se avergonzaba de su vestido, aunque fuese basto y estuviera desgarrado, sino que con rostro alegre dirigióse hacia la puerta, con otras personas, para saludar a la marquesa, continuando luego sus ocupaciones.

Recibió con semblante tan placentero y con tal propiedad a cada uno de los convidados, según su clase, que no se echó de ver ninguna falta. Por lo contrario, todos se maravillaban, preguntándose quién podría ser la que, con tan pobres arreos, entendía de semejantes honores y respetos. Y todos, justamente, alababan su discreción.

En todo aquel intervalo no cesaba Griselida de elogiar a la doncella y a su hermano, de todo corazón, con intención bonísima y en términos que nadie podía sobrepujar sus palabras. Mas, finalmente, cuando los señores iban a sentarse para comer, el marqués llamó a Griselida, al tiempo que ésta se hallaba ocupada en el salón.

—Griselida —le dijo, como si se tratase de alguna chanza—: ¿qué te parecen mi esposa y su belleza?

—Muy bien, mi señor —repuso ella—, pues a fe que jamás he visto ninguna más hermosa. Pido a Dios la haga feliz, así como espero que El os enviará satisfacciones bastantes hasta el fin de

vuestra vida. Una cosa os suplico y os advierto, además: no martiricéis con ningún tormento a esta tierna doncella, como habéis hecho con otra, pues vuestra nueva esposa ha recibido educación más delicada y, a lo que supongo, no podría soportar la adversidad como una criatura criada con pobreza.

Y cuando Gualtero vio la paciencia, la faz alegre y sin ninguna maldad de Griselida, pensó en tantas veces como él la había ofendido y advirtiéndola firme y constante como una muralla y perseverante siempre en su inocencia, a pesar de todo, el inflexible marqués inclinó su corazón a la piedad ante su fidelidad de esposa.

—¡Basta ya, Griselida mía! —exclamó—. No sigas sobresaltada ni descontenta. He puesto a prueba tu fe y tu bondad, tanto como jamás fue probada mujer alguna, lo mismo en elevada posición que ataviada pobremente. Ahora conozco, querida esposa, tu constancia.

Y, tomándola en sus brazos, comenzó a besarla.

Ella, en su sorpresa, no puso atención ni entendió lo que él le decía. Parecióle como si despertara de algún sueño, mas al fin salió de su asombro.

—Griselida —prosiguió él—, por el Dios que murió por nosotros, tú eres mi esposa y yo no tengo ni tuve otra alguna, ¡así Dios salve mi alma! Esta que tú has supuesto ser mi esposa, es tu hija; ese otro, en verdad, será mi heredero, tal cual yo siempre determiné, porque tú le llevaste, ciertamente, en tu seno. En Bolonia los he retenido en secreto; tómalos de nuevo y ya no podrás decir que has perdido a ninguno de tus hijos. Y a la gente que otra cosa haya juzgado de mí, les advierto que he llevado a cabo esta acción no por maldad ni crueldad alguna, sino para probar tus cualidades de mujer, no para matar a mis hijos (¡Dios no lo permita!), sino para guardarlos oculta y secretamente hasta conocer tus propósitos y toda tu voluntad.

Apenas escuchó ella esto, cayó desfallecida de doloroso júbilo, y luego que volvió de su desmayo, llamó hacia sí a sus dos hijos, los estrechó entre sus brazos, llorando de modo lastimero y besándolos con ternura verdaderamente maternal, bañó con sus saladas lágrimas su rostro y sus cabellos.

¡Oh, qué digno de compasión fue el ver su desmayo y el escuchar su humilde acento!

—¡Muchas gracias, señor; yo os agradezco —decía— que me hayáis salvado a mis queridos hijos! ¡Ahora nada me importa morir aquí mismo! ¡Puesto que estoy en vuestro amor y en vuestra gracia.

no me curo de la muerte ni de entregar mi espíritu! ¡Oh, dulces, oh, amados hijitos míos! Vuestra afligida madre imaginaba constantemente que crueles perros o algún animal dañino os habían devorado; pero Dios, en su misericordia, y vuestro clemente padre, os han preservado con ternura.

Y en aquel mismo momento cayó al suelo. Pero en su deliquio, mantenía muy apretados contra su pecho a sus dos hijos, a los que había abrazado con gran dificultad. Las gentes desprendieron a los niños de sus brazos. ¡Oh, cuántas lágrimas corrieron por muchos rostros compasivos de los que se hallaban cerca de ella! A duras penas podían permanecer a su lado.

Gualtero la consoló y calmó su dolor. Luego levantóse ella, confusa, de su desmayo, y todos la animaron y festejaron hasta que recobró el dominio de sí misma. Gualtero la sirvió tan fielmente, que era digna de ver la tierna expresión de los dos, ahora que se encontraban de nuevo juntos.

Las damas, cuando lo juzgaron oportuno, se encargaron de ella y, dirigiéndose a su habitación, la despojaron de sus burdos vestidos y la cubrieron con un traje de hilo de oro, que resaltaba por su brillo y con una corona de muchas y ricas piedras en su cabeza.

Tras esto condujéronla al salón, donde fue honrada como era debido.

De este modo aquel triste día tuvo un dichoso término, pues todos, hombres y mujeres, hicieron cuanto pudieron para consumir el tiempo en alegría y diversiones, hasta que en el firmamento lució la claridad de las estrellas. Porque, al parecer de todos, más solemne y más espléndida fue esta fiesta que la de la boda.

Muchísimos años vivieron Griselida y Gualtero en gran prosperidad, tranquilidad y armonía, y él casó a su hija ventajosamente con uno de los más nobles señores de toda Italia, manteniendo luego en su corte al padre de su esposa, en paz y sosiego, hasta que el alma abandonó su cuerpo.

Tras los días de su padre, el hijo recibió su herencia concorde y pacíficamente, y fue también afortunado en su matrimonio, aunque no sometió a su esposa a pruebas. El mundo no es ya tan vigoroso, sin duda alguna, como lo fue en los tiempos antiguos.

Y escuchad lo que a este propósito dice nuestro autor: «Esta historia se refiere, no para que las esposas imiten la humildad de Griselida, porque eso sería insoportable, aunque ellas quisieran, sino para que, cada cual en su estado, sea paciente en la adver-

sidad, como lo fue Griselida.» Por eso Petrarca escribió esta historia, que compuso en elevado estilo.

Porque, ya que hubo mujer tan paciente para con un hombre mortal, con mayor motivo debemos nosotros recibir de buena gana todo lo que Dios nos envíe, pues es de razón que El pruebe a quienes creó. Mas El no tienta a ninguno de los que redimió, como dice Santiago, si su epístola leéis, pero sí prueba a los hombres todos los días, y de esto no cabe duda alguna. También permite que seamos atormentados muy a menudo de diversos modos, con los crueles azotes de la adversidad, y ello para que nos ejercitemos, no para conocer nuestra voluntad, porque verdaderamente, antes que naciésemos, conocía El toda nuestra fragilidad, y toda su providencia es para nuestro mayor bien. Vivamos, pues, en virtuoso sufrimiento.

Cuando el digno estudiante hubo concluido su cuento, díjole el hospedero, jurando por los huesos de Dios:

—Mejor que un barril de cerveza sería para mí que mi mujer hubiese escuchado en casa esta leyenda. Gentil cuento habría sido para esa ocasión, por lo que a mi caso se refiere. Mas cosa que no ha de ser, dejémosla estar.

PROLOGO DEL CUENTO DEL MERCADER

—Llantos y gemidos, angustias y otras calamidades; así por la mañana como por la noche, sufro yo en demasía —dijo el mercader—, y lo mismo les sucede a muchos casados. Yo al menos tal creo, porque eso acontece conmigo. Tengo una mujer que juzgo la peor que puede haber, y me atrevo a jurar que, aunque el diablo estuviese casado con ella, ella le dominaría. ¿Para qué referiros en detalle su gran maldad? Es mujer de mal carácter en todo. Hay buena diferencia, mírese por donde se mire, entre la paciencia de Griselida y la extrema crueldad de mi mujer. Si estuviese yo libre, así medre yo, jamás caería otra vez en la trampa. Nosotros, los casados, vivimos en medio de dolores y ansiedades. Y si no, pruébelo quien quiera y verá que digo la verdad. ¡Sí, por Santo Tomás de la India! A lo menos la mayor parte, ya que no todos. ¡Dios no permita que así sea!

¡Ah, mi buen señor hospedero! Yo llevo casado dos meses no más y, sin embargo, creo que el que toda su vida se haya pasado sin mujer, aunque le partiesen el corazón no podría en manera alguna referir tantas penas como pudiera contar aquí ahora a causa de la perversidad de mi esposa.

—Pues entonces, mercader —dijo el hostelero—, Dios os bendiga. Ya que sabéis tanto de ese arte, os ruego de todo corazón que nos contéis algo de él.

—Holgaréme mucho de hacerlo —respondió el mercader—; pero de mis propias penas ya no puedo hablar, por lo muy afligido que tengo el corazón.

CUENTO DEL MERCADER

En otro tiempo habitaba en Lombardía un noble caballero, que había nacido en Pavía, donde moraba en gran prosperidad. Durante sesenta años permaneció soltero, sin atender más que a su deleite corporal con las mujeres, siguiendo su apetito, como hacen los locos mundanos. Mas cuando hubo cumplido los sesenta años, fuera por santidad o por demencia (que yo no puedo decirlo), entró en tan grandes deseos de casarse, que día y noche hizo cuanto le fue posible para inquirir con quién podría contraer matrimonio, rogando a nuestro Señor le concediera poder conocer alguna vez la bendita vida que llevan el marido y su mujer, y vivir bajo ese santo lazo con el cual ligó Dios en un principio al hombre y a la mujer. «Ninguna otra vida —decía él— vale un ardite; porque el matrimonio es tan tranquilo y tan puro, que constituye un paraíso en la Tierra.» Así se expresaba aquel discreto y anciano caballero.

Y, en verdad, tan cierto como Dios es rey, el tomar mujer es cosa admirable, especialmente cuando el hombre está viejo y cano, porque entonces la mujer es el fruto de su tesoro. En este caso, debe buscar esposa joven y bella, de la cual puede engendrar un heredero, pasando su vida en gozo y solaz, mientras que los solteros entonan un «¡ay de mí!» cuando tropiezan con alguna contrariedad en el amor, que no es sino pueril vanidad.

Y, ciertamente, bien está que los solteros sufran a menudo penas y dolores, porque edifican en terreno inseguro y encuentran inseguridad donde suponían firmeza. Viven no más que como un ave o cual una bestia, en libertad y sin freno alguno, al tiempo que el hombre casado lleva en su estado una vida feliz y ordenada, ligado bajo el yugo del matrimonio. Bien puede su corazón abundar en júbilo y dicha. Pues, ¿quién es tan fiel, tan solícita para cuidarle, enfermo y sano, como su compañera? En la prosperidad o en la desgracia, ella no le abandonará. Ni se cansará de amarle y servirle, aunque él esté postrado en cama, hasta que muera.

Empero, algunos sabios dicen que no ocurre así; y uno de ellos es Teofrasto. ¿Qué importa si Teofrasto quiere mentir? «No tomes esposa —dice—, por razón de economía, esto es, para reducir los

gastos de tu casa. Un fiel sirviente pone más diligencia en conservar tus bienes que tu propia mujer. Porque ella reclamará toda su vida la mitad, y, si caes enfermo (así Dios me salve), tus amigos verdaderos, o algún fiel criado, te cuidarán mejor que la que aguarda siempre tus riquezas desde mucho tiempo antes. Y si tomas mujer para tu ayuda, muy fácilmente puedes ser cornudo.»

Esta sentencia, y cien cosas peores, escribe ese hombre: ¡Dios maldiga sus huesos! Pero no os cuidéis de semejantes vaciedades; despreciad a Teofrasto y escuchadme.

Una esposa es, verdaderamente, un don de Dios. Casi todas las demás clases de dones, como tierras, rentas, pastos, derechos comunales o bienes muebles, son dones de fortuna, que pasan como sombra por una pared. Mas, si he de hablar con franqueza, la mujer permanecerá, sin duda, y continuará en tu casa mucho más tiempo del que tal vez quisieras.

El matrimonio es sacramento muy grande. Considero como desgraciado al que no tiene mujer, porque vive sin ayuda y desamparado por completo. Hablo de las personas de estado seglar. Y escuchad la causa de que la mujer fuera creada para ayuda del hombre, cosa que no digo sin motivo. El alto Dios, cuando hizo a Adán y le vio completamente solo, con el vientre desnudo, en su divina bondad dijo: «Hagamos ahora una ayuda para este hombre, a su semejanza.» Y en aquel momento creó a Eva para él. Aquí podéis ver, y por esto experimentar, que la mujer es la ayuda del hombre y su consuelo, su paraíso terrestre y su placer. Tan dócil y virtuosa es, que los esposos por necesidad han de vivir en armonía. Una carne son y, según yo pienso, una carne sólo tiene un corazón, lo mismo en la felicidad que en la desgracia.

¡Una mujer! ¡Ah, Santa María; ah, *benedicite!* ¿Cómo ha de sufrir adversidad alguna el hombre que tiene mujer? En verdad, yo no sé decirlo. La dicha que existe entre ellos dos no puede expresarla lengua alguna, ni el corazón imaginarla. Si el hombre es pobre, ella le ayuda a trabajar, guarda sus bienes y nunca malgasta nada. Todo lo que su marido desea, a ella le agrada también; no dice una sola vez «no», cuando él dice «sí». «Haz esto», dice él. «En seguida, señor», contesta ella. ¡Oh, feliz y precioso estado del matrimonio! Eres tan agradable, y al mismo tiempo tan virtuoso, tan recomendado y aprobado, que todo hombre que se estime un ardite debería estar toda su vida dando gracias a Dios, sobre sus rodillas desnudas, por haberle enviado mujer; o, en otro caso, rogar a Dios le proporcionara una esposa que le durase hasta el

fin de su vida, porque entonces ésta se halla asegurada. No es posible que el marido se vea engañado, a lo que yo pienso, con tal que obre según el consejo de su mujer. Haciéndolo así, puede con desenfado llevar alta la frente: tan fieles son ellas, y tan discretas. Por esta razón, si tú, hombre, quieres proceder como sabio, haz siempre lo que las mujeres te aconsejen.

Mira cómo Jacob, según explican los doctos, por el buen consejo de su madre Rebeca, ajustó la piel de un cabrito alrededor de su cuello, con lo cual alcanzó la bendición de su padre.

Mira cómo Judit, según también la historia puede decirlo, mediante sabio consejo libertó al pueblo de Dios, matando a Holofernes mientras éste dormía.

Ahí tienes a Abigail, que por su buen consejo salvó a su marido Nabal cuando iba a ser muerto, y mira también a Esther, que, con buen consejo, libró de desgracia al pueblo de Dios e hizo que Mardoqueo fuera exaltado por Asuero.

No hay nada que supere, como dice Séneca, a la mujer humilde.

Tolera la lengua de tu esposa, según recomienda Catón: ella mandará, y tú la habrás de aguantar; mas, con todo, ella obedecerá por cortesía. La esposa es guardiana de tu economía doméstica, y bien puede el hombre que se halla enfermo lamentarse y llorar allí donde no hay mujer que guarde la casa. Yo te prevengo que, si quieres obrar sabiamente, has de amar mucho a tu esposa, como Cristo ama a su Iglesia. Si te amas a ti mismo, amarás a tu mujer, pues nadie aborrece su carne, sino que la nutre durante su vida. Así que te ordeno aprecies a tu esposa, o jamás prosperarás. Búrlese o se chancee quien quiera, marido y mujer siguen el camino seguro en medio de la gente mundana; porque se hallan tan unidos, que ningún daño les puede sobrevenir, especialmente a la mujer.

Por estas razones, Enero, el gentilhombre de quien he hablado, consideró, en su edad avanzada, la vida feliz y la virtuosa tranquilidad que hay en el matrimonio, dulce como la miel; y cierto día mandó llamar a sus amigos, para manifestarles el resultado de sus reflexiones, y con grave semblante les hizo su relación, diciéndoles:

—Amigos, yo estoy viejo y cano y casi al borde de la sepultura, como Dios sabe. Debo pensar ya en mi alma. He destruido locamente mi cuerpo, pero, ¡bendito sea Dios!, ello va a ser enmendado. Porque yo, en verdad, me quiero casar (y todo lo de prisa que pueda) con alguna doncella hermosa y de edad tierna.

Os ruego dispongáis mi matrimonio con gran premura, pues no quiero aguardar, y yo, por mi parte, trataré de indagar con quién puedo casarme prontamente. Mas, por cuanto vosotros sois más que yo, averiguaréis mejor tal asunto y cómo sería preferible que yo me uniera.

Una cosa os prevengo, mis queridos amigos: que no quiero mujer vieja de ninguna manera. Mi esposa no habrá de pasar, ciertamente, de los veinte años, pues me gustan mucho el pan viejo y la carne joven. Mejor es el lucio formado que el lucio joven, y mejor que la vaca vieja es la ternera. Yo no quiero mujer de treinta años de edad, que no es más que saco de habas y paja. Y, por otra parte, Dios sabe que esas viudas viejas conocen tantas mañas como la barca de Wade, y tanta pequeña molestia, cuando les place, que con ellas yo no viviría jamás en paz. Porque diversas escuelas hacen sabios sutiles, y mujer de muchas escuelas es la mitad de un sabio. Mas lo cierto es que la juventud se puede guiar, lo mismo que amoldar se puede la cera caliente con las manos. En consecuencia, os digo con llaneza, y en una palabra, que no quiero tener mujer vieja. Pues si sucediera que yo alcanzase tan mala suerte que no pudiera recibir de mi esposa ningún placer, llevaría entonces vida de adulterio, y cuando muriese iría derecho al diablo. De ella no engendraría hijo alguno; y en ese caso os digo que preferiría que los perros me devorasen a que mi herencia cayera en manos extrañas.

Con todo esto no desbarro. Yo sé la causa por la cual los hombres deben casarse, y a más de eso sé que muchos hablan del matrimonio y no saben mejor que mi criado por qué motivos debe el hombre tomar mujer. Si el hombre no puede vivir vida casta, tome mujer y ámela para la legítima procreación de los hijos, en honor del Dios de lo alto, y no solamente por pasión o amor, porque se debe huir de la lujuria. Además, cada uno de los esposos ha de satisfacer las deudas lícitas y ayudarse en la tribulación, como la hermana al hermano, viviendo en castidad muy santamente.

Ahora bien, señores, con vuestra licencia, esto último no va conmigo. Porque, a Dios gracias, me atrevo a hacer alarde de que yo siento mis miembros fuertes y capaces de llevar a cabo todo lo que al hombre concierne. Sí, que yo mismo sé mejor que nadie lo que puedo hacer. Aunque esté canoso, me sucede lo que al árbol, que florece antes que el fruto haya crecido, y un árbol en flor no está seco ni muerto. Yo no me siento cano en ninguna parte más que en mi cabeza, y mi corazón y todos mis miembros

están tan verdes como el laurel todo el año. Y puesto que vosotros habéis oído todos mis propósitos, os ruego asintáis a mi deseo.

Las personas allí presentes le refirieron diversos ejemplos antiguos acerca del matrimonio. Algunos lo reprobaban; otros lo ensalzaban. Mas, por último, para decirlo con brevedad, como siempre sobreviene altercado entre amigos en discusión, originóse allí cierta controversia entre dos hermanos, uno de los cuales se llamaba Placebo y el otro Justino.

Dijo así Placebo:

—¡Oh, hermano Enero! Poca necesidad tenías, mi queridísimo señor, de pedir consejo a ninguno de los que aquí se hallan, a no ser que estuvieses tan lleno de sabiduría que, en tu alta prudencia, no quisieras desviarte de la sentencia de Salomón, el cual nos dice estas palabras: «Obra en toda cosa por consejo y no te arrepentirás.» Mas aun cuando Salomón diga palabras tales, mi querido hermano y señor, Dios conceda a mi alma el descanso como yo estimo que tu propia opinión es la mejor. Y he aquí el motivo, hermano mío. Yo he sido cortesano toda mi vida, y Dios sabe que, aunque indigno, he ocupado muy altos puestos cerca de señores de elevadísima condición. Sin embargo, jamás tuve disputa con ninguno de ellos. Yo nunca les contrariaba, en verdad; pues bien se me alcanza que quien es mi señor sabe más que yo. Lo que él dice, por cierto y firme lo tengo; y yo digo lo mismo o cosa parecida. Grandísimo loco es el consejero que, sirviendo a señor de alta dignidad, se atreve a presumir, ni siquiera a pensar, que su consejo puede sobrepujar la inteligencia de su señor. No, los señores no son sandios, a fe mía; tú mismo has mostrado aquí hoy juicio tan alto, tan santo y tan bueno, que yo lo confirmo y estoy completamente de acuerdo con tus palabras y con tu opinión. ¡Por Dios que no hay ningún hombre en toda esta ciudad, ni en Italia entera, que hubiese podido hablar mejor! Cristo se considerará muy satisfecho de tu decisión. Y, en verdad, indica gran valor que el hombre de edad avanzada tome esposa joven. Sin duda tu corazón es animoso. ¡Sí, por la casta de mi padre! Obra, por tanto, en este asunto enteramente como te plazca, pues, en fin, yo juzgo eso como lo mejor.

Justino, que se hallaba sentado y escuchaba en silencio, replicó a Placebo de esta suerte:

—Ahora que tú has hablado, hermano mío, te ruego tengas paciencia y escuches lo que voy a decir. Séneca, entre otras sabias palabras suyas, declara que el hombre debe meditar muy bien a

quién da su tierra o sus bienes. Y pues que yo debo reflexionar muy despacio a quién entrego mis posesiones, muchísimo más habré de considerar a quién doy mi cuerpo; porque en todo caso os advierto bien que no es juego de niños el tomar esposa sin deliberación. Mi parecer es que se debe indagar si es discreta u orgullosa; sobria o aficionada a la bebida; o, por otra parte, mujer de mal carácter y regañona, o derrochadora de bienes, o rica, o pobre, o bien pendenciera como un hombre. Aunque no se encuentra a nadie en este mundo, ni hombre ni bestia, que sea perfecto en todo, cual fuera de desear, sin embargo, respecto de la mujer, será muy suficiente que tenga más virtudes que vicios. Y todo esto exige lugar para averiguarlo.

Dios sabe que yo he derramado muchas lágrimas ocultamente desde que tengo mujer. Alabe quien quiera la vida del hombre casado, que yo, en puridad, no encuentro en tal vida sino gastos, cuidados y atenciones y ninguna felicidad. Y, no obstante, mis vecinos del contorno, y en especial gran número de mujeres, dicen que yo tengo la esposa más fiel y más humilde de las nacidas. Pero yo sé mejor que nadie dónde me aprieta el zapato. Por mí, puedes hacer, Enero, enteramente lo que te plazca. Reflexiona, pues eres hombre de edad, cómo entras en el matrimonio, sobre todo si es con mujer joven y hermosa. Por el que creó el agua, la tierra y el aire, os digo que el hombre más joven que haya en toda esta asamblea tiene bastante trabajo con acertar a poseer su mujer él solo. Tú no agradarás a tu esposa tres años seguidos; es decir, no le darás contento completo. Una esposa requiere muchísimas atenciones. Te ruego que no te disgustes de mi criterio.

—Bien —respondió Enero—; ¿has hablado ya? Un ardite se me dan tu Séneca y tus proverbios; que yo no estimo en un banasto de hierbas los términos escolásticos. Hombres más sabios que tú, según has oído, convenían ahora mismo con mi resolución. Placebo, ¿qué dices tú?

—Yo digo —contestó Placebo— que es hombre maldito, a buen seguro, el que se oponga al matrimonio.

Y, tras estas palabras, levantáronse todos de súbito, y se pusieron plenamente de acuerdo en que Enero debía casarse cuando y con quien quisiera.

Su ardiente imaginación y su preocupación ansiosa fueron imprimiendo de día en día en el alma de Enero la idea de su matrimonio. Muchos hermosos talles y muchos rostros bellos desfilaban por su corazón noche tras noche. Así como quien tome un espejo

pulido y brillante y lo coloque en la plaza de un mercado público, verá pasar por él muchas imágenes, del mismo modo se puso Enero a discurrir en su interior acerca de las doncellas que vivían cerca de él. No sabía dónde podría fijarse. Porque si la una tenía hermosura de semblante, la otra gozaba de tal manera buena opinión entre las gentes, por su seriedad y su bondad, que recibía del pueblo los mayores elogios. Algunas eran ricas, pero tenían mala fama. Mas, con todo, eligió una, por fin, dejando que las demás salieran de su corazón. Y la escogió de su propio gusto; porque el amor es siempre ciego y no sabe discernir. Y cuando se dirigió a su lecho, dibujó en su corazón y en su mente la fresca belleza y la tierna edad de la moza, su estrecha cintura, sus brazos largos y finos, su discreta conducta, su gentileza, su porte femenil y su gravedad. Y luego que por ella se hubo decidido, juzgó que su elección no podía ser enmendada; pues, cuando llegó a una determinación, creyó tan mala la opinión de todos los demás, que le parecía imposible que a su elección se opusieran. Y con este pensamiento mandó llamar a sus amigos con urgentes instancias, suplicándoles le hicieran el favor de acudir a él en seguida. Quería —dijo— abreviar a todos su trabajo: no había necesidad de andar ni cabalgar más por él, pues ya había elegido esposa.

Vino Placebo, y a poco también sus otros amigos, y, antes que nada, Enero dirigió a todos una petición, a saber: que ninguno de ellos presentase argumento alguno contra el propósito que había formado. Porque —declaró— tal propósito era agradable a Dios y verdadero cimiento de su dicha.

Expuso, pues, Enero que en la ciudad había una doncella que tenía gran renombre por su belleza. Aunque fuese de humilde condición, a él bastábale su juventud y su hermosura. A la cual doncella, dijo, quería tenerla por esposa para llevar vida tranquila y santa. Y, gracias a Dios, él podría poseerla por completo, sin que nadie compartiera su ventura. Rogóles que se ocuparan en este negocio y se arreglaran de manera que él no dejase de tener buen éxito, pues, en tal caso, su alma sería feliz.

—Entonces —decía— nada me disgustará, salvo una cosa que aguijonea mi conciencia y que en vuestra presencia quiero declarar. Yo he oído decir hace mucho tiempo que nadie puede gozar de dos dichas completas, a saber, en la tierra y en el cielo. Porque, aun cuando nos guardemos de los siete pecados, así como también de todas las ramas de ese árbol, hay, sin embargo, tan perfecta felicidad y tan gran sosiego y placer en el matrimonio, que estoy

temeroso de llevar, ahora, a mi edad, vida tan agradable, tan deliciosa y tan sin pena ni altercado, que venga a tener mi Paraíso en la Tierra. Pues si el verdadero Paraíso se compra tan caro, con tribulación y gran penitencia, ¿cómo yo entonces, viviendo en gran deleite, cual viven todos los maridos con sus mujeres, he de ir a la bienaventuranza, donde Cristo mora eternamente? He aquí mi temor. Vosotros, hermanos, resolvedme esta cuestión, os lo ruego.

Justino, que aborrecía la locura de su amigo, respondió al punto en tono jocoso y deseando abreviar una larga relación. Por ello no quiso alegar autoridad alguna, sino que dijo:

—Señor, si no hay ningún obstáculo más que ése, Dios, por un gran milagro y en su misericordia, puede obrar contigo de tal suerte que, incluso antes de que adquieras derecho conyugal por la santa Iglesia, te arrepientas de la vida de casado, en la cual dices que no hay dolor ni contienda. Y si no fuese así, ¡Dios no quiera enviar al hombre casado la gracia de arrepentirse mucho más a menudo que al soltero! Y por eso, señor, el mejor consejo que yo sé darte es que no desesperes, sino que tengas presente en tu memoria que acaso tu mujer sea tu purgatorio. Ella puede ser instrumento y látigo de Dios y entonces volará tu alma al cielo más rápida que la flecha sale del arco. Yo espero en Dios que, en lo por venir, conocerás que en el matrimonio no existe, ni existirá jamás, tan gran ventura que se oponga a tu salvación, con tal que uses moderadamente, como es justo y razonable, de los deleites de tu mujer, y no la satisfagas con demasiado amor, y te guardes también de todo otro pecado. Mi informe ha concluido, pues mi inteligencia es corta. No te amedrentes de mis palabras, mi querido hermano.

Pero dejemos esta materia de lo que habló Justino. La mujer de Bath, si vosotros la habéis entendido, ha declarado mucho y bueno en poco tiempo acerca del matrimonio, asunto que tenemos ahora entre manos. Ahora, váyale a Enero bien y Dios le tenga en su gracia.

Justino y su hermano se despidieron, así como todos los demás. Y cuando vieron que el casamiento había de realizarse necesariamente, arregláronse, con maña e ingeniosas trazas, de modo que la doncella, que se llamaba Mayo, se casara con Enero tan pronto como pudiese. Creo que sería deteneros demasiado si os hablase de todas las escrituras y contratos mediante los cuales ella fue dotada con las tierras de él, o si hubiérais de escuchar la relación de su rico ajuar. Finalmente llegó el día en que ambos fueron a la

iglesia para recibir el santo sacramento. Salió el sacerdote con la estola alrededor de su cuello y exhortó a la mujer a que fuese como Sara y Rebeca en prudencia y fidelidad en el matrimonio; recitó sus oraciones de costumbre; signó a los cónyuges con la cruz, pidiendo a Dios que los bendijese, e hizo la unión perfectamente indisoluble y santa.

Con esta solemnidad se casaron y en el banquete tomaron ambos asiento, a la mesa de honor, con otras respetables personas. Todo el palacio rebosaba alegría y felicidad y lleno estaba de instrumentos músicos y de los manjares más delicados de toda Italia. Tales eran los instrumentos que allí había, que ni Orfeo, ni Anfión de Tebas produjeron jamás melodía semejante.

Con cada servicio llegaban sonoras músicas, cuyas trompetas sonaban cual nunca se oyó sonar la de Joab, así como tampoco sonó tan diáfana la de Teodomas, en Tebas, cuando la ciudad se hallaba en peligro. Baco escanció el vino y Venus sonreía a todos, contenta de ver a Enero hecho su caballero y pronto a demostrar su valor tanto en la libertad como en el matrimonio. Así que, con la antorcha en la mano, danzaba Venus de acá para allá delante de la novia y de toda la concurrencia. Y, en verdad, bien me atrevo a decir que Himeneo, el dios del matrimonio, jamás vio en su vida esposo tan alegre. Guarda silencio tú, poeta Marciano, que nos describiste el regocijado casamiento de Filología y Mercurio y los cantos que las Musas entonaron. Sí, que harto pequeñas son tu pluma y tu lengua para referir este matrimonio. Cuando la tierna juventud se enlaza con la encorvada vejez, hay tal júbilo que no puede ser descrito. Experimentadlo vosotros mismos y conoceréis si miento o no en esta materia.

Mayo permanecía sentada, con rostro tan benigno, que el mirarla parecía cosa de encantamiento. La reina Esther no contempló jamás con tales ojos a Asuero, tan dulce mirada tenía la joven. Yo no sé describiros su belleza; pero basta que de su hermosura pueda decir que era como la esplendorosa mañana de mayo, llena de toda belleza y delicia.

Enero quedaba transportado en éxtasis cada vez que contemplaba el rostro de su mujer, y en su corazón ansiaba estrecharla aquella noche en sus brazos más fuertemente que jamás hizo Paris con Elena. Y, sin embargo, tenía, con todo, gran pena de poder lastimarla aquella noche, y pensaba: «¡Ay! ¡Oh, tierna criatura! Quiera Dios que puedas resistir mi ardor tan vivo y vehemente. Tengo miedo de que no lo puedas aguantar. ¡Dios no permita

que yo emplee todas mis fuerzas! Pluguiese a Dios que ya fuera de noche, y que la noche durara siempre. Yo desearía que toda esta gente se marchara.» En fin, puso todo su empeño, salvando la cortesía, en apresurar la comida de manera ingeniosa.

Llegó la hora en que fue razón levantarse, luego de lo cual se bailó y se bebió de firme, derramándose perfumes por toda la casa. Todos estaban llenos de gozo y felicidad; todos, menos un escudero llamado Damián, que trinchaba desde hacía mucho tiempo ante el caballero. Quedó Damián, en efecto, tan enajenado de amor por su señora Mayo, que hallábase casi loco de verdadera pena. Poco faltó para que se desmayase y cayera desfallecido allí donde estaba; tan cruelmente le hirió Venus con la tea que llevaba en su mano mientras danzaba. Y a su lecho se fue presuroso. Ahora no hablo más de él, sino que allí le dejo llorar y lamentarse, hasta que la lozana Mayo quiera compadecerse de su dolor.

¡Oh, peligroso fuego, que en la paja del jergón se engendra! ¡Oh, enemigo doméstico, que ofrece su servicio! ¡Oh, criado traidor, falso sirviente de la casa, semejante a la pérfida y traidora culebra abrigada en el seno: Dios nos libre a todos de vuestro trato! ¡Oh, Enero, ebrio por el placer del matrimonio: mira cómo tu Damián, tu propio escudero y tu criado de nacimiento, intenta cometer contigo villanía! Dios te conceda que conozcas a tu enemigo doméstico. Porque en este mundo no hay peor peste que el enemigo de casa, siempre en tu presencia.

El Sol había recorrido su círculo diurno, y su disco no podía permanecer más tiempo sobre el horizonte en aquella latitud. La noche, con su oscuro y severo manto, comenzaba a cubrir el hemisferio, y por ello la alegre concurrencia se despidió de Enero, con expresiones de gracias de una y otra parte. Gozosamente cabalgaron todos hacia sus casas, donde se dedicaron a sus ocupaciones y cuando vieron que era hora oportuna, se fueron a descansar.

Poco después, el impaciente Enero deseó ir a acostarse, no queriendo aguardar más tiempo. Bebió hipocrás, clarete y vernaccia caliente con especias, para aumentar su excitación, y bebió de igual modo muchos electuarios fortísimos, tales como el maldito monje Constantino ha descrito en su libro *De Coitu,* y no demostró repugnancia en tomarlos todos. Luego, a sus amigos íntimos dijo así:

—Por amor de Dios, desalojad la casa, de manera cortés, tan pronto como sea posible.

Y ellos obraron enteramente como a él le plugo ordenar.

Se bebió y corriéronse las cortinas. La novia fue conducida al

lecho, tan silenciosa como una piedra, y luego que la cama fue bendecida por el sacerdote, salieron todos de la habitación. Enero tomó en sus brazos fuertemente a su fresca Mayo, a su paraíso, a su mujer. He aquí que la acaricia, la besa una y otra vez con las espesas cerdas de su barba, áspera como la piel del tiburón y punzante como la zarza, pues estaba afeitado, según su costumbre. Y se frota contra su delicado rostro, diciendo así:

—¡Ay! Yo debo agraviarte y ofenderte gravemente, esposa mía, antes que llegue la hora en que yo descienda. Pero, sin embargo —añadió—, considera que no hay ningún artífice, cualquiera que sea, que pueda trabajar bien y pronto a la vez. Las cosas requieren ser hechas despacio y perfectamente. No importa el tiempo que retocemos, pues estamos unidos en legítimo matrimonio. ¡Bendito sea el yugo bajo el cual nos hallamos, porque en nuestros actos no podemos cometer pecado! Un hombre no puede cometer pecado con su mujer, ni cortarse con su propio cuchillo, y nosotros tenemos licencia para recrearnos según la ley.

De este modo se afanó hasta que el día comenzó a apuntar. Entonces tomó una sopa de pan con fuerte clarete, se sentó en la cama y luego se puso a cantar en voz muy alta y clara, y besó a su mujer y se entregó a licenciosos juegos. Estaba lo mismo que un potro lleno de lascivia, y en extremo locuaz, como pintada urraca. La piel lacia de su cuello se agitaba mientras cantaba a grandes voces. Pero Dios sabe lo que Mayo sintió en su corazón cuando vio a su marido sentado, en camisa, con su gorro de dormir y con su flaco cuello. Sí, que no estimó su diversión en el valor de un haba. Después dijo él así:

—Voy a descansar. Es ya de día y no puedo velar más tiempo.

Y recostó su cabeza, durmiendo hasta la hora de prima. Luego, cuando vio que ya era sazón, levantóse Enero; pero la fresca Mayo permaneció en su cámara hasta el cuarto día, según costumbre muy excelente entre las desposadas. Porque todo trabajo debe tener su período de descanso, o de otro modo no puede soportarlo mucho tiempo ninguna criatura viviente, sea pez, ave, bestia u hombre.

Hablaré ahora del afligido Damián, que se consumía de amor, como vais a oír; por lo cual me dirijo a él, diciendo de esta manera:

«¡Ay, pobre Damián! Responde a mi pregunta: ¿cómo, en esta ocasión, podrás comunicar tu pena a tu señora, la fresca Mayo? Ella dirá en todo caso que no; y además, si tú hablas, ella revelará tu pasión a su esposo. Dios venga en tu ayuda; yo no puedo decir nada mejor.»

El enfermo Damián ardía de tal suerte en el fuego de Venus, que moría de deseo, con lo que puso su vida en peligro. Parecía imposible continuar más tiempo de tal manera. Así que, secretamente, pidió recado de escribir y, en una carta, escribió toda su aflicción, a modo de querella o canto dirigido a su hermosa y lozana señora Mayo. Y guardando el escrito en una bolsa de seda, pendiente de su camisa, lo aplicó sobre su corazón.

La Luna, que el día en que Enero se desposó con la fresca Mayo se hallaba en el segundo grado de Tauro, habíase deslizado hasta Cáncer. En tanto, Mayo había permanecido en su habitación, como es costumbre de las desposadas nobles. La recién casada no debe comer en el salón hasta que hayan transcurrido cuatro días, o tres a lo menos, y sólo entonces se la permite ir al festín. El cuarto día, contando de luna a luna, luego que fue dicha la misa mayor, tomaron asiento en el salón Enero y Mayo, la cual mostrábase hermosa cual espléndido día de verano. Y sucedió que nuestro buen hombre se acordó de Damián y dijo:

—¡Santa María! ¿Cómo es posible que Damián no me sirva? ¿Está acaso enfermo, o cómo se explica esto?

Sus escuderos, que allí cerca estaban, excusaron a Damián, hablando de su enfermedad, que le impedía cumplir su obligación. Ninguna otra causa podía detenerle.

—Eso me mueve a compasión —dijo Enero—. ¡Es un escudero excelente, por mi fe! Si muriese, sería una lástima y una pérdida. Es tan inteligente, discreto y fiel como cualquiera que yo conozca de su condición; y, por otra parte, valeroso, y además servicial, así como muy apto para conducirse cual hombre económico. Mas después de comer, tan pronto como pueda, yo mismo le visitaré, y Mayo también, para proporcionarle todo el consuelo que me sea posible.

Y por estas palabras le bendijeron todos, puesto que él, en su bondad y cortesía, quería aliviar así a su escudero en la enfermedad, lo que era una acción noble.

—Señora —prosiguió Enero—, después de comer, tú y todas tus damas, una vez que hayáis salido de este salón y estado en vuestro aposento, id a ver a Damián; entretenedle, que es un buen hombre. Decidle que yo le visitaré apenas haya descansado un poco. Y daos prisa, que yo aguardaré a que tú vengas a reposar a mi lado.

Y, tras estas palabras, llamó a un escudero, que era menescal de su palacio, comunicándole ciertas cosas que deseaba decirle.

La fresca Mayo, con todas sus damas, tomó derecha su camino hasta Damián y sentóse en el borde de la cama del joven, consolándole tan bien como pudo. Damián, cuando vio oportuno el momento, de modo secreto puso la bolsa y el billete en el cual había escrito su deseo, en manos de ella, y nada más hizo, salvo que suspiró, de manera extraña, profunda y amarga, y con dulzura dijo así:

—Piedad, señora, y no me descubráis; porque si esto se sabe, muerto soy.

Ocultó ella la bolsa en su seno y se fue. No conseguiréis que os diga más, sino que se encaminó hacia donde se hallaba Enero, que en la orilla de su cama estaba sentado muy cómodamente. El la cogio y la besó repetidas veces, y al punto se acostó para dormir. Ella fingió que tenía que ir allí donde vosotros sabéis que cada cual debe acudir por necesidad. Y cuando se hubo enterado del billete, lo rasgó al fin en pedazos, echándolos con cuidado en la letrina.

¿Quién reflexiona ahora, sino la hermosa y lozana Mayo? Acostóse junto al viejo Enero, que durmió hasta que le despertó la tos. Al momento rogó a su mujer que se pusiera desnuda del todo, pues quería, dijo, tener de ella algún placer y sus vestidos le estorbaban. Ella, de buena o de mala gana, obedeció. Mas para que las personas respetables no se enojen conmigo, no me atrevo a deciros cómo se condujo él, ni si ella pensaba que aquello fuese el paraíso o el infierno, sino que en este punto les dejo obrar a su manera, hasta que tocaron a vísperas y los dos hubieron de levantarse.

Si ello sucedió por destino o por casualidad, por influjo o por naturaleza, bien por alguna constelación o porque el cielo se hallase en disposición tal que fuera momento favorable para escribir a una mujer un billete relativo a los asuntos de Venus, a fin de obtener su amor (pues todas las cosas tienen su tiempo, como dicen los sabios), yo no lo puedo decir, mas el gran Dios de las alturas, que sabe que no hay efecto sin causa, juzgue de todo. Yo, por mí, quiero guardar silencio. Lo cierto es que la fresca Mayo recibió aquel día tal impresión de piedad hacia el enfermo Damián, que no pudo apartar de su corazón la idea de proporcionarle alivio. «Ciertamente —pensaba ella—, no me importa a quién la cosa desagrade, pues desde este punto yo aseguro amarle más que a ninguna criatura, aunque él no tenga más que su camisa.» ¡Ved qué pronto la piedad tiene cabida en el corazón noble!

Por eso podéis vosotros observar cuán excelente generosidad hay en las mujeres, cuando reflexionan despacio. Algún tirano, como hay muchos, que tuviese el corazón tan duro como una piedra, hubiera dejado morir allí mismo a Damián mejor que concederle su gracia. Gentes así se regocijan en su cruel orgullo, sin cuidarse de que obran como homicidas.

La gentil Mayo, llena de compasión, escribió una carta de su mismo puño, en la cual otorgaba al escudero sus favores. Sólo faltaba determinar el día y el lugar en que ella habría de satisfacer sus ansias, por lo demás sería enteramente como él deseara. Y cierto día, cuando vio llegado su tiempo, fue Mayo a visitar a Damián, e introdujo la carta con habilidad debajo de su almohada, para que él la leyese si quería. Cogióle la mano y la apretó fuertemente, de modo tan disimulado que nadie se dio cuenta de ello, y deseándole que se pusiera bueno del todo, encaminóse hacia Enero, luego que él la mandó llamar.

A la mañana siguiente se levantó Damián, pues su enfermedad y su pena se habían disipado por completo. Se peinó, se arregló y acicaló, e hizo todo lo que a su señora agradaba y placía. Luego presentóse a Enero, tan humilde como jamás acudió perro de caza. Se mostró tan amable con unos y otros (pues la astucia lo es todo para el que sepa emplearla), que se vieron obligados a hablarle con miramiento, y ganó completamente la gracia de su señora. Así dejo a Damián con su negocio y voy a proseguir mi cuento.

Algunos sabios consideran que la felicidad reside en el placer, y sin duda por eso el noble Enero se había preparado con todas sus fuerzas a vivir muy deliciosamente, y de manera digna, cual concierne a un caballero. Su casa y equipo estaban dispuestos, en su clase, tan ricamente como los de un rey. Entre otras cosas de lujo, mandó hacer un jardín amurallado todo de piedra; jardín tan hermoso no he conocido en parte alguna. Porque creo, en verdad, sin duda, que el que compuso el Romance de la Rosa no sabría describir bien su belleza, ni Príapo, siquiera sea el dios de los jardines, sería capaz de decir la hermosura del jardín y de la fuente que brotaba bajo un laurel siempre verde. Muchísimas veces Plutón y su reina Proserpina, con toda su escolta de hadas, solazábanse y entonaban sus melodías junto a aquella fuente, danzando.

El noble y anciano Enero encontraba tal placer en pasear y divertirse allí, que no permitía que nadie tuviera la llave del jardín, sino él solo. Porque llevaba siempre una llavecita de plata con la cual abría el postigo cuando le agradaba; y en la estación del estío,

cuando quería pagar a su mujer su deuda, allí anhelaba ir con su esposa Mayo, y estar a solas con ella. Y las cosas que no hacía en el lecho, las ejecutaba y llevaba a cabo en el jardín. De esta suerte Enero y la fresca Mayo pasaron muchos alegres días. Pero la felicidad de este mundo no puede durar siempre, ni para Enero ni para criatura alguna.

¡Oh, suerte mudable! ¡Oh, fortuna inconstante, parecida al engañoso escorpión, que halagas con la cabeza cuando quieres decir: tu cola es como la muerte, por su efecto ponzoñoso! ¡Oh, gozo fugitivo! ¡Oh, dulce y extraño veneno! ¡Oh, monstruo, que sabes pintar tus dones tan sutilmente, bajo apariencia de estabilidad, engañando a la vez a grandes y pequeños! ¿Por qué has burlado así a Enero, a quien habías recibido por tu verdadero amigo? Pues cata que ahora le has privado de la vista, por culpa de lo cual desea morir. Sí, el noble y generoso Enero, en medio de su dicha y de su prosperidad, se ha quedado ciego de pronto. Llora y gime de modo lastimero, y a más el fuego de los celos abrasa de tal manera su corazón, por temor de que su esposa cometa alguna locura, que se consideraría feliz si alguien los matase a él y a ella. Porque ni durante su vida, ni después de su muerte, quería que ella fuese amante ni esposa de nadie, sino que viviera siempre como viuda, vestida de negro, sola cual tórtola que ha perdido a su compañero. Mas, por fin, al cabo de uno o dos meses, su dolor, a decir verdad, comenzó a mitigarse, pues cuando comprendió que las cosas no podían ser de otra manera, tomó con paciencia su adversidad, salvo, sin duda, que no podía evitar el estar siempre igualmente celoso. Y sus celos eran tan violentos, que ni al palacio, ni a ninguna otra casa ni lugar, quiso jamás permitir que Mayo fuese a pie ni a caballo, si no tenía él puesta la mano sobre ella en todo momento. Y por esta razón lloraba con mucha frecuencia la lozana Mayo, que amaba a Damián con tal ternura, que, o había de poseerle a su placer o, de lo contrario, moriría de repente, pues le parecía que su corazón iba a estallar.

Por su parte, Damián se había trocado en el hombre más afligido que hubo nunca, ya que ni de noche ni de día podía hablar a la fresca Mayo palabra alguna relativa a la materia de sus propósitos, a menos que Enero, que siempre tenía la mano sobre ella, lo escuchara. Pero, sin embargo, mediante escritos que se cruzaron, y por señas ocultas, sabía él lo que ella intentaba, y ella conoció también cómo efectuar sus planes.

¡Oh, Enero! ¿Qué te aprovecharía el que pudieras ver a tanta

distancia como los países a que van los barcos que se hacen a la vela? Porque lo mismo es ser engañado estando ciego, que ser chasqueado cuando se puede ver. Contemplad a Argos, que tenía cien ojos. No obstante que podía continuamente mirar y atisbar con atención, fue, con todo, burlado. Y Dios sabe que a otros sucede lo mismo, aunque imaginan con seguridad que nadie les engaña. El ignorar es una delicia, y no digo más.

La fresca Mayo, de quien vengo hablando tanto tiempo, tomó con cera caliente el molde de la llave que llevaba Enero para abrir el portillo por el que iba a menudo a su jardín. Y Damián, que conocía toda su intención, fabricó secretamente una llave igual. Ya no hay más que decir, sino que, merced a esta llave, va a suceder pronto una maravilla, la cual oiréis vosotros, si queréis aguardar.

¡Oh, noble Ovidio, Dios sabe que tú dices mucha verdad! ¿Qué traza hay, por larga y dificultosa que sea, que no imagine el amor de alguna manera? Por Píramo y Tisbe puede verse. Porque ellos, aunque estuvieron durante mucho tiempo estrechamente vigilados por todas partes, pusiéronse de acuerdo cuchicheando a través de un muro, allí donde nadie podía haber descubierto semejante ardid.

Mas vayamos al asunto. Antes que hubieran transcurrido ocho días del mes de julio, sucedió que Enero, por incitación de su mujer, entró en tan gran deseo de solazarse en su jardín, a solas los dos, que dijo a Mayo cierta mañana:

—Levántate, esposa mía, amor mío, mi generosa señora. El arrullo de la tórtola se oye ya, mi dulce paloma; el invierno se ha ido con todas sus húmedas lluvias. ¡Ven, pues, la de los ojos de paloma! ¡Cuánto más deliciosos son tus senos que el vino! El jardín está cercado; sal a él, mi blanca esposa. Tú me has herido, sin duda, en el corazón, ¡oh, esposa! Ninguna tacha he visto en ti durante toda mi vida. Ven y solacémonos, que yo te he elegido por mi esposa y mi consuelo.

Tales rancias y licenciosas palabras empleó. Ella hizo señas a Damián para que fuera delante, con su llave, y Damián entonces abrió el portillo y entró con presteza, de tal manera que nadie pudo verle ni oírle. Y luego se sentó bajo un arbusto.

Enero, tan ciego como una piedra, con Mayo de la mano y nadie más, entró en su fresco jardín, cerrando el postigo.

—Ahora, esposa —dijo él—, aquí no estamos sino yo y tú, que eres la criatura a quien más amo, pues, por el Señor que se sienta arriba en el cielo, preferiría morir acuchillado antes que

ofenderte, querida y fiel esposa. Piensa, por Dios, que yo te he elegido, no por codicia, sino sólo por el amor que te tenía. Así, aunque yo sea viejo y no pueda ver, séme fiel. Y te diré por qué. Tres cosas ciertamente ganarás por ello: primero, el amor de Cristo; luego, tu misma honra y, además, mi herencia, las haciendas y el castillo. Extiende las escrituras como tú quieras, que mañana se hará esto antes que se ponga el Sol. Dios conduzca mi alma a la bienaventuranza tan cierto como se hará lo que dije. Te ruego ante todo que en prenda me des un beso. Y, aunque yo sea celoso, no me reproches. Tú te hallas tan profundamente grabada en mi mente, que, cuando cosidero tu belleza y mi desagradable vejez, no puedo, en realidad, aunque me costara morir, privarme de tu compañía. Muy verdadero amor te tengo, no te quepa duda. Anda, esposa, bésame y paseemos.

La lozana Mayo, apenas oyó estas palabras, respondió a Enero bondadosamente, mas no sin llorar ante todo.

—Yo tengo —dijo— un alma que salvar, lo mismo que tú, y, además, mi honor y la delicada flor de mi condición de esposa, que yo he confiado en tus manos cuando el sacerdote me unió a tu cuerpo. Por lo cual, con tu licencia, mi queridísimo señor, voy a responder de esta suerte: pido a Dios que, si alguna vez hiciera yo a mi linaje semejante afrenta y menoscabara mi nombre siéndote infiel, muera yo aquel día de modo tan infame como mujer alguna pueda morir. Y si yo cometo esa falta, manda que me desnuden, que me metan en un saco y me ahoguen en el vecino río. Yo soy mujer digna, y no una ramera. ¿Por qué hablas así? Sin embargo, los hombres son en todo caso falsos y las mujeres tienen siempre para vosotros nuevas censuras. Vosotros no seguís otra conducta que la de hablar con nosotras falsedades e improperios.

Y al decir estas palabras, vio Mayo que Damián estaba sentado entre las plantas, y se puso a toser, haciendo señas con el dedo a Damián para que trepara a un árbol que estaba cargado de frutas. Y él se encaramó arriba. Porque, a decir verdad, conocía toda la intención de Mayo, así como las señales que le hiciese, mucho mejor que Enero, pues en una carta ella le había dicho cuanto debía ejecutarse al respecto de este negocio. Y así le dejo sentado en el peral, y a Enero y Mayo paseando alegremente.

Espléndido era el día y azul el firmamento. Febo había enviado sus rayos de oro para animar las flores con su calor. Hallábase en aquella sazón en Géminis, mas no muy desviado de Cáncer, exaltación de Júpiter. Aconteció, pues, aquella esplendorosa mañana que,

en el extremo opuesto del jardín estaba Plutón, que es el rey de las hadas, con muchas damas del séquito de su esposa, la reina Proserpina, en su compañía. Una tras otra andaban en línea recta (y sabed que en Claudiano podéis leer la relación de cómo Plutón arrebató a Proserpina en su horrible carro mientras ella cogía flores en la pradera). Este rey de las hadas sentóse, pues, en un banco de césped verde y fresco, y al punto dijo a su reina:

—Esposa mía, nadie puede negar (de tal modo lo prueba la experiencia de todos los días) la traición que las mujeres cometen con el hombre. Un millón de historias memorables podría yo referir acerca de vuestra infidelidad y fragilidad. ¡Oh, sabio Salomón, el más rico en bienes, lleno de sabiduría y de gloria mundana, muy dignas de recuerdo son tus palabras para todo el que sepa juzgar y razonar! Así alaba él también la bondad del hombre: «¡Entre mil hombres, uno bueno encuentro; pero entre todas las mujeres, no he hallado ninguna!» Eso dice el rey que conoce vuestra perversidad; y Jesús de Sirac, si no me equivoco, rara vez habla bien de vosotras. ¡Así caiga sobre vuestros cuerpos una erisipela y una peste infecciosa esta misma noche! ¿No ves a ese honorable caballero? Porque él es ciego y viejo, su propio criado le va a poner los cuernos. Mírale: ahí está sentado, el muy lujurioso, en el árbol. Yo, empero, permitiré, en mi majestad, que este ciego, anciano y digno caballero recobre la vista cuando su mujer quiera hacerle villanía. Entonces conocerá él todo el mal proceder de su esposa, para vergüenza de ella y de otras muchas.

—Tú lo harás —repuso Proserpina—, si así lo deseas; pero juro por el alma del padre de mi madre que yo proporcionaré respuesta a propósito, y asimismo a todas las mujeres, de suerte que, cuando ellas se vean sorprendidas en algún delito, se disculpen con rostro audaz y confundan a los que quieran acusarlas. Por falta de respuesta, ninguna de ellas morirá. Aunque un hombre haya visto alguna cosa con sus propios ojos, no obstante nosotras, las mujeres, lo desmentiremos atrevidamente, y lloraremos, y juraremos, y os lo echaremos en cara con perfidia, de tal modo que vosotros, los hombres, seréis tan torpes como gansos. ¿Qué me importan tus autoridades?

Bien sé que ese judío, Salomón, halló entre nosotras muchas mujeres locas. Mas aunque no encontró ninguna mujer buena, otros muchos hombres, sin embargo, han hallado mujeres muy fieles, buenas y virtuosas. Testigos son las que moran en la mansión de Cristo, que con el martirio probaron su constancia. Las

Gestas de los Romanos hacen referencia también a muchas esposas verdaderamente fieles. Pero, señor, no te enojes, aunque así sea. A pesar de que aquel Salomón dice que no encontró ninguna mujer buena, procura apreciar la intención de ese hombre, quien quiso decir que con suprema bondad no hay nadie sino Dios, que reside en la Trinidad.

Por el verdadero Dios, que no es más que uno, ¿por qué haces tanto caso a Salomón? ¿Qué importa que él construyese un templo para casa de Dios? ¿Qué importa que fuese rico y famoso? También edificó de igual modo un templo para los falsos dioses; ¿qué cosa pudo hacer que estuviese más vedada? Por mucho que tú alabes su nombre, fue Salomón lujurioso e idólatra, y en su vejez renegó del verdadero Dios. Y si Dios no le hubiese contenido por amor de su padre, como dice el Libro, hubiera aquel rey perdido su reino más pronto de lo que deseara. Yo no estimo en una mariposa todas las villanías que vosotros escribís de las mujeres. Mujer soy yo, y necesariamente debo hablar, o, de lo contrario, henchirme de ira hasta que mi corazón se parta. Porque, ya que ese sabio dice que nosotras somos charlatanas, así conserve yo siempre enteras mis trenzas como no me he de abstener, por consideración ninguna, de hablar mal del que para nosotras quiera perjuicio.

—Señora —dijo Plutón—, no te enojes más, que estoy conforme contigo. Pero, puesto que he lanzado el juramento de que devolveré su vista a ese anciano, mantendré mi palabra, te lo advierto. Yo soy rey y no me está bien mentir.

—Y yo —replicó ella— soy reina de las hadas. Su respuesta tendrá el buen hombre; yo me encargo de ello. No gastemos en esto más palabras, porque, ciertamente, no quiero contrariarte.

Ahora volvamos a Enero, que, con su hermosa Mayo, canta en el jardín, mucho más alegremente que una cotorra: «Te amo y te amaré más que amo a nadie, y no amaré a otra sino a ti.» Tanto tiempo anduvo por las alamedas, que por fin llegó otra vez al peral donde Damián se hallaba sentado en lo alto, entre las frescas hojas verdes.

La lozana Mayo, espléndida y hermosa, comenzó a suspirar, exclamando:

—¡Ay! Señor, suceda lo que sucediere, o poseo ahora las peras que estoy viendo, o he de morir, tan vivamente deseo comer esas frutitas verdes. ¡Dame gusto, esposo, por amor de Aquella que es la Reina del cielo! Yo te aseguro que una mujer en mi estado puede tener tan gran apetito de fruta, que muere si no la consigue.

—¡Ay! —dijo él—. ¡Que no tenga yo aquí un criado que pudiese trepar! ¡Ay, ay de mí! —repetía—. ¿Por qué habré quedado ciego?

—En verdad, señor, eso no es obstáculo —repuso ella—. Si tú quisieras abarcar el peral con tus brazos, entonces yo subiría bien, con tal de que me dejases poner el pie sobre tu hombro.

—Realmente —contestó él—, en cuanto a eso no habrá dificultad. ¡Así pudiese ayudarte con la sangre de mi corazón!

El se agachó; subióse ella en su espalda; se agarró a una rama y trepó. Y ahora, señores, os suplico que no os enojéis. Yo no sé hablar con rodeos, que soy hombre rudo. Digo, pues, que, sin la menor dilación, Damián alzó la camisa de la moza y arremetió a ella.

Y cuando Plutón contempló esta gran infamia, devolvió a Enero su vista, haciéndole ver tan bien como nunca. Apenas la hubo recobrado, no hubo hombre tan alegre por cosa alguna como el anciano. Pero su pensamiento se hallaba siempre en su mujer y así dirigió sus ojos hacia el árbol y vio que Damián había acondicionado a Mayo de tal modo que no se puede expresar, a no ser que yo quisiera hablar groseramente. Dio Enero un rugido y un grito desgarrador, cual hace la madre cuando halla que su hijo va a morir.

—¡Aquí! ¡Socorro! ¡Ay, auxilio! —comenzó a clamar Enero—. ¡Oh, atrevidísima mujer! ¿Qué haces?

Y ella respondió:

—Señor, ¿qué te pasa? Ten calma y razona en tu mente, porque yo he curado tus dos ojos ciegos. Por mi alma que no miento: me han enseñado que para curar tus ojos y hacerte ver, no había nada mejor que forcejear con un hombre en un árbol. Dios sabe que yo lo he hecho con muy buena intención.

—¡Forcejear! —repitió él—. ¡Sí, sólo que fue por dentro! ¡Permita Dios que muráis los dos de muerte ignominiosa! El se holgaba contigo, yo lo he visto con mis ojos. ¡Que me ahorquen si miento!

—Entonces —repuso ella—, mi medicina es del todo ineficaz, porque, ciertamente, si tú vieras, no me dirías esas palabras. Tienes la visión ofuscada y no perfecta.

—Yo veo con mis dos ojos —replicó él— tan bien como jamás vi (gracias a Dios) y, a fe mía, que me pareció que Damián hacía eso contigo.

—Tú desvarías, mi buen señor —insistió ella—. ¡Estas son

las gracias que yo obtengo por haberte devuelto la vista! ¡Ay! ¿Por qué habré sido tan buena?

—Ea, señora —dijo él—, olvidémslo todo. Baja, querida mía, y si yo he hablado mal, Dios me ayude de tal modo como estoy pesaroso de ello. Pero, por el alma de mi padre, me pareció haber visto que Damián se hallaba junto contigo, y que tu camisa estaba levantada hasta su pecho.

—Sí, señor —respondió ella—, tú puedes pensar como quieras, pero el hombre que despierta de su sueño no puede apreciar bien una cosa, ni verla perfectamente, hasta que está despabilado del todo. De la misma manera, el hombre que ha estado ciego mucho tiempo, no puede de repente ver tan bien, cuando recobra su vista, como el que ha estado viendo un día o dos. Hasta que tu vista se asegure, durante algún tiempo pueden engañarte muchísimas visiones. Te ruego tengas cuidado, pues, por el Rey del cielo, muchísimos hombres creen ver una cosa y ella es muy otra de lo que parece. Mal juzga quien mal piensa.

Y con estas palabras saltó del árbol abajo.

¿Quién más contento que Enero? Besó y abrazó a su mujer una y otra vez, acarició su vientre muy dulcemente y la llevó a su palacio.

Ahora, buenas gentes, alegraos. Aquí termina, y de este modo, mi cuento de Enero. ¡Dios nos bendiga y su Madre Santa María también!

PROLOGO DEL CUENTO DEL ESCUDERO

—¡Loado sea Dios! —exclamó el hospedero—. ¡Pido a Dios que me libre de mujer semejante! ¡Mirad cuántas tretas y astucias se encierran en las mujeres! Porque siempre se muestran tan solícitas como abejas para engañarnos a nosotros, hombres inocentes, y en todo momento se apartan de la verdad; bien se prueba ello con el cuento del mercader. No obstante, sin duda yo tengo una mujer tan firme en su honra como el acero, aunque sea pobre; pero con su lengua es chismosa impenitente, y tiene un montón de vicios más. No importa; pasemos por alto todo eso, pero ¿sabéis una cosa? En secreto sea dicho: me lamento amargamente de estar unido a ella. Porque si yo refiriese todos los vicios que alberga, en verdad sería asaz necio, porque alguno de esta cuadrilla iría con el cuento a mi esposa y se lo diría. ¿Quién? No hay necesidad de declararlo, pues bien cierto es que las mujeres saben poner en circulación tales asuntos. Y, además, mi ingenio no alcanza a decirlo todo. De manera que mi relación se ha acabado.

Y añadió:

—Escudero, venid acá, si gustáis, y contad alguna cosa de amor, pues, seguramente sabéis de eso tanto como el que más.

—No, señor —respondió el mozo—; pero yo diré de buen ánimo lo que sepa, ya que no quiero rebelarme contra vuestro deseo. Un cuento voy a referir. Excusadme si no hablo con propiedad, pero mi voluntad es buena. Y atención, que mi cuento es como sigue:

CUENTO DEL ESCUDERO

En Sarray, en el país de la Tartaria, vivía un rey que guerreó contra Rusia, pereciendo por tal motivo muchos hombres valerosos. Este noble rey se llamaba Cambinskan, y gozó en su tiempo de tan gran renombre, que no había en ninguna parte ni en comarca alguna tan excelso señor en todo. No le faltaba nada de lo que concierne a un rey, y guardaba la fe de la religión en que había nacido y que había jurado. Además, era valiente, sabio, rico, caritativo, justo, ecuánime, fiel a su palabra, bondadoso, honrado, de carácter constante, joven, lozano, fuerte y apasionado por las armas como cualquier caballero de pocos años. Era de buen talante y afortunado y mantenía siempre tan bien su regia dignidad, que no existía en lugar alguno otro hombre semejante.

Este noble rey tártaro tuvo dos hijos de Elpheta, su mujer, el mayor de los cuales se llamaba Algarsyf, y el otro Cambalo. Una hija tenía también este digno rey, que era la más joven y se llamaba Canacea. Mas ni mi lengua ni mis alcances pueden deciros toda su belleza, ni yo me atrevo a acometer tan elevado asunto. Mi lenguaje es insuficiente; el que quisiera describirla en todos sus pormenores tendría que ser excelente retórico y conocer los matices propios de ese arte. Yo no soy tal y, por tanto, hablaré como pueda.

Sucedió, pues, que cuando Cambinskan hubo llevado veinte inviernos su diadema, mandó proclamar, siguiendo su costumbre de todos los años, la fiesta de su natalicio por toda su ciudad de Sarray. Y ello fue el último día de los idus de marzo. Muy alegre y reluciente estaba Febo, porque se hallaba próximo a su exaltación en la fase de Marte y en su mansión de Aries, el colérico y ardiente signo. El tiempo era muy benigno y agradable, por lo cual las aves, tanto por el resplandor del Sol, cuanto por la estación y el verdor reciente, cantaban clamorosamente sus amores, pues parecíales haber conseguido amparo contra la aguda y fría espada del invierno.

Este Cambinskan de quien vengo hablando sentóse a la mesa, en su estrado, llevando regias vestiduras y la diadema. Ocupaba el sitio de honor de su palacio y allí celebró su fiesta tan soberbia y

espléndida que en este asunto no hubo ninguna semejante a ella. Si yo refiriera toda su pompa, ello me llevaría todo un día de verano, y además no es preciso describir el orden del servicio, ni cada plato, ni las salsas raras, ni los cisnes y las garzas que se comieron. Por otra parte, en aquel país, según dicen los caballeros ancianos, hay algunos manjares muy apreciados, mas de los cuales se cuidan poco las gentes de esta tierra. Nadie existe que pueda referirlo todo. Yo no quiero deteneros, porque es la hora prima y porque no se sacaría ningún fruto, sino pérdida de tiempo. Voy a volver, pues, a mi relación.

Aconteció que luego del tercer plato, mientras el rey hallábase sentado con su dignidad, oyendo a sus trovadores ejecutar deliciosamente trozos de música delante de él, apareció de repente en la puerta del salón un caballero sobre corcel de bronce, llevando en su mano un gran espejo de vidrio, en su pulgar un anillo de oro y al lado una desnuda espada pendiente. Y se acercó cabalgando a la mesa de honor. Maravillados ante tal caballero, nadie pronunció palabra en todo el salón, sino que jóvenes y viejos le contemplaban con pasmo.

Aquel extraño e inesperado caballero, armado muy ricamente, salvo la cabeza, que llevaba desnuda, saludó al rey y a la reina y a todos los caballeros por su orden, según estaban sentados en el salón, y ello con tan alto respeto y reverencia, lo mismo en su lenguaje que en sus maneras, que Gauvain, con su añeja cortesía, aun cuando volviese de nuevo del reino de las hadas, no le pudiera sobrepujar en una sola palabra. Y luego de esto, delante de la mesa de honor, con voz varonil, dijo su mensaje, según la forma acostumbrada, sin equivocación de sílaba o de letra; y para que su relación pareciera mejor, sus ademanes se hallaban en armonía con sus palabras, como enseña la oratoria a quienes la aprenden. Aunque yo no puedo expresarme a su modo, ni me sea posible salvar tan alto obstáculo, diré, sin embargo, en lenguaje corriente, a lo que se redujo todo lo que él manifestó, si es que lo conservo en la memoria. Y fue esto:

—Mi soberano señor, el rey de Arabia y de la India, os saluda en este solemne día como mejor sabe y puede, y, para honrar vuestra fiesta, os envía por mí, que estoy en absoluto a vuestras órdenes, este caballo de bronce, al que bien y cómodamente le cabe, en el espacio de un día natural, es decir, en veinticuatro horas, transportar vuestra persona, por dondequiera que os plazca, en tiempo seco o lluvioso, enderezándose a cualquier lugar al que

vuestra inclinación desee ir, sin daño para vos, a través de parajes malos y buenos. Y si queréis volar por los aires, tan alto como vuela el águila cuando gusta de remontarse, este mismo corcel os llevará siempre sin accidente hasta que vos estéis donde os plazca, aunque os durmáis o descanséis en su lomo, y tornará de nuevo sólo con dar la vuelta a una clavija. El que lo hizo sabía infinidad de trazas, observó muchas constelaciones antes de modelar esta obra y conocía muchísimos sellos, así como tratos con los espíritus.

De igual modo este espejo que tengo en mi mano posee tal virtud, que en él se puede ver cuándo ha de sobrevenir alguna adversidad a vuestro reino, o a vos mismo, y quién es vuestro amigo o enemigo. Y a más de esto, si alguna hermosa señora ha entregado a alguien su corazón, y su amado es falso, ella verá su traición, su nuevo amor y toda su astucia de modo tan distinto, que quedará oculto. Por lo cual, estando próxima la alegre estación del estío, envía mi rey a mi señora Canacea, vuestra excelente hija, que se halla aquí presente, este espejo y este anillo, como podéis ver.

La virtud del anillo, si queréis escucharla, es ésta: si a su dueña le place ponérselo en el dedo pulgar, o llevarlo en su bolsa, no habrá ave que vuele bajo el cielo cuyo canto no comprenda y cuyas intenciones no conozca clara y totalmente, pudiéndole responder en su lenguaje. Y conocerá también todas las hierbas que nazcan de raíz, y sabrá a quién habrán de curar, por muy profundas y extensas que sus heridas sean.

Esta espada desnuda, que pende de mi costado, tiene la propiedad de que si golpeáis a cualquier hombre con ella, atravesará y cortará toda su armadura, siquiera fuese tan maciza como frondoso roble; y el hombre herido por su golpe jamás curará hasta que vos queráis, en vuestra gracia, tocar con la espada de plano el lugar donde herido fue. Lo que equivale a decir que vos debéis darle otra vez con la espada, si bien de plano, en la herida, para que cicatrice. Esta es la verdad pura y escueta, que no dejará de cumplirse mientras la espada esté en vuestro poder.

Y luego que el caballero dijo así su relación, cabalgó fuera de la sala y desmontó. Su caballo, que relucía cual el brillante sol, quedó en el patio tan inmóvil como una piedra. El caballero fue conducido en seguida a un aposento y luego desarmáronle, sentáronle a la mesa y fueron a buscar con pompa los regalos. La espada y el espejo se elevaron al punto a una alta torre por ciertos oficiales nombrados al efecto, y a Canacea se le entregó el anillo, con gran solemnidad, allí donde se hallaba sentada a la mesa. Pero, a decir

verdad y sin ficción ninguna, el caballo de bronce no pudo ser movido, sino que permaneció quieto como si estuviera clavado en el suelo. Nadie pudo sacarle de su sitio con máquina alguna de cabrestante o polea. ¿Por qué razón? Porque nadie conocía el secreto del animal. Así que lo dejaron en aquel lugar, hasta que el caballero les hubiese enseñado el medio de separarle del suelo, como luego oiréis.

Grande era la multitud que se agitaba en todas direcciones con el objeto de mirar con atención aquel caballo, que de tal modo se hallaba fijo. Tenía tal alzada, y era tan ancho y tan largo, tan bien proporcionado y vigoroso a la par, que semejaba enteramente un caballo de Lombardía. Al mismo tiempo era tan primoroso en todas sus partes, y de ojos tan vivos como un noble corcel pullés. Porque, en realidad, desde su cola hasta sus orejas no podía mejorar cosa alguna la Naturaleza ni el Arte, según toda la gente opinaba. Pero lo que más les causaba asombro era el que pudiese andar, siendo de bronce. Las gentes juzgaban de modo diverso, y tantos pareceres había como entendimientos. Bullían todos cual enjambre de abejas, y daban razones de acuerdo con su imaginación, repasando las viejas poesías. Así, afirmaban que era aquel animal el Pegaso, el caballo que tenía alas para volar, o bien el corcel del griego Sinón, que llevó la destrucción a Troya, según se puede leer en las antiguas crónicas. «Mi corazón —decía uno— se halla en continuo temor, porque creo que dentro del caballo hay algunos hombres de armas, que se proponen conquistar esta ciudad. Sería muy de desear que se conociese por completo semejante cosa.» Otro susurraba por lo bajo a su compañero, y decía: «Ese miente; más probable es que sea una apariencia, producida por alguna suerte de magia, como las que ejecutan los juglares en las grandes fiestas.»

Así conversaban y discutían todos, haciendo diversas conjeturas, según es uso del vulgo ignorante, el cual juzga por lo común de las cosas que con más ingenio están hechas, tratando de poder comprenderlas en su falta de saber y decidiendo caprichosamente con el peor fin.

Algunos se maravillaban de cómo en el espejo que fue llevado a la torre principal se podían ver cosas tales. Otro respondía diciendo que ello bien podía suceder naturalmente por combinaciones de ángulos y de reflexiones artificiosas, y decía que en Roma había uno parecido. Hablaban de Allozen, y de Vitello, así como de Aristóteles, los cuales escribieron en su época acerca de extraños

espejos y lentes, como saben los que tienen noticias de sus libros.

Otras personas se admiraban de la espada, que lo atravesaba todo, y descendían a hablar del rey Telefo y de Aquiles, que con su lanza prodigiosa podía a la vez herir y curar, como podía hacerse con la espada de la cual habéis oído hablar ahora mismo. Trataban de los varios temples del metal, y hablaban, además, de medicinas, y de cómo y cuándo debe templarse el hierro, lo cual es para mí desconocido por completo, y que jamás oyeron cosa tan admirable en invenciones de anillos, excepto que Moisés y el rey Salomón tenían fama de habilidad para tal arte. Así decía la gente, y en tanto algunos indicaban que era maravilla el fabricar vidrio con las cenizas del helecho quemado y, sin embargo, por ser ello cosa conocida, todos cesaban de discutir y de maravillarse. De igual modo hay quienes se admiran profundamente de la causa del trueno, del flujo y reflujo del mar, de las telarañas, de la niebla y de todas las cosas, hasta que se conoce su causa. De esa manera charlaban todos, y juzgaban, y debatían, hasta que el rey se dispuso a levantarse de la mesa.

Febo había dejado el ángulo meridional y todavía se hallaba en su ascendente la bestia real, el noble León, con su Aldirán, cuando el rey tártaro Cambinskan se levantó del puesto de honor en que se sentaba a la mesa. Iba delante de él la clamorosa música, hasta que llegó a su cámara de gala, donde resonaban de tal modo diversos instrumentos, que daba gloria escucharlos. Danzaron luego los amados hijos de la alegre Venus, porque su señora se hallaba en el Pez, sentada en lo más alto, y los contemplaba con ojos bondadosos.

Tomó asiento el noble rey en su trono. El caballero extranjero fue al punto conducido hasta él, y participó en la danza con Canacea. Allí hubo diversión y alegría tales, que un hombre torpe sería incapaz de referirlas. Para ello preciso es que conozca el amor y su servicio, que sea hombre amante de las fiestas y tan alegre como el mes de mayo. Sólo así podría describiros tal solemnidad.

¿Quién podría hablaros de las singulares figuras de danzas, de los animados semblantes, de las discretas miradas y disimulaciones por temor de que las personas celosas se dieran cuenta? Nadie sino Lanzarote, y éste ha muerto. De consiguiente, paso por alto todos esos placeres, y no digo más, sino que dejo a las gentes en esa fiesta en espera de que se dispongan a cenar.

En medio de toda esta melodía, el mayordomo manda traer los

manjares y el vino. Acuden los ujieres y los escuderos; los manjares y bebidas tráense al punto. Todos yantan, beben y, luego de concluir, se dirigen al templo, como era costumbre.

Terminado el servicio, las demás gentes cenan. ¿Qué necesidad hay de referiros tanta suntuosidad? Bien saben todos que en la fiesta de un rey hay abundancia para los grandes y para los pequeños, y más bocados exquisitos de los que yo conozco.

Después de la cena, fue el noble rey, con todo el acompañamiento de damas y caballeros en torno suyo, a ver al caballo de bronce.

Sentíase tal admiración por semejante corcel, que desde el gran sitio de Troya, donde también las gentes se asombraron de un caballo, no hubo extrañeza tal como la de entonces. Mas, finalmente, el rey preguntó al caballero la virtud y el poder del corcel, rogándole le dijera el modo de gobernarlo.

Al tiempo que el caballero cogió en su mano las riendas, comenzó el caballo a brincar y a saltar, y el caballero declaró:

—Señor, no hay otra cosa que decir sino que, cuando vos queráis cabalgar a cualquier parte, debéis dar la vuelta a una clavija que hay en la oreja, cosa de que os informaré reservadamente. Habéis de indicar también al caballo a qué lugar o comarca deseáis dirigiros. Y luego que vos lleguéis allí donde os plazca quedaros, mandadle bajar y dad la vuelta a otra clavija (pues en eso estriba el efecto de toda la máquina), y él descenderá y ejecutará vuestro deseo, permaneciendo quieto en aquel sitio, aunque todo el mundo haya jurado lo contrario; y de allí no podrá ser arrastrado ni movido. Mas si os place mandarle que se vaya, girar esta otra clavija y se desvanecerá al instante lejos de la vista de toda clase de seres, y volverá, sea de día o de noche, cuando le llaméis de nuevo de la manera que os diré muy pronto a solas. Montad cuando gustéis, que no hay más que hacer.

Informado que fue el rey por el caballero, y percatado que se hubo en su mente del modo y guisa de todo aquel asunto, sintióse alegre y satisfecho y volvió a su fiesta, como antes, el noble y valeroso rey. Las bridas fueron llevadas a la torre y guardadas y conservadas entre sus joyas preciosas y de estima. El caballo desapareció de su vista, no sé de qué manera. Y sobre esto no conseguiréis más de mí, sino que dejo a Cambinskan entre placeres y deleites, festejando a sus señores, hasta que casi empezó a despuntar el día.

El sueño, fomentador de la digestión, comenzó a cabecear sobre

ellos, y suplicóles pararan mientes en que la mucha bebida y ajetreo requerían descanso. Con la boca bostezante besó el rey a todos, diciéndoles que era tiempo de acostarse, pues la sangre se hallaba en el máximo de su influencia. Cuida de la sangre, si eres amante de la naturaleza, decía. Diéronle gracias y cada uno, bostezando dos o tres veces, se retiró a descansar, como el sueño les ordenó; que así ellos lo consideraron mejor. Mas sus sueños no serán referidos por mí; porque sus cabezas estaban llenas de vapores, que son los que producen los sueños, y éstos, en tal caso, no ofrecen importancia alguna.

Hasta pasada la hora prima durmieron la mayoría menos Canacea, que era muy moderada, cual lo son las mujeres. Por eso había pedido permiso a su padre para ir a dormir poco después de la caída de la tarde, no queriendo ponerse pálida ni aparecer fatigada por la mañana. Durmió su primer sueño, y luego despertó, pues tal alegría sentía en su corazón por su extraño anillo y por su espejo, que cambió veinte veces de color y, durante su sueño, a causa del mismo recuerdo de su espejo, tuvo una visión. Y en consecuencia, antes que el Sol comenzase su carrera, llamó a su aya junto a sí y le dijo que deseaba levantarse.

Su aya, a guisa de todas las mujeres de edad que gustan de ser tenidas por sabias, respondióle al punto diciendo:

—Señora, ¿adónde queréis ir tan temprano? Porque todo el mundo está durmiendo.

—Yo quiero levantarme —repuso ella— y dar un paseo, pues no me place dormir más tiempo.

Su aya llamó a buen número de damas, y se levantaron como unas diez o doce. Levantóse la misma hermosa Canacea, con tan buen color y tan espléndida como el joven Sol, que en Aries había recorrido entonces cuatro grados. Pues no más alto se hallaba cuando ella estuvo lista, y echó a andar con gracia a paso corto, vestida ligeramente con arreglo a la agradable y dulce estación, para pasear y recrearse, no más que con cinco o seis de su séquito. Por un abovedado corredor, salió al jardín. El vaho que se desprendía de la tierra hacía al Sol parecer rojizo y dilatado; pero, aun así, ofrecíase por doquier tan hermoso espectáculo, que daba lugar a que el corazón de Canacea se sintiera ágil, así por la estación y por la mañana, como por las aves que oía gorjear y de cuyo canto conocía la significación.

Si la intriga de una historia se difiere hasta que se enfría el interés de aquellos que la han esperado mucho tiempo, el gusto

se disipa tanto más cuanto más tiempo transcurre, por exceso de prolijidad. Por esta misma razón, me parece que debo yo desatar el nudo de mi relato y poner pronto fin a lucubraciones.

En un árbol muy seco, del color de la greda, vio Canacea, mientras paseaba y se solazaba, que se había posado un halcón hembra, que con acento lastimero comenzó a chillar de tal modo, que todo el bosque resonaba con sus clamores. El ave se había herido tan cruelmente con sus mismas alas, que su roja sangre corría a lo largo del árbol donde se asentaba. No cesaba un momento de gritar y chillar de igual manera, y clavábase su pico de tal modo, que no hay tigre ni bestia alguna feroz, que habite en los bosques o en las selvas, que no hubiese llorado, si llorar pudiera, de compasión por el ave; tan fuerte gritaba una y otra vez. Porque aún no ha existido jamás hombre viviente que haya oído hablar de otro halcón semejante en belleza, tanto por su plumaje como por la esbeltez de su hechura y por todo cuanto en un ave puede ser estimado. Parecía, además, un halcón viajero, procedente de tierras extrañas. Mas, según permanecía, continuamente se desmayaba de cuando en cuando por la pérdida de sangre, hasta el punto de que muy poco faltó para que se cayera del árbol.

Canacea, la hermosa hija del rey, que en su dedo llevaba el curioso anillo por medio del cual entendía perfectamente todas las cosas que un ave pudiera decir en su lenguaje, sabiendo responder asimismo en él, hízose cargo de lo que el halcón decía, y estuvo a punto de morir de compasión. Hacia el árbol se dirigió, pues, muy presurosa, contempló con ternura al halcón, y extendió su falda, pues bien sabía ella que el ave caería de la rama cuando se desmayase nuevamente por la falta de sangre. Mucho tiempo permaneció esperándola, hasta que, por fin, habló al halcón de la manera que vais a oír sin demora:

—¿Cuál es la causa, si decir se puede, de que te halles en ese cruel tormento del infierno? —dijo Canacea al halcón que arriba estaba—. ¿Es por aflicción de muerte, o por pérdida de amor? Porque, según se me alcanza, éstas son las dos causas que más dolor producen en un corazón noble; de otros males no hay necesidad de hablar, pues que tú misma descargas sobre ti la venganza, lo cual prueba bien que el amor o el sufrimiento deben ser el motivo de su cruel acción, toda vez que yo no veo a ningún otro ser que te persiga. Por amor de Dios, concédete la gracia a ti misma, o admite la que pueda venir en tu socorro; porque jamás he visto hasta ahora, ni en el oriente ni en el occidente, ave ni bestia que

se conduzca con tal crueldad consigo mismo. Me matas, realmente, con tu dolor, tan gran compasión siento por ti. Por amor de Dios, baja del árbol, pues tan cierto como soy la hija del rey, si yo supiese, en verdad, el origen de tu desconsuelo, lo remediaría, como estuviera en mi poder, antes que fuese de noche. Así me ayude el gran Dios de la Naturaleza como digo verdad. Yo encontraré hierbas suficientes para curar pronto tus heridas.

Entonces el ave gritó más lastimeramente que nunca y cayó al instante al suelo, permaneciendo desmayada, inerte como una piedra, hasta que Canacea la tomó en su regazo, esperando que volviese de su desfallecimiento. Y luego que de su desmayo despertó, en su propio lenguaje se expresó el halcón hembra:

—Que la piedad tiene pronta cabida en el corazón noble y siente compasión hacia las penas agudas, se demuestra siempre, según se puede ver, lo mismo en los hechos que en los textos; porque el noble corazón descubre nobleza. Bien veo que vos tenéis lástima de mi desgracia, ¡oh, hermosa Canacea!, a causa de la verdadera bondad femenina que la Naturaleza ha puesto en vuestros principios. Mas no por esperanza de hallarme mejor, sino por obedecer a vuestro corazón generoso y para hacer que otro aprenda de mí, al modo que en el cachorro es castigado el león, por ese mismo motivo, digo, y por esa misma razón, confesaré mi mal antes de irme.

Y, mientras la una decía su dolor, la otra lloraba como si quisiera empaparse de llanto, hasta que el halcón le rogó que se tranquilizara y, lanzando un suspiro, declaró sus ansias de esta manera:

—Allí donde yo fui engendrada (¡en fatal día, ay de mí!) y criada en una roca de mármol gris, tan cuidadosamente que nada me afligía, no sabía yo lo que era adversidad, hasta que pude volar a gran altura bajo el cielo. Habitaba entonces cerca de mí un halcón macho, que parecía fuente de toda nobleza. Aunque estuviese lleno de traición y perfidia, tan solapado era bajo humilde semblante, de tal modo se enmascaraba so apariencia de lealtad, amable conducta y tanta solicitud, que nadie hubiera podido suponer que fingiese. De la misma manera que la serpiente se oculta bajo las flores, hasta que ve el momento propicio para morder, así aquel dios de amor, aquel hipócrita, se comportaba en sus cumplidos y atenciones, guardando en apariencia todas las cortesías que están de acuerdo con la gentileza del amor. Así como en una tumba todo lo hermoso se encuentra arriba y debajo está el cadáver,

como sabéis, así semejante a un sepulcro era ese hipócrita, frío y ardiente al mismo tiempo. Y de tal guisa mantenía sus intenciones, que, excepto el demonio, nadie sabía sus propósitos.

Tanto lloró y se lamentó, y tanto años me fingió sus servicios que, por fin, mi corazón, asaz compasivo y en extremo sencillo, inocente por completo de la suprema maldad de aquel ser, muy temeroso de su muerte (que así me parecía), en vista de sus juramentos y de su firmeza, le concedió mi amor, con la condición de que mi honor y mi fama estarían siempre a salvo, en privado y en público. Es decir, que conforme a sus merecimientos, le entregué todo mi corazón y mi pensamiento (Dios y él saben que de otra suerte no hubiera sido), y recibí su corazón a cambio del mío y para siempre.

Pero con razón se dice desde hace mucho tiempo que «el honrado y el ladrón no piensan igual». Cuando él vio que la cosa fue tan lejos que yo le había otorgado por completo mi amor, del modo que antes he dicho, y dádole mi fiel corazón tan generosamente como él juró haberme dado el suyo, al punto aquel tigre, lleno de doblez, cayó de rodillas con devota humildad y profunda reverencia. Y era tan semejante por su aspecto y proceder a un gentil enamorado, tan enajenado, a lo que parecía, estaba por el gozo, que nunca Jasón, ni Paris de Troya, ni ningún otro hombre desde que existió Lamech (que fue el primero de todos que amó a dos, según escriben las gentes de los tiempos antiguos), ni nadie jamás, desde que nació el primer hombre, pudo imitar los sofismas de su arte en la veintemilésima parte que él. No; nadie hubiera sido capaz de soltar las hebillas de su zapato en materia de falsía y fingimiento, ni persona alguna podría expresar agradecimiento del modo cómo él lo hizo conmigo. El ver sus maneras era el cielo para una hembra, por discreta que fuese: de tal suerte engalanaba y acicalaba con suma delicadeza lo mismo sus palabras que su persona. Y yo de tal forma le amé por su sumisión y la lealtad que en su corazón suponía, que si alguna cosa le hacía sufrir, por insignificante que fuese, como yo la supiera, me parecía sentir que la muerte retorcía mi corazón. Y, para ser breve, tan adelante fue el asunto, que mi voluntad era el instrumento de la suya; es decir, que mi voluntad obedecía en todo a sus deseos, hasta tan lejos como la razón alcanzaba, siempre dentro de los límites de mi honor. Y jamás hubo para mí cosa tan apreciada ni más querida que él, ni nunca la habrá, como Dios lo sabe.

Esto duró algo más de dos años, durante los cuales yo no pensé

sino bien de él. Mas, al fin y al cabo, sucedió que la fortuna quiso que mi amor hubiera de partir de aquel lugar en donde yo me hallaba. No hay para qué decir el dolor que experimenté, ni podría describirlo. Sin embargo, debo declarar sinceramente una cosa: y es que yo sé lo que es la pena de morir, si juzgo por el daño que sentí viendo que él no podía quedarse. En fin, cierto día se despidió de mí, al parecer tan triste que en realidad imaginé, cuando oí sus palabras y vi su semblante, que sentía tanto dolor como yo. Yo creía, por lo mismo, que era sincero, y además que volvería de nuevo al cabo de poco tiempo. De otra parte, la razón exigía que se fuera por motivos de honra, como a menudo acaece; así que yo hice de la necesidad virtud, y lo tomé con paciencia, puesto que ello había de ser. Como mejor pude le oculté mi pena, le cogí de la mano y, tomando a San Juan por testigo, le dije así: «Mira, soy toda tuya; sé tú cual yo he sido y seré para ti.» Lo que él respondió no es menester repetirlo, porque ¿quién puede hablar mejor que él ni quién sabe obrar peor? Cuando todo lo ha dicho bien, ya lo ha hecho todo. «Ha menester una cuchara muy larga el que quiera comer con el diablo», he oído decir.

De manera que, por fin, hubo de ponerse en camino, hasta que llegó donde deseaba. Cuando determinó descansar, creo que tenía en la mente aquel texto según el cual «todo ser que vuelve a su estado natural se alegra» (me parece que es así como se dice). Los hombres, por su propia naturaleza, gustan de inclinarse a la novedad, como sucede con los pájaros que se crían en las jaulas, y que, aunque tú los cuides noche y día, y pongas su jaula bonita y blanda como seda, y les des azúcar, miel, pan y leche, con todo, apenas queda la puerta abierta, inmediatamente vuelcan con la pata su bebedero y se marchan al bosque a comer gusanos. Sí, que tan amigos de la novedad son respecto a su alimento, y aman por su misma naturaleza las aventuras, sin que ninguna nobleza pueda obligarles.

Así se condujo mi halcón. ¡Ay, qué día aquél! Aun cuando fuese bien nacido, lozano, alegre, de buen ver, sencillo y generoso, vio volar en cierta ocasión a un milano hembra, y al punto se prendó de ella de tal modo, que todo su amor ha huido enteramente de mí, quebrantando de esta suerte su fe. Así, el milano tiene a mi amante a su servicio y yo estoy perdida sin remedio.

Y, tras tales palabras, el ave comenzó a gemir y desmayóse de nuevo en el regazo de Canacea.

Grande fue el duelo que Canacea y todas sus damas hicieron

por la pena del halcón, al que no sabían cómo animar. Empero Canacea lo llevó a casa en su falda, y envolvió suavemente en compresas los sitios donde el ave misma se había herido con su pico. Y luego Canacea no acertaba sino a arrancar hierbas de la tierra y confeccionar nuevos ungüentos con plantas preciosas y de colores delicados, para curar al halcón. Desde la mañana hasta la noche ponía en esto su diligencia y todas sus fuerzas. Junto a la cabecera de su lecho mandó colocar una jaula, cubriéndola con terciopelo azul, como símbolo de la fidelidad de las mujeres. Y en toda la jaula, pintada por fuera de verde, se veían representadas las aves pérfidas, como son las alondras, los halcones machos y los búhos; y a su lado, en señal de desprecio, pintáronse urracas, para que gritasen y riñeran al modo de aquéllas.

Dejemos a Canacea cuidando a su halcón. No hablaré más por ahora de su anillo hasta que venga otra vez a cuento el referir cómo el halcón recuperó a su amante arrepentido, según la historia nos dice, por mediación de Cambalo, el hijo del rey, del cual os es hablado. Yo voy a proseguir el curso de mi narración, para tratar de aventuras y batallas y de grandes maravillas, tales como nunca fueron oídas. Y primero os hablaré de Cambinskan, que en su tiempo conquistó muchas ciudades; después diré cómo Algarsyf ganó a Teodora para esposa, y cómo a veces se vio por ella en gran peligro, no habiendo sido ayudado por su caballo de bronce; y luego he de tratar de otro Cambalo, que combatió en lid con dos hermanos de Canacea, antes de poder obtenerla. Y allí donde quedé, voy a comenzar de nuevo.

Lanzaba Apolo su elevado carro hacia la mansión del diestro dios Mercurio...[1]

1. Este cuento se halla sin terminar en el original. *(N. del T.)*

